Robert D. Hare

Sin conciencia

El inquietante mundo de los psicópatas que nos rodean

Título original: Without Consciente
Publicado en inglés, en 1993, por The Guilford Press, Nueva York y Londres

Traducción de Rafael Santandreu
A la memoria de mis padres, Yvonne y Henry, y a mi hermana, Charmaine
ISBN: 84-493-1361-9

A la memoria de mis padres, Yvonne y Henry
, y a mi hermana, Charmaine.

La buena gente no suele sospechar de los demás: no pueden imaginarse al prójimo haciendo cosas que ellos son incapaces de hacer; normalmente aceptan como explicación lo menos extraordinario y ahí se acaba todo. Por otro la-do, la gente normal se inclina por ver al [psicópata] con un aspecto tan monstruoso como su mente, pero no hay nada más lejos de la realidad. [...] Esos monstruos de la vida real suelen tener un aspecto y un comportamiento más corrientes que sus hermanos y hermanas normales; presentan una imagen virtuosa más convincente que la virtud misma, de la misma manera que una rosa de cera o un melocotón de plástico parecen más perfectos al ojo que el original que les ha servido de modelo.

WILLIAM MARCH, The Bad Seed

SUMARIO

NOTA DEL AUTOR

La psicopatía es un trastorno de la personalidad que se define por una serie de conductas y rasgos de la personalidad característicos, la mayoría de los cuales son mal vistos por la sociedad. Por lo tanto, diagnosticar a un sujeto de psicópata no es un asunto banal. Como cualquier trastorno de la personalidad, el diagnóstico se basa en la acumulación de evidencias. El sujeto debe satisfacer los criterios mínimos que definen el trastorno. Los casos que figuran en mis archivos fueron diagnosticados con sumo cuidado, después de extensas entrevistas e informes. En este libro, los he disfrazado de manera que nadie pueda identificarlos; lo importante lo que permanece inalterado son los hechos clínicos que intento describir

Aunque el tema de este libro es la psicopatía, no todas las personas descritas en él son psicópatas. Muchos de los ejemplos están tomados de reportajes y noticias de la prensa, de historias que me han contado, y no puedo asegurar que esas personas sean psicópatas, aunque algunas lleguen alguna vez a ser calificadas de esa manera. En todos los casos, sin embargo, hay evidencia de que algunos aspectos de la conducta de la persona concuerdan con el concepto de «psicopatía» o ilustran un rasgo o una conducta típica de este trastorno. Estos sujetos pueden ser o no ser psicópatas.

Pero, de todas formas, su conducta nos ayuda a descubrir los distintos rasgos y las conductas queSección1 definen la psicopatía. El lector no debería asumir que un sujeto es un psicópata simplemente por el hecho de que su contexto sea similar al que se describe en este libro.

PRÓLOGO Y AGRADECIMIENTOS

Los psicópatas son depredadores que encandilan, manipulan y se abren camino en la vida sin piedad, dejando una larga estela de corazones rotos, expectativas arruinadas y billeteras vacías. Con una total carencia de conciencia y sentimientos por los demás, toman lo que les apetece de la forma que les viene en gana, sin respeto por las normas sociales y sin el menor rastro de arrepentimiento o piedad. Sus asombradas víctimas preguntan desesperadamente: «¿Quiénes son esas personas?», «¿Por qué son así?», «¿Qué podemos hacer para protegernos de ellas?». Aunque estas cuestiones y otras relacionadas han sido objeto de especulación clínica e investigación empírica durante cien años —y de mi propio trabajo durante un cuarto de siglo—, ha sido en las últimas dos décadas cuando el increíble misterio de la psicopatía ha empezado a revelarse.

Cuando acepté escribir este libro sabía que sería difícil presentar datos y argumentos científicos de manera que el público los entendiese. Me hubiese sido más cómodo seguir en mi torre de marfil académica, al solaz de esotéricas discusiones con mis colegas de investigación, escribiendo libros y artículos técnicos. Sin embargo, en los últimos años hemos asistido a un espectacular aumento de la divulgación de las manipulaciones y depredación de los psicópatas. Los informativos muestran cada día más noticias sobre crímenes violentos, escándalos financieros y violaciones del deber público. Incontables películas y libros nos cuentan historias sobre asesinos en serie, artistas de la estafa y miembros del crimen organizado. Aunque algunos de estos retratos corresponden a personalidades psicopáticas, muchos otros no, y los medios de comunicación, la industria del espectáculo y el público no los distinguen siempre. Incluso aquellos miembros del sistema judicial —abogados, psiquiatras y psicólogos forenses, trabajadores sociales, agentes de la libertad condicional, policías, personal de correccionales— que trabajan a diario con psicópatas saben poco realmente acerca del tipo de personas con las que tratan. Este fracaso a la hora de distinguir entre delincuentes que además son psicópatas de los que no lo son tiene terribles consecuencias para la sociedad, tal y como demuestra este libro. En un ámbito más personal, es probable que uno se tropiece dolorosamente con un psicópata a lo largo de la vida. Por nuestro bienestar físico, psíquico y financiero es crucial que sepamos identificar al psicópata, protegernos de él y minimizar el daño que nos pueda hacer.

La mayoría de la bibliografía científica sobre psicopatías es técnica, abstracta y difícil de seguir por aquellos que carecen de estudios sobre el tema. Mi objetivo es traducir esa literatura y hacerla accesible, no sólo al público general sino a los miembros del sistema judicial y sanitario. He intentado no simplificar demasiado y no repetir lo que ya se sabe. Espero que los lectores interesados usen las notas a pie de página para llegar a un conocimiento más profundo del tema.

El enfoque científico de este libro refleja mi formación en psicología experimental y psicofisiología cognitiva. Algunos lectores pueden criticarme por no haber dado mucho espacio a los procesos psicodinámicos, tales como procesos y conflictos inconscientes, mecanismos de defensa y demás. En mi opinión, aunque en los últimos cincuenta años se han escrito muchos libros y cientos de artículos sobre la psicodinámica de la psicopatía, no han avanzado mucho en la comprensión de este trastorno. Esto es debido, en gran medida, a que la mayoría de los informes psicodinámicos sobre psicopatías son de tipo circular y no permiten el es-

tudio empírico. Sin embargo, recientemente, se han hecho esfuerzos por establecer una congruencia entre la especulación psicodinámica sobre psicopatía y las teorías y procedimientos de la ciencia de la conducta. Algunos de los resultados de ese trabajo son interesantes y a ellos hemos hecho referencia en este libro.

A lo largo de los años he tenido la suerte de tropezarme con magníficos asistentes y estudiantes de posgrado. Nuestra relación ha sido siempre de mutuo beneficio: yo les guío y les proporciono un ambiente de aprendizaje y ellos me dan ideas nuevas, chispa creativa y entusiasmo por la investigación, ingredientes fundamentales para construir un laboratorio vibrante y productivo. Sus contribuciones son evidentes si prestamos atención al número de publicaciones que salen de mi laboratorio. Debo dar las gracias especialmente a Stephen Hart, Adelle Forth, Timothy Harpur, Sherrie Williamson y Brenda Gillstrom, quienes han desempeñado un papel muy importante en mi pensamiento e investigación durante la última década.

Nuestra investigación ha recibido el apoyo de becas del Medical Research Council de Canadá, de The MacArthur Research Network on Mental Health and The Law y de la British Columbia Health Research Foundation. La mayor parte de esta investigación fue llevada a cabo en instituciones dirigidas por el Correctional Service de Canadá. Agradezco profundamente la cooperación del personal y de los reclusos de estas instituciones. Para proteger las identidades de los reclusos que participaron en la investigación he alterado detalles de casos específicos y he combinado varios casos en un solo relato.

Quisiera expresar mi agradecimiento a Judith Regan por animarme a escribir este libro y a Suzanne Lipsett por mostrarme cómo convertir material técnico en prosa legible.

Mi enfoque ha estado muy influido por el coraje, la determinación y la inteligencia de mi hija, Cheryl, y de mi hermana Noelle. Tengo una deuda especial con mi mujer y mejor amiga, Averil, quien, a pesar de tener una carrera muy exigente, encontró de alguna manera tiempo y energía para apoyarme en mi trabajo. Su calidez, juicio y sagacidad clínica me han mantenido feliz y mentalmente sano a lo largo de todos estos años.

INTRODUCCIÓN:
EL PROBLEMA

Hace varios años dos estudiantes de posgrado y yo entregamos un artículo a una revista académica. El artículo describía un experimento en el que se había usado un registro biomédico para controlar la actividad eléctrica del cerebro de varios grupos de hombres adultos mientras llevaban a cabo tareas lingüísticas. Registramos esta actividad en hojas de papel cuadriculado y recogimos una serie de ondas, lo que se denomina en terminología médica un electroencefalograma (EEG). El editor nos devolvió el artículo negándose a publicarlo. La razón, según nos dijo, era: «Francamente, hemos encontrado que algunas de las pautas de las ondas cerebrales descritas en este artículo son muy raras. Estos EEG no pueden proceder de personas reales».

Es verdad que algunos de nuestros registros de ondas cerebrales eran extraños, pero no los habíamos obtenido de alienígenas y, por supuesto, no nos los habíamos inventado. Los obtuvimos de una clase de sujetos que se pueden encontrar en toda raza, cultura, sociedad y estilo de vida. Todo el mundo ha conocido a uno de ellos, ha sido engañado o manipulado por ellos, se ha visto forzado a vivir con ellos o a reparar el daño que han producido. Esos sujetos, a menudo encantadores (aunque siempre de manera letal), tienen un nombre clínico: psicópatas. Su sello es una impresionante falta de conciencia; su juego es la autogratificación a expensas de la otra persona. Muchos pasan algún tiempo en la cárcel, pero muchos otros no. Todos toman más de lo que dan.

Este libro ataca de frente el tema de la psicopatía, lo trata tal y como es en realidad, un oscuro misterio con increíbles implicaciones en la sociedad; un misterio que finalmente está empezando a revelarse después de siglos de especulación y décadas de investigación empírica.

Para hacerse una idea de la magnitud del problema que tenemos delante, consideremos el dato de que en Estados Unidos hay al menos dos millones de psicópatas; en Nueva York viven por lo menos cien mil. Y éstas son estimaciones más bien optimistas. Si pensamos que la psicopatía es un problema aislado, esotérico, que afecta sólo a un reducido grupo de personas, nos equivocamos. La psicopatía nos toca prácticamente a todos.

Consideremos también que la prevalencia de la psicopatía en nuestra sociedad es la misma que la de la esquizofrenia, un trastorno devastador que provoca un malestar punzante tanto al paciente como a su familia. Sin embargo, el alcance del dolor personal y del malestar asociado con la esquizofrenia es pequeño comparado con la carnicería asociada a los psicópatas. Estos tejen una amplia red y prácticamente todo el mundo queda atrapado en ella de una manera u otra.

Las expresiones más obvias de la psicopatía —pero de ninguna manera las únicas— comprenden la violación flagrante de las normas sociales. No es sorprendente que muchos psicópatas sean considerados oficialmente como criminales, pero muchos otros se hallan fuera de las prisiones y usan su encanto y sus habilidades camaleónicas para abrirse camino en la sociedad y dejar un rastro de vidas arruinadas detrás de él.

Juntas, las piezas del rompecabezas forman la imagen de una persona autocentrada, insensible, sin remordimientos y con una total carencia de empatía y capacidad para entablar relaciones emocionales con los demás. Se trata de una persona que funciona sin las restric-

ciones que nos impone la conciencia. Si piensa en ello, se dará cuenta de que lo que falta en este perfil son las cualidades que nos permiten vivir en armonía social.

No es un cuadro muy bonito, y algunos expresan sus dudas de que pueda existir gente así. Para disipar esas dudas sólo necesita considerar los más espectaculares ejemplos de psicopatía que vemos en nuestra sociedad actual. Docenas de libros, películas y programas de televisión y cientos de artículos y titulares de periódicos nos cuentan la siguiente historia: los psicópatas están en un gran porcentaje entre los perfiles que describen los medios de comunicación —asesinos en serie, violadores, ladrones, timadores, maltratadores, criminales de cuello blanco, tiburones de la Bolsa, abogados perniciosos, barones de la droga, jugadores profesionales, miembros del crimen organizado, médicos a los que han retirado sus licencias, terroristas, líderes espirituales, mercenarios y hombres de negocios sin escrúpulos.

Lea el periódico bajo este enfoque y las claves del problema prácticamente le saltarán a los ojos. Más espectaculares son los asesinos a sangre fría que repelen y fascinan a un tiempo. Vea esta pequeña muestra de cientos de casos que se han llevado a la gran pantalla:

—John Gacy, un contratista de Des Plaines, Illinois, «Hombre del año» de la Cámara de Comercio de esa ciudad, solía entretener a los niños de su vecindario como «el payaso Pogo»; hasta tenía una foto junto a la esposa del ex presidente Carter, Rosalynn. En la década de 1970 asesinó a treinta y dos jóvenes y enterró los cuerpos debajo de su casa.[1]

—Charles Sobhraj, un ciudadano francés nacido en Saigón y descrito por su padre como un «destructor», se convirtió en estafador internacional, jugador, traficante y asesino, y dejó tras de sí un rastro de billeteras vacías, mujeres engañadas, turistas drogados y cuerpos sin vida por todo el sudeste de Asia en la década de 1970.[2]

—Jeffrey MacDonald, médico con los Boinas Verdes, asesinó a su mujer y a sus dos hijos en la década de 1970, y aseguró que los responsables de ello habían sido «drogadictos de ácido». Su caso atrajo la atención de la opinión pública e inspiró la redacción de un libro y la filmación de la película Fatal Vision.[3]

—Gary Tison, un asesino convicto, logró manipular magistralmente al sistema judicial usando a sus tres hijos para que le ayudasen a escapar de la prisión de Arizona en 1978. Su aventura como fugado dejó una cuenta de resultados macabra: seis personas muertas.[4]

—Kenneth Bianchi, uno de los «estranguladores de la colina» que violó, torturó y asesinó a una docena de mujeres en Los Angeles en la década de 1970, entregó a su primo y cómplice (Angelo Buono) a la policía y engañó a algunos expertos haciéndolos creer que tenía personalidad múltiple y que los crímenes los había cometido «Steve».[5]

—Richard Ramírez, un asesino en serie adorador de Satán, conocido como el «cazador nocturno», que se describía a sí mismo con orgullo como «diabólico», fue declarado culpable en 1987 de trece muertes y otros treinta delitos, entre los que se incluían el robo, la violación, la sodomía, la cópula oral y el intento de asesinato.[6]

—Diane Downs disparó a sus hijos para atraer a un hombre al que no le gustaban los niños. Sin embargo, se las arregló para aparecer ante los demás como la víctima del caso.[7]

---

1 Tim Cahill, Buried Dreams, Nueva York, Bantam Books, 1987.

2 Richard Neville y Julie Clarke, The Life and Crimes of Charles Sobhraj, Londres, Jonathan Cape, 1979.

3 Joe McGinniss, Fatal Vision, Nueva York, New American Library, 1989 (trad. cast.: Visión fatal, Barcelona, Ediciones B, 1997).

4 James Clarke, Last Rampage, Nueva York, Berkley, 1990.

5 Darcy O'Brien, Two of a Kind: The Hillside Stranglers, Nueva York, New American Library, 1985.

6 Clifford Linedecker, Night Stalker, Nueva York, St. Martin's Press, 1991.

7 Ann Rule, Small Sacrifices, Nueva York, New American Library, 1987 (trad. cast.: Pequeños sacrificios, Barcelona, Ediciones B, 1993).

—Ted Bunty, el asesino en serie norteamericano por excelencia, fue el responsable del asesinato de doce jóvenes a mediados de la década de 1970. En el juicio declaró haber leído demasiada pornografía y que una «entidad maligna» había usurpado su conciencia. Recientemente fue ejecutado en el Estado de Florida.[8]
—Clifford Olson, un asesino en serie canadiense, persuadió al gobierno para que le pagase 100.000 dólares a cambio de revelar dónde había enterrado a sus jóvenes víctimas. Olson es del tipo de psicópata que hace todo lo que puede para ver su foto en los periódicos.[9]
—Joe Hunt, un experto manipulador que ideó a principios de la década de 1980 un fraudulento sistema de inversiones para jóvenes (popularmente conocido como el Club de los Chicos Billonarios) en Los Angeles, se especializó en timar a millonarios y estuvo implicado en dos asesinatos.[10]
—William Bradfield, profesor de literatura clásica, fue declarado culpable del asesinato de una colega y sus dos hijos.[11]
—Ken McElroy «robó, violó, quemó, disparó y mutiló a ciudadanos de Skidmore, Missouri, sin conciencia ni arrepentimiento» durante años, hasta que murió de un disparo en 1981 ante la mirada de cuarenta y cinco personas.[12]
—Colin Pitchfork, un exhibicionista inglés, violador y asesino, fue el primero en ser declarado culpable a partir de la evidencia del ADN.[13]
—Kenneth Taylor, un mujeriego dentista de Nueva Jersey, abandonó a su primera mujer, intentó asesinar a su segunda esposa, propinó una salvaje paliza a la tercera durante su luna de miel en 1983 y la mató de una paliza al año siguiente. Más tarde escondió el cuerpo en su coche y visitó a sus padres y a su segunda esposa para declarar después que había matado a su mujer en defensa propia porque ella le atacó tras descubrir que había estado abusando sexualmente de su pequeño hijo.[14]
—Constantine Paspalakis y Deidre Hunt grabaron la tortura y asesinato de un joven. Ahora se encuentran a la espera de su propio final en el corredor de la muerte.[15]

Los sujetos de esta índole y los terribles crímenes que cometen atrapan, sin duda, nuestra atención. Muchas veces comparten su macabro protagonismo con asesinos que parecen tener serios problemas mentales: por ejemplo, Ed Gein, un asesino psicótico que despellejaba y se comía a sus víctimas;[16] Edmund Kemper, sádico sexual y necrofílico que mutilaba y desmembraba a sus víctimas;'[17] David Berkowitz, el «Hijo de Sam», que asaltaba a jóvenes parejas en aparcamientos de coches,[18] y Jeffrey Dahmer, el «monstruo de Milwaukee», que fue declarado culpable de torturar, asesinar y mutilar a quince hombres y niños, y que fue sentenciado a quince cadenas perpetuas consecutivas.[19] Aunque muchos de estos asesinos a veces son declarados mentalmente sanos —como Kemper, Berkowotz y Dahmer—, sus innombrables actos, sus grotescas fantasías sexuales y su fascinación con el poder, la tortura y la muerte ponen a prueba cualquier definición de salud mental.

---

8 Ann Rule, The Stranger Reside Me, Nueva York, Signet, 1980.
9 Ian Mulgrew, Final Payoff, Toronto, Ontario, Seal Books, 1990.
10 Sue Horton, The Billionaire Boys Club, Nueva York, St. Martin's Press, 1989.
11 Joseph Wambaugh, Echoes in the Darkness, Nueva York, Bantam Books, 1987.
12 Harry MacLean, In Broad Daylight, Nueva York, Del], 1988.
13 Joseph Wambaugh, The Blooding, Nueva York, Bantam, 1989.
14 Peter Maas, In n Child's Nana, Nueva York, Pocket Books, 1990. Película de televisión, CBS, 17 de noviembre de 1991
15 Gary Provost, Perfect Husband, Nueva York, Pocket Books, 1991
16 Dirk Johnson, «Jury weary after gruesome testimony», New York Times Service, 17 de febrero de 1992.
17 Robert Gollmar, Edward Gein, Nueva York, Pinnacle Books, 1981
18 Margeret Cheney, The Co-ed Killer, Nueva York, Walker and Company, 1976.
19 Lawrence Klausner, Son of Sam(, Nueva York, McGraw-Hill, 1981

Los asesinos psicopáticos, sin embargo, no están locos, según los cánones legales y psiquiátricos. Sus actos no son el resultado de unas mentes trastornadas, sino de una racionalidad calculadora combinada con una incapacidad escalofriante para tratar a los demás como seres humanos pensantes y sensibles. Su conducta incomprensiblemente amoral, dentro de una personalidad aparentemente normal, nos asombra y atemoriza.

Por muy inquietantes que sean estos hechos, debemos esforzarnos por mantener cierta perspectiva, debido a que la mayoría de los psicópatas se las arregla para no asesinar a la gente. Si prestamos demasiada atención a los ejemplos más brutales y llamativos, corremos el riesgo de no ver el cuadro completo: los psicópatas que no asesinan pero que están presentes en nuestras vidas. Es más probable que un hábil timador nos robe nuestros ahorros que nos quite la vida un asesino de ojos de tiburón.

De todas formas, los casos extremos son para nosotros de un valor considerable. Suelen estar bien documentados, nos alertan del hecho de que tales gentes existen y de que antes de que los atrapasen eran parientes, vecinos y compañeros de trabajo, como lo somos nosotros también. Estos ejemplos ilustran el factor fundamental implicado en la psicopatía: una profunda incapacidad para preocuparse por el dolor y el sufrimiento ajeno, es decir una total falta de empatía, el requisito previo para el amor.

En un intento desesperado por explicar esta carencia, examinamos la vida familiar de estas personas, pero no encontramos mucha ayuda en ello. Es cierto que las infancias de algunos psicópatas se caracterizaron por la carencia emocional y material o los abusos físicos, pero por cada psicópata adulto con una infancia penosa nos encontramos otra con un hogar aparentemente cálido, con hermanos normales, capaces de amar y cuidar a los demás. Más aún, la mayoría de las personas que han tenido infancias terribles no se convierten en psicópatas o asesinos. Aunque en otras áreas del desarrollo humano sí sucede que las personas objeto de abusos y violencia se convierten en adultos violentos y abusadores, no sucede así con la psicopatía. Existen explicaciones más profundas, más aclaradoras de por qué nace la psicopatía. Este libro es el resultado de mis veinticinco años de búsqueda de respuestas a esas preguntas.

Una gran parte de esta búsqueda ha consistido en desarrollar los medios necesarios para identificar a los psicópatas que habitan a nuestro alrededor. Porque, si no somos capaces de distinguirlos, estamos destinados a ser sus víctimas, como individuos y como sociedad. Para obtener un ejemplo muy común de lo que decimos pensemos en aquellos asesinos convictos que, una vez en libertad condicional, no tardan en cometer un acto delictivo de nuevo. Preguntan con incredulidad: «¿Por qué han dejado salir a tal persona?». Su asombro se convertiría fácilmente en indignación si supiesen que, en muchos casos, el atacante era un psicópata cuyo violento comportamiento suele repetirse sin remisión y que la autoridades hubieran debido preverlo (incluido el comité de concesión de la libertad condicional). Espero que este libro ayude al público en general y a la justicia a comprender la naturaleza de la psicopatía, la magnitud del problema que supone y los pasos que hay que seguir para reducir su devastador impacto en nuestras vidas.

Capítulo 1
EN LA PIEL DEL PSICÓPATA

> Pude ver cómo caía un oscuro hilillo de sangre de la boca de Halmea, cómo resbalaba por la sábana hacia la parte de su cuerpo que quedaba bajo Hud. No me moví, ni siquiera parpadeé, pero entonces vi a Hud de pie, sonriéndome; estaba abrochándose la hebilla del cinturón. «¿A que es una patatita dulce?», dijo. Se puso a silbar y a meterse los bajos del pantalón por dentro de sus botas altas de cuero rojo. Halmea enroscó su cuerpo pegada a la pared...
>
> LARRY MCMURTY, Horseman, Pass By

A lo largo de los años me he ido acostumbrando a la siguiente experiencia. En una reunión de amigos o en una comida de trabajo, un compañero me pregunta cortésmente sobre mi especialidad clínica. Yo le doy un breve esbozo de lo que es un psicópata, de sus rasgos diferenciadores. Invariablemente, alguien me mira pensativo y dice: «Señor, esto me suena mucho a un caso que conozco...» o «¿Sabes?, nunca lo había pensado, pero la persona que estás describiendo es igual que mi cuñado».

Estas atribuladas respuestas no se limitan al reino de las relaciones sociales. De forma casi rutinaria, recibo llamadas a mi laboratorio de personas que describen a sus maridos, a sus hijos, a un empresario o a un conocido cuya inexplicable conducta les ha causado profundo dolor durante años.

No hay nada que nos indique más claramente la necesidad de reflexión y estudio de la psicopatía que estas historias reales de desesperación y malestar. Las tres que exponemos en este capítulo facilitan la comprensión de esa característica de la psicopatía de que «algo va mal, pero no sé exactamente qué».

Uno de los relatos corresponde a una experiencia carcelaria, como la mayoría de los estudios sobre psicópatas (por la sencilla razón de que es en la cárcel donde hay más psicópatas, además de la información necesaria para evaluarlos).

Las otras dos historias están tomadas de la vida real, ya que los psicópatas no se encuentran sólo entre la población carcelaria. Padres, hijos, esposas, amantes, compañeros de trabajo y todo tipo de víctimas sin suerte intentan en estos momentos manejar el caos y la confusión que causan los psicópatas e intentan entender qué pretenden. Muchos de los lectores encontrarán un gran parecido entre las personas que figuran en estos ejemplos y aquellos que les han hecho pasar un infierno en algún momento de su vida.

Ray

Después de obtener el master en psicología a principios de la década de 1960, busqué un trabajo para alimentar a mi mujer y a mi pequeña hija y para pagar mis estudios posterio-

res. Sin haber trabajado nunca antes en una prisión me encontré siendo el único psicólogo de la Penitenciaría de British Columbia.

No tenía experiencia profesional ni como psicólogo ni especial interés en psicología clínica o criminología. La penitenciaría de máxima seguridad, cerca de Vancouver, era una enorme institución que albergaba a esa clase de criminales de los que sólo había oído hablar en la tele. Decir que me hallaba en un medio poco familiar para mí es un eufemismo.

Empecé a trabajar bastante desorientado, sin ningún programa de formación o mentor que me informase en qué consistía eso de ser psicólogo de prisiones. El primer día conocí al director y al personal administrativo, todos con uniforme y algunos con armas al cinto. La prisión estaba dirigida al estilo militar e incluso se suponía que yo debía llevar también un «uniforme» consistente en una americana azul, pantalones de franela gris y zapatos negros. Logré convencer al director de que esa indumentaria no era necesaria, pero insistió en que al menos me hicieran un traje en la tienda de la prisión y me enviaron allí para tomarme las medidas.

El resultado fue el primer signo de que no todo estaba tan ordenado ahí dentro: las mangas de la americana eran demasiado cortas, las perneras de los pantalones de diferente medida y los zapatos, cada uno de un número. Esto último me sorprendió bastante porque el recluso que me midió los pies había sido extremadamente meticuloso a la hora de medirlos; incluso dibujó la silueta en una hoja de papel. ¿Cómo pudo hacer dos zapatos de diferente medida? No pude dejar de asumir que me estaban dando una especie de mensaje.

Mi primer día de trabajo estuvo lleno de incidencias. Me enseñaron mi despacho: una inmensa área en la planta de arriba de la prisión, un lugar muy distinto de la acogedora madriguera que yo hubiera querido tener. Estaba aislado del resto de la institución y tenía que pasar por una serie de puertas cerradas a cal y canto para llegar hasta allí. En la pared más cercana al escritorio había un sospechoso botón rojo. Un guardia que no tenía ni idea de lo que era un psicólogo de prisiones —algo que yo tampoco sabía, todo hay que decirlo— me dijo que era el botón de emergencias, pero que si alguna vez tenía que apretarlo no confiase en que la ayuda fuese a llegar muy rápido.

El psicólogo que me precedió había dejado una pequeña biblioteca en la oficina. Consistía principalmente en libros sobre test de psicología, tales como el test de Rorschach o el test de Percepción Temática. Conocía aquellas pruebas, pero no las había usado nunca, de manera que esos manuales sólo reforzaron mi sensación de que no las tenía todas conmigo.

No llevaba ni una hora en el despacho cuando llegó mi primer «cliente». Era un hombre alto, delgado, de cabello oscuro y de unos treinta años. El aire en torno a él era denso y me miró a los ojos de una manera tan intensa y directa como nadie lo había hecho antes. Su mirada no cesaba (quiero decir que no descansaba la vista mirando al vacío de tanto en tanto, como se suele hacer habitualmente).

Sin esperar una introducción, el recluso —le llamaré Ray— empezó la conversación: «Hey, doctor, ¿cómo anda? Mire, tengo un problema. Necesito su ayuda. Me gustaría hablar de ello».

Con todas las ganas del mundo de estrenarme como psicoterapeuta, le pregunté en qué podía ayudarle. En respuesta, sacó un cuchillo y lo blandió delante de mi nariz, sonriendo y con la mirada fija en mis ojos. Mi primer pensamiento fue darle al botón rojo, pero éste se hallaba en el campo de visión de Ray y sin duda él sabía para qué servía. No lo toqué; quizá porque tuve la sensación de que sólo me estaba poniendo a prueba o quizá porque sabía que ello podía precipitar su ataque.

En cuanto vio que no iba a apretar el botón, me explicó que el cuchillo no iba dirigido a mí sino a otro recluso que le había hecho insinuaciones a su «protegido», un término carcelario que designa al miembro pasivo de una relación homosexual. Yo no sabía por qué me decía esto a mí, pero pronto sospeché que me estaba poniendo a prueba de nuevo, estaba intentando adivinar qué clase de funcionario era yo. Si no mencionaba el incidente a la dirección, violaría una de las reglas más estrictas de la prisión: la de dar parte de la posesión de un arma. Por otro lado, sabía que si informaba de ello, se correría la voz de que el psicólogo

no estaba del lado de los reclusos y mi trabajo sería más difícil incluso que antes. Al acabar aquella sesión, en la que me describió su «problema» no una vez sino varias, decidí no informar. Fue todo un alivio que, después de todo, Ray no atacase al otro recluso, pero se me hizo evidente que había caído en su trampa: había demostrado que podía saltarme reglas fundamentales de la cárcel a cambio de desarrollar una relación «profesional» con los reclusos.

Desde aquel primer encuentro, Ray se las arregló para hacer de mis ocho meses de trabajo en la prisión una experiencia lamentable. Sus constantes demandas de mi tiempo y sus intentos de manipularme para conseguir cosas eran inagotables. En una ocasión, me convenció de que quería aprender el oficio de cocinero —sentía que tenía cualidades para ello, que podría trabajar de cocinero cuando saliese de allí y que tenía buenas ideas para mejorar la comida de prisión, etc.— de manera que apoyé su petición de ser trasladado del taller de máquinas (donde, al parecer, había fabricado el cuchillo) a la cocina. Lo que no pensé es que ese destino era una golosa fuente de azúcar, patatas, fruta y otros ingredientes con los que se podía elaborar alcohol. Varios meses después de haber recomendado el traslado, hubo una repentina erupción en el suelo, bajo la mesa de trabajo del director. Cuando las cosas se calmaron, descubrimos un elaborado sistema subterráneo de destilación de alcohol. Alguna parte del alambique falló y provocó la explosión de uno de los recipientes. No era la primera vez que se descubría un artefacto como aquél en una prisión de máxima seguridad, pero la audacia de construirlo bajo el asiento del director sorprendió a muchas personas. Cuando se descubrió que Ray era el cerebro de la operación, tuvo que pasar algún tiempo en reclusión incomunicada.

Una vez fuera del «agujero», Ray apareció en mi oficina como si nada hubiese pasado para pedirme que le trasladase de la cocina al taller de coches: sentía que tenía una habilidad especial, tenía que prepararse para el mundo de ahí fuera, si sólo tuviese tiempo para practicar podría abrir su propio taller chapista una vez en la calle... Todavía me dolía haberle facilitado el primer traslado, pero, una vez más, me convenció.

Poco después decidí dejar la prisión para estudiar un doctorado en psicología. Un mes antes de irme, Ray casi me convenció para que le pidiese a mi padre, contratista de obras, que le emplease en su empresa (para conseguir la libertad condicional). Cuando mencioné este hecho a otros trabajadores de la prisión, no pudieron aguantarse la risa. Ellos sí conocían a Ray y sus planes de reforma y todos habían desarrollado una actitud escéptica con todo lo relativo a ese interno. Yo pensé que estaban cansados de trabajar en una cárcel, pero lo cierto es que tenían una visión de Ray mucho más realista que la mía —a pesar de mi oficio— La suya procedía de años de experiencia con gente como él.

Ray tenía una increíble habilidad para engañar, no sólo a mí, sino a todo el mundo. Podía hablar y mentir con una facilidad y un desparpajo que, a veces, desarmaba hasta al funcionario de prisiones más cínico y veterano. Cuando le conocí ya tenía una larga carrera delictiva a sus espaldas (y, como se demostraría más tarde, por delante); cerca de la mitad de su vida la había pasado en la cárcel y muchos de sus delitos habían sido violentos. A pesar de todo, me convenció de lo que quiso (y a otros con más experiencia también): de su voluntad de reforma, de que su interés por el delito había desaparecido en favor de la cocina, la mecánica, etc. Mentía sin interrupción y sin esfuerzo sobre cualquier tema y si le pillaba con una contradicción (que muchas veces hallaba al examinar su expediente), ni se inmutaba. Simplemente, cambiaba de tema. Finalmente, convencido de que no era el mejor candidato para la empresa de mi padre, rechacé su propuesta, y entonces lo que me sorprendió fue su capacidad para ser desagradable.

Antes de dejar la prisión para ingresar de nuevo en la universidad, todavía estaba pagando los recibos de mi Ford de 1958, lo cual me suponía un gasto demasiado alto. Uno de los funcionarios, que después llegaría a director, me ofreció cambiar su Morris Minor de 1950 por mi Ford y hacerse cargo de los pagos pendientes. Accedí y, a causa de que el Morris no estaba en muy buen estado, dejé el coche en el taller de reparaciones de la prisión —donde Ray todavía trabajaba (por cierto, gracias a mí)— Me pintaron el coche y pusieron el motor y la dirección a punto.

Con todas nuestras posesiones en la baca del coche y nuestro bebé en un capazo en el asiento de atrás, mi mujer y yo nos dirigimos a Ontario. Los primeros problemas surgieron poco después de dejar Vancouver: el motor parecía no funcionar demasiado bien. Más tarde, cuando encontramos algunas pendientes moderadas, el radiador empezó a calentarse. Un mecánico descubrió cojinetes en el carburador y nos dijo que uno de los manguitos había sido obstruido. Esos problemas los solucionamos rápidamente, pero el siguiente, que surgió mientras bajábamos una pronunciada colina, era más serio. El pedal del freno se volvió mullido y, de repente, se hundió hasta el suelo. Cuesta abajo y sin frenos. Afortunadamente, llegamos vivos hasta una gasolinera, donde comprobamos que alguien había cortado el cable del freno de manera que el coche perdiese la frenada poco a poco. Quizá fue coincidencia que Ray trabajase en el taller cuando me arreglaron el coche, pero no me cabe duda de que la «radio macuto» de la prisión le había informado de que ese automóvil era mío.

Mi tesis doctoral versó sobre los efectos del castigo en el aprendizaje y en el rendimiento del hombre. Mi búsqueda de información me llevó, por primera vez, a la bibliografía sobre psicopatía. No estoy seguro de si pensé en Ray en ese momento, pero las circunstancias de la vida me lo trajeron de nuevo a la mente poco después.

Mi primer empleo después de obtener el doctorado fue en la Universidad British Columbia, no lejos de la penitenciaría donde había trabajado unos años atrás. Durante la semana de matriculación, en aquella era precomputerizada, me hallaba sentado detrás de una mesa con otros colegas para matricular a los estudiantes, alineados en largas colas. Estaba registrando a un estudiante cuando mis oídos me advirtieron de que alguien hablaba de mí. «Sí, trabajé como asistente del doctor Hare en la penitenciaría durante todo el tiempo que pasó él allí, un año más o menos. Yo le llevaba todo el papeleo, le expliqué de qué iba el mundillo de la prisión y todo eso. Sí, me consultaba sobre los casos más difíciles. Hicimos un gran trabajo juntos.» Era Ray, haciendo cola en una de las filas.

¡Mi asistente! Me permití interrumpir su fluido discurso con un: «¿De veras?», esperando ver su cara de desconcierto. «Hey, doctor, ¿cómo va eso?», me dijo sin perder la compostura ni un instante. Un segundo después, ya estaba hablando de otra cosa. Después, comprobé su solicitud; era evidente que se había inventado los datos que allí figuraban (según aquello, había estudiado en varias universidades). En su favor hay que decir que no intentó apuntarse a una de mis clases.

Quizá lo que más me fascinaba de Ray era que, después de descubrirle, permaneció impasible (mi colega se tragaba el cuento de que había trabajado conmigo). ¿Qué era lo que, en su psicología, le daba a Ray el poder de saltarse la realidad, aparentemente sin ninguna preocupación ni reparo? Los siguientes veinticinco años me los pasaría intentando resolver esa cuestión.

La historia de Ray tiene algo de graciosa, después de tantos años. Menos divertidos son los casos de los cientos de psicópatas que he estudiado desde entonces.

> Llevaba pocos meses trabajando en la cárcel cuando la administración me envió a un recluso para que le hiciese unas pruebas clínicas. Mi diagnóstico iba destinado a la deliberación del comité que concedía la libertad condicional. El interno cumplía una condena de seis años por homicidio sin premeditación. Como en su informe no constaban los detalles de su delito, le pedí que me informase él mismo. Me dijo que el día de autos la hija pequeña de su novia había estado llorando durante horas y, como olía mal, se dispuso a cambiarle los pañales. «Se cagó en mi mano y perdí los nervios», dijo, en un burdo eufemismo de lo que realmente hizo. Y siguió: «La cogí por el pie, la levanté y la aplasté contra la pared». Por increíble que parezca, decía todo esto con una sonrisa en la cara. Me quedé asombrado de su tranquila exposición. No pude menos que pensar en mi propia hija y, con una actitud poco profesional, le eché de la consulta y no quise volverlo a ver.

> Es curioso lo que le pasó después a este hombre, según unos informes que obtuve hace poco de la misma prisión. Me enteré de que recibió la libertad condicional un año después de que yo abandonase la prisión y de que murió durante una persecución policial. Había atracado un banco. El psiquiatra de la cárcel le había diagnosticado psicopatía y recomendó que no se le diese la libertad condicional. No se puede realmente culpar al comité por no haber seguido el consejo del experto. En aquella época, los procedimientos de diagnóstico de la psicopatía eran vagos y poco seguros. Entonces, no se conocían las implicaciones de tal diagnosis para la predicción de la conducta. Como veremos, la situación es ahora bastante diferente y cualquier comité de concesión de la libertad condicional que no tenga en cuenta la posible psicopatía de los reclusos (y la tendencia a la reincidencia) corre el riesgo de cometer errores desastrosos.

Elsa y Dan

Le conoció en una lavandería de Londres. Ella pasaba un año sabático, descansando de su trabajo como profesora en Estados Unidos. Acababa de pasar por un traumático y agotador proceso de divorcio. Le había visto antes por el vecindario y cuando finalmente empezaron a hablar sintió como si ya le conociese. Era abierto y amigable y se cayeron bien desde el principio. Era muy gracioso.

Ella se sentía sola. El tiempo se presentaba horrible (caía aguanieve). Ya había visto todas las películas y todas las obras de teatro de la ciudad y no conocía ni a un alma en ese lado del Atlántico.

«Ah, la soledad del viajero —dijo Dan compasivamente mientras cenaban juntos— Es lo peor.»

Al acabar el postre, Dan se dio cuenta de que se había dejado la cartera en casa y tuvo un gesto de vergüenza. Elsa estaba encantada de poder invitarle. Después fueron al cine. En el pub, después de unas copas, él le dijo que era traductor para las Naciones Unidas. Viajaba por todo el mundo. En ese momento, estaba esperando que le enviasen a alguna parte.

Se vieron cuatro veces esa semana, cinco a la siguiente. Dan vivía en un piso en Hampstead, según dijo; sin embargo, no esperó mucho tiempo para trasladarse a casa de Elsa. Elsa se sorprendió a sí misma porque le encantaba la idea de que Dan fuese a vivir con ella. Ella no era tan lanzada. No sabía cómo había sucedido, pero después de tanta soledad, estaba pasando la mejor época de su vida.

Aun así, había detalles extraños, cosas de las que no hablaban y que habitaban en la cabeza de Elsa. El nunca la invitó a su casa; nunca conoció a sus amigos. Una noche trajo una caja llena de magnetófonos, envueltos en sus plásticos, directamente de la fábrica, y unos días más tarde habían desaparecido. En una ocasión, Elsa se encontró en casa tres aparatos de televisión apilados en una esquina. «Se los guardo a un amigo», fue todo lo que dijo Dan al respecto. Elsa le pidió más información y él simplemente se encogió de hombros.

La primera vez que Dan no acudió a una cita con Elsa, ella temía que hubiese tenido un accidente —siempre cruzaba las calles sin mirar, como una flecha.

No volvió a casa en tres días. Al final, Elsa se lo encontró, a media mañana, durmiendo en casa. La peste a perfume rancio y cerveza la puso enferma. El miedo a que le hubiese sucedido algo se trocó en algo nuevo para ella: celos incontrolables, desagradables, salvajes. «¿Dónde has estado? —gritó— He estado tan preocupada. ¿Dónde estabas?»

Recién levantado tenía un aspecto bastante agrio. «No me vuelvas a preguntar eso en la vida», respondió.

«¿Qué?»

«Dónde voy, qué hago, con quién estoy: eso no te Concierne, Elsa. No preguntes.»

Era una persona diferente. Pero un segundo después pareció recobrar la compostura, se desperezó, salió de la cama y se acercó a ella. «Sé que te duele —dijo en su antiguo tono

amable—, pero piensa en los celos como si se tratase de una gripe. Lo superarás. De verdad, amor, lo superarás.» Como una gata lamiendo a su cría, consiguió recuperar su confianza en él. Aun así, Elsa pensaba que lo que había dicho sobre los celos era de lo más extraño. Estaba segura de que él no había experimentado nunca el dolor de la confianza traicionada.

Una noche, ella le preguntó si le apetecía salir a comprarle un helado. Dan no respondía y cuando ella levantó la vista para mirarle vio una expresión de furia en su cara. «Siempre has tenido todo lo que has querido, ¿no? —dijo en un tono extraño, malicioso— Cualquier cosa que deseases, siempre saltaba alguien de la cama y corría a comprártelo, ¿verdad?»

«¿Estás bromeando? No soy así. ¿De qué estás hablando?» Dan se levantó de la silla y salió fuera. No lo volvió a ver jamás.

Las gemelas

El día en que las gemelas cumplieron 30 años, Helen y Steve repasaron el pasado de sus hijas con sentimientos encontrados. Cada uno de los logros de Ariel tenía su contrapartida en una conducta desagradable de Alice, impredecible, frecuentemente destructiva y a veces dispendiosa. Las niñas eran gemelas dicigóticas, pero tenían un parecido impresionante; sin embargo, sus personalidades eran tan difrentes como la noche y el día —quizá la metáfora más apropiada en este caso es que eran como el cielo y el infierno.

Después de tres décadas este contraste de caracteres había crecido. Ariel había llamado la semana anterior para compartir grandes noticias —los socios de su compañía le habían dicho que si seguía así, en cuatro o cinco años la incorporarían a la directiva— La llamada de Alice, o más bien la de su orientador psicológico, no era tan alegre. Alice y otra residente de su centro de reinserción habían abandonado la casa en medio de la noche y no las habían vuelto a ver. Ya habían pasado dos días. La última vez que esto ocurrió, Alice apareció en Alaska, hambrienta y sin un centavo. Por aquel entonces, sus padres va habían perdido la cuenta de las veces que le habían mandado dinero y arreglado todo para su vuelta.

No es que Ariel no hubiese dado problemas en su infancia y adolescencia, pero habían sido más o menos los normales. Cuando no se salía con la suya estaba de mal humor, hosca y sombría. Y fue peor durante su adolescencia. En la escuela secundaria había fumado cigarrillos y marihuana; después, abandonó la universidad en su segundo año porque pensaba que no valía para estudiar. En realidad, no encontraba su camino. Durante aquel año que pasó trabajando, sin embargo, decidió ingresar en la escuela de derecho y desde aquel momento ya nada la detuvo. Se concentró en lo que hacía, estaba fascinada por ello y demostró ser muy ambiciosa. Se licenció con notas excelentes, se especializó y encontró el trabajo que quería en la primera entrevista.

La infancia de Alice fue diferente. Siempre hubo algo un poco «fuera de sitio». Ambas chicas eran unas bellezas, pero Helen, su madre, estaba sorprendida de ver que incluso a la edad de 3 o 4 años Alice sabía cómo usar su encanto de niña pequeña para conseguir sus fines. Helen tenía incluso la sensación de que Alice sabía coquetear —se feminizaba cuando había hombres cerca—, aunque esas ideas sobre su hija le hacían sentir terriblemente culpable. Helen se sintió todavía peor cuando encontraron muerto a un gatito que les habían regalado. Había sido estrangulado en el jardín. Ariel estaba claramente triste; las lágrimas de Alice parecían un poco forzadas. Por mucho que intentó quitárselo de la cabeza, Helen no pudo evitar pensar que Alice había tenido algo que ver con la muerte del animal.

Las hermanas se peleaban como cualquier otro par de niños, pero, de nuevo, algo «estaba fuera de sitio» en la manera en que las gemelas acometían sus discusiones. Ariel estaba siempre a la defensiva; Alice era siempre la agresora y parecía experimentar cierto placer arruinando las cosas de su hermana. Fue un descanso para todos que Alice se marchase de casa a la edad de 17 años —al menos Ariel podría vivir en paz— Pronto se hizo evidente, sin embargo, que Alice, al independizarse, había descubierto el mundo y las drogas. Ahora no sólo era impredecible, impulsiva y capaz de las más terribles pataletas para conseguir sus objetivos, sino que se había convertido en una adicta y hacía cualquier cosa para mantener

su hábito, incluido el robo y la prostitución. Los tratamientos —10.000 dólares por tres semanas en una costosa clínica de New Hampshire— y las fianzas se convirtieron en una continua sangría para Helen y Steve. «Me alegro de que alguien en esta familia vaya a ser solvente», dijo Steve cuando oyó las nuevas de Ariel. Se preguntaba cuánto tiempo podría seguir apoyando económicamente a su hija. De hecho, había estado reconsiderando seriamente si debía sacarla siempre de la cárcel o no. Después de todo, ¿no era ella (y no Helen o él) la responsable de sus actos?

Helen era categórica al respecto: ninguna de sus hijas iba a pasar ni una noche en la cárcel (Alice ya había pasado bastantes, pero Helen prefería obviarlo) mientras ella estuviese viva y tuviese dinero para pagar la fianza. Se convirtió en una cuestión de responsabilidad: Helen creía que ella y Steve habían fallado en algo en la educación de Alice, aunque en treinta años de autoanálisis no pudo identificar cuál había sido el error. Quizás era algo subconsciente; quizá no se había alegrado lo suficiente cuando el médico le dijo que iba a tener gemelos. Podía ser que hubiese despreciado a Alice sin darse cuenta, pues era más fuerte que Ariel al nacer. Puede que, de alguna manera, ella y Steve hubiesen generado el síndrome de Jekyll y Hyde al insistir en que las chicas no vistiesen de la misma manera y fuesen a escuelas de baile y campamentos diferentes.

Quizás esto, quizá lo otro... pero Helen dudaba. ¿No comenten errores todos los padres? ¿Acaso no todos los padres muestran, sin darse cuenta, preferencias hacia un hijo, aunque sólo sea temporalmente? ¿Acaso no todos los padres se implican (y disfrutan) en el devenir de la vida de sus hijos? Sí, desde luego, pero no todos los padres se tienen que enfrentar con una Alice. Durante toda la infancia de las niñas, Helen intentó descubrir por qué su Alice se comportaba de esa manera. Había observado con atención a otras familias y se había dado cuenta de que había padres bastante poco atentos con sus hijos y sin embargo éstos eran estables y equilibrados. Desde luego, sabía que los padres abiertamente abusivos daban lugar a hijos trastornados, pero Helen estaba segura de que ellos no pertenecían a esa categoría.

Así que el trigésimo cumpleaños de sus hijas trajo a Helen y a Steve una curiosa mezcla de sentimientos: daban gracias a Dios por que sus hijas estaban físicamente sanas, estaban felices de que Ariel hubiese encontrado seguridad y plenitud en el trabajo y, por otro lado, sentían esa ansiedad ya familiar por los asuntos y el bienestar de Alice. Pero quizás el sentimiento más marcado que tuvieron aquella noche, al brindar por sus hijas ausentes, era que, después de tanto tiempo, nada había cambiado. ¡Por Dios! Estábamos en el siglo XX y se suponía que la ciencia debía saber cómo manejar estos asuntos. Existían píldoras para superar la depresión, tratamientos para controlar las fobias, pero ninguno de los médicos, psiquiatras, psicólogos, consejeros y trabajadores sociales que habían visto a Alice durante aquellos años pudo aportar una explicación o un antídoto a su problema. Nadie sabía a ciencia cierta si estaba mentalmente enferma. Después de treinta años, Helen y Steve se miraban a los ojos y se preguntaban tristemente: «¿Está loca? ¿O simplemente es mala?».

Capítulo 2
RETRATO ROBOT

> Te escogerá de entre la multitud, te desarmará con sus palabras y te controlará con su presencia. A ti te encantarán su ingenio y sus planes. Te lo hará pasar bien, pero piensa que después te pasará factura. Te sonreirá y te engañará y, luego, te atemorizará con su mirada. Y cuando haya acabado contigo, y ten por seguro que lo hará, te abandonará llevándose consigo tu inocencia y tu orgullo. Te dejará más triste, pero no más sabio, y durante mucho tiempo te preguntarás qué pasó y qué hiciste mal. Y, después, si otra persona así llama a tu puerta, ¿abrirás?
>
> De un escrito firmado por
> «UN PSICÓPATA EN LA CÁRCEL»

La cuestión sigue siendo la misma: «¿Alice está loca o es sencillamente mala?».

Esta cuestión ha preocupado, a lo largo del tiempo, no sólo a psicólogos y a psiquiatras, sino también a filósofos y a teólogos. Formulada formalmente, ¿está el psicópata mentalmente enfermo o es simplemente un transgresor que se da perfecta cuenta de lo que hace?

Esta pregunta no sólo es importante por su contenido literal, sino que también tiene una implicación práctica enorme: ¿el tratamiento o control del psicópata ha de recaer en los profesionales de la salud o en el sistema penitenciario?

En todo el mundo, jueces, trabajadores sociales, abogados, profesores de escuela, profesionales de la salud mental, médicos, educadores y el público en general —lo sepan o no— necesitan una respuesta.

La ramificación de la cuestión

Para la mayoría de la gente, la confusión y la incertidumbre que rodean al tema que nos ocupa empiezan con el propio término psicopatía. Esta palabra significa literalmente «enfermedad mental» (de psique, «mente», y pathos, «enfermedad»), y éste es el significado que encontramos en los diccionarios. La confusión aumenta por el uso indebido del término que hacen los medios de comunicación, ya que lo equiparan a «loco»: «La policía advierte de que un psicópata anda suelto» o «El tipo que la mató debe de ser un psicópata».

La mayoría de los investigadores y clínicos usan una acepción muy bien delimitada del término, distinta de las enumeradas anteriormente; saben que la psicopatía no debe entenderse como el resto de las enfermedades mentales. Los psicópatas no están desorientados ni viven en otro mundo. Tampoco experimentan alucinaciones o delirios o el intenso malestar que caracteriza a la mayoría de los trastornos mentales. A diferencia de los sujetos psicóti-

cos, los psicópatas son racionales y se dan cuenta de lo que hacen y por qué. Su conducta es el resultado de una elección libremente ejercida.

Por eso, si una persona con un diagnóstico de esquizofrenia rompe determinadas normas sociales —por ejemplo, mata a la primera persona que ve en respuesta a órdenes «recibidas de Marte o de una nave espacial»—, decimos que no es responsable de sus actos porque no está en sus cabales. Cuando a una persona se le diagnostica una psicopatía y rompe esas mismas normas, se le considera mentalmente sana y va a la cárcel.

Aun así, casi todo el mundo suele opinar que ciertos crímenes brutales, especialmente la tortura y el asesinato, son cosa de dementes, como ilustra la frase «se tiene que estar loco para hacer eso». Quizá sea cierto desde cierto punto de vista, pero no desde el enfoque psiquiátrico o legal.

Como dije antes, algunos asesinos en serie están locos. Por ejemplo, piénsese en Edward Gein,[20] cuyos terribles y extraños crímenes sirvieron de base para personajes de libros y películas como Psicosis, La matanza de Texas y El silencio de los corderos. Gein mataba, mutilaba y, a veces, se comía a sus víctimas y fabricaba grotescos objetos —lámparas, ropas, máscaras— con su piel y otras partes de sus cuerpos. Durante su juicio, los psiquiatras de la defensa y de la acusación estuvieron de acuerdo en que era psicótico; el diagnóstico psiquiátrico fue de esquizofrenia crónica y el juez lo envió a un hospital especial para criminales perturbados.

No obstante, la mayoría de los asesinos en serie no son como Gein. Puede que torturen, maten y mutilen a sus víctimas —una conducta increíble que pone a prueba nuestra concepción de la palabra «cordura»—, pero en la mayoría de los casos no hay evidencia de que estén trastornados, mentalmente confusos o de que sean psicóticos. Muchos de esos asesinos —Ted Bundy, John Wayne Gacy, Henry Lee Lucas, por nombrar algunos— han sido diagnosticados como psicópatas, lo que significa que están mentalmente sanos según los cánones psiquiátricos y legales actuales. Todos ellos fueron enviados a prisión y, en algunos casos, ejecutados. Pero la distinción entre asesinos trastornados y asesinos cuerdos pero psicópatas no está tan clara. Tal diferencia es el resultado de un debate de siglos de duración que, a veces, ha rayado en lo metafísico.

La terminología sobre el tema

Muchos investigadores, clínicos y escritores usan indistintamente los términos psicópata y sociópata. Por ejemplo, en su libro El silencio de los corderos, Thomas Harris describe a Hannibal Lecter como un «sociópata puro», pero el guionista de la película prefiere llamarlo «psicópata puro».

A veces, se usa el término sociopatía porque es menos probable que se confunda con psicoticismo o locura que la palabra que usamos nosotros: psicopatía. En su libro The Blooding, Joseph Wambaugh dice de Colin Pitchfork, un violador y asesino inglés: «[...] es una lástima que el psiquiatra no usase en su informe el término "sociópata" en vez de "psicópata", porque este último provoca cierta confusión. Creo que todo el mundo que tuvo algo que ver con el caso confundió la palabra [psicópata] con "psicótico"».

En muchos casos la elección del término refleja la visión del profesional de los orígenes y determinantes de este síndrome (o trastorno) clínico. Por consiguiente, algunos clínicos e investigadores, así como la mayoría de sociólogos y criminólogos, que creen que el síndrome está forjado por entero de factores sociales o experiencias infantiles prefieren el término «sociopatía», mientras que aquellos —incluido el autor—que entienden que también contribuyen elementos biológicos, psicológicos y genéticos usan el término «psicopatía». Un mismo individuo, por lo tanto, podría ser diagnosticado de sociópata por un experto y de psicópata por otro.

20 Robert H. Gollmar, Edward Gein, Nueva York, Windsor Publishing, 1981. El autor fue el juez del caso Gein.

Veamos el siguiente diálogo entre un delincuente (D) y uno de mis estudiantes de posgrado (E):

E: ¿Obtuvo alguna información de la psiquiatra de la cárcel que le evaluó?
D: Me dijo que era... no sociópata..., sino psicópata. ¡Qué gracia! Dijo que no me preocupase mucho porque hay muchos médicos o abogados psicópatas ejerciendo libremente por ahí. Yo le dije: «Ya, entiendo. Le voy a hacer una pregunta. ¿Si estuviese en un avión secuestrado, preferiría estar sentada a mi lado o al lado de un sociópata o neurótico que se caga en los pantalones y hace que nos maten a todos?». La psiquiatra de poco se cae de culo. Yo, si me tienen que diagnosticar, prefiero ser un psicópata que un sociópata.
E: ¿No es lo mismo?
D: No, no es lo mismo. Mira, un sociópata se comporta mal porque le han criado así. Quizá tiene algo en contra de la sociedad. Yo no tengo nada en contra. No guardo ninguna hostilidad. Yo soy como soy. Sí, creo que soy un psicópata.

Otro término que se supone que tiene el mismo significado que «psicópata» o «sociópata» es el de trastorno de personalidad antisocial, descrito en la tercera edición del Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM-III; 1980) de la American Psychiatric Association y su revisión (DSM-III-R; 1987), la biblia del diagnóstico de las enfermedades mentales.[21] El criterio diagnóstico del trastorno de personalidad antisocial consiste fundamentalmente en una larga lista de conductas antisociales o delictivas. La primera vez que apareció esta lista, el clínico medio no podía evaluar rasgos de personalidad como empatía, egocentrismo, culpabilidad, etc. El diagnóstico, por lo tanto, estaba basado en lo que los clínicos podían evaluar sin dificultad, esto es, conductas objetivamente desviadas.

Esta pluralidad de términos ha generado bastante confusión durante la pasada década; muchos clínicos han asumido por error que trastorno de personalidad antisocial y psicopatía son sinónimos. Tal y como figura en el DSM-III y en el DSM-III-R, y también en el DSM-IV (1994), «el trastorno de personalidad antisocial» se refiere fundamentalmente a un grupo de conductas delictivas y antisociales. La mayoría de los criminales cumplen los criterios para tal diagnóstico. «Psicopatía», en cambio, se define por un conjunto de rasgos de la personalidad y conductas socialmente desviadas. La mayoría de los criminales no son psicópatas y muchos de los sujetos que consiguen vivir al margen de la ley evitando la cárcel sí lo son. Recuerde esto si alguna vez tiene que consultar a un psicólogo o un orientador sobre un psicópata de su entorno. Asegúrese de que el profesional al que acude conoce la diferencia entre trastorno de personalidad antisocial y psicopatía.[22]

---

21 American Psychiatric Association, Diagnostic and Statistical Manual: Mental Disorders, 3ª ed. rev., Washington, DC, 1987 (trad. cast.: Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales: DSM-III-R, Barcelona, Masson, 1988). La cuarta edición (DSM-IV) se publicó en 1994 (trad. cast.: Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales: DSM-IV, Barcelona, Masson, 1996).

22 El problema no se resolvió con la publicación de la cuarta edición del DSM, en 1994. La American Psychiatric Association llevó a cabo estudios de campo para reevaluar los criterios diagnósticos del trastorno de personalidad antisocial. Una parte esencial de los estudios de campo era el uso de una versión de diez puntos del Psychopathy Checklist, descrito en los dos próximos capítulos. Aunque el estudio de campo confirmó que los rasgos de personalidad podían ser evaluados con fiabilidad, los criterios de diagnóstico del trastorno de personalidad antisocial en el DSM-IV son prácticamente los mismos que en el DSM-IIl-R. El estudio de campo del DSM-IV está descrito por R. D. Hare, S. D. Hart y T.J. Harpur, journal of Abnormal Psychology , nº 100, 1991, págs. 391-398. Se pueden encontrar más detalles y críticas del estudio de campo en W. J. Livesley (comp.), The DSM-IV Personality Disorders, Nueva York, Guildford, 1995.

Una visión histórica

Uno de los primeros clínicos en escribir sobre psicópatas fue Philippe Pinel, un psiquiatra francés de principios del siglo XIX. Este solía usar el término enfermedad mental sin delirio para describir una pauta de conducta caracterizada por una marcada implacabilidad y una completa falta de restricciones, una pauta que él consideraba distinta del «mal que los hombres hacen» de forma ordinaria.[23]

Pinel calificaba esta condición de moralmente neutra, aunque otros autores consideraban a estos pacientes de «moralmente enfermos», prácticamente auténticas personificaciones del diablo. Así empezó una discusión que duró muchas generaciones y que, hasta hace poco, ha enfrentado dos concepciones del fenómeno: los psicópatas están «locos» o son «malos» (incluso diabólicos).

> Doce del patíbulo es una película clásica que glorifica uno de esos sempiternos mitos de Hollywood: dale la vuelta a un psicópata y encontrarás a un héroe. El argumento de la película es el siguiente: a un grupo de convictos escogidos entre los más duros de pelar se le ofrecen dos opciones: acudir a una misión prácticamente suicida o pudrirse en la cárcel cumpliendo sus condenas. La tarea consiste en tomar un castillo en el que se halla instalado un comando de élite del ejército alemán. Qué duda cabe que, al final de la película, los doce toman el castillo y se les declara héroes, para el regocijo de múltiples generaciones de espectadores.
>
> El psiquiatra James Weiss, autor de All But Me and Thee, nos cuenta una historia muy diferente. Su libro trata de una investigación que llevaron a cabo durante la Segunda Guerra Mundial el brigadier general Elliot D. Cook y su asistente, el coronel Ralph Bing. Su trabajo consistió en determinar qué delitos habían cometido los dos mil presos militares de la Prisión del Ejército del Este de Cape Cod (Estados Unidos). Para ello, investigaron los hechos que tuvieron lugar en sus respectivas compañías en tiempo de guerra.
>
> Todas las historias, como cuenta Weiss, consistían en «el mismo triste relato». Por ejemplo, un soldado, al saber que su compañía iba a entrar en combate, se presta voluntario para volver a por suministros y nunca más se sabe de él. O un soldado que un día roba comida, al día siguiente un camión y al tercero se va a dar un paseo con él por el frente. Se trata de hombres completamente irresponsables con respecto a los intereses de sus compañeros y más proclives a buscar la gratificación instantánea que a atender a las reglas fundamentales de la prudencia en el combate. Esos hombres tenían muchas más probabilidades de morir—«Peterson [...] sacaba la cabeza cuando todo el mundo la escondía hasta que un francotirador alemán le metió una bala en medio de ella»— que de llevar a cabo un acto de heroísmo que comprendiese planear y emprender acciones tomadas conscientemente.
>
> Después de pasar por el tratamiento estético de Hollywood, los doce del patíbulo pueden pasar de criminales a héroes, parecer hombres nuevos, pero en la vida real, como Weiss concluye, lo que se produce es «una conversión por pura casualidad, si es que ésta sucede alguna vez» (James Weiss, Journal of Operation Psychiatry, n° 5, 1974, pág. 119).

---

23 El desarrollo histórico del concepto de «psicopatía» ha sido descrito con detalle por muchos autores. Yo he encontrado especialmente útiles los textos siguientes: Hervey Cleckey, The Mas off San,ly, 5ª ed., St. Louis, MO, Moshy, 1976; William McCord y Joan McCord, The Psyrhopath: An Essay on the Criminal Mind, Princeton, NJ, Van Noostrand, 1964; Theodore Millon, Disorders of Personality, Nueva York, Wiley, 1981 (trad. casi.: Trastornos de la personalidad, Barcelona, Masson, 1998).

La Segunda Guerra Mundial le dio al debate una nueva y práctica urgencia; ahora se requería más que una sencilla especulación. Primero, con el reclutamiento militar, se hizo necesario identificar, diagnosticar y tratar a esos individuos capaces de interferir o incluso destruir el estricto control militar, y este tema despertó el interés general. Pero el tema alcanzó más relevancia (aunque ominosa) ante la revelación de la maquinaria nazi de destrucción y exterminio a sangre fría. ¿Cuál era la dinámica de tal desarrollo? ¿Cómo y por qué tales individuos, incluso el que estaba a cargo de la nación, podían operar fuera de las reglas que la mayoría de la gente aceptaba como restricción de sus impulsos y fantasías más básicas?

Muchos escritores aceptaron el reto, pero ninguno tuvo el impacto de Hervey Cleckley. En su famoso libro, The Mask of Sanity, publicado por primera vez en 1941,[24] Cleckley llamaba la atención sobre lo que él veía como un funesto problema social, aunque ampliamente ignorado. Escribió con dramático detalle sobre sus pacientes y le dio al gran público la primera exposición detallada de la psicopatía. Por ejemplo, en su libro incluía notas sobre Gregory, un joven con un expediente delictivo larguísimo que no pudo matar a su madre porque no le funcionó el arma en el momento crucial:

> Sería imposible describir adecuadamente la carrera de este joven sin escribir cientos de páginas. Sus actos antisociales y la aparente trivialidad de su motivación, así como su incapacidad para aprender de la experiencia para adaptarse y evitar peligros inminentes que cualquiera podría ver, me hacen pensar que es un ejemplo clásico de personalidad psicopática. Creo muy posible que continúe comportándose como lo ha hecho hasta ahora y no conozco ningún tratamiento psiquiátrico que pueda influir en su conducta o ayudarle a adaptarse mejor (págs. 173-174).

Expresiones como «sagacidad o agilidad mental», «habla de modo muy ameno» o «encanto excepcional» salpican los textos de Cleckley. Este autor se dio cuenta de que, en la cárcel, un psicópata puede usar sus considerables habilidades sociales para persuadir a un juez de que debe ir a un hospital psiquiátrico. Una vez en el hospital, donde nadie le quiere —porque es demasiado molesto—, puede aplicar sus habilidades para obtener un permiso.

Intercaladas entre sus vivas descripciones clínicas se hallan las propias meditaciones de Cleckley sobre el significado de la conducta psicopática:

> El [psicópata] no está familiarizado con los hechos o datos que definen lo que podríamos llamar valores personales. Tiene una gran incapacidad para entender tales temas. Por ejemplo, le es imposible dedicarle el más mínimo interés a la tragedia o a la alegría humana representada en la literatura o el arte. También permanece indiferente a esas mismas emociones en la vida real. Belleza y fealdad (excepto de una manera muy superficial), bondad, maldad, amor, horror y humor no tienen significado para él, no le motivan. Le falta, desafortunadamente, la capacidad de ver que los demás se conmueven. Es como si estuviese ciego para ver el color, a pesar de su inteligencia y su apariencia humana. Además, todo ello no se le puede explicar porque no hay nada en su órbita de atención que se lo pueda hacer entender. Puede repetir las palabras y decir que sí lo entiende, pero ni siquiera él puede darse cuenta de que, en realidad, no entiende (pág. 90).

---

24 A no ser que se indique lo contrario, las referencias al trabajo de Cleckley están extraídas de la última edición de su libro The Mask of Sanity (5ª ed., St. Louis, MO, Mosby, 1976). El libro ya no lo edita Mosby, sino Emily S. Cleckley, Publishers.

El libro The Mask of Sanity tuvo una gran influencia en los investigadores de los Estados Unidos y Canadá durante la segunda mitad del siglo pasado y se convirtió en el marco de referencia de la mayor parte de la investigación científica sobre psicopatología que se llevó a cabo en aquella época. La mayor parte de esta investigación se ha centrado en encontrar lo que mueve o motiva al psicópata. En estos momentos, ya tenemos algunas de las claves para resolver el enigma. En este libro las describimos. Debido a que nuestro conocimiento sobre la devastación que producen los psicópatas en nuestra sociedad va en aumento, la investigación más actual se plantea un nuevo objetivo: el desarrollo de vías fiables para identificar a los psicópatas y así minimizar el riesgo que plantean a los demás. Esta tarea es de inmensa importancia tanto para los clínicos como para el público general. Mi papel en esta búsqueda empezó en la década de 1960 en la Facultad de Psicología de la Universidad British Columbia. Como ya he relatado, mi creciente interés por la psicopatología emergió de una experiencia profesional en la cárcel para convertirse en el trabajo de mi vida. Y allí mismo, en esa cárcel donde trabajé de joven, conseguí iniciar mis tareas de investigación.

Identificar a los «auténticos psicópatas»

Un problema de la investigación en las prisiones es que los reclusos generalmente sospechan de los extraños, no se fían de ellos, especialmente de los universitarios. En mi primera investigación me ayudó un recluso que estaba en lo alto de la jerarquía de la cárcel, quien decidió que mi investigación no tendría consecuencias negativas para los participantes y que incluso podría ser de utilidad para entender la conducta criminal. Este recluso, un ladrón de bancos profesional, se convirtió en mi portavoz, me apoyó delante de los demás y transmitió el mensaje de que él mismo era un participante voluntario. El resultado fue que tuve una gran cantidad de voluntarios, tantos que esto generó su propio problema: ¿cómo iba a distinguir a los psicópatas auténticos de los que fingían serlo?

En la década de 1960, los psicólogos y los psiquiatras no se ponían de acuerdo en cuanto a lo que distinguía a un psicópata. El problema de la clasificación era un escollo importante. Estábamos intentando clasificar seres humanos, no manzanas o naranjas, y las características distintivas que nos preocupaban eran fenómenos psicológicos, bien escondidos a los ojos de la ciencia.

> En Florida, una mujer le compró un coche nuevo. En California, otra le compró una caravana.
>
> Quién sabe quién le compró algo más.
>
> Como describía el artículo del periódico, las proezas de Leslie Gall están resumidas en su nombre: Gall* lo dice todo.
>
> El «dulce estafador», como una de sus víctimas le llamaba, iba de viuda en viuda, sacándoles todo lo que necesitaba y más. Ellas le abrían su corazón y sus talonarios. «Con nervios de acero, encanto y una maleta llena de carnets de identidad falsos, sustrajo con alevosía miles de dólares a mujeres mayores que conocía en bailes y clubes sociales.» Al investigar su pasado, la policía californiana encontró una larguísima carrera delictiva que abarcaba el fraude, la falsificación y el robo.
>
> Cuando Gall advirtió que la policía le seguía los pasos, le dijo a su abogado que escribiese una carta a las autoridades de Florida diciendo que se entregaría si le garantizaban que sería puesto entre rejas en una cárcel canadiense.
>
> «Cuando la historia se hizo pública», escribió el reportero Dale Brazao, los teléfonos de la policía de California no pararon de sonar «con constantes llamadas de gente que afirmaba que Gall había timado a su madre o a su tía. "Tiene

* «Hiel», en castellano. (,V. del t.)

> ese tipo de cara que nos suena a todos [...] quién sabe cuántas víctimas más saldrán a la luz"».
>
> En estos momentos, Gall cumple una condena de diez años en una cárcel de Florida y se las da de humanitario. «Es verdad que les quité dinero, pero lo que yo les daba lo valía —decía— Satisfacía una necesidad. Les di afecto, atenciones, compañerismo y, en algunos casos, amor. [...] Hubo ocasiones en las que ni siquiera salíamos de la cama» (basado en artículos de Dale Brazao, Toronto Star, 19 de mayo de 1990 y 20 de abril de 1992).

En ocasiones he usado pruebas psicológicas estándares para identificar a reclusos psicopáticos, pero la mayoría de éstas dependen de lo que ellos mismos quieran confesar: por ejemplo, «miento: (1) fácilmente, (2) con alguna dificultad, (3) nunca». La población de reclusos con la que trabajaba estaba acostumbrada a tratar con psiquiatras y psicólogos y sabían lo que intentábamos obtener con las pruebas y las entrevistas. Generalmente, no veían razón alguna para revelar nada al personal de la prisión salvo que con ello pudieran obtener algo: ventajas frente al comité de la concesión de la libertad condicional, cambios en los trabajos carcelarios, una posible admisión a un programa de su interés, etc. Además, los psicópatas son auténticos expertos en distorsionar la verdad en su beneficio. Uno de sus fuertes es causar la impresión que desean.

Como resultado de ello, los informes de la prisión solían reflejar unas personalidades que no concordaban para nada con lo que todo el mundo sabía allí de los reclusos en cuestión. Recuerdo un informe en el que el psicólogo había utilizado una batería de pruebas para concluir que un asesino implacable era en realidad un sujeto amoroso y sensible que necesitaba el equivalente psicológico a ¡un afectuoso abrazo! El uso poco crítico de las pruebas de personalidad provocó (y todavía lo hace) que la bibliografía existente sobre la psicopatía tenga en la actualidad muy poco que ver con la realidad.

Un recluso nos proporcionó un prueba de por qué no hay que fiarse nunca de las pruebas psicológicas. Durante el curso de una entrevista con él en uno de mis proyectos de investigación, salió este tema. Me contó que las conocía, especialmente el autoinventario más usado por los psicólogos de prisiones, el Minnesota Multiphasic Personality Inventori [Inventario de Personalidad Multifásico de Minnesota] o MMPI. Resultó que el sujeto tenía en su celda un conjunto de libretos, hojas de respuesta, plantillas de corrección y manuales de entrevistas del MMPI. Con este material había establecido una especie de servicio de consultoría para los otros reclusos, a cambio de una remuneración, por supuesto. Determinaba qué tipo de perfil necesitaba cada cliente, dadas las circunstancias y objetivos, y después le entrenaba para que respondiese lo «correcto».

«¿Recién llegado a la prisión? Lo que necesitas es mostrar que estás un poco desequilibrado, quizá depresivo y ansioso, pero no tan desequilibrado que no puedas ser tratado. Cuando te quede poco para la fecha de la libertad condicional ven a verme de nuevo y lo arreglaremos para que muestres una mejora significativa.»

Incluso sin esa ayuda «profesional» muchos criminales son capaces de falsificar los resultados de las pruebas psicológicas sin demasiada dificultad. Recientemente, un recluso en uno de mis proyectos de investigación tenía un expediente institucional con tres perfiles de MMPI completamente diferentes. El primero, obtenido hace un año, sugería que el hombre era psicótico, el segundo que era perfectamente normal y el tercero que estaba ligeramente desequilibrado. Durante nuestra entrevista me dijo que pensaba que los psicólogos y psiquiatras son «cabezas huecas» que se creen todo lo que se les cuenta. Me confesó que la primera vez que falsificó una prueba consiguió un traslado a la unidad psiquiátrica de la cárcel, donde pensó que las cosas iban a ser más fáciles. Al constatar que la unidad no era de su agrado («demasiados talegueros mariquitas») consiguió que le pasasen otro MMPI, esta vez con un resultado normal, y fue trasladado al bloque principal. Poco después, decidió hacerse pasar por depresivo y ansioso y produjo un nuevo MMPI que reflejaba tales trastornos, por lo que le recetaron Valium, que vendía a los reclusos. La ironía aquí es que el psicólogo de la

cárcel se tomó en serio cada uno de los tres perfiles del MMPI. Para él los tres eran indicadores válidos del tipo y grado de desequilibrio del recluso.

Así pues, decidí lidiar con el problema de la clasificación utilizando no sólo pruebas que rellena el propio sujeto. Para conseguir más datos, reuní a un equipo de clínicos con experiencia en el trabajo de Cleckley. Su tarea consistiría en identificar a los psicópatas auténticos de entre los voluntarios mediante largas y detalladas entrevistas y el estudio cuidadoso de sus expedientes. A esos «evaluadores» les proporcioné la lista de características de la psicopatía de Cleckley para que la usasen como guía. Felizmente, comprobamos que hubo un gran acuerdo entre los clínicos, y los pocos desacuerdos que surgieron fueron resueltos con un pequeño debate.

De todas formas, los otros investigadores y clínicos no podían saber exactamente cómo hacíamos nuestros diagnósticos. Así que mis estudiantes y yo decidimos pasarnos más de diez años mejorando y refinando nuestros procedimientos para detectar psicópatas fuera de la población carcelaria. El resultado fue una herramienta de diagnóstico bastante fiable que cualquier clínico o investigador podía usar y que proporcionaba un perfil de un trastorno de la personalidad llamado psicopatía. A ese instrumento le pusimos el nombre de Psychopathy Checklist.[25] Por primera vez, aparecía un medio de medir y diagnosticar la psicopatía generalmente aceptado y de carácter científico. El Psychopathy Checklist se usa ahora en todo el mundo para ayudar a los clínicos a distinguir, con una eficacia razonable, los auténticos psicópatas de las personas que simplemente se saltan las normas.

---

25 Existen unos borradores del Psychopathy Checklist que estuvieron a disposición de los investigadores en 1980 y 1985. La versión más reciente se publicó en 1991 (véase la nota 1 del capítulo 3).

Capítulo 3
EL PERFIL: SENTIMIENTOS Y RELACIONES

¿Que si me importan los demás? Ésa es una pregunta difícil. Sí, supongo que sí... pero no dejo que mis sentimientos salgan a la superficie... Quiero decir, soy tan cálido y cariñoso como cualquiera, pero admitámoslo, todo el mundo trata de joderte... Tienes que mirar por ti mismo, aparcar tus sentimientos. Digamos que necesitas algo o... algien se mete contigo... quizá te intenta timar... te encargas del asunto... haces lo que tienes que hacer... ¿Me siento mal si tengo que herir a alguien? Sí, a veces. Pero la mayor parte de las veces es... bueno [risas] ... ¿Cómo te sentiste la última vez que aplastaste un chinche?

Un psicópata que cumple condena por secuestro, violación y extorsión

El Psychopathy Checklist nos permite identificar a los psicópatas con muy bajo riesgo de equivocarnos y distinguirlos de la delincuencia a secas o de meras desviaciones sociales. Sabemos que difícilmente confundiremos a aquellos que sencillamente no respetan la ley con los que tienen el trastorno del que hablamos. También nos proporciona un retrato detallado de las personalidad de los psicópatas a nuestro alrededor. En este capítulo y en el siguiente trataré de describir las características más notables de este trastorno, una por una. Este capítulo trata de los rasgos emocionales e interpersonales de la psicopatía y el capítulo 4 examina el estilo de vida inestable y antisocial de la psicopatía.

SÍNTOMAS CLAVE DE LA PSICOPATÍA

Emocionales / interpersonales	*De desviación social*
Mente simple y superficial	Impulsividad
Personalidad egocéntrica y presuntuosa	Poco control de su conducta
Falta de remordimientos o culpa	Necesidad de excitación
Falta de empatía	Falta de responsabilidad
Persona manipuladora y mentirosa	Problema de conducta en la infancia
Portador de emociones superficiales, banales	Conducta antisocial de adulto

Nota aclaratoria

El Psychopathy Checklist es una herramienta clínica compleja para el uso profesional.[26]

26 El Psychopathy Checklist es una publicación de Multi-Health Systems y está a la venta sólo para profesionales cualificados. Los puntos del Psychopathy deben responderse

Lo que sigue es un resumen general de los rasgos y conductas claves de los psicópatas. No use estos síntomas para diagnosticarse a sí mismo o a los demás. El diagnóstico requiere una formación específica y el acceso al manual de evaluación oficial. Si sospecha que algún cono-cido suyo tiene el perfil descrito aquí y en el próximo capítulo, es importante que busque y obtenga la opinión de un experto, un psicólogo o un psiquiatra forense (debidamente colegiados).

Por otro lado, tenga en cuenta que personas que no son psicópatas pueden tener algunos síntomas que describimos aquí. Muchas personas son impulsivas, simples, frías, insensibles o antisociales, pero eso no significa que sean psicópatas. La psicopatía es un síndrome: un conjunto de síntomas relacionados.

Mente simple y superficial

Los psicópatas son, muchas veces, ingeniosos y se expresan muy bien. Pueden ser conversadores amenos y divertidos, con respuestas rápidas e inteligentes. Frecuentemente, cuentan historias poco probables, pero de alguna manera nos convencen de su veracidad. Ellos siempre quedan bajo la mejor luz. Pueden ser muy efectivos a la hora de presentarse a los demás encantadores y amables. Para algunos, sin embargo, son demasiado pulidos, se les nota poca sinceridad. Los observadores más astutos suelen tener la impresión de que los psicópatas actúan, que mecánicamente «leen un guión».

Una de mis evaluadoras describió así una entrevista que tuvo con un recluso: «Me senté y saqué mi libreta de apuntes y la primera cosa que dijo fue qué ojos tan bonitos tenía. Durante la entrevista se las arregló para colar algunos piropos: por ejemplo, que mi pelo le parecía increíble. De manera que cuando hube acabado con la sesión, me sentía excepcionalmente... bien, muy guapa. Yo soy una persona suspicaz, especialmente en el trabajo y normalmente puedo detectar un tejemaneje. Cuando salí de allí, no podía creer lo fácilmente que me había manipulado».

Los psicópatas suelen contarnos todo tipo de historias que nos sorprenden a la luz de lo que sabemos de ellos. Es típico que intenten parecer que saben de sociología, psiquiatría, medicina, psicología, filosofía, poesía, literatura, arte o derecho. Una característica de este rasgo es que muchas veces se muestran como si no les importase que les descubran. Uno de nuestros informes describe a un recluso psicópata que afirmaba tener títulos de posgrado en sociología y psicología, cuando lo cierto es que no había acabado ni la secundaria. La mentira surgió durante la entrevista con una de mis estudiantes, que estaba realizando un doctorado en psicología; mi colaboradora nos informó después de que el interno parecía tan seguro de sí mismo a la hora de usar la terminología y los conceptos de la psicología que cualquiera no familiarizado con esta disciplina hubiese quedado impresionado. Es común encontrar entre los psicópatas variaciones sobre ese tipo de engaño: el del «experto».

> ¡Dick! Sagaz, listo. Si, eso había que reconocérselo. Cristo, era increíble cómo sabía «madrugar a un tipo». Como a aquel dependiente de la tienda de confecciones de Kansas City, Missouri, la primera elegida por Dick para «dar el golpe». En cuanto a Perry, que era novato en eso de hacer pasar un cheque, estaba tan nervioso que Dick tuvo que decirle:
> —Todo lo que quiero que hagas es que te quedes a mi lado. Que no te rías ni te sorprendas de nada de lo que yo te diga. Esas cosas hay que improvisarlas.
> Para lo que se proponían, Dick era al parecer la persona indicada. Entró con

---

combinando los resultados de una entrevista, la anamnesis del sujeto y los datos de archivo de que se dispongan. Sin embargo, algunos investigadores han obtenido evaluaciones óptimas usando solamente información de archivo de buena calidad (por ejemplo, G. T. Harris, M. E. Rice y C. A. Cormier. «Psychopathy and violent recidivism., Laws and Human Behaviour, n° 15, 1991, págs. 625-637).

desenvoltura y con desenvoltura presentó a Perry al vendedor, como «un amigo mío que está a punto de casarse», y siguió diciendo: «yo voy a ser testigo y le estoy ayudando a comprarse lo que le hace falta». [...] El vendedor «tragó el anzuelo» e inmediatamente se vio Perry quitándose los pantalones de dril para probarse un tétrico traje que el dependiente consideraba «ideal para una ceremonia informal» [...].

Después eligieron un equipo de chaquetas y pantalones menos serios, apropiados para lo que, según Dick, iba a ser una luna de miel en Florida.

—,Qué me dice? Un enano feo como éste va y encuentra un bombón que no sólo es un bombón sino que además está cargada de oro. Mientras que tipos como usted y como yo, con buena presencia [...].

El vendedor presentó la cuenta. Dick se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, frunció el ceño, hizo chasquear los dedos y exclamó:

—¡Puñeta! me he dejado el billetero en casa.

Frase que a su compañero le pareció tan poco original que creyó que no podría engañar «ni a un tonto negro recién nacido». Pero, al parecer, el vendedor lo creía porque cuando Dick sacó un cheque en blanco y lo firmó por ochenta dólares más del total de la cuenta, le entregó inmediatamente el cambio en efectivo.

TRUMAN CAPOTE, A sangre fría[*]

En su libro Echoes in the Darkness[27], Joseph Wambaugh describe con habilidad a un profesor psicópata, William Bradfield, capaz de engatusar a todo el mundo con su aparente erudición. A casi todo el mundo, en realidad. Aquellas personas con algún conocimiento en las disciplinas que Bradfield decía dominar le descubrían rápidamente. Una de esas personas decía de él: «Sus dos primeras frases sobre cualquier tema son buenas, pero va no da para más».

En realidad, no es siempre fácil determinar si un individuo es sincero o un estafador, especialmente cuando no lo conocemos. Por ejemplo, supongamos que una mujer conoce a un hombre atractivo en un bar y, mientras se toman una copa de vino, él dice lo siguiente:

Creo que he malgastado mucho tiempo en mi vida. Y es que no se puede volver atrás. He tenido épocas en las que he intentado hacer más cosas para vivir más, pero lo que sucede es que la vida pasa más rápido, no mejor. Ahora quiero vivir más lentamente, dar a los demás cosas que yo no he podido tener. Hacer que disfruten de la vida. No quiero decir darles emociones fuertes, sino sentido a su sida. Seguramente es algo que le daré a una mujer, aunque no tiene por qué ser necesariamente una mujer. Pueden ser los hijos de una mujer, o un anciano. Creo que... No, no creo, estoy seguro de que eso me haría muy feliz, me haría sentir que mi vida tiene mucho más sentido.

¿Le parece sincero alguien capaz de pronunciar estas palabras? ¿Las ha dicho convencido? Las dijo un hombre de 45 años con una horripilante carrera criminal, un sujeto con la puntuación más alta que se puede conseguir en el Psychopathy Checklist. Por cierto, entre sus delitos y faltas estaba haber maltratado a su mujer y abandonado a sus hijos.

En su libro Fatal Vision,[28] Joe McGinniss describe su relación con Jeffrey MacDonald, un médico psicópata condenado por matar a su mujer y a sus hijos:

* Barcelona. Anagrama, 1991.

27 Joseph Wambaugh. Echoes in the Darkness. Nueva York. Bantam Books. 1987.

28 Joe McGinniss, Fatal Vision, Nueva York, Signet, 1989 (trad. cast.: Visión fatal, Barcelona, Ediciones B, 1997).

> Durante los seis meses que siguieron a su arresto definitivo (quizá fueron siete u ocho meses), me debatía no sólo con la pregunta de si era o no culpable, sino también con otra que era todavía más preocupante: si realmente lo había hecho él, ¿cómo podía caerme bien? Pasé por la época más terrible que he vivido como escritor, porque él no paraba de rogarme que creyese en él, y era un hombre encantador y muy persuasivo (pág. 668).

Jeffrey MacDonald llevó a los tribunales a McGinniss por varias causas, incluido «por infligirme intencionalmente gran malestar emocional». El escritor Joseph Wambaugh testificó en el juicio y dijo lo siguiente de MacDonald, a quien consideraba un psicópata:

> Tenía una gran facilidad de palabra. [...] Creo que nunca he conocido a nadie con más facilidad de palabra. Me asombré por la manera en que contaba la historia. Describía hechos horrorosos con un detalle gráfico impresionante [...] con facilidad y soltura. [...] He entrevistado a docenas de personas que han sobrevivido a crímenes horribles, algunos inmediatamente después de los hechos y otros años después, incluidos padres de niños asesinados y nunca me he encontrado a alguien que pudiese describir algo así de una manera tan sosegada como el doctor MacDonald (pág. 678).

Personalidad egocéntrica y presuntuosa

«Yo. Yo. Yo... Para ella el mundo tenía que girar a su alrededor; no le bastaba con ser la estrella más brillante, sino que debía ser la única estrella», escribió Ann Rule de Diane Downs, quien en 1984 fue condenada por disparar a sus tres hijos pequeños: uno murió y los otros dos quedaron lesionados para siempre.[29]

Los psicópatas tienen una visión narcisista de la vida. Se creen el centro del universo, seres superiores a los que se debiera permitir vivir según sus propias normas. «No es que yo no cumpla la ley —decía uno de nuestros sujetos— Es que sigo mis propias leyes. Estas nunca las he violado.» Acto seguido describía sus normas como estrategias para «intentar ser a toda costa el número uno».

A otro psicópata condenado por robo, fraude y violación le preguntamos si tenía alguna debilidad y contestó: «No tengo ninguna, excepto que soy muy cariñoso». En una escala de 0 a 10 se daba a sí mismo un 10 rotundo. «Hubiese dicho 12, pero eso habría sido fanfarroneo. Si hubiera tenido una educación mejor habría sido un tipo brillante.»

La pomposidad de algunos psicópatas emerge, a veces de manera espectacular, ante el mismo juez. Por ejemplo, no es inusual que critiquen a su propio abogado y se quieran hacer cargo de su defensa, normalmente con resultados desastrosos. «A mi socio le cayó un año y a mí, por culpa del mierda de mi abogado, me cayeron dos», nos confesaba uno de nuestros sujetos. Más tarde, él mismo dirigió su apelación y vio cómo le aumentaban la condena en tres años.

Los psicópatas se presentan muchas veces de manera arrogante y fanfarrona, seguros de sí mismos, dogmáticos, dominantes y chulos. Les encanta tener poder y control sobre los demás y parecen incapaces de creer que los otros tienen opiniones válidas. Pese a todo, algunas personas creen que son individuos carismáticos o «electrizantes».

Los psicópatas raramente se avergüenzan de sus problemas legales, financieros o personales. Más bien los ven como baches temporales, resultado de la mala suerte, de amigos traicioneros o de una sociedad injusta o incompetente.

Aunque los psicópatas frecuentemente dicen tener unos objetivos específicos, no parecen comprender bien qué tendrían que hacer para alcanzarlos: no saben cómo llevar a cabo sus

29 Ann Rule, Small Sacrifices, Nueva York, New American Library, 1988, pág. 468 (trad. cast.: Pequeños sacrificios, Barcelona, Ediciones B, 1993).

planes y, de hecho, tienen pocas posibilidades de éxito debido a su poco interés por la educación y a su pasado delictivo. El recluso psicópata, cuando piensa en la libertad condicional, puede llegar a trazar unos planes vagos, como convertirse en un magnate de la construcción o en abogado de pobres. Un interno con pocos estudios consiguió registrar el título de la autobiografía que planeaba escribir y hacía castillos en el aire con la fortuna que ello le iba a reportar.

Los psicópatas piensan que sus habilidades les permitirán alcanzar cualquier objetivo que se propongan. Si se dan las circunstancias necesarias —oportunidad, suerte y víctimas propiciatorias— su pomposidad les da buenos resultados. Por ejemplo, es un hecho que el psicópata empresario suele pensar «a lo grande», pero con el dinero de los demás.

Encarcelado por allanamiento de morada, Jack recibió la máxima puntuación en nuestro Pstichopathy Checklist. Como es habitual, empezó la entrevista con un interés desacostumbrado por la cámara de vídeo. «,Cuándo veremos la cinta? Quiero ver cómo quedo, cómo lo he hecho.» Después inició un detallado recuento —de cuatro horas— de su currículum delictivo, con constantes expresiones de autodesaprobación: «Oh, sí, todo eso lo he dejado ya». Al principio nos habló de su carrera de estafador y ladrón de poca monta: «Cuanta más gente conoces, más puedes sacar, y realmente no son víctimas de nada. Siempre obtienen del seguro más de lo que les ha costado la póliza».

Además de pequeños hurtos, que le llevaron después al robo a mano armada, nos relató algunas de sus peleas: «Oh, sí, siempre he zurrado a mariquitas, desde los 14 años; pero no, nunca he hecho nada malo, como pegar a una mujer o a un niño. De hecho, adoro a las mujeres. Pienso que todas deberían quedarse en casa. Me gustaría que todos los hombres del mundo muriesen y quedase vivo sólo yo.

«Cuando salga, esta vez pienso tener un hijo —le contó Jack a nuestro entrevistador— Cuando tenga 5 años, echaré a la madre para criar al niño a mi manera».

Cuando le preguntamos cómo empezó su carrera delictiva dijo: «Fue cosa de mi madre, la persona más hermosa del mundo. Era fuerte y trabajaba duro para criar a sus hijos. Una bella persona. Empecé robándole las joyas cuando hacía quinto de primaria. Sabe? En realidad nunca llegué a conocer a esa zorra; nos separamos muy pronto».

Jack hacía esfuerzos por justificar su vida delictiva: «A veces tenía que robar para salir de la ciudad, sí, pero no soy un jodido criminal». Más tarde, sin embargo, recordó: «Hice dieciséis allanamientos en diez días. Era tremendo, me sentía realmente bien. Era como ser adicto y conseguir mi dosis».

¿Y dices mentiras, Jack?», le preguntó el entrevistador.

«Está de broma? Miento como respiro, hago tanto lo uno como lo otro.» El entrevistador de Jack, un psicólogo con experiencia en la administración del Psychopathy Checklist, describió la entrevista no sólo como la más larga de cuantas había hecho, sino también como la más entretenida. Jack era, según dijo, el interno más teatrero que se había encontrado. No expresaba ninguna empatía por sus víctimas y era evidente que le encantaba su vida delictiva. Parecía intentar impresionar al entrevistador con sus increíbles festines de irresponsabilidad. Jack hablaba por los codos, con la habilidad característica de los psicópatas de contradecirse a sí mismos de una frase a la siguiente. Su larga carrera entre rejas era muestra no sólo de su pasado delictivo sino también de su incapacidad para aprender de experiencias pasadas.

Igualmente impresionante era la incapacidad de Jack para hacer planes realistas. Aunque tenía un considerable sobrepeso y no estaba en absoluto en forma a causa de años de dietas carcelarias y comida basura, le contó al entrevistador con la seguridad de un joven atleta que tenía la intención de hacerse nadador profesional cuando abandonase la prisión. El plan era sencillo: viviría de sus triunfos, viajaría de competición en competición y se retiraría joven.

Jack tenía 38 años en el momento de la entrevista. No sabemos siquiera si había llegado a practicar la natación en su juventud.

Falta de remordimientos o culpa

Los psicópatas muestran una increíble falta de interés por los devastadores efectos que sus acciones tienen en los demás. Frecuentemente, lo admiten sin tapujos: no tienen sentimientos de culpa. No se arrepienten en absoluto del dolor y la destrucción que han causado y afirman que no hay razón para preocuparse.

Cuando se le preguntó a uno de nuestros sujetos si se arrepentía de haber golpeado a una de sus víctimas de robo (que tuvo que pasar tres meses en el hospital a causa de las heridas), respondió: «¡Sé realista! El se pasa unos meses en el hospital y yo me pudro aquí. Sólo le corté un poco. Si hubiese querido matarle le habría rebanado el cuello. Así soy yo; le di un respiro». Cuando se le preguntó si se arrepentía de cualquiera de sus delitos, dijo: «No me arrepiento de nada. Lo que está hecho, hecho está. Debe de haber alguna razón para que lo hiciese y eso es todo».

Antes de que lo ejecutasen, el asesino en serie Ted Bundy habló de sus sentimientos de culpa en varias entrevistas con Stephen Michaud y Hugh Aynesworth.[30] «Cualquier cosa que haya hecho en el pasado no me preocupa. ¡Intente tocar el pasado! Intente hacer algo con el pasado. No es real. ¡Es sólo un sueño!» (pág. 284). El «sueño» del que hablaba Bundy consistía en casi cien jóvenes muertas; no sólo se evadía de su pasado, sino que además había acabado con el futuro de sus jóvenes víctimas, una por una. «¿Culpabilidad? —repetía en la cárcel— Eso es un mecanismo que usamos para controlar a la gente. No es más que una ilusión. Se trata de un mecanismo de control social, y es muy insano. Nos perjudica seriamente. Y le aseguro que hay muchas otras maneras de controlar nuestra conducta que ese increíble uso de la culpabilidad» (pág. 288).

Por otro lado, los psicópatas a veces verbalizan cierto remordimiento, pero después se contradicen con sus acciones o incluso con declaraciones posteriores. Los criminales en la cárcel aprenden muy pronto que remordimiento es una palabra muy importante. Cuando se le preguntó a un joven interno si había tenido remordimientos después de cometer un asesinato, nos respondió: «Sí, seguro, tengo remordimientos». Cuando se le preguntaron más detalles sobre ello admitió que «no se sentía mal por dentro».

En otra ocasión me quedé sin habla ante la pervertida lógica de un recluso que decía que su víctima de asesinato se había beneficiado de su acción porque había aprendido «una dura lección sobre la vida».

Otro interno hablaba sobre un hombre al que había matado en un bar. Lo asesinó tras discutir quién pagaba la cuenta. «El tuvo toda la culpa —nos dijo— Cualquiera podía haber visto que esa noche yo no estaba de buen humor. «Quería fastidiarme?» Y añadió: «De todas formas, el tipo no sufrió. Una puñalada en una arteria es la manera más fácil de morirse».

La falta de remordimiento o culpa de los psicópatas está asociada con una notoria habilidad para racionalizar su conducta y así zafarse de la responsabilidad de sus acciones. Prácticamente en todos los casos causan aflicción a sus familias, amigos, compañeros y, por supuesto, a sus víctimas, pero ante esa evidencia, presentan excusas y, en algunos casos, niegan que haya sucedido nada.

> Jack Abbott alcanzó cierta notoriedad en los noticieros cuando el escritor Norman Mailer le ayudó en la publicación de su libro, En el vientre de la bestia: cartas desde la cárcel. Abbott no sólo alcanzó la fama por la colaboración de un conocido novelista y político, sino que también consiguió salir de la cárcel. Poco después de conseguir la libertad provisional, Abbott tuvo un altercado con un camarero en Nueva York que le pidió que abandonara el restaurante. Abbott se negó y los dos acabaron peleándose en la calle. El resultado fue que Abbott acuchilló al camarero, Richard Adan, que murió poco después a causa de las

30 Stephen G. Michaud y Hugh Aynesworth, Ted Bundy: Conversations with a Killer, Nueva York, New American Library, 1989.

heridas.

En A Current Affair, un programa de actualidad de aquella época, le preguntaron si sentía remordimientos: «Creo que ésa no es la palabra correcta. [...] Remordimiento implica que uno ha hecho algo mal. [...] Si le apuñalé yo, es que fue un accidente».

Abbott fue condenado por el crimen y enviado de vuelta a la cárcel. Algunos años después, la esposa de Adan le denunció por la vía civil y Abbott se defendió a sí mismo. Ricci Adan, la viuda de la víctima, describió cómo la trató Abbott en el estrado: «Me dijo que lo sentía y, acto seguido, de repente, me insultó».

«Todo el mundo en la sala sabía que me habían condenado injustamente», dijo Abbott al entrevistador de televisión. Con respecto a sus sentimientos conscientes sobre aquel incidente, debemos sacar conclusiones a partir de sus comentarios: «No sufrió, fue una herida limpia». Después se refirió a la vida personal del propio Richard Adan: «No tenía futuro como actor; lo más seguro es que hubiese acabado dedicándose a cualquier otra cosa».

The New York Times News Service (16 de junio de 1990) informó de que Abbott le había dicho a Ricci Adan que la vida de su marido «no valía ni un centavo». A pesar de ello, la viuda ganó el pleito y se le concedió una indemnización de más de 7 millones de dólares.

En muchos casos, cuando los interrogan, los psicópatas hablan de pérdida de memoria, amnesias, bloqueos, personalidad múltiple y locura temporal. Por ejemplo, existe una conocida película sobre Kenneth Bianchi, uno de los «Extraños de la colina» de Los Angeles, que pretende hacernos creer (de forma patética) que Bianchi tenía personalidad múltiple.[31]

Aunque a veces un psicópata admita haber llevado a cabo actos delictivos, minimizará en gran medida o incluso negará las consecuencias de los mismos en los demás. Un interno con una puntuación elevada en el Psychopathy Checklist decía que sus crímenes habían tenido en realidad un efecto muy positivo sobre sus víctimas. «Al día siguiente leía sobre alguna de mis travesuras en el periódico: un robo o una violación. Había entrevistas con las víctimas. Salían sus nombres en el periódico. Las mujeres decían cosas bonitas sobre mí, que era muy educado y considerado y muy meticuloso. No me pasaba con ellas, ya me entiende. Algunas hasta me daban las gracias.»

Otro sujeto, encarcelado por allanar y desvalijar veinte casas, dijo: «Claro que robé todo lo que pude. Pero, vamos, esos tipos tenían aseguradas hasta las pestañas; nadie salió herido, nadie sufrió. ¿Cuál es el problema? De hecho, les estoy haciendo un favor dándoles la oportunidad de cobrar el seguro. Sacaron más del seguro que lo que valía la basura que yo les robé. Siempre pasa igual».

En un giro irónico, los psicópatas se ven a sí mismos como las víctimas reales.

Al final fui yo el gilipollas, el chivo expiatorio [...] cuando me miro me veo a mí mismo más como la víctima que como el agresor.» Estas son palabras de John Wayne Gacy, un psicópata asesino en serie que torturó y asesinó a treinta y tres hombres y adolescentes y enterró sus cuerpos en el sótano de su casa.[32]

Hablando de esos asesinatos, Gacy se retrataba como la víctima treinta y cuatro. «Yo soy una víctima más; fui engañado durante toda mi infancia.» Se preguntaba a sí mismo si «habría alguien, en algún lugar, que pudiese entender qué dolor causaba ser John Wayne Gacy».

---

31 "The Mind of a Murderer", Frontline, PBS, 27 de marzo de 1984. Véase también D. O'Brien, Two of a kind: The Hillside Stranglers, Nueva York, New American Library, 1985, y J. Reid Meloy, The Psychopathic Mind: Origins, Dynamics and Treatments, Northvale, NJ, Jason Aronson, 1988.

32 Las citas son de Tim Cahill, Buried Dreams, Nueva York, Bantam, 1987.

Peter Maas escribió un libro sobre Kenneth Taylor, psicópata y dentista de profesión. En su luna de miel le dio una paliza a su mujer y, más tarde, la mató a golpes. Maas asegura que éste le confesó: «La amaba tan intensamente. [...] La echo mucho de menos. Lo que ocurrió fue una tragedia. He perdido a mi amante y a mi mejor amiga. [...] Por qué nadie entiende por lo que estoy pasando?».[33]

Falta de empatía

Muchas de las características que muestran los psicópatas —especialmente su egocentrismo, la falta de remordimientos, las emociones superficiales y la proclividad al engaño— están estrechamente asociadas a una profunda falta de empatía (o capacidad para construir un «facsímil» mental y emocional de la otra persona). Parecen incapaces de «ponerse en la piel» de los demás, excepto en un sentido puramente intelectual. Los sentimientos de los demás no son de su interés.

En algunos aspectos, son como los androides de ciencia ficción, no tienen emociones. Son incapaces de imaginar las experiencias humanas reales. Un violador que puntuaba muy alto en el Psychopathy Checklist confesó que le costaba empatizar con sus víctimas. «¿Están asustadas? Pero, mira, no lo entiendo del todo. Yo también he estado asustado y no era tan desagradable.»

Los psicópatas ven a la gente como meros objetos que les pueden dar gratificaciones. El débil y el vulnerable —de quienes se ríen más que otra cosa— son sus objetivos favoritos. «En el mundo del psicópata no existe el meramente débil —escribió el psicólogo Robert Rieber— El que es débil también es un imbécil, esto es, alguien que pide que le exploten.»[34]

«Qué pena. Qué mala suerte», dijo irónicamente un joven recluso cuando le dijeron que el chico al que había acuchillado en una pelea de bandas había muerto. E inmediatamente prosiguió, cada vez más explícito: «No me venga con esa mierda. Ese pequeño cerdo ha tenido lo que se merecía y no me preocupa en absoluto. Como puede ver —e hizo un gesto hacia los policías que le interrogaban—, ya tengo mis propios problemas aquí».

Para sobrevivir tanto física como psicológicamente, algunos sujetos normales desarrollan un grado de insensibilidad considerable hacia grupos de personas específicos. Por ejemplo, los médicos que son demasiado empáticos con sus pacientes no tardan en sentirse abrumados y su efectividad como profesionales disminuye. Para ellos es conveniente generar cierta insensibilidad hacia un grupo específico de personas. De la misma forma, los soldados, gángsters y terroristas son entrenados —con mucha efectividad, como ha demostrado la historia una y otra vez— para ver al enemigo como menos humano de lo que es, como un objeto sin vida interior.

Los psicópatas, sin embargo, muestran una falta de empatía general: con respecto a los derechos y al sufrimiento tanto de los miembros de su familia como de los extraños. Si mantienen sus vínculos con sus esposas e hijos es sólo porque los ven como posesiones, como sus aparatos de música o sus coches. La verdad es que es difícil evitar llegar a la conclusión de que algunos psicópatas están más preocupados por el funcionamiento de su coche que por sus seres «queridos». Uno de nuestros sujetos dejó que su novio abusase de su hija de 5 años porque «me tenía harta. Ya no podía practicar más sexo esa noche». A esa mujer le costaba entender por qué las autoridades le habían quitado a su hija. «Me pertenece a mí. Su bienestar es asunto mío.» De todas formas, no protestó mucho más, ciertamente no tanto como cuando le embargaron el coche, durante la vista de la custodia, por no haber pagado las multas de tráfico.

Debido a su incapacidad para apreciar los sentimientos de los demás, algunos psicópatas son capaces de una conducta que la gente normal encuentra no sólo horrible, sino también

---

33 Peter Maas, In a Child's Name, Nueva York. Pocket Books, 1990.

34 Robert Richer, Manufacturing Social Distress: The Psychopathy of Every day Life, Nueva York, Plenum, 1997.

desconcertante. Por ejemplo, pueden torturar y mutilar a sus víctimas con la misma actitud con la que nosotros trinchamos el pavo el día de Acción de Gracias.

Sin embargo, excepto en las películas y en las novelas, muy pocos psicópatas cometen ese tipo de crímenes, aunque siempre se trata de acciones devastadoras para sus víctimas: desangrar parasitariamente las posesiones, los ahorros y la dignidad de los demás; hablar y tomar todo lo que quieren de una manera agresiva; no preocuparse por las necesidades básicas de su familia, ni de su bienestar físico ni emocional; mantener relaciones sexuales impersonales y triviales sin freno; etc.

> Connie tiene 15 años y se halla entre la infancia y la edad adulta. A veces, en un solo día va y viene varias veces de niña a mujer. Es virgen, pero ya ha sintonizado con su incipiente sexualidad como si de una melodía familiar se tratase. Un caluroso día de verano su familia la deja sola en casa y un extraño acude a la puerta —un extraño que dice haberla estado observando.
>
> «Yo soy tu amante, cariño —le dice— Todavía no sabes qué es eso, pero pronto lo sabrás. [...] Lo sé todo de ti. [...] Yo te mostraré cómo es eso. Siempre soy muy cariñoso la primera vez. Te cogeré tan fuerte que no pensarás en escaparte ni hacer ver que no te gusta porque te darás cuenta de que no puedes resistirte. Y entraré dentro de ti, donde está tu secreto. Tú me lo entregarás y me amarás.» Ella responde: «Voy a llamar a la policía». Sin poder evitarlo se le escapa un taco y hasta eso suena forzado. Pero un segundo después ya está sonriendo de nuevo. Ella mira su extraña sonrisa. Es como si sonriese una máscara. Toda su cara es una máscara, pensó, desde la coronilla hasta el cuello. «Así es, cariño: sal fuera y daremos un paseo en mi coche. Pero si no sales ya, llegará tu familia y todo se va ir... Mi dulce niña de ojos azules», dice en un suspiro, como si se tratase de una canción, aunque en realidad Connie tiene los ojos marrones [...] (Joyce Carol Oates, «Where Are You Going, Where Have You Been?»).

Persona manipuladora y mentirosa

Mentir, engañar y manipular son talentos naturales para los psicópatas.

Dotados de una gran imaginación y centrados en sí mismos, los psicópatas parecen increíblemente ajenos a la posibilidad —o incluso a la certeza— de ser descubiertos. Cuando se les pilla con una mentira o se les inquiere con la verdad en la mano, casi nunca se avergüenzan o muestran perplejidad, simplemente cambian de historia o intentan reordenar los hechos de manera que parezcan consistentes con la mentira. El resultado es una larga serie de contradicciones y un cada vez más confuso oyente. La mayor parte de la mentira parece no tener otra motivación que lo que el psicólogo Paul Ekman llama «el divertimento del engaño».[35]

> «Soy una persona muy sensible. No puedo evitar enamorarme de esos niños», decía Genene Jones, condenada por asesinar a dos pequeños y sospechosa de haber matado a una docena más, como mínimo. Esta enfermera de San Antonio administraba drogas muy peligrosas a recién nacidos en una unidad de cuidados intensivos para después salvarlos y quedar como una heroína en su lugar de trabajo. Su «cautivadora presencia», su aire de suprema confianza y sus maneras convincentes, junto con su tapadera médica, le permitían ejercer su trabajo pese a que algunas personas ya sospechaban de su participación en muchas muertes infantiles y otros accidentes. En sus

35 Paul Ekman, Telling Lies, Nueva York, Norton, 1985 (trad. cast.: Cómo detectar mentiras, Barcelona, Paidós, 1999).

> conversaciones con el escritor Peter Elkind, Jones se quejaba de que «soy el chivo expiatorio porque soy un persona brusca. Mi lengua me ha metido en este lío —solía decir Genene con una sonrisa en la boca— y mi lengua me sacará de él». Como todos los psicópatas, mostraba una increíble capacidad para manipular la verdad para sus propios intereses. Al final de nuestra conversación —escribió Elkind— Genene me había contado la historia de su vida, la cual difería totalmente de los datos que yo había recogido sobre ella. Chocaba con la realidad no sólo con respecto a su culpabilidad, [...] sino en miles de detalles más, pequeños y sin importancia, aunque para su propia imagen eran cruciales. Genene se contradecía no sólo con respecto a lo que los demás decían de ella y a su voluminoso expediente, sino también con respecto a hechos que me contó años antes. [...] Para ella, la línea entre la verdad y la ficción, entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo incorrecto no importaba nada» (Peter Elkind, The Death Shift).

Los psicópatas parecen estar orgullosos de su habilidad para mentir. Cuando se le preguntó a una mujer con una puntuación muy alta en el Psychopathy Checklist si mentía con facilidad, rió y contestó: «Soy la mejor. Y soy tan buena mintiendo porque a veces admito algo malo sobre mí misma. Todo el mundo piensa, entonces, que si admito esto o lo otro el resto debe de ser verdad». También decía que algunas veces «añado un poco de sal» a la historia, un poco de verdad. «Si la gente piensa que algo de lo que dices es cierto, normalmente piensan que todo es cierto.»

Muchos observadores tienen la impresión de que los psicópatas no se dan cuenta de cuándo mienten; es como si las palabras cobrasen vida propia y el hablante no se da cuenta de que el oyente está al corriente de los hechos. La indiferencia del psicópata a ser descubierto es extraordinaria; hace que el oyente se plantee su propia capacidad psíquica. Por eso es tan frecuente que el oyente se crea la mentira.

En los talleres sobre psicopatía que organizamos para el personal sanitario y forense, solemos mostrar un vídeo en el que un recluso explica su vida. La sorpresa y el asombro están garantizados. El sujeto es un hombre bien parecido de veinticuatro años de edad, con un millón de planes para el momento de su salida de la prisión y un suministro de talentos inagotable. En rápida sucesión expresa convincentemente haber hecho lo siguiente:

—haber abandonado el hogar a la edad de 8 años;
—haber empezado a pilotar aviones a los 11 años; con licencia, a los 15;
—haber trabajado como piloto comercial de aviones de dos motores (con toda la experiencia requerida para ello);
—haber vivido en nueve países y cuatro continentes diferentes;
—haber dirigido un edificio de apartamentos de alquiler;
—haber sido el dueño de una empresa constructora;
—haber dirigido un rancho durante un año;
—haber trabajado como bombero forestal durante seis meses;
—haber trabajado dos años como guardacostas;
—haber trabajado como capitán de un barco de 24.400 m de longitud;
—haber practicado buceo en aguas profundas durante cuatro meses.

En la actualidad cumple condena por asesinato y se le ha denegado la libertad condicional cuatro veces, pero todavía tiene un montón de planes: meterse en el negocio de la construcción, vender apartamentos multipropiedad, obtener la licencia de piloto comercial, etc. También planea vivir con sus padres, a los que no ha visto en diecisiete años. Refiriéndose a las pruebas psicológicas que ha pasado, dijo: «Mi coeficiente intelectual es altísimo. Me han dicho que tengo una inteligencia superior».

Por razones obvias, le pusimos el mote de «el fanfarrón». ¿Su filosofía?: «Si echas

suficiente mierda, alguna se quedará pegada». Y parece que funciona, porque incluso observadores sofisticados se quedan convencidos de su sinceridad. Por ejemplo, un entrevistador redactó un informe sobre su personalidad que contenía aseveraciones como: «impresionante», «sincero y directo», «posee buenas habilidades sociales», «inteligente y locuaz». Después, el entrevistador se dio cuenta, tras leer su expediente, de que nada de lo que le había contado era cierto. Huelga decir que su puntuación en el Psychopathy Checklist era muy alta.

Con esa labia y facilidad para mentir, no sorprende que los psicópatas tengan tanto éxito a la hora de mentir, defraudar, timar, estafar y manipular a los demás y que no tengan el más mínimo remordimiento al hacerlo. Lo normal es que no tengan problemas en describirse como artistas del fraude y del timo. Sus afirmaciones revelan su creencia de que el mundo se divide en «los que dan y los que toman», depredadores y víctimas, y que serían muy tontos si no explotasen las debilidades de los demás. Además, pueden ser muy astutos a la hora de descubrir cuáles son esas debilidades para usarlas en su propio beneficio. «Me gusta timar a la gente. Ahora mismo te estoy mintiendo», nos dijo uno de nuestros sujetos, un hombre de 45 años que estaba por primera vez en la cárcel por fraude con valores bursátiles.

Algunas de sus operaciones son elaboradas, bien planeadas, mientras que otras son bastante sencillas: engañar a varias mujeres al mismo tiempo o convencer a amigos y familiares para que le dejen algún dinero para «salir de un trance». Sea lo que sea, siempre es llevado a cabo de una manera fría, segura y descarada.

«Oh, los setenta —recordaba un activista social entrevistado para este libro— Dirigía una casa de acogida para ex presidiarios y pasaba todo el tiempo aconsejándoles, buscándoles empleo y recaudando dinero para mantener el tinglado. Uno de esos tipos era mi mejor amigo; realmente me gustaba, era manso y cariñoso como un gatito. Y, de repente, un día desapareció con todo lo que teníamos. Nos vació el local, no sólo una vez sino dos: máquinas de escribir, muebles, comida, suministro de oficina, todo. Y lo peor es que después logró convencerme de que estaba avergonzado y arrepentido. Ahora no puedo creer que cayese en su trampa, pero lo hice. Un mes más tarde, me robó un cheque, falsificó mi firma y nos limpió la cuenta del banco. Desapareció para siempre y ése fue el fin de la aventura. Y así me quedé con un montón de notificaciones de descubierto del banco. Todavía me da rabia porque fue un golpe difícil de encajar. Estaba acostumbrado a tratar con un montón de tipos difíciles y pensaba que sabía cómo manejarme con esa clase de personas. Nunca me imaginé que fuese tan fácil de timar, pero allí estaba yo, buscando un trabajo para mí mismo.»

Esa gran capacidad para timar a un amigo o a un enemigo (les es indiferente) les da a los psicópatas una gran facilidad para perpetrar fraudes, desfalcos y suplantación de identidad. Promueven fondos bursátiles falsos y venden propiedades inexistentes: timos de todo tipo, grandes y pequeños. Uno de nuestros sujetos nos contó que se hallaba paseando por un muelle cuando vio a una pareja mirando los barcos en venta. Se dirigió a ellos y se presentó con toda educación como propietario de un barco —les contó «una montaña de tonterías», en sus propias palabras— y los invitó a subir para dar una vuelta. Después de una agradable hora a bordo, la pareja le hizo una oferta de compra. Una vez llegado a un acuerdo, quedó con la pareja en el banco para cobrar un depósito de 1.500 dólares y cerrar el trato. Así fue; al día siguiente cobró el cheque y desapareció como por encanto.

«El dinero crece en los árboles —nos dijo en una ocasión una psicópata, una mujer con un largo historial de fraudes y pequeños robos— Todo el mundo dice que no, pero es cierto. Yo no quiero hacérselo a la gente, pero es tan fácil.»

En la misma dinámica, los reclusos psicópatas aprenden a usar los servicios del centro penitenciario para obtener algún beneficio o para dar determinada imagen al comité de la concesión de la libertad condicional. Siguen cursos, se apuntan a programas antidroga o para alcohólicos, ingresan en grupos religiosos o casi religiosos y adoptan cualquier moda que pueda contar en su favor, no para «rehabilitarse», sino para parecer que lo hacen. No es

raro que, por ejemplo, declaren haberse convertido al cristianismo para anotarse un punto de cara al comité que asigna la libertad condicional y para aprovecharse de la comunidad creyente en la que se meten. Y ahora que se han aceptado las teorías sobre el «ciclo del abuso», muchos psicópatas están prestos a declararse víctimas de abusos sexuales en la infancia. Aunque tales hechos son, muchas veces, muy difíciles de comprobar, nunca falta gente de buena voluntad que les cree a pie juntillas.

> Consideremos las siguientes cuestiones: ¿cómo se consigue que la gente haga nuestra voluntad? Ahora añada un elemento: ¿cómo haces para que hagan algo que va en contra de su personalidad y de todo lo que les han enseñado; algo peligroso, claramente equivocado o completamente irreflexivo, como subirse a un coche con un extraño, especialmente si una es una mujer joven y se halla lejos de casa?
>
> Ted Bundy, quizás el asesino en serie más conocido de Estados Unidos —ejecutado en 1989 por una serie de asesinatos de jóvenes mujeres— debía de haber ponderado estas cuestiones desde todo ángulo posible. Debía de haber desplegado todos sus poderes de observación, que eran considerables (y que había cultivado durante su época de universitario). Seguramente indagó en las profundidades de los problemas y vulnerabilidades de la gente (tuvo la oportunidad de verlos de cerca como orientador de una línea telefónica de ayuda). No podemos saber qué pasaba por la mente de Ted Bundy cuando empezó a engañar a sus víctimas para meterlas en su coche y conducirlas hasta la escena de sus crímenes. Pero podemos asumir que las suposiciones mencionadas arriba son ciertas si nos fijamos en cómo actuaba.
>
> Ted Bundy se compró unas muletas y llegó incluso a enyesarse una pierna. Así, temporalmente impedido, pedía a las jóvenes que le ayudasen a cruzar la calle. Pocas se negaban a ayudar a un hombre con la pierna rota. A Bundy le gustaba variar: a veces se enyesaba el brazo y sus víctimas eran paseantes de las calles más concurridas; otras, con la pierna enyesada, conseguía a sus víctimas en zonas recreativas o lograba que le ayudasen a amarrar su barco en el puerto: «Está justo al final de la calle». Aunque horrendos, se trataba de planes muy ingeniosos. Algunas veces fallaban y las mujeres se negaban a seguirle, pero, como cuenta Ann Rule en su libro The Stranger Beside Me, solían funcionar muy bien.
>
> El libro de Rule es un estudio de las habilidades de Bundy para usar su apariencia y encanto a la hora de ganarse la confianza de las mujeres. Rule fue contratada por el departamento de policía para reseñar los asesinatos de un entonces no identificado asesino de mujeres. En una increíble coincidencia, meses antes, Rule y Bundy habían trabajado en el mismo turno de una línea telefónica de ayuda. A medida que crecía el número de víctimas, Rule empezó a sospechar. Sus ideas tenían, no obstante, que superar la imagen que tenía de Bundy, un tipo realmente amable y sexualmente atractivo (tal y como deja claro la autora en su texto). Cuando Rule dejó la policía para convertirse en exitosa autora de libros sobre crímenes convirtió esta particular coincidencia en una oportunidad para mostrar el poder que tenía Bundy sobre los demás. ¿El resultado? Un libro extraño e inquietante acerca de un psicópata estremecedor. En una entrevista de televisión le preguntaron si pensaba que se merecía la muerte, y respondió: —Buena pregunta. Creo que la sociedad debe protegerse de mí y de todas las personas como yo».

Portador de emociones superficiales

«Soy el hijo de puta más frío que conocerá en su vida.»[36]

Así se describía Ted Bundy a la policía cuando le detuvieron.

Los psicópatas parecen sufrir una especie de pobreza emocional que limita el rango y la profundidad de sus sentimientos. Suelen aparecer como seres fríos y sin emociones, pero hay ocasiones en que muestran sentimientos, aunque apagados. Observadores entrenados, se llevan la impresión de que actúan y de que no muestran lo que sienten.

Por regla general dicen experimentar emociones fuertes, pero son incapaces de describir las sutilezas de diferentes estados afectivos. Por ejemplo, igualan amor a excitación sexual, tristeza a frustración y rabia a irritabilidad. «Creo en las emociones: odio, rabia, lujuria y avaricia», decía Richard Ramírez, el «cazador nocturno».[37]

Expresiones como la siguiente de Diane Downs, la psicópata que disparó a sus tres hijos pequeños, nos hacen reflexionar acerca de si estas personas tienen sentimientos profundos. Años después de su condena, Downs todavía insiste en que sus hijos y ella misma fueron atacados por un «extraño con una larga cabellera». Sobre la cuestión de su supervivencia a este supuesto ataque (ella mostró en el juicio una herida en un brazo que el jurado supuso autoinfligida), Downs responde:

> Todo el mundo dice: «¡Tuviste suerte!». Bien, yo no me considero muy afortunada. ¡No me pude atar los cordones de los malditos zapatos durante dos meses! Es muy doloroso, todavía lo es. Tengo una placa de acero en el brazo, y la llevaré durante un año más. La cicatriz se quedará ahí para siempre. Voy a recordar esa noche durante el resto de mi vida, tanto si quiero como si no. Yo no pienso que fuese muy afortunada. Creo que mis chicos sí tuvieron suerte. Si me hubiesen disparado como les dispararon a ellos, habríamos muerto todos.[38]

Esta aparente falta de afecto y profundidad de emociones condujo a los psicólogos J. H. Johns y H. C. Quay a decir que el psicópata «conoce la letra pero no la música de la canción»[39]. Por ejemplo, un psicópata llamado Jack Abbot escribió en su autobiografía sobre el odio, la violencia y las racionalizaciones de su conducta e hizo este comentario revelador: «Hay emociones, todo un espectro de las mismas, que conozco sólo por referencias, a través de la lectura y mi inmadura imaginación. Puedo imaginar que siento esas emociones (y saber qué son), pero no puedo experimentarlas en realidad. A la edad de 37 años no soy más que un niño precoz. Mis pasiones son las de un niño».[40]

Muchos clínicos han comentado que las emociones de los psicópatas son tan superficiales que se pueden considerar protoemociones: respuestas primitivas a necesidades inmediatas. (Hablaré de los hallazgos más recientes sobre este tema en los próximos capítulos.) Por ejemplo, uno de nuestros sujetos psicópatas, un «cobrador» de una casa ilegal de préstamos, de 28 años, decía lo siguiente acerca de su trabajo: «Si tengo que hacer pagar a un deudor, lo primero que hago es enfadarme». Cuando se le preguntó si ese enfado es diferente de lo que siente cuando alguien le insulta o intenta aprovecharse de él, respondió: «No. Es lo mismo. Está programado. Podría cabrearme ahora mismo. Es tan fácil como encender y apagar».

Otro de nuestros sujetos de investigación decía que él no entendía lo que otros querían decir con la palabra «miedo». Por ejemplo, «cuando robo a un banco —dijo—, noto que el

---

36 Michaud y Aynesworth, op. cit., pág. 3.

37 Del programa de televisión A Current Affair, 10 de octubre de 1991.

38 Del programa de televisión The Oprah Winfrey Show, 26 de septiembre de 1988.

39 J. H. Johns y H. C. Quay, ' The effect of social reward on verbal conditioning in psychopathic and neurotic military offenders», Journal of Consulting Psychology, nº 36, 1962, págs. 217-220.

40 Jack Abbott, In the Belly of the Beast: Letters from Prisan, Nueva York, Random House, 1981, pág. 13 (trad. cast.: En el vientre de la bestia: cartas des-de la cárcel, Barcelona, Martínez Roca, 1982).

cajero tiembla o se queda sin habla. Una cajera vomitó sobre el dinero. Debía de estar hecha polvo por dentro, pero no sé por qué. Si alguien me apuntara con un arma supongo que tendría miedo, pero no vomitaría nunca». Cuando se le preguntó cómo se sentiría él en una situación así, su respuesta no hacía referencia a ninguna sensación corporal. Dijo cosas como: «Le daría el dinero»; «Pensaría en maneras de hacerme con el arma»; «Intentaría salir echando leches del lugar». Cuando se le pidió que nos dijese cómo se sentiría, no lo que pensaría o haría, parecía perplejo. Se le preguntó si nunca había sentido el latido del corazón acelerado o el estómago revuelto, y contestó: «Por supuesto. No soy un robot. Me pongo a cien cuando practico el sexo y también cuando me peleo».

Los experimentos de laboratorio que usan grabaciones biomédicas muestran que los psicópatas carecen de las respuestas fisiológicas normales asociadas con el miedo.[41] La significación de estos hallazgos es que, para la mayoría de la gente, el miedo producido por las amenazas de dolor o castigo es una emoción desagradable y un poderoso motivador de la conducta. El miedo evita que realicemos ciertas cosas —«Hazlo y te arrepentirás»—, pero también nos hace hacer otras cosas —«Hazlo o te arrepentirás»— En todo caso, es esa conciencia emocional de las consecuencias lo que nos impele a tomar un determinado curso de la acción. No es así en el caso de los psicópatas. Ellos se tiran a la piscina, quizá sabiendo qué les sucederá, pero sin importarles.

> «Se trata de uno de los sociópatas más peligrosos que he visto en mi vida debido a su destacado estatus social», dijo el juez del Tribunal Supremo después de sentenciar al respetable abogado de 37 años de San José, Norman Russell Sjonborg, por el brutal asesinato de uno de sus clientes a quien, además, había estafado. Su tercera mujer, Terry, que inicialmente le había conseguido una coartada para el crimen, dijo que cuando lo conoció «parecía un tipo agradable, con buenas maneras y tremendamente encantador». Pero notó algo: «Desde el principio Russell me habló de su vacío emocional, su incapacidad para sentir las cosas como el resto de la gente; saber cuándo llorar, cuándo alegrarse». Terry también comentó que «había llevado una vida emocional fingida» y que «había leído libros de auto-ayuda para aprender las respuestas emocionales a los acontecimientos de cada día».
>
> A medida que su matrimonio fracasaba, Russell intentó convencer a su mujer de que se estaba volviendo loca. «Íbamos a sesiones terapéuticas, aunque a mí me parecía un caso perdido y así lo expresaba —decía Terry—, y Russell se sentaba ahí, todo racional y calmado, y se volvía hacia el terapeuta y le decía: "¿Ve lo que tengo que aguantar?", y yo gritaba y decía: "No soy yo. ¡Él es el loco!". Pero el terapeuta creía a Russell y decía que nunca progresaríamos como pareja si le echaba toda la culpa a mi marido.»
>
> A pesar de acudir a un psicólogo matrimonial, Russell se decidió por diseñar él mismo la estrategia para solucionar los problemas su mujer. Enumeró en una hoja de papel todas las posibilidades: «No hacer nada»; «Conseguir la

---

41 Uno de los primeros estudios fue llevado a cabo por David Lykken se trataba de una investigación sobre la ansiedad en la personalidad sociopática, Journal of Abnormal Psychology and Social Psychology, nº 55, I957, págs. 6-10. Para una revisión de la bibliografía sobre el tema, véase R. D. Hare, «Electrodermal and cardiovascular correlates of psvchopaths», en R. D. Hare y D. Sehalling (comps.). Psychopathic Behavior: Approaches to Research. Chichester, Reino Unido, Wiles, 1978. El estudio más reciente fue llevado a cabo por J. Ogioll v S. Wong. «Electrodermal and cardiovascular evidence of a coping response in psychopaths», Criminal Justice and Behavior, nº 17. 1990, págs. 231-245. En la mayoría de estos estudios se recogió el sudor palmar y el ritmo cardíaco mientras el sujeto esperaba la descarga de una corriente eléctrica dolorosa o un ruido muy sonoro.

> custodia»; «Matar a las niñas»; «Matar a las niñas y a Justin». Su oficial de la libertad condicional comentó que la lista revelaba que «contemplaba la muerte de sus propios hijos como si estuviese valorando pólizas de seguros. Es la lista de la compra de un hombre desalmado».
>
> Refiriéndose al asesinato de Phyllis Wilde a manos de Russell, su mujer dijo: «Lo vi horas después de que la hubiera matado a golpes. No había nada en su conducta que le traicionase. [...] No parecía tener miedo, ni remordimientos, ni nada».
>
> Durante su declaración en el juicio, Terry rogó al juez: «Por favor, vean el animal que hay dentro de él; no vean a la persona socialmente aceptable, esa imagen que sabe crear de puertas afuera». También expresó su temor de que un día fuese a por ella. «Sé que ocurrirá. Será un prisionero modelo, se ganará a los otros presos y a las personas a su cargo. En un momento dado, le trasladarán a una cárcel de mínima seguridad y se escapará» (de un artículo de Rider McDowell, Image, 26 de enero de 1992).

Para la mayoría de nosotros, el miedo y la aprensión estan asociados con una variedad de sensaciones corporales desagradables, como sudor en las manos, el corazón «a toda marcha», la boca seca, los músculos tensos o débiles, temblores y hormigueo en el estómago. También describimos el miedo en términos de las sensaciones corporales que las acompañan: «Estaba tan aterrorizado que el corazón se me puso en la garganta»; «Intenté hablar, pero se me secó la boca», etc.

Estas sensaciones corporales no forman parte de lo que los psicópatas experimentan cuando sienten miedo. Para ellos, el temor —y el resto de emociones— es incompleto, superficial, más cognitivo que otra cosa y sin el terremoto psicológico que la mayoría de nosotros sentimos como desagradable. Por ello mismo, nosotros deseamos reducir o evitar el miedo y ellos no.

Capítulo 4
EL PERFIL: ESTILO DE VIDA

> La pauta total de la personalidad del psicópata es diferente de la del delincuente normal. Su agresión es más intensa, su impulsividad más pronunciada, sus reacciones emocionales más superficiales. Sus sentimientos de culpa, sin embargo, son su rasgo más distintivo. El delincuente normal tiene un sistema de valores interno, aunque no sea el correcto. Si vio-la su sistema, se siente culpable.
>
> MCCORD y MCCORD, The Psychopath:
> An Essay on the Criminal Mind
>
> 42

En el capítulo 3 describí qué sienten y piensan los psicópatas de ellos mismos y los demás: los síntomas emocionales/interpersonales de mi Psychopathy Checklist. Pero eso es sólo una cara de este síndrome. La otra faceta, descrita en este capítulo y definida por los síntomas restantes del Psychopathy Checklist, es un estilo de vida crónicamente inestable y sin dirección alguna caracterizado por la violación flagrante de las normas sociales. Juntas, estas dos facetas —una que representa sentimientos y relaciones y la otra, la desviación social— nos proporcionan una visión clara de la personalidad psicopática.

Impulsividad

Los psicópatas no suelen pasar mucho tiempo sopesando los pros y los contras de un curso de acción o considerando las posibles consecuencias. «Lo hice porque así lo sentía» es una respuesta típica.

El asesino de Texas, Gary Gilmore, ocupó las primeras páginas de la prensa estadounidense por buscar su propia ejecución —y por conseguirla: en 1977 fue la primera persona ejecutada en Estados Unidos en diez años— En respuesta a la pregunta: no te hubieran detenido esa noche, habría habido un tercer o un cuarto asesinato?», Gilmore respondió: «Hasta que me cogieron [...] yo no pensaba, no planeaba, sólo hacía. Es una lástima por esos dos tipos. [...] Quiero decir que el asesinato da rienda suelta a la ira. La ira no conoce razones. Esos asesinatos no responden a ninguna razón. No intente entender el asesinato con razones».[43]

En el caso de lo psicópatas, más que muestras de temperamento, sus actos impulsivos son el resultado de una motivación que juega un papel fundamental en la conducta del psicópata: la de conseguir una satisfacción, un placer o un alivio inmediato. «E1 psicópata

---

42 William McCord y Joan McCord, The Psychopath: An Essay on the Criminal Mind, Princeton, NJ, Van Nostrand, 1964, pág. 51.

43 Playboy, mayo de 1977. pág. 80.

es como un niño, absorto en sus propias necesidades, que demanda que le sacien inmediatamente», escribieron los psicólogos William y Joan McCord.[44] A una temprana edad, la mayoría de los niños va han empezado a posponer el placer, comprometiéndose con las restricciones del ambiente. Un padre puede usar una promesa para aplacar los deseos de un niño de 2 años, al menos temporalmente, pero los psicópatas no parecen aprender esta lección: no modifican sus deseos, simplemente ignoran las necesidades de los demás.

Un día u otro, sus familiares, jefes y compañeros de trabajo sufren las consecuencias de su voracidad. La gente normal no se explica lo que ha sucedido: abandonan los empleos, rompen las relaciones, cambian los planes, saquean sus hogares y hieren a la gente, frecuentemente por razones que no son más que nimiedades. Como decía el marido de una psicópata a la que estudié: «Se levantó de la mesa y se fue, y ésa fue la última vez que la vi en dos meses».

Uno de nuestros sujetos, que puntuó alto en el Psychopathy Checklist, dijo que mientras caminaba hacia una fiesta decidió comprarse una cerveza, pero se dio cuenta de que se había dejado la cartera en casa, que estaba a seis o siete manzanas de allí. Como no quería volver, se hizo con un madero y robó la cerveza en una gasolinera cercana; el dependiente quedó gravemente herido.

Los psicópatas tienden a vivir al día y a cambiar de planes frecuentemente. No le dan mucha importancia al futuro. No les preocupa lo que suceda mañana. De hecho, tampoco les importa mucho el pasado. «Mire, soy un nómada, odio que me lastren» es una de las frases típicas de estos sujetos.

En una ocasión entrevistamos a un psicópata que usó una buena analogía para explicar por qué «vivía el momento». «Siempre nos han dicho que actuemos defensivamente, que pensemos en posibles vías de escape en caso de emergencia, que miremos bien la carretera por donde conducimos y que si tenemos visión de futuro conseguiremos lo que nos proponemos. Si pensase siempre en el mañana no sería capaz de vivir el presente.»

Poco control de su conducta

Aparte de ser impulsivos —actúan sólo por la satisfacción del momento—, los psicópatas reaccionan muy rápidamente a lo que pueden percibir como insultos o desaires. La mayoría de nosotros tenemos poderosos controles inhibitorios sobre nuestra conducta; incluso si quisiésemos responder agresivamente no podríamos hacerlo. En los psicópatas, este control inhibitorio es débil y la más pequeña provocación es suficiente para sacarlos de sus casillas. Como resultado de ello tienen la cabeza caliente y tienden a responder a la frustración, al fracaso, a la disciplina y a la crítica con repentina violencia, amenazas y ataque verbal. Se ofenden muy fácilmente. Se enfadan y se muestran agresivos ante trivialidades y, frecuentemente, en un contexto que a los demás les parece inadecuado. Pero sus estallidos, que pueden ser extremos, son generalmente de poca duración y una vez acabado el episodio actúan como si nada hubiese pasado.

Carl, un recluso psicópata, hizo una llamada a su mujer desde el teléfono público de la cárcel. Ella le dijo que no podría visitarle ese fin de semana porque no había encontrado a nadie que cuidase a sus hijos. Tampoco iba a poder traerle los cigarrillos y la comida que le había pedido. «Jodida zorra —le gritó por teléfono—. Te mataré, maldita perra.» Y añadió a la amenaza un puñetazo a la pared que le hizo sangrar los nudillos. Inmediatamente después de colgar, sin embargo, se echó a reír ante el chiste de uno de sus compañeros. Después, le sorprendió que un guardia, que había oído parte de la conversación, le castigase por comportamiento amenazador y ataque verbal.

Un recluso se hallaba haciendo cola para cenar cuando recibió un empujón involuntario de otro interno. Ni corto ni perezoso, su respuesta fue golpearle salvajemente. Después, volvió a la cola como si nada hubiese sucedido. Fue castigado a estar recluido en una celda

---

44 McCord y McCord, op. cit., pág. 9.

aislada, pero a pesar de ello, su comentario al respecto fue: «Estaba cabreado. Invadió mi espacio. Hice lo que debía».

En un clásico caso de «desplazamiento», uno de nuestros sujetos tuvo una pelea con un miembro de seguridad de un local nocturno, perdió los estribos y se puso a golpear a uno de los concurrentes. La víctima cayó hacia atrás, se golpeó la cabeza con el borde de una mesa y murió dos días más tarde. «Lo vi todo rojo y ese tío se reía de mí.» El sujeto psicópata acusaba a su víctima de haberle puesto enfermo de ira y también al hospital, por dejar morir al herido.

Aunque los psicópatas tienen un pronto fuerte y muestran conductas agresivas con rapidez, su comportamiento no está fuera de control. Al contrario, cuando los psicópatas «disparan», aunque parezca que les da una pataleta, saben exactamente lo que están haciendo. Sus acciones agresivas son «frías»; carecen de la excitación emocional que experimentamos los demás cuando perdemos los estribos. Por ejemplo, preguntamos a un recluso que puntuó alto en el Psychopathy Checklist si había perdido alguna vez el control y respondió: «No. Siempre tengo el control. Por ejemplo, soy yo quien decido el daño que le voy a hacer al tipo».

No es de extrañar que los psicópatas inflijan un importante daño físico o emocional a los demás, a veces rutinariamente, y que, al mismo tiempo, rechacen la idea de que pierden los estribos. En la mayoría de los casos, ven sus muestras de agresividad como respuestas naturales a la provocación.

Necesidad de excitación

Los psicópatas tienen una gran necesidad de excitación: desean vivir en la cuerda floja o «al límite», donde está la acción. En muchos casos, la acción consiste en romper flagrantemente las normas sociales.

En The Mask of Sanity (pág. 208) Hervey Clekley describe a un psiquiatra psicópata que nunca infringió la ley, pero que no toleraba durante mucho tiempo el autocontrol que le exigía su vida profesional. Periódicamente, se entregaba a atracones de desenfreno emocional. Durante esos fines de semana de «asueto» echaba por tierra su imagen de profesional de la salud degradando, insultando e incluso amenazando a cualquier mujer que le hiciese compañía en esos momentos.

Algunos psicópatas toman una gran variedad de drogas como parte de su búsqueda de algo nuevo y excitante, y frecuentemente se trasladan de un lugar a otro, de trabajo en trabajo, buscando un nuevo y refrescante colocón. Un adolescente al que entrevistamos tenía una novedosa forma de mantener alto su nivel de adrenalina en sangre: todos los fines de semana convencía a sus amigos para que jugasen con él «al gallina» en la vía del tren. El grupo esperaba sobre un puente a que pasase el tren y el primero en saltar al agua pagaba una cerveza a los demás. Nuestro sujeto, conversador inagotable y persuasivo, no perdió jamás.

Muchos psicópatas declaran que cometen actos delictivos por pura excitación o emoción. Preguntamos a uno de nuestros sujetos femeninos si había hecho alguna locura o cosa peligrosa en su vida sólo por diversión y respondió: «Sí, muchas cosas. Pero lo que más me gusta es pasearme por los aeropuertos con drogas. ¡Dios, vaya subidón!».

En una ocasión, un psicópata nos confesó que le encantaba su trabajo como «cobrador» para un traficante de drogas porque le hacía «subir» la adrenalina. «Cuando no trabajo, voy de bares, me encaro con alguien y le echo el humo en los morros. Normalmente, salimos fuera y peleamos. Muchas veces acaba cayéndome bien el tipo, volvemos y nos tomamos una copa juntos».

El documental de televisión Diabolical Minds contenía un interesante reportaje sobre G. Daniel Walker, un criminal con una larga carrera como estafador, ladrón, violador y asesino

y una inclinación a pleitear a cualquiera que se le pusiese delante[45] Entrevistado por una antiguo agente del FBI, Robert Ressler, Walker ofreció el siguiente comentario: «Cuando uno se escapa de la cárcel y tiene las luces rojas y las sirenas de la policía detrás, siente una gran excitación. Es una excitación que [...] es mejor que el sexo. Oh, es excitante».

La parte negativa de esta búsqueda de excitación es la incapacidad que conlleva para tolerar la monotonía o la rutina. Los psicópatas se aburren fácilmente. No es probable encontrarlos en ocupaciones o actividades aburridas, repetitivas o que requieran una intensa concentración durante períodos prolongados de tiempo. Imagino que los psicópatas pueden ser buenos controladores aéreos, pero sólo en los momentos de ajetreo y ritmo alto de trabajo. Durante los períodos tranquilos se pondrían a dormir o harían el holgazán, asumiendo que se lucen en los momentos difíciles.

> ¿Están los psicópatas especialmente preparados para profesiones peligrosas? David Cox, un antiguo estudiante mío y ahora profesor de psicología en la Universidad Simon Fraser, piensa que no. Cox estudió a expertos en desactivación de minas británicos que trabajaban en Irlanda del Norte. En un principio esperaba que los psicópatas desempeñasen ese trabajo de manera excelente porque son «fríos en la línea de fuego» y tienen una fuerte necesidad de excitación. Pero halló que los soldados que llevaban a cabo la peligrosa tarea de desactivar las bombas del IRA se referían a los psicópatas como «cowboys», individuos impulsivos en los que no se podía confiar, a los que faltaba el perfeccionismo y la atención al detalle que se necesita para realizar ese trabajo y vivir muchos años. Durante el entrenamiento básico, la mayoría de cowboys son detectados y rechazados.
>
> Por la misma razón es también improbable que los psicópatas sean buenos espías, terroristas o mafiosos. Su impulsividad, su interés sólo por el momento y su falta de lealtad les hace impredecibles, como un «explosivo defectuoso».

Falta de responsabilidad

Las obligaciones y los compromisos no significan nada para los psicópatas. Sus buenas intenciones —«No volveré a engañar a nadie jamás»— son promesas que se las lleva el viento.

Las historias sobre desfalcos y préstamos no devueltos, por ejemplo, revelan cómo se toman el asunto de las deudas. «Mi pequeña lo es todo para mí. [...] Haría cualquier cosa para que ella tuviese lo que yo no tuve en mi infancia.» Las trabajadoras sociales y ex-mujeres saben que estas ex-presiones de filantropía sólo merecen su escepticismo. Con esposos psicópatas, es común que no hayan conseguido, ni una sola vez, las pagas designadas por el juez para el mantenimiento de los niños.

La irresponsabilidad y la poca credibilidad de los psicópatas se extiende a todas las facetas de sus vidas. Su rendimiento en los trabajos es errático, con frecuentes ausencias, mal uso de los recursos de la empresa, violaciones de la política empresarial y traición a la confianza depositada en ellos. Son incapaces de mantener los compromisos con la gente, las organizaciones o los principios éticos.

En su libro sobre Diane Downs, Ann Rule describe una pauta de conducta parental irresponsable típica de los psicópatas.[46] Downs dejaba a sus hijos solos sin niñera ni nadie que los cuidase. Los niños, de edades comprendidas entre los 15 meses y los 6 años, estaban, según los vecinos, hambrientos, emocionalmente desamparados y faltos de los cuidados

45 Diabolical Minds, NBC, 3 de noviembre de 1991. El programa de televisión era Unsolved Mysteries Special.

46 Ann Rule, Small Sacrifices, Nueva York, New American Library, 1988 (trad. cast.: Pequeños sacrificios, Barcelona, Ediciones B, 1993).

mínimos (se les había visto jugando afuera en invierno sin zapatos ni abrigo). Downs juraba amar a sus hijos, pero su insensible indiferencia respecto al bienestar físico y emocional de los mismos dice lo contrario.

Esta indiferencia respecto al bienestar de sus hijos —y de los hombres y mujeres que viven con ellos— suele ser una constante en los psicópatas. Algunos, como Diane Downs, insisten en que sus hijos lo son todo para ellos, pero sus acciones contradicen a sus palabras. Frecuentemente, dejan a sus hijos solos durante largos períodos o al cuidado de niñeras. Una de nuestros sujetos y su marido dejaban a su niño de un mes con un amigo alcohólico. En una ocasión, el amigo se emborrachó y se quedó dormido. Cuando despertó, había olvidado que estaba haciendo de niñera y se fue. Los padres volvieron unas ocho horas después y se encontraron que las autoridades se habían hecho cargo de su hijo. La mujer estaba indignada por el asalto a sus derechos parentales y, de hecho, acusó a las autoridades de privar a su hijo del afecto y amor de sus padres, una posición que mantuvo incluso después de ser informada de que su hijo padecía de malnutrición.

Los psicópatas no dudan en utilizar los recursos familiares y los recursos de sus amigos para salir de dificultades. Uno de nuestros sujetos, una mujer que desde niña no ha parado de dar disgustos a sus padres, los indujo en una ocasión a poner su casa como fianza después de ser acusada de tráfico de drogas. Como era de esperar, no respetó los acuerdos de la fianza y ahora los padres luchan denodadamente por mantener su casa.

A los psicópatas no les detiene el hecho de que sus acciones puedan causar estragos en otras personas. Un interno de 25 años, voluntario en una de nuestras investigaciones, había sido arrestado más de veinte veces por conducción temeraria. Había conducido lesionado, sin permiso de conducir, abandonado a un accidentado, cometido negligencias que causaron la muerte de una persona, etc. Cuando se le preguntó si iba a seguir conduciendo así al salir de la cárcel, contestó: «¿Por qué no? Vale, conduzco rápido, pero lo hago bien. Hacen falta dos para tener un accidente».

Recientemente, un médico de un Estado del Oeste nos preguntó si podía usar el Psychopathy Checklist en un estudio con pacientes que habían dado positivo en el virus VIH, el causante del sida. En su experiencia, algunos pacientes con VIH continuaban teniendo actividad sexual con personas sanas sin advertirles de su enfermedad y sin protección. Quería determinar si, como sospechaba, muchas de esas personas eran psicópatas a los que no les importaba las terribles implicaciones de su irresponsable conducta.

Un psicólogo industrial me comentó que las plantas de energía nuclear investigan concienzudamente a los candidatos a trabajar en ellas por razones obvias. Sin embargo, en su opinión, las clásicas pruebas de selección —entrevistas, pruebas de personalidad, cartas de referencia— no siempre tienen éxito a la hora de detectar a una clase de individuos que destacan por su irresponsabilidad y su informalidad, a saber, los psicópatas.

En muchas ocasiones los psicópatas tienen éxito en salir airosos de los problemas —«He aprendido la lección»; «Tienes mi palabra de que no sucederá de nuevo»; «Ha sido sólo un malentendido»; «Confía en mí»— Y a la hora de convencer a los jueces de sus buenas intenciones y su formalidad tampoco andan mal. De todas formas, aunque frecuentemente consiguen obtener la libertad condicional, la suspensión de la condena o una reducción de la misma, luego no respetan las condiciones que les ha puesto el juez. Esto es, incluso bajo el yugo de la justicia, no cumplen con sus más mínimas obligaciones.

> Los psicópatas no suelen llevarse bien los unos con los otros. Lo último que desea una persona egocéntrica, egoísta e insensible es encontrarse con otra igual. Dos estrellas en un mismo cielo es demasiado. Ocasionalmente, sin embargo, los psicópatas se asocian entre ellos para cometer crímenes —una extraña simbiosis con desafortunadas consecuencias para los demás— Generalmente, un miembro del par es el «portavoz», quien obtiene lo que desea a través del encanto, el engaño y la manipulación, mientras que el otro es el

«emprendedor» que prefiere la acción directa: la intimidación o la fuerza. Si sus intereses son complementarios hacen una gran pareja.

Algunos ejemplos de mis archivos pueden ilustrar este punto. Tenemos un caso en el que dos jóvenes psicópatas fueron presentados en una fiesta. Uno —el portavoz— estaba intentando timar a un traficante de poca monta para que le vendiese cocaína a crédito, pero sin éxito. El otro —el emprendedor— oyó la conversación y, en sus propias palabras, «enganché al traficante por los huevos y le convencí para que nos diese una muestra gratuita a mi amigo y a mí». Así fundaron su sociedad de venta de droga, la cual prosperó durante todo un año. El portavoz hacía los contactos y se ocupaba de los detalles y el emprendedor rompía las piernas. Cuando detuvieron al portavoz, no tardó ni unas horas en hacer un trato y entregar a su socio emprendedor.

En otro caso, una joven psicópata del tipo parasitario y con mucha labia se quejaba constantemente a sus amigos de que sus padres no contribuían suficientemente a su espléndido estilo de vida. Conoció a un hombre de mediana edad, un psicópata hostil y agresivo que le propuso: «¿Por qué no hacemos algo para arreglarlo?». Juntos prepararon un plan que consistía en que él irrumpiría en la casa de sus padres y los mataría. La mujer, mientras tanto, estaría fuera de la ciudad con unos amigos. El plan se fue a pique porque ella no pudo resistir contarles a sus amigos que pronto iban a ser ricos. Su idea llegó a oídos de la policía, que pinchó el teléfono de la mujer y obtuvo suficientes pruebas para acusar a la pareja de conspiración para cometer un asesinato. Los dos trataron de conseguir reducciones de pena testificando contra el otro.

A veces un psicópata y una persona con personalidad límite se unen en una extraña pero mortal asociación. El último suele ser usado como herramienta para matar. Un ejemplo muy conocido es el del relato de Truman Capote sobre Richard Hickock y Perry Smith, ejecutados por el asesinato de cuatro miembros de la familia Clutter en 1959 (A sangre fría). Hickock tenía todas las características de un psicópata con facilidad de palabra, mientras que Smith fue diagnosticado de «esquizofrénico paranoide». Como nos informaba Capote, Hickock veía a Smith como un asesino nato y creía que «tal don debía, bajo su supervisión, ser explotado convenientemente». Además, eso le sirvió a Hickock como argumento para culpar a su socio de sus fechorías: «Fue Perry. No pude pararle. Los mató a todos».

Problemas de conducta en la infancia

La mayoría de los psicópatas empiezan a mostrar importantes problemas de conducta a una temprana edad. Estos problemas pueden ir desde la mentira constante al robo, el ausentismo escolar, las escapadas de casa, el abuso de sustancias, el vandalismo, la provocación de incendios, la violencia, el mal comportamiento en clase y la sexualidad precoz. Debido a que muchos niños muestran algunas de estas conductas en un momento u otro, especialmente niños educados en familias con problemas, es importante enfatizar que la historia de estas conductas en el psicópata es mucho más seria y prolongada que en los demás, incluso si se le compara con los niños salidos de la peor extracción social y familiar. El niño psicópata suele provenir de una familia equilibrada, pero de repente empieza a robar, tomar drogas, hacer novillos y tener experiencias sexuales a la edad de 10 o 12 años.

Una temprana crueldad con los animales es normalmente un signo claro de problemas emocionales y de conducta. El asesino en serie de Milwaukee, Jeffrey Dahmer, por ejemplo, solía sorprender a sus compañeros de clase y vecinos con sus macabros mensajes: la cabeza de un perro empalada en un poste, ranas y gatos atados a árboles y una colección de

esqueletos de animales.[47]

Los psicópatas adultos suelen describir su crueldad infantil hacia los animales como hechos ordinarios, incluso divertidos. Un hombre que puntuó muy alto en el Psychopathy Checklist se reía mientras nos contaba que a la edad de 10 u 11 años disparó «a un chucho muy pesado» con una escopeta de perdigones. «Le disparé en el culo y se puso a llorar hasta que murió.»

Otro sujeto, en la cárcel por fraude, nos explicó cómo de niño ató el extremo de una soga al cuello de un gato y el otro, a lo alto de un poste. La diversión estaba en golpear al gato con una raqueta de tenis para darle vueltas al poste. Su hermana tenía crías de gato y él se encargaba de matar a los que ella ya no quería. «Los ataba a la vía del tren o usaba sus cabezas para jugar al béisbol», decía sonriendo.

La crueldad con los otros niños —incluidos sus amigos— también es parte de esa incapacidad para experimentar la empatía necesaria para aplacar los instintos que tenemos de infligir dolor a los demás, aunque estemos enfadados. «Las impactantes cosas que le hizo a la muñeca de su hermana pequeña eran avisos, pero las pasamos por alto —me contaba una madre— Sin embargo, cuando intentó asfixiar a su hermana en la cuna y sacarle la piel del cuello con unas tijeras, nos dimos cuenta con horror de que debíamos habernos fiado de nuestras intuiciones desde el principio.»

Aunque no todos los psicópatas adultos dan tales muestras de crueldad en su juventud, prácticamente todos se meten en una amplia variedad de dificultades: mentiras, robo, vandalismo, promiscuidad, etc.

Es interesante, sin embargo, observar cómo los medios de comunicación nos informan de la sorpresa de vecinos y testigos ante estos actos: «No puedo creer que haya sido capaz de algo así; nada nos hizo pensar que llegaría a hacer algo así». Las reacciones de este tipo reflejan no sólo la capacidad del psicópata para manipular la impresión que dan a los demás, sino la poca atención que solemos prestar a la historia temprana de estas personas.

Conducta antisocial del adulto

Los psicópatas consideran que las reglas y expectativas de la sociedad son sólo inconvenientes, impedimentos poco razonables a la plena expresión de sus inclinaciones y deseos. Ellos ponen sus propias reglas, tanto de niños como de adultos. Los niños impulsivos y mentirosos a los que les falta empatía y que ven el mundo como su campo de batalla particular seguirán siendo así una vez adultos. La continuidad de la conducta antisocial y egoísta de los psicópatas es verdaderamente impresionante. En gran medida, esta continuidad es la que ha llevado a muchos investigadores a afirmar que la aparición temprana de conducta antisocial es un buen predictor de criminalidad y otras conductas problemáticas en adultos.[48]

Muchos de los actos antisociales de los psicópatas les conducen directamente a la cárcel. Los psicópatas destacan incluso dentro de ambientes carcelarios, en gran parte, por que sus actividades antisociales o ilegales son más variadas y frecuentes que las de otros criminales. Los psicópatas tienden a no tener ninguna «especialidad» delictiva, sino que prueban un poco de todo. Esta versatilidad criminal está bien ilustrada en el programa de televisión que describíamos antes, en el que Robert Ressler entrevistaba a G. Daniel Walker.[49] Reproducimos un fragmento de su diálogo:

> «¿Es muy largo tu expediente delictivo?».
> «Creo que el actual tiene unas veintinueve o treinta páginas.»

---

47 Daniel Goleman, The New York Times, agosto de 1991.

48 Véase, por ejemplo, D. Olweus, J. Block y M. Radke-Yarrow (comps.), Development of Antisocial and Prosocial Behavior, Nueva York, Academic Press, 1986.

49 Diabolical Minds NBC, 3 de noviembre de 1991.

«¡Veintinueve o treinta páginas! Charles Manson sólo tiene cinco.»
«Pero ése era sólo un asesino.»

Lo que Walker quería decir es que él no era únicamente un asesino, sino un delincuente de enorme versatilidad, un hecho que parecía enorgullecerle enormemente. Se pavoneaba abiertamente de haber cometido más de trescientos delitos por los que no le habían pillado nunca.
No todos los psicópatas acaban en la cárcel. Muchos de sus actos quedan fuera del alcance de la ley o se encuentran en ese territorio donde se mezcla lo legal y lo ilegal. Para muchos, su conducta antisocial consiste en llevar a cabo negocios cuestionables, prácticas profesionales poco éticas, abusar de sus esposas o hijos, etc. Muchos otros hacen cosas que, no siendo ilegales, son inmorales o dañan a los demás: son mujeriegos, engañan a su esposo/a, niegan a su familia el mínimo bienestar físico o psíquico, o hacen un uso irresponsable de los fondos de su empresa, por citar algunas. El problema de las conductas de esa clase es que son difíciles de documentar y evaluar sin la ayuda de la familia, los amigos, los conocidos o los socios.

El cuadro completo

Por supuesto, los psicópatas no son los únicos que llevan vidas socialmente reprobables. Por ejemplo, muchos delincuentes tienen algunas de las características descritas en este capítulo, pero no se les considera psicópatas porque son capaces de sentir culpa, remordimientos, empatía y emociones profundas. El diagnóstico de psicopatía se lleva a cabo sólo cuando hay una evidencia sólida de que un individuo tiene el perfil completo de psicópata, esto es, cuando presenta la mayoría de los síntomas descritos en este capitulo y en el anterior.

> Recientemente, un ex presidiario me dio su opinión sobre el Psychopathy Checklist: ¡no le pareció gran cosa! El hombre era de mediana edad y se había pasado la mayor parte de su vida adulta en la cárcel, donde le habían diagnosticado una psicopatía. He aquí algunos de sus comentarios:
>
> —Mente simple y superficial: «¿Qué hay de malo en tener facilidad de palabra?».
> —Personalidad egocéntrica y presuntuosa: «¿Cómo puedo alcanzar una meta que valga la pena si no apunto alto?».
> —Falta de empatía: «La empatía hacia el enemigo es un signo de debilidad».
> —Persona manipuladora y mentirosa: «¿Por qué decirle la verdad al enemigo? Todos manipulamos en cierto grado. ¿No es normal manipular para conseguir un bien?».
> —Portador de emociones superficiales: «La ira puede conducir a que te califiquen de psicópata».
> —Impulsividad: «Esto puede asociarse a creatividad, a vivir el presente, a ser espontáneo y libre».
> —Poco control de su conducta: «Los arranques violentos y agresivos pueden servir como mecanismo de defensa, como pantalla para despistar, una herramienta para sobrevivir en la selva».
> —Necesidad de excitación: «Coraje para rechazar la rutina, la monotonía, lo aburrido. Vivir al límite, hacer cosas arriesgadas y excitantes, vivir plenamente, estar vivo antes que hastiado, que es estar casi muerto».
> —Falta de responsabilidad: «No deberíamos hablar de una debilidad común a casi todo el mundo».
> —Problemas de conducta en la infancia y conducta antisocial del adulto:

«¿Un expediente delictivo nos habla de maldad o de inconformismo?».

Es interesante destacar que no tenía nada que decir aceca de falta de remordimientos o culpa.

En un artículo del The New York Times, Daniel Goleman escribió: «Los datos sugieren que, en general, de un 2 a un 3 % de la gente son psicópatas —el doble en la población de familias fragmentadas de las ciudades del interior—».[50] Sin embargo, esta afirmación, y otras que proclaman un aumento de la psicopatía en nuestra sociedad, confunde criminalidad y desviación social con psicopatía.

Mientras la delincuencia (y la conducta socialmente desviada que ayuda a definir al psicópata, aunque no por completo) suele ser alta entre las clases bajas y aumenta en el conjunto de la sociedad, no sabemos si el número relativo de psicópatas también está en aumento. Los sociobiólogos creen que la conducta depende de factores genéticos y dicen que la psicopatía va en aumento sencillamente porque los psicópatas son gente promiscua y tienen muchos hijos, algunos de los cuales pueden heredar la predisposición al trastorno.

En los próximos capítulos, hablaremos de esta teoría y de sus escalofriantes implicaciones. Antes de hacerlo, sin embargo, es necesario estudiar los aspectos conocidos de este enigma. El siguiente paso nos llevará a analizar el papel de la conciencia en la regulación de la conducta.

---

50 Daniel Goleman, The Neo York Times, 7 de julio de 1987.Capítulo 5

Capítulo 5
CONTROL INTERNO: LA PIEZA QUE FALTA

> Cuando te bese un bribón, cuéntate los dientes.
>
> Proverbio hebreo

Elyse conoció a Jeffrey en el verano de 1984. Jamás olvidará ese día. Estaba en la playa con algunos amigos, le vio y se quedó completamente encantada con su enorme y brillante sonrisa. El se dirigió, de improviso, hacia ella y le pidió el número de teléfono. Tal descaro la desarmó: simplemente se dejó llevar por esa sonrisa y su falta de autocontrol. La llamó al día siguiente y, poco después, apareció en su trabajo. Así empezó todo... con una sonrisa.

Ella trabajaba en un ambulatorio médico. Jeffrey empezó a encontrarse con ella en los descansos para el café. Después, a la hora del almuerzo y, más tarde, en el autobús de camino a casa; llegó un momento en que Jeffrey siempre estaba allí cuando ella salía del trabajo. El le contaba muy poco acerca de su vida privada: dijo que era dibujante y que estaba buscando un periódico donde publicar una tira cómica. A veces, llevaba mucho dinero encima; otras, no tenía un centavo y dejaba que ella lo invitase. No vivía en ningún lugar en particular y toda su ropa era «prestada». Es un chico gracioso, pensaba Elyse. Cuando todo acabó, se dio cuenta de que su humor había sido su gancho y su señuelo. Mientras se aprovechaba de ella, la despistaba con todos sus chistes y gracias.

Hablaba sin parar, describiendo innumerables ideas y planes, pero nunca llevó a cabo ninguno de ellos. Siempre que ella le preguntaba acerca de un plan determinado, parecía enfadado. «¡Oh, eso Ahora estoy en algo mucho más grande, mucho más!»

Un día, a la hora de comer, le arrestaron. Al día siguiente, Elyse fue a visitarlo a la comisaría. La policía le dijo que había pasado la noche en casa de un amigo y que al día siguiente había vendido el equipo de fotografía de esa persona. Ella no lo creyó, pero sí el juez. Se supo que la policía buscaba a Jeffrey por muchas acusaciones. Fue a la cárcel.

A pesar de su encarcelación, nunca perdió su influencia sobre Elyse. Le escribía desde la cárcel al menos una vez al día, a veces hasta tres. Le escribía sobre sus talentos, sus sueños, sus planes. Le describía la vida que iban a llevar juntos. Se puede decir que inundó a Elyse con sus palabras («vómito verbal», como describiría otro autor un caso similar). Decía que si pudiese encontrar el canal por el que conducir toda su energía alcanzaría la cima del mundo, sería capaz de todo. Y le daría la vida que se merecía; la quería tanto... Elyse estaba tan alucinada que no le perturbó en absoluto la frase «envíame dinero» al final de una de sus cartas.

A los ocho meses, Jeffrey estaba en la calle. Se dirigió directamente a casa de Elyse y la encandiló de nuevo, pero sus compañeras de piso no se dejaron impresionar tan fácilmente. Jeffrey intentó seducir a una de ellas y, una noche, se arrastró hasta la cama de la otra. Apresó a la chica por los hombros y parecía disfrutar viéndole la cara de miedo. No hay que

extrañarse de que, con Jeffrey en aquella casa día y noche, la vida comunitaria se fuese a la ruina.

Pronto quedó claro que Jeffrey no tenía ninguna intención de buscarse piso ni de trabajar. Aun así, Elyse seguía buscándole trabajo. La primera entrevista tuvo éxito, pero el primer día de trabajo robó el dinero de la caja registradora y desapareció durante cinco días. Después, Elyse recibió la llamada de un amigo que decía que Jeffrey estaba vendiendo droga. Cuando apareció, animoso y hablando a cien por hora, ella se le enfrentó por primera vez. Él lo negó todo y ella le creyó. La pobre Elyse era como un yo-yo, le creía y no le creía, y así todo el tiempo.

Un buen día, los padres de Elyse aparecieron por su casa e insistieron en que su hija fuese a ver a un psiquiatra; tenían miedo de su relación con Jeffrey. Ellos eran inmunes a su encanto y a veces hablaban de sus «extraños ojos que no dicen nada». Pero el psiquiatra no vio ningún problema. Encontró a Jeffrey «optimista» y «todo un carácter». Sin embargo, de alguna forma, la visita al doctor le abrió los ojos a Elyse. Decidió romper con él allí mismo, en la calle, fuera de la consulta del médico. Le dijo que la relación había acabado. El la cogió del brazo y le miró a los ojos. «Sabes que nunca te dejaré ir —insistió, y de repente ella se dio cuenta de lo que sus padres decían acerca de sus ojos— Siempre estaré contigo, Elyse.»

Al cabo de unos días, Elyse se cambió de apartamento y Jeffrey empezó a acosarla.

Le llegaron mensajes de él: si no le dejaba verla, se mataría. Después los mensajes cambiaron. Ya no iba a suicidarse él, sino que iba a matarla a ella. Poco después la encontró, entró en su piso y la agarró por el pelo. Afortunadamente, el hermano de Elyse llegó pronto de trabajar y entró en el piso a tiempo. Al ver a su hermano, Jeffrey se calmó instantáneamente. Sonrió, dijo hola y dejó el apartamento.

Y eso fue todo; la tormenta pasó. Nunca se le vio más el pelo. Años después, Elyse se enteró de que Jeffrey había sido arrestado por diferentes delitos, la mayoría por robo y fraude, y una vez por asalto. Fue a la cárcel y cuando salió trabajó en un barco de pesca durante una temporada. Mucho tiempo después, Elyse todavía se preguntaba cómo había podido confiar en ese tipo de una manera tan ingenua.

Nunca encontró la respuesta, y saber cuán cerca había estado de ser absorbida por su encanto la mantuvo alejada de los hombres durante mucho tiempo.

Elyse, que fue alumna mía, sabe ahora mucho acerca de la psicopatía, por su experiencia personal y por su formación. Pero todavía le es difícil entender cómo gente como Jeffrey puede introducirse en la vida de una persona e invadirlo todo. «Para él —nos dice—, las reglas de conducta estaban escritas con lápiz y tenía una gran goma de borrar.»

> Desde la aparición del libro El silencio de los corderos y la película del mismo nombre, muchos periodistas y presentadores de televisión me han preguntado si Hannibal «el caníbal» Lecter, el terrible protagonista, brillante psiquiatra y asesino caníbal, es una descripción exacta de lo que es un psicópata.
>
> Está claro que Lecter tiene muchas de las características de un psicópata. Es egocéntrico, presuntuoso, insensible, manipulador y carente de remordimientos. Y además parece estar más que un poco loco. Esto no es sorprendente, ya que Lecter y el asesino en serie de la película, Búfalo Bill, un travestido que despelleja a sus víctimas femeninas, tienen bastante parecido con el asesino psicótico de la vida real Edward Gein.
>
> El director del hospital psiquiátrico para delincuentes en el que se hallaba Lecter decía: «Oh, es un monstruo. Un psicópata puro. Es muy difícil capturar uno con vida».
>
> Por supuesto, se trata de una afirmación inexacta que refleja la creencia común de que todos los psicópatas son asesinos en serie que torturan y mutilan por el placer de hacerlo. Si Lecter es un psicópata, no se trata de un caso típico.

> Si existiese —después de todo no olvidemos que es un personaje de ficción— sería miembro de un club más bien selecto, el de los asesinos en serie. Éstos son casos extremadamente raros; probablemente, en Estados Unidos no hay más de cien. En contraste, se puede decir que hay dos o tres millones de psicópatas en ese país. Incluso si todos los asesinos en serie fueran psicópatas, esto significaría que por cada psicópata y asesino en serie, habría de veinte mil a treinta mil psicópatas que no lo son.
>
> En otras palabras, las ficciones que muestran a los psicópatas como asesinos grotescos y sádicos como Lecter le dan al público una visión distorsionada de este trastorno. En la mayoría de los casos lo que les motiva no es la satisfacción de extrañas urgencias sexuales, sino su egocentrismo, sus caprichos y la promesa de gratificación instantánea de necesidades comunes.

Romper las reglas

La sociedad tiene muchas reglas, algunas formalizadas en leyes y otras consistentes en unas creencias ampliamente aceptadas acerca de lo que está bien y lo que está mal. Cada una de ellas nos protege y fortalece el entramado social. Ciertamente, el miedo al castigo nos ayuda a mantenernos a raya, pero hay otras razones por las que seguir esas normas:

—una valoración racional de las probabilidades de que nos pillen,
—una idea filosófica y teológica del bien y del mal,
—una apreciación de la necesidad de cooperación y armonía social,
—una capacidad de pensar en (y de que nos importen) los sentimientos, derechos, necesidades y bienestar de los que nos rodean.

Aprender a comportarse de acuerdo a las reglas y regulaciones de la sociedad, lo que se llama socialización, es un proceso complejo. A nivel práctico, a los niños se les enseña «cómo se hacen las cosas». Todo este proceso llamado socialización —a través de los padres, la escuela, las experiencias sociales, la formación religiosa y demás— nos ayuda a crear un sistema de creencias, actitudes y criterios personales que determinan cómo interactuamos con el mundo a nuestro alrededor. La socialización también contribuye a la formación de lo que la mayoría de la gente llama conciencia, esa voz interior que nos ayuda a resistir la tentación y a sentirnos culpables cuando no lo conseguimos. Juntas, la voz interior, las normas interiorizadas y las reglas de la sociedad actúan como la «policía interior» que regula nuestra conducta incluso en ausencia de muchos controles externos, como las leyes, la percepción de lo que los otros esperan de nosotros y los agentes de policía reales.

Sin embargo, para los psicópatas como Jeffrey, nunca se dan esas experiencias sociales que de manera natural dan lugar a la conciencia. Esas personas no poseen una voz interior que les guíe; conocen las reglas, pero siguen sólo aquellas que ellas mismas escogen, sin importarles las repercusiones que tienen en los demás. Tienen muy poca resistencia a la tentación y sus transgresiones no les provocan ningún sentimiento de culpa. Sin las ataduras de la fastidiosa conciencia, se sienten con libertad para satisfacer sus necesidades y hacer aquello que les place. Cualquier acto antisocial, desde los pequeños hurtos hasta los asesinatos sangrientos, es factible.

No sabemos por qué la conciencia del psicópata —si es que existe— es tan débil. Sin embargo, podemos establecer algunas hipótesis plausibles al respecto:

— Los psicópatas tienen pocas aptitudes para experimentar respuestas emocionales —como el miedo y la ansiedad—, que son las principales fuentes de la conciencia:[51] en la mayor

51 Robert Hare, Psychopathy: Theory and Research, Nueva York, Wiley, 1970 (trad. cast.: La psicopatía, Barcelona, Herder, 1984); Gordon Trasler, «Relations between

parte de la gente, los castigos de la primera infancia producen un vínculo entre los tabúes sociales y las sensaciones de ansiedad, un vínculo que durará toda la vida. La ansiedad asociada al castigo potencial por la realización de algo prohibido ayuda a suprimir el acto. De hecho, la ansiedad puede ayudar a suprimir incluso la idea del acto: «Pensé en robar el dinero, pero rápidamente retiré la idea de mi mente».

Pero en los psicópatas, el vínculo entre actos prohibidos y ansiedad es débil y la amenaza de castigo fracasa a la hora de detenerlos. Quizá por esta razón, la carrera delictiva de Jeffrey parece el historial de un amnésico: ningún castigo ha tenido nunca el menor efecto para disuadirlo de gratificar sus impulsos.

> Los psicópatas son muy buenos a la hora de concentrarse en las cosas que les interesan y obviar todo lo demás. Algunos clínicos han comparado ese proceso con un foco que se concentra en una sola cosa cada vez. Otros sugieren que es similar a la concentración con la que los depredadores acechan a su presa.
>
> Esta inusual habilidad para concentrar la atención puede ser buena o no serlo, según la situación. Por ejemplo, los atletas suelen atribuir su éxito a su capacidad de concentración. Un bateador que aparta su mirada de la bola para mirar a un pájaro o que se distrae momentáneamente cuando alguien grita su nombre, es improbable que mejore su media de bateo.
>
> Por otro lado, muchas situaciones son complejas y requieren que prestemos nuestra atención a varias cosas al mismo tiempo. Si nos concentramos sólo en lo que encontramos más interesante, podemos perdernos algo de importancia, quizás una señal de peligro. Eso es lo que los psicópatas hacen a menudo: prestan tanta atención a las recompensas que pueden obtener que ignoran señales que podrían advertirles de algún peligro.
>
> Por ejemplo, algunos psicópatas se ganaron la reputación de valientes pilotos durante la Segunda Guerra Mundial, al encarar sus objetivos de frente, como perros de presa. Sabemos asimismo que esos pilotos frecuentemente pasaban por alto detalles como cuánto combustible les quedaba, la altitud o la posición de los otros aviones. Algunos se convirtieron en héroes, pero la mayoría fueron abatidos o se les acabó relegando por oportunistas, solitarios personajes en los que no se podía confiar, excepto para cuidar de sí mismos.

— El «lenguaje interior» de los psicópatas carece del componente emocional: la conciencia depende no sólo de la habilidad para imaginar consecuencias, sino también de la capacidad mental de «hablar con uno mismo». El psicólogo ruso A. R. Luria, por ejemplo, ha demostrado que el discurso interiorizado —la voz interior— desempeña un papel crucial en la regulación de la conducta.[52]

Pero cuando los psicópatas se hablan a sí mismos simplemente están «leyendo un guión». Cuando Jeffrey intentó violar a la compañera de piso de Elyse, debió de pensar: «Mierda. Si sigo por aquí voy a comerme un marrón muy grande. Quizá pille el sida o ella se quede embarazada y entonces Elyse me mata» Si efectivamente esos pensamientos pasaron por su mente debieron de tener el mismo impacto emocional que si hubiese pensado: «Quizá vea el partido de béisbol esta noche». Ciertamente, nunca consideró seriamente el efecto de su conducta autogratificante en ninguna de las personas de las que se aprovechó, ni siquiera en sí mismo.

— Los psicópatas tienen muy poca capacidad para imaginarse mentalmente las

---

psychopathy and persistent criminality», en R. D. Hare y D. Schalling (comps.), Psychopathic Behavior: Approaches to Research, Chiches-ter, Reino Unido, Wiley, 1978.

52 A. R. Luria, The Working Brain, Nueva York, Basic Books, 1973 (trad. cast.: El cerebro en acción, Barcelona, Martínez Roca, 1984).

consecuencias de su conducta:[53] sí que confrontan las recompensas concretas e inmediatas con las consecuencias futuras de sus acciones, pero ganan invariablemente las recompensas. La imagen mental de las consecuencias que causarán sus acciones en la víctima es especialmente borrosa. De esa manera, Jeffrey vio en Elyse no una compañera sino más bien un «contacto»: una fuente de cobijo, ropa, dinero, diversión y gratificación sexual. Las consecuencias de sus acciones ni siquiera entraron en su conciencia. Cuando se hizo evidente que ya no podía estrujar más la asociación con ella, sencillamente se trasladó a otra fuente de bienes.

Eligen y toman

Por supuesto, los psicópatas no son completamente ajenos al conjunto de reglas y tabúes que mantienen en pie a las sociedades. Después de todo, no son autómatas que responden sólo a las necesidades, urgencias y oportunidades momentáneas. El hecho es que son más libres que el resto de nosotros para elegir y quedarse con las normas y restricciones que les parece.

Para la mayoría de nosotros, incluso la idea de que nos critiquen —sólo imaginarlo— ya tiene el efecto de controlar nuestra conducta. Estamos, hasta cierto punto, perseguidos por cuestiones como nuestra valía personal. Como consecuencia de ello, intentamos continuamente demostrarnos a nosotros mismos que somos personas decentes, competentes y de fiar.

En contraste, el psicópata lleva a cabo su evaluación de la situación —lo que sacará de sus acciones y a qué coste— sin la típica ansiedad, dudas y temor a ser humillados, a que nos hagan daño, a que nos saboteen planes futuros, en resumen, a aquellas infinitas posibilidades que consideran las personas normales cuando deciden si emprender o no una acción. Para aquellos de nosotros que hemos sido correctamente socializados, imaginar el mundo como lo hace el psicópata es casi imposible.

> La mayor parte del recorrido que realizo haciendo footing todos los días en West Vancouver corre paralelo a una vía de tren que sólo se usa unas cuantas veces al día. Hace un año, me hallaba por allí; había acabado de correr y estaba descansando un poco. Vi que las señales que indican que iba a pasar un tren estaban activadas y la barrera de coches bajada. Al cabo de un rato, empecé a echar algo en falta. Las señales no debían de funcionar porque no pasaba ningún tren. Sin embargo, el primer coche de la cola no se movía, incluso después de que los otros diesen muestras de impaciencia. Cuando me marché unos diez minutos después, las luces estaban todavía encendidas y el primer coche no se había movido.
>
> Piense en el conductor de ese automóvil y el psicópata como extremos opuestos del mismo continuo de la conciencia, de la restricción personal. El primero, en un extremo, sigue las normas a rajatabla y el segundo, en el otro extremo, sencillamente las ignora. Uno pasivamente acepta la autoridad suprema de la voz interior que dice no, y el otro le dice «piérdete».
>
> Nuestra voz interior nos da dolores de cabeza si pretendemos saltarnos las normas sociales. Como decía una pintada de la Revolución de Mayo del 68: «Hay un policía en cada uno de nosotros y debemos matarlo».

El cine de psicópatas

---

53 Ethan Gorenstein, «A cognitive perspective on antisocial personality», en P. Magaro (comp.), Annual Review of Psychopathology: Cognitive Bases of Mental Disorders, vol. 1, Newbury Park, CA, Sage, 1991.

No ha sido nunca tan fuerte la fascinación pública por el hábil falsificador y el asesino frío, por aquellos que no se rigen por los dictados de la sociedad y la conciencia. Uno de los nuestros, Misery, De repente, un extraño, Durmiendo con su enemigo, In Broad Daylight, Love, Lies and Murder, Small Sacrifices, El cabo del miedo, In a Child's Name y la particularmente explícita El silencio de los corderos son algunas de las películas de mayor éxito sobre el tema. Los programas de televisión sobre crímenes auténticos, como Hard Copy, A Current Affair y America's Most Wanted, son estrellas de la parrilla televisiva norteamericana.

Bruce Weber, en un artículo del The New York Times del 10 de febrero de 1991, titulado «Cozying Up to the Psychopath That Lurks Deep Within» [Tratar con el psicópata que acecha en nuestro interior], nos recuerda que la fascinación por las mentes retorcidas y perversas no es nada nuevo: «Desde Yago hasta Norman Bates, del doctor Jekyll a Harry Lime, del Humbert Humbert de Vladimir Nabokov al Leland Palmer/Bob de David Lynch, se ha explorado una y otra vez la lógica del villano tanto en novelas como sobre los escenarios, en la gran pantalla, etc. Aunque los autores de esas obras se dejan llevar por su prolija imaginación, se inspiran en la oscura realidad: Jack el destripador, Lizzie Borden, Dick y Perry, Gary Gilmore, Charles Manson, por no mencionar a Adolf Hitler, Joseph Stalin y Ricardo III. Por ahora, el siguiente en la lista de los más eminentes es sin duda Saddam Hussein, que pronto inspirará a algún creador».

La cuestión es ¿por qué?, ¿qué es lo que hace que ese terrible poder excite de tal forma nuestra imaginación? «Está claro que la maldad nos cautiva —escribió Weber—, y no sólo a los dramaturgos. Desde el mal comportamiento hasta el crimen más perverso, la realización de malos actos es algo que el público quiere conocer. Es una manera de explicar por qué el psicópata, la personificación de la maldad sin remordimientos, tiene un lugar tan privilegiado en la conciencia pública.»

Weber sigue la línea de pensamiento del psiquiatra forense Ronald Markman, quien, junto a Dominick Bosco, escribió Alone with the Devil, un libro que describe el trabajo profesional del doctor Markman con esos asesinos. El psiquiatra sugería que el público se identifica con los psicópatas. Liberamos nuestras fantasías de una vida sin controles internos. «Hay algo dentro de esos hombres que también nosotros poseemos y eso nos atrae porque averiguamos de qué se trata», en palabras de Markman. En una entrevista con Weber, llega incluso un poco más lejos: «Todos tenemos un psicópata en nuestro interior».

La psiquiatra Joanne Intrator, del hospital Mount Sinai de Nueva York, imparte un curso titulado «El psicópata en la realidad y en el cine», en el que explica cómo las películas permiten que se dé tal identificación. Los espectadores acuden a los cines movidos por una curiosidad natural, pero una vez dentro de la sala, se llega a un acto de voyeurismo dotado de una gran carga emocional. La doctora Intrator dice que el cine «nos permite gozar del placer del voyeur. La sala a oscuras adormece nuestra conciencia moral y nos permite concentrarnos en un estado interior que se inhibe de las limitaciones del superego (conciencia). En la oscuridad disfrutamos, aunque poco conscientemente, de un placer violento y sexual sin, al parecer, ningún coste».[54]

Estas experiencias cinematográficas pueden tener un efecto beneficioso en las personas psicológicamente sanas, recordándoles los peligros y la destrucción que acarrea la psicopatía. Por otro lado, a las personas con poco criterio moral, con serios problemas psicológicos o marginadas de la sociedad les puede servir de modelo.

Rebelde sin causa

En 1944, el psicoanalista Robert Lindner escribió un estudio sobre la psicopatía que tituló Rebel Without a Cause.[55] Lindner veía la psicopatía como una plaga, una fuerza

54 Joanne Litrator, comunicación personal, octubre de 1991.

55 Robert Lindner, Rebel Without a Cause, Nueva York, Grune and Stratton, 1944. A partir

terrible cuyo poder potencial se subestima demasiado. En su libro, un clásico del tema, describe a los psicópatas en cuanto a su relación con la sociedad:

> El psicópata es un rebelde, un desobediente fanático. Se enfrenta a cualquier código [...] un rebelde sin causa, un agitador sin eslogan, un revolucionario sin programa; sin embargo, su rebeldía está dirigida a conseguir la satisfacción de sus propios y únicos objetivos; es incapaz de realizar algo por el beneficio de otra persona. Todos sus esfuerzos, no importa de qué vayan disfrazados, representan inversiones destinadas a satisfacer sus deseos inmediatos (pág. 2).

La cultura puede cambiar, pero el psicópata «rebelde» sigue siendo el mismo. A mediados de los años cuarenta, Lindner escribió que los psicópatas se encuentran frecuentemente ocultos en los suburbios de la sociedad, donde «brillan con la purpurina de la libertad personal, allí donde los frenos y riendas de la sociedad están ausentes y no hay límites en sentido físico o psíquico» (pág. 13).

En la actualidad, el psicópata parece estar en todas partes y, por eso, debemos hacernos importantes preguntas.

¿Por qué está creciendo nuestra fascinación por la psicopatía: en el cine, en la televisión, en los libros superventas y en las revistas? ¿Por qué cada vez hay más jóvenes criminales? Un experto sobre el tema nos dice:

> El joven criminal que vemos hoy está más desvinculado de su víctima que nunca, más preparado para herir o matar. La falta de empatía por sus víctimas que vemos entre los jóvenes criminales es sólo un síntoma de un problema que afecta a toda la sociedad. La postura del psicópata es más común en la actualidad que antes; la sensación de ser responsable del bienestar de los demás disminuye día a día.[56]

Estamos permitiendo inconscientemente que la sociedad evolucione hacia un punto en que se convierta en un «criadero de asesinos»? Como nos muestran los periódicos de nuestra sociedad civilizada, esta pregunta se hace más y más acuciante cada día.

---

del libro se hizo después, en 1955, la película, con el mismo titulo en inglés [estrenada en España con el título Rebelde sin causa], aunque no se trasladaron a la gran pantalla las ideas de Lindner acerca de la psicopatía.

56 Jose Sanchez, citado de The :Yew link Times, 7 de julio de 1989.

Capítulo 6
EL CRIMEN: LA ELECCIÓN LÓGICA

> Si el crimen es la descripción del puesto de trabajo, el psicópata es el candidato perfecto.

En la película M de Fritz Lang, de 1931, Peter Lorre hacía el papel de un asesino de niños que conseguía a sus víctimas en la calle guiado por sus impulsos homicidas. En el film, la policía no puede dar con el culpable y el submundo de delincuentes y matones decide encargarse de las pesquisas. Una vez lo descubren, la sórdida población de delincuentes lo lleva a una destilería abandonada para juzgarlo con su propio tribunal de los bajos fondos. Esta película es una de las más efectivas representaciones de lo que se ha llamado el «honor de los ladrones».

¿Existe el honor entre los ladrones? Si rascamos en la superficie de la población de reclusos de cualquier prisión encontraremos una especie de código moral, no necesariamente el código de la ciudadanía normal, pero de todas formas un código, con sus normas y prohibiciones. Esos delincuentes, aunque en contra de algunas reglas y valores de la sociedad, pueden seguir las reglas del grupo al que pertenecen —de su vecindario, de su familia o de su banda— Ser un delincuente no significa necesariamente que no se tenga conciencia (ni siquiera significa estar menos socializado que los demás). Los delincuentes llegan al crimen por muchas vías, la mayoría de las cuales son fuerzas externas a ellos:[57]

— Algunos delincuentes han aprendido que deben cometer delitos; crecen en familias o ambientes sociales en los que la conducta delictiva, en cierto grado, es la norma aceptada. Uno de nuestros sujetos, por ejemplo, nos contó que su padre era ladrón profesional su madre, prostituta. Y de joven «iba a trabajar» con su padre. Otros ejemplos más conocidos y espectaculares son los miembros de las familias mafiosas o ciertas bandas de gitanos, frecuentes en algunos lugares de Europa.
— Algunos delincuentes pueden entenderse como productos de lo que se conoce como «el ciclo de la violencia». Existe evidencia que demuestra que las víctimas de abusos sexuales, físicos o emocionales en la infancia se convierten en perpetradores de adultos. No es raro, por ejemplo, encontrar que los que abusan de niños fuesen víctimas del mismo abuso en su propia infancia o que los maltratadores de esposas asistiesen en su niñez a las mismas escenas que ellos protagonizan.
— Otros cometen delitos movidos por necesidades imperiosas: por ejemplo, son adictos a drogas o gente sin recursos que bloquean su conciencia para robar a fuerza de la desesperación. Muchos de esos sujetos empezaron su actividad criminal como refugiados de hogares rotos, pobres o abusivos, y se vuelcan sobre las drogas para conseguir cierta

---

57 Dos autores que debaten acerca de las causas de la delincuencia son James Wilson y Richard Herrenstein, Crimp and Human Nature, Nueva York, Touchstone, 1985.

compensación. Después, se ven forzados a cometer delitos para sufragarse su hábito.

También los hay que ingresan en las filas de los presidiarios por cometer «crímenes pasionales». Uno de nuestros sujetos, un hombre de 40 años sin antecedentes delictivos o violentos, encontró condones en el bolso de su esposa, discutió acaloradamente con ella, «se volvió loco» y le dio una tremenda paliza. Le condenaron a dos años de cárcel, pero seguramente conseguirá la libertad condicional antes de que pase ese tiempo.

Para muchos de estos sujetos, ciertas circunstancias sociales negativas —pobreza, violencia doméstica, abuso infantil, estrés económico, alcoholismo y drogadicción, por nombrar unas cuantas— fueron los factores que contribuyeron e incluso provocaron sus actos delictivos. De hecho, si esos factores no hubiesen estado presentes, muchos de esos criminales no habrían caído en el delito.

Pero algunos individuos cometen delitos simplemente porque les va bien así, es más fácil que trabajar o porque les excita.[58] No todos son psicópatas, pero para los que lo son, el delito no es tanto el resultado de condiciones sociales adversas sino de una estructura de la personalidad que no tiene en cuenta las reglas y normas que regulan la sociedad. A una de nuestras sujetos psicópatas le preguntamos por qué delinquía y respondió: « Quiere que le diga la verdad? Por diversión».

A diferencia de la mayoría de los delincuentes, los psicópatas no muestran lealtad a grupos, códigos o principios más que al de «ser el número uno». Los diferentes departamentos policiales se sirven de ello para resolver un crimen o para romper una banda o célula terrorista. Les dicen: «Sé listo, salva tu pellejo; cuéntanos quién más está metido en el asunto y quedarás libre», y esa estrategia tiene más posibilidades de funcionar con un psicópata que con un delincuente normal.

> La película de Terrence Malick, Malas tierras, se basa en la carrera criminal de Charles Starlweather y su novia, Caril Ann Fugate. Se trata de una película de ficción con un argumento fríamente realista. Esta ficción nos cuenta la vida del personaje principal, Kit Carruthers, cuyo irresistible encanto encaja perfectamente con su perfil psicopático. En la película, su vínculo con su novia, Holly, es muy profundo, lo cual no rinde honor a la verdad. Uno puede estar tentado a desestimar esta película por ser demasiado romántica, por querer mostrar el gran corazón del psicópata, pero miremos de nuevo. Detrás de Kit se halla Holly. Si vemos la película conociendo la historia real nos daremos cuenta de que si Kit representa lo que el cine considera un psicópata, Holly es la psicópata real, ese «otro» que brillantemente retrata Sissy Spacek como la máscara que habla.
>
> Dos aspectos del personaje de Holly ejemplifican importantes aspectos de la personalidad psicopática. Uno es su pobreza emocional y el otro es su búsqueda de emociones fuertes. Una pista de ello nos la da la conducta increíblemente inapropiada que exhibe en ocasiones. Después de que Kit mate al padre de Holly ante sus ojos porque éste se opone a la relación, esta joven de 15 años le da una bofetada a Kit. Acto seguido, se deja caer en una silla y se queja de dolor de cabeza; más tarde, huye con Kit a través del país arrasando todo a su paso, después de que él incendie la casa de Holly para ocultar el cuerpo del padre.
>
> Un poco más tarde, con varios asesinatos más en su haber, Kit obliga a una aterrorizada pareja a abandonar su coche a punta de pistola. Con un aire perezoso, les conduce hasta un campo abierto. De una manera juguetona, Holly se encara a la asustada mujer y le dice «Hola» con su tono de voz aniñado y

58 Disponemos de un análisis sobre la atracción hacia el delito que experimentan algunos individuos en una obra de Jack Kratz, Seductions of Crime, Nueva York, Basic Books, 1988.

monótono. «¿Qué va a pasar?», pregunta la mujer, desesperada por entender qué sucede. «Oh —responde Holly—, Kit dice que siente que va explotar de un momento a otro. Yo me siento igual muchas veces. ¿Tú no?» La escena acaba con Kit encerrando a los dos en una bodega en medio del campo. Justo antes de irse, dispara de repente a la puerta. « ,Crees que les he dado?», pregunta, como si hubiese intentado matar moscas en la oscuridad.

Quizá la evidencia más sutil de psicopatía de la película aparece en la narración de Holly. Se trata de un monólogo monótono adornado con frases extraídas de revistas para chicas.

Frases que aconsejan qué sentir en cada ocasión. Holly habla del amor que comparte con Kit, pero la actriz se las arregla para expresar que Holly no siente, no ha experimentado nunca lo que dice. El personaje de Spacek «se sabe la letra pero no la música», y nos da la oportunidad de experimentar la extraña sensación, la innombrable desconfianza y el escalofrío, que muchos —tanto profanos como profesionales— dicen sentir después de interaccionar con los psicópatas.

La fórmula del crimen

Por muchas razones es difícil creer que algún psicópata —con su carencia de control interno, su actitud poco convencional frente a la ética y la moralidad, su insensibilidad, su falta de remordimientos y su visión egocéntrica del mundo— podría no entrar en conflicto con la sociedad en ningún momento de su vida. Muchos, por supuesto, delinquen y sus actividades criminales cubren un gran espectro de posibilidades, desde pequeños robos a asaltos a mano armada, extorsión, vandalismo, secuestro, asesinato y crímenes contra el estado como traición, espionaje y terrorismo.

Aunque no todos los delincuentes son psicópatas y no todos los psicópatas son delincuentes, los psicópatas están bien representados en nuestras poblaciones carcelarias y llevan a cabo una gran proporción de los actos delictivos totales:[59]

— aproximadamente, cerca de un 20 % de reclusos, hombres y mujeres, son psicópatas;
— los psicópatas son responsables de más del 50 % de los crímenes más graves que se cometen.

Lo cierto es que la estructura de personalidad de los psicópatas supone un peligro para la sociedad. Como el gran tiburón blanco, se trata de una máquina de matar y fácilmente cae en el papel del criminal. Su capacidad para aprovechar cualquier situación que aparezca, combinada con su falta del control interno que conocemos como conciencia, da lugar a una potente fórmula para el crimen.

Así, por ejemplo, un psicópata como Jeffrey no deja escapar la ocasión cuando una jovencita en la playa le devuelve su deslumbrante sonrisa. No tardará mucho en pegarse a esa chica para obtener de ella toda la calidez, gratificación sexual, cobijo, comida y dinero que pueda, en nombre del «amor».

Cuando un joven de la edad y tipo que le gusta a John Wayne Gacy acude a su negocio en busca de trabajo, Gacy no tarda mucho en meter al chico en su juego sexual. Y no para hasta que le mata y lo entierra debajo de su casa.[60]

Cuando el asesino de Utah, Gary Gilmore, tiene una pelea con su novia, se pone a conducir (y suele ir acompañado de otra mujer) hasta que ya no puede contener su ira. Va a

---

59 R. D. Hare, K. Strachan y A. E. Forth, Psychopathy and crime: A review», en K. Howells y C. Hollin (comps.), Clinical Approaches to Mentally Disordered Offenders, Nueva York, Wiley, 1993.

60 Tim Cahill, Buried Dreams Nueva York Bantam Books, 1987.

una gasolinera, deja a su joven acompañante sola escuchando la radio unos minutos y dispara a la primera persona que se le cruza. A la noche siguiente hace lo mismo. Tiempo después, describe a los dos hombres a los que dispara diciendo simplemente que estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado, allí donde él se ve en la necesidad de descargarse.[61]

Un reciente estudio del FBI concluyó que el 44 % de los delincuentes que matan a oficiales de policía en acto de servicio son psicópatas (Killed in the Line of Duty, The Uniform Crime Reports Section, Federal Bureau of Investigation, United States Department of Justice, septiembre de 1992).

Vivir el momento

En un extremo, podemos pensar en un estudiante de filosofía New Age que se estremece ante la profanación de sus principios sagrados. En el otro, a un psicópata, una persona anclada por completo en el presente, incapaz de resistir una buena oportunidad. Como nos decía un recluso que puntuó alto en el Psychopathy Checklist: «¿Qué puede hacer un hombre? La chica tenía un culo precioso. Me serví yo mismo». Cumplía condena por violación. Conocemos el caso de otro violador detenido por la policía después de aparecer en un concurso de televisión en la misma ciudad donde vivían sus víctimas. ¡Cinco minutos de fama y dos años en la cárcel!

En una entrevista concedida a Playboy poco antes de su ejecución, Gary Gilmore transmitió su idea de lo que es estar anclado firmemente en el presente. Cuando se le preguntó por qué le habían pillado tantas veces, a pesar de su alto coeficiente intelectual, Gilmore respondió:

> Hay un par de historias que nunca se sabrá que las hice yo. Supongo que no son muchas. Nunca fui un gran ladrón. Soy demasiado impulsivo para ello. No planeo, no pienso. No tienes que ser superinteligente para salir ileso de toda esa mierda, sólo tienes que pensar un poco. Pero yo no pienso. Soy impaciente. Demasiado ávido. Podría haber escapado con un montón de golpes en mi haber. Pero no sé. Realmente, es difícil de entender. Quizá dejó de importarme hace mucho tiempo.[62]

Violencia psicopática: despreocupadamente y a sangre fría

Existe algo incluso más preocupante que el hecho de que los psicópatas sean unos delincuentes compulsivos, es que tanto los hombres como las mujeres psicópatas tienen más probabilidades de ser violentos y agresivos que los demás delincuentes.[63] Por supuesto, la violencia no es algo poco común en otras poblaciones, pero los psicópatas se las arreglan

---

61 Norman Mailer, The Executioner's Song, Nueva York Warner Books. 1980 (trad. cast.: La canción del verdugo, Barcelona, Anagrama. 1995).

62 Playboy, mayo de 1977. pág 76

63 R. D. Hare y L. N. McPherson, «Violent and aggressive behavior by criminal psychopaths», International Journal of Law and Psychiatry, nº 7, 1984, págs. 35-50; D. S. Kosson, S. S. Smith y J. P. Newman, »Evaluating the construct validity of psychopathy on Black and White male inmates: Three preliminary studies», Journal of Abnomal Psychology, n° 99, 1990, págs. 250-259; R. C. Serin, «Psychopathy and violence in criminals», Journal of Interpersonal Violence, n° 6, 1991, págs. 423-431; S. Wong, «Criminal and institutional behaviors of psychopaths», Programs Brand, Users Report, Ottawa, Ontario, Canadá, Ministerio del Subsecretario de justicia, 1984.

para llevar a cabo el doble de actos violentos y agresivos que los otros delincuentes, fuera y dentro de la cárcel.

Problemático, sí, pero no sorprendente. Mientras la mayoría de nosotros tiene fuertes inhibiciones a la hora de hacer daño físico a los demás, los psicópatas no. Para ellos, la violencia y las amenazas son herramientas útiles para cuando tienen ira, sienten que les desafían o están frustrados. Realmente, le dan muy poca importancia al dolor y a la humillación que experimentan sus víctimas. Su violencia es insensible e instrumental —la usan para satisfacer una necesidad puntual, como el sexo o lo que les apetezca—, y su reacción suele ser de indiferencia. Sienten poder, placer o petulante satisfacción. Ciertamente, no pierden el sueño con ello.

Compare las reacciones del psicópata con las de los agentes de la ley, obligados a usar la fuerza en la línea de fuego. A diferencia de los personajes de ficción que pueden matar a diez de los malos antes de cenar —como Clint Eastwood en Harry, el sucio—, a la mayoría de los agentes de policía les afectan mucho los tiroteos y muchos experimentan «flash-backs emocionales» o sufren de lo que se ha llamado síndrome de estrés postraumático. Los efectos pueden ser tan debilitantes que muchas jurisdicciones estipulan rutinariamente que un oficial implicado en un tiroteo, sea con muertos o no, debe recibir apoyo psicológico.

Tal apoyo sería agua de borrajas para los psicópatas. Incluso profesionales con mucha experiencia encuentran desconcertante el asistir a la reacción del psicópata ante un hecho traumático. Suelen describir una ofensa brutal como si se tratase de pelar una manzana o limpiar pescado:

— Gary Gilmore, explicando a sus entrevistadores cómo se hizo con el apodo de «martillo» en la cárcel, nos ofrece un buen ejemplo del enfoque desinhibido que tiene el psicópata ante la violencia.[64] A un amigo de Gilmore, LeRoy, le robaron y le dieron una paliza en la cárcel. Este le transmitió a Gilmore que necesitaba ayuda para devolvérsela a su agresor, Bill. «Esa noche pillé a Bill sentado viendo un partido de fútbol —recuerda Gilmore— y lo que hice fue acercarme y plantarle el martillo en la cabeza, di media vuelta y me largué. [...] ¡Vaya si le hice trizas! [risas] [...] Me metieron en el agujero durante cuatro meses, pero a Bill se lo llevaron a Portland para operarle el cerebro. Estaba bien jodido. Respondiendo a su pregunta, ese tipo, LeRoy, me puso el apodo de "martillo" después de aquello. Me regaló un llavero con un martillito colgando [...].» En la cárcel, Gilmore había estado proclamando a los cuatro vientos haber matado a Bill con el martillo y haber cometido otro crimen violento. Los entrevistadores le preguntaron: «Por qué vas por ahí diciendo haber matado a esos hombres? ¿Fanfarroneas o confiesas?». Gilmore [riendo]: «Para decirte la verdad, supongo que fanfarroneo un poco».

— Un ex presidiario, al que el psiquiatra de la cárcel había diagnosticado psicopatía, le dijo calmadamente a la policía que había apuñalado a otro hombre en un bar porque éste rechazó su petición de desalojar una mesa. Su explicación: estaba cultivando su imagen de «no te metas conmigo» en ese momento y la víctima le había desafiado enfrente de otros tipos duros del bar.

> El día de Año Nuevo de 1990, Roxanne Murray, de 26 años, mató a su marido, de 42, con el que llevaba cinco años casada, con un arma del calibre doce. Le dijo a la policía que lo quería, pero que había tenido que hacerlo. Los jueces estuvieron de acuerdo con ella y la declararon inocente de los cargos de asesinato en segundo grado.
>
> El marido, Doug Exprimidor Murray, era un «pseudomotociclista» con una gran «necesidad de motos potentes y perros débiles y complacientes (como las mujeres): quería todas sus posesiones bajo control». A lo largo de los años fue acusado en innumerables ocasiones de violación y robo, pero nunca pisó la

64 Playboy, mayo de 1977, pág. 76.

cárcel por falta de pruebas. Había estado casado varias veces y solía aterrorizar a las mujeres con las que estaba. En un acto macabro, «dirigió un hogar para chicas adolescentes víctimas de abusos sexuales. Las explotó física y mentalmente como explotaba a las demás mujeres y, en muchas ocasiones, las fotografiaba en situaciones comprometidas para, más tarde, chantajearlas».

Cuando Roxanne se quejó de las facturas de la comida de sus catorce perros, Doug la arrastró a su caravana, le golpeó la cabeza con una pistola cargada y disparó a su perro favorito delante de ella. «Eso te podía haber pasado a ti», le dijo. Parecía incapaz de practicar el «sexo sin violencia. Necesitaba el control absoluto. Exigía una felación en cualquier lugar y en cualquier momento o a la negativa le seguía una paliza. Forzaba a sus mujeres a actuar como si las violase brutalmente para hacer el amor. A varias las obligó a jugar a la ruleta rusa». La mejor amiga de Roxanne dijo que «era como si Doug tuviese varias caras. Algunas eran buenas cuando quería hacerse el bueno y otras peores de lo que te puedas imaginar».

Parece que con su brutal carrera Doug ayudó sin querer a la comunidad a trazar la línea que delimita cuándo está justificado que una víctima aterrorizada lleve a cabo una acción drástica para protegerse a sí misma (de un artículo de Ken Mc-Queen, The Vancouver Sun, 1 de marzo de 1991).

— Un delincuente que consiguió una puntuación alta en el Psychopathy Checklist asesinó a un anciano durante un robo. Así describía los hechos: «Estaba revolviendo la casa cuando el viejo baja las escaleras y... uh... empieza a gritar y a darle un puto ataque [...] así que le doy en la cabeza, pero el tío no para. Le pego un tajo en el pescuezo y se tambalea y se cae al suelo. Ahí está el tipo dando grititos ahogados como un cerdo [ríe] y, joder, me estaba poniendo nervioso así que [...] le doy unas patadas en la cabeza. Eso lo calló por fin. [...] Como estaba bastante cansado, cogí unas cuantas cervezas de la nevera, puse la televisión y me quedé dormido. Me despertaron los policías [ríe] ».

Tales muestras de violencia, simple y desapasionada, son muy diferentes de los actos de violencia que surgen en una pelea acalorada, un estallido emocional de rabia, ira o miedo. Tenemos multitud de ejemplos en los medios de comunicación. La mayoría de la gente sabe qué es «perder los estribos» y luego sorprenderse de los propios actos. Cuando estaba escribiendo este capítulo, se estaba juzgando por intento de asesinato a un hombre de 65 años sin ninguna historia delictiva; había apuñalado a su ex mujer y a su abogado durante una discusión extremadamente acalorada sobre la custodia de su hijo. Un psiquiatra local testificó que el hombre estaba tan exaltado que perdió el control, «lo hizo automáticamente» y ni siquiera se acuerda de ello. Este hombre, horrorizado por sus actos, fue absuelto.

Incluso en el caso de haber sido condenado, seguramente habría conseguido muy pronto la libertad condicional. Como apuntan los criminólogos, los homicidios que ocurren como consecuencia de una pelea doméstica o entre amigos o conocidos son hechos aislados, cometidos por personas cabales y con remordimientos, y es improbable que se vuelvan a repetir.

La violencia de los psicópatas, sin embargo, carece de emociones y se puede precipitar fácilmente con hechos de la vida cotidiana. En un estudio reciente examinamos registros policiales que describían hechos delictivos violentos cometidos por una muestra de hombres, la mitad de los cuales eran psicópatas.[65] Los crímenes violentos cometidos por los psicópatas y los otros criminales diferían en varios puntos importantes:

— la violencia de los delincuentes no psicópatas solía darse durante una disputa doméstica

65 S. Williamson, R. Hare y S. Wong, .Violence: Criminal psychopaths and their victims, Canadian Journal of Behavioral Science, n° 1, 1987, págs. 454-462.

o un período de agitación emocional intenso, pero:
— la violencia de los psicópatas ocurría durante la comisión de un delito o en una borrachera, o estaba motivada por un afán de venganza o castigo;
— dos tercios de las víctimas de los delincuentes no psicópatas eran miembros de sus familias, amigos o conocidos, pero:
— dos tercios de las víctimas de los psicópatas eran personas completamente ajenas a ellos.

En general, la violencia psicopática tiende a ser insensible y fría, directa, sin complicaciones, más como un asunto de negocios que como expresión de un malestar profundo con unos factores causantes entendibles. A los psicópatas les falta la emoción que acompaña a la violencia de la mayoría de los individuos.

Quizás el aspecto más terrorífico de la violencia psicopática es la influencia que tiene en la naturaleza de la violencia de nuestros centros urbanos. Atracos, tráfico de drogas, mendicidad agresiva, actividades de bandas o ataques a grupos minoritarios (por ejemplo, a gays) tienen muchas veces en común un uso arbitrario de la violencia contra extraños o víctimas de conveniencia. Uno de los modelos de esta nueva ola de violencia es el matón del cine y la televisión: «No es nada personal», suele decir éste antes de llevar a cabo uno de sus actos violentos. Y es que éstos forman parte de su trabajo. Como nos decía una chica de 15 años: «Si veo algo que me gusta mucho, simplemente lo cojo. El peor día fue aquel que le saqué un cuchillo a una chica, pero nunca he herido a nadie. Yo sólo quiero cosas».[66]

> Un conductor «de pesadilla» se estrella contra otro coche y mata a una mujer y a su hija pequeña. Los testigos afirman que el conductor «es un maleducado que no ha hecho más que despotricar después del accidente. Sólo le preocupa que va a llegar tarde a una cita». En la ambulancia, viaja con una de sus víctimas, un bebé de dos meses en estado de gravedad. No parece ir bebido o drogado y aun así se queja del llanto del niño: «¿No puede nadie hacer callar a ese maldito niño?» (extraído de The Province, Vancouver, 25 de abril de 1990).

Violencia sexual

La violación es un buen ejemplo del uso de una violencia insensible, egoísta e instrumental por parte de los psicópatas. No todos los violadores son psicópatas, por supuesto. Algunos violadores son individuos desequilibrados que sufren diferentes problemas psiquiátricos y psicológicos. Otros son el producto de actitudes sociales y culturales que reducen a las mujeres a roles serviles. Los actos delictivos de esos hombres, aunque repugnantes para la sociedad y horriblemente traumáticos para sus víctimas, podemos entenderlos mejor que los que cometen los psicópatas.

Quizá la mitad de los violadores reincidentes sean psicópatas.[67] Sus actos sexuales son el resultado de una potente mezcla: la expresión desinhibida de impulsos y fantasías sexuales, deseo de placer y control y la percepción de las víctimas como objetos de placer y satisfacción. Veamos, por ejemplo, el caso de John Oughton, llamado también el «violador de la bolsa de papel» por la prensa de Vancouver (violaba a niños v mujeres y se cubría la cabeza con una bolsa de papel). A Oughton le diagnosticó psicopatía un tribunal psisquiátrico —«carece de conciencia, es manipulador, egocéntrico, de poco fiar y sin ninguna capacidad para amar»— y sadismo sexual: «Obtiene excitación sexual infligiendo presión psicológica a sus víctimas».[68]

---

66 Citado por Felicia Lee, N. Y. Times News Service, 26 de noviembre de 1991.
67 R. Prentky y R. Knight, «Identifying critical dimensions for discriminating among rapists», Journal of Consulting and Clinical Psychology n° 59, 1991, págs. 643-661.
68 «Rapist "might murder"», The Province, Vancouver, B. C., 28 de enero de 1987.

Los psicópatas como maltratadores de esposas

Desde hace pocos años han aumentado la concienciación social y la intolerancia hacia el fenómeno de la violencia en el hogar, lo que ha dado lugar a una menor impunidad. Aunque las causas y la dinámica del maltrato a esposa; son complejas e implican una miríada de factores economicos, sociales y psicológicos, hay evidencia de que los psicópatas constituyen una proporción significativa de los maltratadores persistentes.

En un estudio reciente, utilizamos el Psychopathy Checklist con una muestra de hombres que participaron, de forma voluntaria o como parte de su sentencia, en un programa de tratamiento para maltratadores de esposas.[69] Hallamos que el 25 % de los hombres de la muestra eran psicópatas, un porcentaje similar al que encontramos en poblaciones carcelarias. Desconocemos el porcentaje de maltratadores que no entran en estos programas, pero sospechamos que es, como mínimo, del mismo nivel.

La sugerencia de que muchos de los hombres que maltratan de forma continuada a sus mujeres son psicópatas tiene importantes implicaciones en los programas de tratamiento. Esto se debe a que la conducta de los psicópatas es notoriamente resistente al cambio (un tema que trataremos más adelante en este capítulo). Los recursos disponibles para llevar a cabo programas para maridos maltratadores son limitados y suele haber largas listas de espera. Los psicópatas, más que otros hombres, suelen estar muy dispuestos a asistir a esos programas simplemente para agradar al tribunal, pero raras veces para cambiar su conducta. Frecuentemente, lo único que hacen es que ocupar un sitio que le podría hacer mucho bien a otra persona.

Más aún, los psicópatas suelen impedir el buen funcionamiento de estos programas. Quizás la peor consecuencia de enviar a un psicópata a este tipo de terapia es la falsa sensación de seguridad que proporciona en la esposa del maltratador. «Ha seguido un tratamiento. Seguro que ya está mejor», puede concluir la desdichada esposa, perdiendo una buena oportunidad para acabar con la relación.

> El señor Leblanc fue condenado por maltratar a su mujer y el tribunal le obligó a asistir a un grupo de tratamiento para maridos maltratadores. Amistoso y encantador, describía aquel maltrato como un altercado menor (y sí, incluso desafortunado) fruto de la típica discusión familiar. El informe de la policía, sin embargo, especificaba que le había roto la nariz a su mujer, que le había hinchado los ojos y que ese maltrato era sólo el último de una serie de episodios similares que había protagonizado no sólo con su actual pareja. En una entrevista anterior al inicio de su primer tratamiento en la cárcel dijo que había entendido su problema y que todo lo que necesitaba era adquirir algunas habilidades de control de la ira. Acto seguido, se puso a describir, pontificando, las teorías y la dinámica psicológica de la violencia familiar y concluyó que era improbable que el grupo le pudiese aportar algo a él; sin embargo, estaba dispuesto a asistir a las sesiones porque podía ayudar a los otros asistentes a darse cuenta de su problema.
>
> Durante la primera sesión comentó despreocupadamente que había estado en Vietnam, que tenía un máster en dirección de empresas por la Universidad de Columbia y que había fundado varias empresas; los detalles acerca de ello eran muy vagos. Dijo también que éste era su primer acto violento, y cuando el director del grupo le indicó que tenía varias condenas por robo, fraude y malversación de fondos, sonrió y dijo que eran todas el resultado de pequeños malentendidos.
>
> Acaparó casi todas las discusiones del grupo y se pasó todo el tiempo

---

69 T. Newlove, S. Hart y D. Dutton, Psyhopathy and Family Violence, manuscrito inedito. Facultad de Psicología, University of British Columbia, Vancouver, Canadá, 1992.

haciendo análisis superficiales de los otros participantes. El director del grupo lo encontró un tipo interesante, pero el resto estaba frustrado por su arrogancia y agresividad Después de unas cuantas sesiones abandonó el grupo y dejó la ciudad, una violación clara de la orden judicial que pesaba sobre él. Sus afirmaciones de haber combatido en Vietnam y de haberse graduado en Columbia resultaron ser falsas.

La prueba real: ¿podemos predecir su conducta?

En Texas, los casos de pena capital cuentan con la participación del psiquiatra forense James Grigson, el «doctor Muerte», que rutinariamente testifica que el asesino volverá a matar.[70] El resultado es que con Grigson no hay nunca vacantes en el corredor de la muerte.

Frente a la certeza de este psiquiatra hallamos la creencia, que tienen muchos clínicos y políticos, de que la conducta delictiva y la violencia no se pueden predecir.

Como es habitual, la verdad se halla en un punto intermedio. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que la gente con un pasado criminal o violento es más peligrosa que los demás. Una buena manera de predecir lo que alguien hará en el futuro es ver lo que ha hecho en el pasado, una máxima en la que se basa la mayor parte de las decisiones judiciales.

Los resultados de, por lo menos, media docena de estudios recientes demuestran claramente que las predicciones sobre la conducta criminal y violenta pueden mejorarse considerablemente si entendemos qué es un psicópata, tal y como se define en el Psychopathy Checklist.[71] Estos estudios utilizan la tasa federal de reincidencia (comisión de nuevas faltas) de los delincuentes al salir de la cárcel y muestran que, de media:

— la tasa de reincidencia de los psicópatas es el doble que la de los otros delincuentes,
— la tasa de reincidencia de actos violentos de los psicópatas es el triple de la de los otros delincuentes.

Un tema de gran interés para el público es la concesión de la libertad condicional a los agresores sexuales. Como decíamos antes, es importante distinguir entre agresores sexuales psicópatas y los que no lo son, sobre todo deben hacerlo los comités de concesión de la libertad condicional. Existe un reciente estudio sobre violadores en libertad condicional que siguieron un programa intensivo de rehabilitación que lo demuestra.[72] Casi un tercio de los participantes violó de nuevo. La mayoría de los que reincidieron tenían una puntuación muy alta en el Psychopathy Checklist, y se halló evidencia de que obtenían estimulación sexual a través de la violencia gracias a un estudio efectuado antes de que salieran de la cárcel en el que se les colocó un aparato electrónico en el pene. Estas dos variables —excitación desviada hacia la violencia y psicopatía— servían para predecir la reincidencia en tres de cada cuatro sujetos.

Gracias a estos resultados, el sistema judicial está mostrando un renovado interés en

---

70 C. P. Ewing, «"Dr. Death" and the case for an ethical han on psychiatric and psychological predictions of dangerousness in capital sentencing proceedings», American Journal of Law, and Medicine, n° 8, 1983, págs. 407-428.

71 S. D. Hart, P. R. Kropp y R. D. Hare, ‚Performance of male psychopaths following conditional release from prison», Journal of Consulting and Clinical Psychology, n° 56, 1988, págs. 227-232: R. C. Serin, R. D. Peters y H. E. Barbaree, »Predictors of psychopaths and release outcome in a criminal population», Psychological Assessment: A Journal of Consulting and Clinical Psychology, nº 2, 1990, págs. 419-422.

72 M. E. Rice, G. T. Harris y V. I.. Quinsey, A followup of rapists assessed in a maximum security psychiatric facility», Journal of Interpersonal Violence, n° 4, 1990, págs. 435-448.

tener en cuenta el factor de la psicopatía a la hora de predecir la reincidencia y la violencia. Pero este interés no se limita a los delincuentes y la libertad condicional. Por ejemplo, varios hospitales psiquiátricos forenses usan ahora el Psychopathy Checklist para tomar decisiones acerca de los niveles de seguridad que se les debe asignar a los pacientes.[73]

¿La psicopatía es algo que se pasa con la edad?

Piense en algunos de sus parientes y amigos que conoce desde la infancia: la novia tímida y apocada; el hermano extrovertido y gregario; el primo parlanchín y con malos modales; el vecino agresivo y maleducado. ¿Cómo eran cuando tenían 10 años?

Aunque es cierto que la gente cambia, en algunos casos notablemente, muchos rasgos de la personalidad permanecen estables a lo largo del tiempo. Por ejemplo, el chico que siente miedo de su propia sombra tiene más probabilidades de convertirse en un adulto tímido y ansioso que en un duro e inagotable luchador. Esto no quiere decir que nuestra personalidad y conducta queden fijadas sin remisión en nuestra infancia o que el crecimiento, la maduración y la experiencia no sean fuerzas poderosas a la hora de determinar qué clase de adultos seremos. Pero, en cierta medida, sí hay una continuidad en cómo interactuamos con nuestro medio ambiente. Con respecto a la criminalidad, por ejemplo, algunos investigadores han encontrado que los rasgos infantiles de la timidez, la agresividad y la agitación son muy persistentes en los delincuentes, al menos hasta los primeros años de la edad adulta.[74]

No es sorprendente, pues, que la actividad antisocial y delictiva de los psicópatas adultos sea la prolongación de sus patrones de conducta infantiles. Sin embargo, sucede algo interesante en el otro extremo del espectro:[75]

— por lo general, la actividad delictiva de los psicópatas sigue a un alto nivel hasta la edad de 40 años, después de la cual decrece rápidamente,
— esta disminución es más pronunciada en el caso de los actos no violentos que en el de los violentos.

¿Qué es lo que hace que después de los 40 años disminuya la actividad antisocial de los psicópatas? Disponemos de varias explicaciones al respecto: se «queman», maduran, se cansan de estar en la cárcel o de entrar en conflicto con la ley, desarrollan nuevas estrategias para vencer al sistema, encuentran a alguien que les entiende, reestructuran su visión de sí mismos y el mundo, etc.

Pero antes de concluir que los psicópatas mayores no son una amenaza para la sociedad, consideremos lo siguiente:

---

73 El primero en hacerlo fue el Atascadero State Hospital, Atascadero, California. (David Plate, director del Departamento de Psicología, comunicación personal, 27 de noviembre de 1991.)

74 J. E. Donovan, R. Jessor y F. M. Costa, «Syndrome of problem behavior in adolescence: A replication», Journal of Consulting and Clinical Psychology, n° 56, 1988, págs. 762-765; R. Loeber «Natural histories of conduct problems, delinquency, and associated substance ahuse: Evidence for developmental progressions», en B. Lahey y A. E. Kazdin (comps.), Advances in Clinical Child Psychology, vol. 11, Nueva York, Plenum, 1988; D. Olweus, J. Block y M. Radke-Yarrow (comps.), Development of Antisocial and Prosocial Behavior, Nueva York, Academic Press, 1986.

75 R. D. Hare, I.. N. McPherson y A. E. Forth, «Male psychopaths and their criminal careers, Journal of Consulting and Clinical Psychology, n° 56, 1988, págs. 710-714; G. T. Harris, M. E. Rice y C. A. Cormier, Psychopathy and violent recidivism», Law and Human Behavior, n° 15, 1991, págs. 625-637; L. N. Robins, Deviant Children Grown Up, Baltimore, MD, Williams and Wilkins, 1996.

— no todos los psicópatas dejan la delincuencia después de los 40 años; muchos continúan cometiendo delitos cuando son mayores,
— un descenso en los delitos cometidos no significa que haya habido un cambio fundamental en sus personalidades.

Existen importantes consideraciones al respecto. Algunos psicópatas continúan cometiendo delitos, especialmente violentos, hasta el día de su muerte. La investigación demuestra que muchos de los que disminuyen su actividad delictiva con la edad siguen teniendo la misma personalidad esencial (es decir, los rasgos que hemos descrito en el capítulo 3: egocentrismo, frivolidad, manipulación, insensibilidad). La diferencia es que aprenden a satisfacer sus necesidades de manera menos antisocial que antes. Sin embargo, eso no significa que su conducta sea más moral o ética.

Nosotros nos hemos encontrado con alguna mujer cuyo marido «reformado» se las arregla ahora para no meterse en líos con la ley, la engaña menos que antes y le expresa amor, pero en el fondo se pregunta si realmente ha cambiado en algo, especialmente cuando por casualidad descubre lo que tiene entre manos en ese momento. Si ese hombre es un psicópata, yo dudo que haya cambiado.

A la edad de 35 años, una psicópata diagnosticada como tal y con una larga carrera criminal y violenta decidió cambiar completamente de vida. Se apuntó a numerosos cursos en la cárcel y, después de su liberación a la edad de 42 años, se sacó un diploma universitario en psicología. Empezó a trabajar con niños de la calle y durante los siguientes cinco años no tuvo ningún problema con la ley. Algunas personas de su comunidad consideran que su rehabilitación fue un éxito. Sin embargo, lo cierto es que ha sido despedida de varios trabajos por malversación de fondos y por amenazar a compañeros y supervisores. Debido a que muchas de esas personas creen que puede llegar a cumplir sus amenazas y a que no quieren comprometer o avergonzar a sus organizaciones, no se han tomado medidas legales contra ella. Algunos de los que la conocen piensan que es una mujer interesante cuyo pasado delictivo es el resultado de una situación social desfavorable o de la mala suerte; otros piensan que es la misma persona de siempre —insensible, arrogante, manipuladora y egocéntrica— con la única diferencia de que ahora se las arregla para que no le caiga encima el peso de la ley.

La puntuación perfecta

Acabaré este capítulo con un breve relato sobre un delincuente al que dos evaluadores independientes le dieron la máxima puntuación posible en el Psychopathy Checklist, un grado que alcanzan uno de cada doscientos delincuentes de importancia.

Earl tenía 40 años y cumplía una condena de tres por asalto. Ambos evaluadores encontraron que era una persona muy interesante, incluso emocionante, ya que exhibía una energía cautivadora. Al mismo tiempo, les chocaba y repelía lo que contaba, con ese tono despreocupado característico. Como decía uno de los evaluadores: «Estaba realmente fascinado por ese tipo, pero era de otro planeta. ¡Me asustó de verdad!».

Earl procedía de una familia de clase obrera y era el tercero de cuatro hijos. Sus problemas con la sociedad empezaron pronto: en la guardería atacó a una profesora con un tenedor porque ésta le había obligado a sentarse en su sitio; a la edad de 10 años les conseguía chicas (incluida su hermana de 12 años) a sus amigos mayores para que les hiciesen favores sexuales; a la edad de 13 años fue condenado por robar a sus padres y falsificar sus firmas en cheques. «Sí, pasé unos cuantos meses en la trena para chavales, pero ahí me pillaron por poca cosa. Yo ya había cometido muchos más delitos.»

Desde entonces, hay muy pocas cosas que Earl no haya hecho, la mayor parte a otra gente. Su expediente está plagado de cargos por robo, faltas de tráfico, asalto, violación, fraude, secuestro, proxenetismo e intento de asesinato. Sí, sorprendentemente no ha pasado mucho tiempo en la cárcel. En muchos casos, retiraron los cargos porque la víctima se negó

a testificar y, en otros casos, por falta de pruebas o porque Earl fue capaz de salir con una buena explicación de su conducta. Incluso estando en la cárcel, conseguía la libertad condicional con facilidad, lo cual es increíble si nos fijamos en su conducta en la prisión.

Uno de los apartados de su expediente psicológico es especialmente revelador: «Lo más destacado de Earl es su obsesión por el poder absoluto. [...] Valora a la gente sólo en función de si se doblegan a su voluntad o pueden ser coaccionados o manipulados para conseguir sus fines. Busca constantemente la oportunidad de explotar a la gente». Otro describe cómo, en su búsqueda de poder y control, utiliza sus tácticas tanto con los reclusos como con el personal, y es temido y admirado por ambos bandos. Tiene una gran habilidad para usar las amenazas, la intimidación, la fuerza, el engaño y las drogas, y «regularmente informa sobre los otros reclusos para salvarse el culo y obtener privilegios. El código del honor de la cárcel no significa nada para él a no ser que pueda sacar algo en su favor».

Su relación con las mujeres es depredadora y frívola, como el resto de su conducta. Dice haber tenido cientos de relaciones que han durado desde días a semanas y un incontable número de contactos sexuales. Cuando se le preguntó cuántos hijos tenía, contestó: «No lo sé realmente. Unos cuantos, imagino. Muchas mujeres me han acusado de ser el padre, pero les digo: "¡Que te jodan! ¿Cómo sabes que es mío?"». Ha aterrorizado y asaltado de manera constante a todas las mujeres de su vida, ha abusado sexualmente de su hija y violado a su novia. Su propensión a la conducta sexual sádica le ha seguido hasta la cárcel, donde es bien conocido por su «homosexualidad agresiva».

Una de las características más sorprendentes de la personalidad de Earl es su presuntuosidad; en su expediente psicológico encontramos muchas notas que hacen referencia a su manera pomposa y rimbombante de expresarse. Como escribió uno de mis evaluadores: «Si no estuviese tan asustado me reiría delante de él de su descarada auto adoración». Como decía Earl: «Siempre me han dicho los demás que soy un tío grande, que no hay nada que no pueda hacer; a veces creo que me toman el pelo, pero un hombre tiene que creer en sí mismo, ¿no? Cuando me miro a mí mismo, me gusta lo que veo».

En la época en que estudiamos a Earl, hace ya varios años, tuvo una entrevista con el comité de concesión de la libertad condicional y dijo: «He madurado mucho y no veo ningún futuro en esta vida que llevo, de cárcel en cárcel. Tengo mucho que ofrecer a la sociedad y he trabajado duro para analizar mis puntos fuertes y débiles. Mi objetivo es ser un buen ciudadano, vivir modestamente y tener una relación de amor con una buena mujer. Creo que ahora soy una persona más honesta y digna de confianza que antes. Mi reputación es ahora, para mí, sagrada». Uno de mis entrevistadores comentó al respecto: «Es irónico que Earl diga eso porque su reputación es precisamente la de mentir sin parar y la de utilizar docenas de identidades falsas».

Sorprendentemente, el psicólogo y el psiquiatra de la cárcel pensaron que Earl había mostrado bastante mejoría durante su estancia allí, y basándose en la relación que tuvieron con él consideraron que se corría un riesgo razonable dándole la libertad condicional. Pero, como dijo uno de mis colaboradores: «Si la mitad de lo que me ha dicho es cierto, nunca deberían dejarlo salir». Earl se daba cuenta de que nuestra evaluación era estrictamente confidencial, que formaba parte de un proyecto de investigación y que no íbamos a comunicar nuestros resultados a las autoridades institucionales a no ser que, en ese momento, supusiese una amenaza concreta para los demás o para él mismo. Nosotros tuvimos acceso, pues, a su auténtica personalidad, diferente de la que mostró al comité de la concesión de la libertad condicional. De todas formas, ésta le fue denegada y empezó a acusar a mi evaluador de divulgar las confidencias que le había hecho. Mi colaborador, temiendo represalias por parte de los amigos de Earl en el exterior, se fue de viaje a Europa y ahora trabaja en Inglaterra. Earl fue recientemente puesto en libertad y mi colaborador no tiene, por ahora, la menor intención de volver a Canadá.

Capítulo 7
PSICÓPATAS DE CUELLO BLANCO

> Los defectos del ladrón común son exactamente las cualidades del financiero.
>
> GEORGES BERNARD SHAW,
> La Comandante Bárbara, prefacio

En julio de 1987, en respuesta a un artículo publicado en The New York Times que resumía mi trabajo sobre la psicopatía,[76] recibí una carta del ayudante del fiscal del distrito, Brian Rosner, de Nueva York. Me explicaba que recientemente había participado en la vista de un hombre acusado por un fraude multimillonario a un banco internacional. «Su descripción del artículo me hizo pensar que ese hombre era un psicópata. [...] En el Departamento de Fraudes, nuestra especialidad es, parafraseándole, el abogado, el médico o el hombre de negocios sinvergüenza. Creo que su trabajo nos ayudará a hacer entender a los tribunales por qué hombres con educación, embutidos en carísimos trajes, cometen esos delitos y qué se debe hacer con ellos. Le he adjuntado, para su interés, material sobre el caso. Si alguna vez necesita hechos que confirmen esa teoría, aquí los encontrará.»[77]

Esta carta iba acompañada de un paquete con documentos sobre John Grambling, Jr., de 36 años, quien, con la ayuda de un socio, defraudó no a uno ni a dos, sino a muchos bancos a los que impelió a que les prestase millones de dólares, sin tener ninguna clase de garantía. Un titular del Wall Street Journal describía la carrera de Grambling en los siguientes términos: «Hace falta ingenuidad para prestar millones sin garantía, pero John Grambling sabe cómo seducir a los bancos y cómo falsificar activos».[78] El artículo empezaba así:

> Hace un par de años, dos hombres de negocios intentaron robar 36,5 millones de dólares en cuatro bancos, una caja de ahorros y una agencia de préstamos. Sin apuntar ningún arma a nadie, se llevaron 23,5 millones. No está mal para unas cuantas jornadas de trabajo, pero finalmente los pillaron.

Los timos se basan casi por completo en las apariencias. Entre los dos, Grambling y su socio podían convencer a toda una serie jerárquica de empleados bancarios de que eran hombres de fiar. De hecho, se las ingeniaron para conseguir unos préstamos astronómicos, pagando un crédito con otro crédito y así sucesivamente.

---

76 Daniel Goleman, The New York Times, 7 de julio de 1987.

77 Carta de Brian Rosner, Oficina del Fiscal del Estado de Nueva York, 15 de julio de 1987. El nuevo editor de Rosner es ahora King and Spalding, Nueva York.

78 Ed Cony, Wall Street journal, 23 de marzo de 1987, pág. 1.

Para intentar explicar cómo es posible que los bancos caigan en tales estafas, el redactor del Journal entrevistó a los banqueros implicados en el incidente y éstos expresaron las siguientes ideas:

— «Los bancos son muy competitivos a la hora de luchar por conseguir buenos préstamos».
— «Las muchas habilidades sociales» de Grambling le daban credibilidad.
— Una persona resuelta a cometer un fraude lo más probable es que «lo consiga».
— Grambling «debería ser obligado a llevar una campana atada al cuello» para advertir de su malvada presencia a los demás.

Como atestiguaban las transcripciones y los demás legajos del caso que me facilitó el ayudante del fiscal,[79] Grambling se gana la vida gracias a su encanto, al engaño y a la manipulación. Así consigue la confianza de sus víctimas. Aunque él pueda encontrar explicaciones a lo que hizo, es evidente (gracias a los documentos y a un libro sobre el caso recientemente publicado por Brian Rosner),[80] que la conducta de John Grambling es compatible con el concepto de psicopatía descrita en este libro. Como mínimo, esta historia es una fantástica fábula sobre moralidad: cómo un par de depredadores con buenas formas y una conciencia débil consiguen desplumar a cualquier persona e institución. Es lo que se suele llamar un delito de cuello blanco. Tienen sonrisas encantadoras y un tono de voz que inspira confianza, pero nunca —y eso está garantizado— llevan campanillas de advertencia en sus cuellos.

Los psicópatas que tienen ansias emprendedoras, como en el caso Grambling y otros parecidos, son un modelo de cómo usar la educación y las relaciones sociales para separar de su dinero a las personas e instituciones sin usar la violencia. A diferencia de los delincuentes de cuello blanco «ordinarios», los psicópatas engañan y manipulan no sólo a aquellos que les pueden proporcionar grandes sumas de dinero, sino también a sus amigos, familia y sistema judicial. Muchas veces, consiguen eludir la cárcel e incluso cuando los encarcelan suelen recibir una sentencia suave y una reducción de la pena, sólo para continuar donde lo dejaron antes.

Aun así, sus delitos tienen un efecto devastador en la sociedad. Consideremos los siguientes comentarios que hizo el ayudante del fiscal, Rosner, acerca de Grambling en la vista oral del juicio:[81]

— «Los delitos de Grambling son fruto de las maquinaciones de un hombre codicioso. Una persona guiada por el deseo de ejercer el poder sobre las vidas y fortunas de los demás. Se trata de un deseo que frecuentemente vemos en los más perversos criminales. [...] El trabajo de un hombre de una maldad incalculable» (pág. 87).
— «Este hombre ha recorrido el país destrozando carreras y aspiraciones profesionales de gente honesta. Podemos calcular el quebranto económico, pero no el sufrimiento y el dolor psicológico que ha causado» (pág. 86).
— «Aunque sus formas son cultivadas, sus instintos son tan salvajes como la peor violencia callejera» (pág. 83).

Además de estafar a algunas instituciones financieras, Grambling usó el papel y los

79 «The People of the State of New York Against John A. Grambling», Proceedings, Corte Suprema de Nueva York, County of New York Criminal Term, sección 48, acusación n° 2800/85; «The People of the State of New York Against John A. Grambling», Sentencing Memorandum, acusación n° 2800/85; John A. Grambling, carta al honorable Herman Cahn, Corte Suprema de Nueva York, 6 de marzo de 1987.

80 Brian Rosner, Swindle, Homewood, IL, Business One Irwin, 1990.

81 «The People of the State of New York Against John A. Grambling», Sentencing Memorandum, acusación nº 2800/85.

sobres oficiales de una prestigiosa auditoría para falsificar informes financieros y así conseguir cuantiosos préstamos. Al mismo tiempo, timó al socio más antiguo de la firma — un consultor bastante filántropo— y a uno de sus colaboradores, para establecer una organización caritativa fraudulenta. Para estos dos hombres, en palabras de Rosner, «Grambling es sencillamente el mejor timador que han conocido».[82]

> La gente encantadora explota su encanto todo lo que puede y se comporta tan escandalosamente como el mundo les permite (Logan Pearsall Smith, Afterthoughts, pág. 3).

Sus delitos no se limitaban a anónimas instituciones financieras. Por ejemplo, falsificó la declaración de la renta de su cuñada y la engañó para que firmase una hipoteca de 4,5 millones de dólares. Él se quedó con el dinero y a ella le dejó la deuda. Cuando le arrestaron ella declaró que nadie se puede imaginar «el alivio que sentí cuando supe que estaba entre rejas. [...] Esa pobre gente a la que ha timado. [...] Dios, ahora ya no puede hacer daño a nadie más».[83]

Su cuñado escribió en una ocasión que Grambling le hablaba de su arrepentimiento por sus errores pasados, de su terapia, de su «completa rehabilitación» y de sus planes para pagar sus pecados anteriores, «mientras estaba planeando timar a otro banco»[84] Cuando salió libre bajo fianza, Grambling siguió cometiendo fraudes, esta vez en «una espiral delictiva» de importantes proporciones.[85] Evidentemente, sus expresiones de remordimiento quedaban deslegitimizadas por su conducta.

¿Y qué decía Grambling de todo esto? No mucho, como veremos a continuación. Algunos de sus comentarios son un buen ejemplo de una característica común en todos los psicópatas: distorsionan fácilmente la realidad incluso cuando saben que los demás están al corriente de sus fechorías. Sus comentarios están tomados de una carta que envió al tribunal en un intento por obtener una sentencia benigna:

— Gracias a mi formación financiera me he convertido en un arquitecto de las finanzas. No soy un «timador profesional»[86]
— Antes de 1983 nunca tuve ningún problema legal en ningún empleo, ni en mis actividades financieras ni en cualquier otra actividad.[87]
— Soy una persona muy sensible.[88]

Como Grambling averiguaría más tarde, sus afirmaciones no lograron ocultar las evidencias. El juicio puso de manifiesto que Grambling era un «timador profesional», que tuvo problemas legales antes de 1983 y, por las informaciones que se obtuvieron, no era «una persona sensible», en el sentido normal del término. Sus anteriores problemas legales y fraudes están bien documentados. Cuando era estudiante universitario a principios de la década de 1970 defraudó varios miles de dólares a su fraternidad. Para evitar el escándalo, la fraternidad aceptó un cheque del padre de Grambling y no presentó cargos.

En su primer trabajo, en un importante banco de inversiones, su jefe le consideraba un «profesional incompetente» y le «animó» a abandonar el cargo.[89] Después trabajó en una empresa de finanzas, se aprovechó de información privilegiada y engañó a la compañía. Se

---

82 Ibid., pág. 69.
83 Ibid., pág. 78.
84 Ibid., pág. 81.
85 Ibid., pág. 3.
86 John Grambling, Jr., carta al juez Cahn, 6 de marzo de 1987, pág. 30.
87 Proceedings op. cit., pág. 54.
88 Ibid., pág. 51.
89 Sentencing Memorandum, op. cit., pág. 10.

le permitió dimitir y fue a partir de ahí cuando se estableció por su cuenta como falsificador y ladrón.[90]

En cuanto a su sensibilidad, Rosner dijo de la esposa de Grambling: «Ella temía por sus hijos. Grambling fue siempre un mal padre, frío y ausente. Ha mentido a sus hijos sobre sus delitos, tal y como ha hecho con todo el mundo. También la ha engañado a ella y sobre demasiadas cosas para citarlas aquí» (pág. 362).[91] Más aún, «ella nunca conoció a su marido: "Es como si me hubiese ido a dormir con un boy-scout y me despertase con Jack el Destripador". La timaron como al resto. Incluso llegó a decir que su experiencia con él era peor que si la hubiesen violado. La cosa habría acabado antes. [...] Un amigo, pensando que le ayudaba con sus palabras, le dijo que no entendía cómo la condena había sido tan alta por "sólo un delito de cuello blanco". Le entraron ganas de cortarle el cuello. Ese "crimen de cuello blanco" es una pesadilla con la que tiene que vivir todos los días» (pág. 390). Rosner y sus colegas concluían, a partir de un extenso estudio de la familia de Grambling, que nunca habían visto «un análisis más completo de la mente del delincuente de cuello blanco: su impulso imparable de acumular riqueza; el uso de la gente para obtener sus fines; el abandono de toda emoción humana que no fuese el amor narcisista» (pág. 361).

La habilidad de Grambling para racionalizar su conducta es típica de los psicópatas. Además de desear «gustar a todo el mundo», su visión eufemística de sí mismo como «arquitecto financiero» y su «miedo a desprestigiarse», consideraba sus delitos respuestas lógicas a la frustración y a la presión. Más como errores de la víctima que suyos propios. «En la mente de Grambling, cualquiera suficientemente estúpido para confiar en él o creerle se merece las consecuencias», dijo Rosner al respecto.[92]

Expertos en ganarse la confianza de los demás

Grambling era capaz de usar su encanto, sus habilidades sociales y sus relaciones familiares para ganarse la confianza de los demás. Le ayudaba la idea generalizada de que cierta clase de personas son de fiar debido a sus credenciales sociales o profesionales. Por ejemplo, generalmente, los abogados, médicos, profesores, políticos, orientadores y demás, no tienen que esforzarse mucho para ganarse nuestra confianza; la tienen en virtud de su posición. Frecuentemente, confiamos nuestros bienes y bienestar a médicos, abogados o asesores de inversiones. Sin embargo, si quien nos habla es un vendedor de coches, nuestras suspicacias se activan inmediatamente.

En la mayoría de los casos, estos profesionales no traicionan la confianza que depositamos en ellos, pero esa misma confianza nos convierte en presa fácil para cualquier tiburón que se nos ponga al paso. Los más peligrosos de todos esos timadores seres son los psicópatas. Después de hacerse con nuestra confianza, la traicionan con una insensibilidad asombrosa.

Uno de nuestros sujetos —le llamaré Brad—, un abogado de 40 años que puntuó alto en el Psychopathy Checklist, nos proporciona un buen ejemplo de cómo un psicópata usa su situación profesional privilegiada para satisfacer sus necesidades personales. Brad procede de una familia profesional respetada, tiene una hermana menor abogada y ahora cumple una condena de cuatro años por un fraude de varios millones de dólares. Brad robó el dinero de los fondos de inversión de varios clientes y falsificó cheques de las cuentas de sus padres y su hermana. Más tarde, declaró que sólo había tomado prestado el dinero ante una desastrosa racha de mala suerte en el mercado bursátil, pero que tenía la intención de «devolver hasta el último centavo y con intereses». De hecho, la reputación de vividor de Brad era bien conocida: había estado casado tres veces, conducía un Porsche, vivía en un piso carísimo, tomaba cocaína y había acumulado ingentes deudas con corredores de

---

90 Ibid. pág. 11.

91 Brian Rosner, op. cit.

92 Sentencing Memorandum, op. cit., pág. 38.

apuestas locales. Era muy bueno en «ocultar su rastro», pero, un buen día, las cosas se le fueron de las manos.

De todas formas, los problemas de Brad no eran nada nuevo. De adolescente, sus padres le sacaron de muchos apuros, la mayor parte de las veces por pequeños delitos como vandalismo y peleas, pero también, en una ocasión, por asaltar sexualmente a una prima suya de 12 años y, en otra, por empeñar unas alhajas de su madre que habían pertenecido a la familia durante generaciones. Según decía él, en la escuela todo le había ido bien: «Era lo suficientemente inteligente para aprobar sin tener que estudiar mucho. En algunas clases éramos muchos alumnos y, a veces, conseguía que alguna otra persona hiciese el examen por mí». En la Facultad de Derecho le sorprendieron con drogas, pero se las arregló para evitar las consecuencias de ello asegurando que pertenecían a otra persona.

Después de cumplir una condena de ocho meses por su último delito, Brad obtuvo la libertad condicional. Sin embargo, dos meses más tarde fue detenido al intentar cruzar la frontera en el coche de su madre (que tomó sin permiso) y le anularon la libertad condicional.

En nuestras entrevistas, Brad aparecía como una persona muy agradable y convincente. En cuanto a sus víctimas, decía que nunca nadie salió herido o dañado: «El Colegio de Abogados tiene un fondo para cubrir esas cosas. Yo he pagado de sobras el precio por lo que hice estando aquí encerrado». Sin embargo, sus socios y su familia sufrieron grandes pérdidas a causa de sus acciones.

> Dada su personalidad, no nos sorprende que los psicópatas sean grandes impostores. No dudan en falsificar y usar sus impresionantes credenciales para adoptar, camaleónicamente, papeles que les dan prestigio y poder. Cuando las cosas se ponen feas, como normalmente sucede, simplemente hacen las maletas y se trasladan a otra ciudad.
>
> En la mayoría de los casos, escogen profesiones en las que: es fácil falsificar el currículum, no hay dificultad en aprender rápido la jerga profesional y no se suelen pedir credenciales. Si la profesión puede reportar grandes beneficios a aquel que posea la confianza de los demás, mucho mejor. Por eso, algunos psicópatas suelen hacerse pasar por asesores financieros, sacerdotes, orientadores y psicólogos, aunque algunos de los papeles que adoptan son mucho más difíciles que ésos.
>
> Hay psicópatas que se hacen pasar por médicos y diagnostican, recetan medicamentos e incluso llevan a cabo operaciones de cirugía. No les preocupa en absoluto poner en peligro las vidas de sus pacientes. Hace diez años, en Vancouver, vivía un hombre que se hizo pasar por cirujano ortopédico. Durante casi un año llevó a cabo operaciones quirúrgicas (la mayoría de ellas, fáciles, aunque en algunos casos, se atrevió con complicadas intervenciones). Llevaba un tren de vida caro y participaba en proyectos de beneficencia. Cuando empezaron a aparecer dudas acerca de su profesionalidad —relaciones sexuales con pacientes, procedimientos médicos dudosos y varias operaciones chapuceras — simplemente desapareció, y dejó en la estacada a una comunidad médica avergonzada y a muchos pacientes perjudicados física y emocionalmente. Unos años
>
> después, apareció en Inglaterra, donde fue arrestado por hacerse pasar por psiquiatra. En el juicio se supo que también había ejercido de trabajador social, policía, agente de aduanas secreto y psicólogo especialista en terapia de pareja. Cuando se le preguntó cómo se las había arreglado para actuar en tantos papeles, contestó: «Leo mucho». Su condena no fue muy larga. Es posible que, en estos momentos, sea un ciudadano más de su comunidad.

Objetivo: el más vulnerable

La idea de que un psicópata puede hacerse pasar por abogado o agente de inversiones no es muy reconfortante que digamos. Pero mucho más inquietantes son las calculadas violaciones de la confianza que lleva a cabo un pequeño número de profesionales —médicos, psiquiatras, psicólogos, profesores, orientadores, trabajadores sociales— cuyo trabajo es ayudar a los más vulnerables. En The Mask of Sanity, por ejemplo, Hervey Cleckley describe con precisión a un médico y a un psiquiatra psicópatas. El autor pone de manifiesto que la verdadera diferencia entre ellos y los psicópatas que acaban en la cárcel o en hospitales psiquiátricos es que los primeros se las arreglan para aparentar mayor normalidad. Sin embargo, su cubierta de respetabilidad es delgada y se descubre fácilmente, a menudo para consternación de sus pacientes. Más comunes son los casos de los terapeutas que usan insensiblemente su posición para aprovecharse sexualmente de sus pacientes, traicionándoles y dejándoles desconcertados. Y si la víctima se queja, siempre pueden aducir que el paciente se lo inventa porque está traumatizado por hechos de su pasado, y el sistema suele creer al terapeuta: «Mi paciente está claramente desequilibrado, busca afecto y tiende a fantasear».

Ahora bien, el peor uso de la confianza de otras personas para satisfacer las necesidades propias se perpetra sobre los miembros más vulnerables de nuestra sociedad. El número de niños de los que han abusado padres, otros parientes, trabajadores sociales, clérigos y profesores es verdaderamente asombroso. Los abusadores más terribles son los psicópatas, a quienes no importa en absoluto el daño que ocasionan a los niños que tienen a su cargo. A diferencia de los psicópatas, los abusadores digamos «normales», muchos de los cuales sufrieron abusos en la niñez, están desequilibrados psicológicamente y, muchas veces, experimentan angustia por lo que han hecho, pero los abusadores psicopáticos ni se alteran: «Sólo tomo lo que está disponible», nos dijo uno de nuestros sujetos condenado por agredir sexualmente a su hija de 11 años.

Hace varios meses recibí una llamada de una psiquiatra de un Estado del Oeste. Me informó de que varias agencias privadas contratadas por el Estado para tratar a adolescentes trastornados o delincuentes estaban acusadas de abusos a sus clientes. Su experiencia con estas agencias le hacía sospechar que muchos de los acusados podían ser psicópatas. En esa situación privilegiada, usaban su poder y confianza para maltratar a sus pacientes. Ella proponía que se usase de manera preventiva el Psychopathy Checklist para analizar al personal de las agencias que se dedican a la custodia y tratamiento de esos colectivos.

Hacen lo que les resulta más natural

Sabemos que la mayor parte de los psicópatas engañan a la gente para conseguir diferentes fines: sacarles dinero, obtener prestigio personal, poder o, una vez en la cárcel, la libertad que anhelan. En cierto sentido, es difícil ver cómo podrían actuar de otro modo, dada la personalidad que tienen. Su naturaleza les ha dotado de manera excepcional para ello. Añada a ello esas llaves maestras de la vida que son las buenas apariencias y la facilidad de palabra, y así tenemos la receta perfecta para llevar una vida de timo y engaño, como alguien como Brad podría atestiguar.

Muchas veces, sus maniobras se ven facilitadas por la credulidad de la gente, personas que confían demasiado en la bondad del hombre.

No hace mucho cayó en mis manos un articulo de un periódico que llevaba por título «Con Artist's Latest Ploy—Telling the Truth» [El último ardid del experto timador: decir la verdad].[93] Describía las proezas de una persona que llegó a ser Hombre del Año, presidente de la Cámara de Comercio y miembro del Comité Republicano en la pequeña ciudad donde residió cerca de diez años (parecido al caso de John Wayne Gacy, cuya primera sentencia de

93 B. Bearak, Los Angeles Times, 10 de marzo de 1986, págs. 1-12.

asesinato interrumpió su elección como presidente de Jaycee).[*] Dándoselas de doctor en psicología por Berkeley, se presentó a un puesto en la escuela local. «Ese trabajo me proporcionó 18.000 dólares —confesó más tarde—. Y mi plan era presentarme después al gobierno del condado, donde habría podido sacar 30.000. Después, quizá me habría presentado a diputado por el Estado.»

Un reportero local decidió comprobar los datos de su currículum y, excepto por el lugar y la fecha de nacimiento, aquel papel era una gran sarta de mentiras. («Hay que poner siempre un poco de verdad», le dijo al reportero, ofreciéndole un consejo gratis.) No sólo era un completo impostor, como descubrió el periodista, sino que tenía una larga carrera delictiva y antisocial: había cometido fraudes, suplantación de identidad y ya había estado entre rejas. Su único contacto con la universidad eran los cursos para adultos que había seguido desde la Penitenciaría Federal de Leavenworth. «Antes de ser un timador adulto había sido un timador infantil. Era el tipo de niño capaz de robar un uniforme de boy-scout para hacer autostop. Le decía a la gente que recorría tal o cual distancia para realizar alguna tarea encomendada por un grupo excursionista y ganarse una medalla. Después, se alistó en el ejército del que desertó al cabo de tres semanas. Más tarde, se hizo pasar por piloto de la Royal Air Force. Convenció a mucha gente de que era un héroe de guerra. [...] Se pasó dos décadas recorriendo todo el país huyendo de los estafados. Por el camino dejó tres esposas, tres divorcios y cuatro niños. No tiene ni idea de lo que ha sido de todos ellos.»

Cuando se descubrió el engaño, no aparentó demasiada preocupación y afirmó que estaba seguro de que «esta gente de bien estará conmigo». «Un buen mentiroso sabe juzgar a la gente», añadió, un comentario que contiene más verdad que todo lo que ha dicho en su vida. Lo único que le avergonzaba era haber sido descubierto por un reportero local. Incluso así fue capaz de desmerecer el trabajo del investigador con el comentario: «Mi tapadera no era muy buena».

Quizá lo más destacable de este relato, aunque de ningún modo infrecuente, fue el hecho de que, lejos de condenar sus mentiras, la comunidad local a la que había timado corrió a defenderle. Y no sólo le dieron apoyo para salvar las apariencias: «Yo doy fe de su integridad y devoción al deber. Este hombre está a la altura del presidente Lincoln», escribió el presidente del Partido Republicano. Presumiblemente, la palabrería del impostor le tapaba los ojos. O quizás él y el resto de la comunidad no podían aceptar el hecho de que les hubiesen engañado así. Como dijo un periodista: «No hay delito más humillante para el americano que ser un estúpido».[94]

Esta confianza ciega en la gente le hace la vida mucho más fácil al timador. Nuestro impostor vio las puertas abiertas delante suyo y empezó a hacer planes para entrar en la arena política. «Que reconozcan el nombre de uno es muy importante para un político, y ahora lo conoce mucha más gente que antes —dijo—. Sólo con esta publicidad puedo presentarme durante seis años.» La mayor parte de nosotros se sentiría humillado si se dijese públicamente que somos unos mentirosos, pero no el psicópata. Todavía puede seguir paseándose con la cara bien alta delante de su comunidad e incluso seguir dando discursos apasionados bajo su «palabra de honor».

> Recuerdo un caso que me tocó muy de cerca. Me invitaron a dar una conferencia sobre psicopatía en California. Mis honorarios eran de quinientos dólares más gastos. Seis meses después de la conferencia, todavía no me habían pagado, así que hice las investigaciones pertinentes y me enteré de que el organizador había sido arrestado en un encuentro gubernamental en Washington. Se le acusaba de varios cargos: fraude, falsificación y hurto. A partir de ese incidente, salió a la luz que tenía un largo pasado delictivo, había

---

* Jaycee es una conocida asociación benéfica norteamericana. (N. del t.)

94 Max Lerner, «How grateful should Europe be?», Actions and Passions, 1949, cita n° 199.7, en R. Thomas Tripp, The International Thesaurus of Quotations, Nueva York, Harper and Row, 1970.

sido diagnosticado por varios psiquiatras como un «psicópata clásico» y había falsificado los documentos y las cartas de referencia qué usó para conseguir su empleo. Claro que no fui el único conferenciante que no cobró aquel trabajo. Para rematar las cosas, poco después de mi charla me envió una copia —con comentarios editoriales— de un artículo sobre el diagnóstico de la psicopatía. Después de su arresto, consiguió salir bajo fianza y desde entonces sigue desaparecido.

Irónicamente, antes de la conferencia, comimos juntos y, más tarde, nos encontramos en el bar. Yo no detecté nada inusual o sospechoso; mi antena falló en aquella ocasión. ¿Le hubiese prestado dinero? Posiblemente sí. Recuerdo que insistí en pagar la cuenta del bar. ¡Y es que no llevaba la campanilla colgada al cuello!

Psicópatas predelincuentes

Muchos psicópatas se pasan la vida entrando y saliendo de cárceles y correccionales. La pauta característica es ir de un trabajo u otro a la prisión y después vuelta a las calles, vuelta a la prisión (quizás a un centro de salud mental) y después fuera otra vez. En los hospitales psiquiátricos no suelen pasar mucho tiempo ya que, muy pronto, el personal se da cuenta de que el psicópata sólo da problemas e interrumpe la rutina institucional. Son como pelotas de ping pong fuera de control.

Sin embargo, muchos psicópatas nunca ingresan en la cárcel ni en ningún otro centro. Parece que funcionan razonablemente bien —son abogados, médicos, psiquiatras, mercenarios, oficiales de policía, líderes religiosos, militares, hombres de negocios, escritores, artistas y demás—, sin contravenir la ley o, al menos, sin que les cojan. En realidad son tan egocéntricos, insensibles y manipuladores como el resto de psicópatas; sin embargo, su inteligencia, su familia, sus habilidades sociales y sus circunstancias les permiten construir una fachada de normalidad y obtener lo que de-sean con relativa impunidad.

Algunos estudiosos los llaman «psicópatas con éxito». Otros opinan que individuos de esa clase benefician a la sociedad. Según este argumento, debido a que son capaces de ignorar las normas sociales, los psicópatas inteligentes pueden trascender los límites del pensamiento convencional, aportando una chispa de creatividad a las artes, el teatro, el diseño y demás. Bajo mi punto de vista, por mucho que aporten, lo importante son los corazones rotos que dejan, las carreras que destrozan y la gente utilizada que dejan en el camino, todo en nombre de su necesidad de «expresar su verdadero yo».

Antes que llamarles psicópatas con éxito —después de todo, su éxito es frecuentemente ilusorio y siempre a expensas de otros—, prefiero darles el apelativo de psicópatas predelicuentes. Su conducta, aunque técnicamente no ilegal, viola los criterios éticos que tenemos la mayoría y se coloca en esa zona gris de la ley. Los psicópatas predelincuentes exhiben la misma conducta y actitud en todas las áreas de su vida, a diferencia de la gente que conscientemente adopta una actitud egoísta y sin escrúpulos en sus negocios, pero que son razonablemente honestos en otras áreas de su vida. Si mienten y engañan en su trabajo —y salen bien parados de ello o incluso los admiran— mentirán y engañarán en otras áreas de su vida.

> Dos hombres de negocios están caminando juntos y cada uno de ellos lleva un maletín. «Sólo estamos arruinados moralmente», dice uno. «Gracias a Dios», dice el otro (de una tira cómica de Bill Lee en Omni, marzo de 1991, pág. 84).

Estoy seguro de que si las familias y amigos de tales individuos estuviesen dispuestos a discutir sus experiencias sin miedo a las represalias, saldría a la luz una buena cantidad de abuso emocional, traiciones amorosas, doble juego y en general una conducta mezquina.

Piense en los muchos casos en los que un «pilar de la comunidad» comete un delito grave —por ejemplo, asesinato o violación— y en el proceso de las investigaciones se halla toda una doble vida delictiva. Muchos de esos casos han sido convertidos en el argumento de libros y películas. El público, sorprendido y excitado, se pregunta: «¿Dónde empezaron a ir por el mal camino?» y «Qué les hizo actuar así?».

La respuesta, en la mayoría de los casos, no es que el culpable se «volvió así» de repente. Los individuos que operan en la zona gris de la ley tienen muchas probabilidades de que sus actividades se les vayan de las manos. En tales casos, el delito es simplemente una consecuencia natural de una estructura de la personalidad desviada que ha estado siempre presente. Lo que sucede es que gracias a la suerte, a sus habilidades sociales, a buenas tapaderas, a una familia protectora o amigos y socios que rechazan ver lo que está pasando, la verdad no sale a la luz hasta el final.

Piénsese, por ejemplo, en los casos de John Gacy (Buried Dreams), Jeffrey MacDonald (Fatal Vision), Ted Bundy (The Stranger Beside Me), Diane Downs (Small Sacrifices), Kevin Coe (Son), Angelo Buono y Kenneth Bianchi (Two of a Kind: The Hillside Stranglers), David Brown (Love, Lies and Murder) y Kenneth Taylor (In a Child's Name), por nombrar sólo algunos de los más sensacionales, descritos en libros y ampliamente conocidos.

Por lo tanto, estos psicópatas adultos que hasta el momento de su detención pasaban por ciudadanos ejemplares,en realidad, no aparecieron de la nada. Eran las mismas personas antes y después de su detención. Son psicópatas ahora y eran psicópatas antes.

Efectivamente, se trata de un pensamiento inquietante, porque sugiere que los casos que salen a la luz pública son sólo la punta de un iceberg muy grande.

El resto del iceberg se encuentra en cualquier parte: en el trabajo, en casa, en el ejército, en las artes, la industria del entretenimiento, en los medios de comunicación, en las escuelas y entre los ejecutivos. Millones de hombres, mujeres y niños sufren diariamente el terror, la ansiedad, el dolor y la humillación que les infligen los psicópatas que se encuentran en su vida.

Muchas veces, las víctimas no consiguen expresar a los demás cuál es la situación por la que están pasando. Los psicópatas son muy buenos a la hora de dar una buena impresión cuando les llevan a juicio y no es raro que, trágicamente, consigan hacer que las víctimas parezcan los culpables. Como me dijo recientemente una mujer —la tercera esposa de un profesor de 40 años—: «Durante cinco años me mintió, vivía con el miedo en el cuerpo y hasta falsificó cheques de mi cuenta bancaria. Pero todos, incluidos mi médico, mi abogado y mis amigos, me culpaban a mí del problema. Los tenía tan convencidos de que era un gran tipo y de que yo me estaba volviendo loca que empecé a creérmelo. Incluso cuando limpió mi cuenta bancaria y se fugó con una estudiante de 17 años, mucha gente todavía no se lo creía. Muchos querían saber qué le había hecho para que actuase de una manera tan extraña».

> El 1 de abril de 1990, Daniel Goleman escribió un artículo en The New York Times acerca del trabajo de Robert Hogan, un psicólogo del Tulsa Institute of Behavioral Sciences. Hogan estudia a un selecto grupo de directivos que poseen lo que él llama la cara oscura del carisma. Se trata de «directivos desviados, cuya reluciente imagen esconde a una persona destructiva» y que «actúan como si las normas no valiesen para ellos. De todas formas, ascienden muy rápido porque son muy buenos a la hora de venderse», en palabras de Hogan. «De cara al exterior, son encantadores y productivos. Tienen el encanto de las serpientes, como el J. R. de Dallas.» Haciendo referencia al trabajo del psicólogo Harry Levinson sobre lo sano y lo insano del narcisismo de los directivos, Hogan apunta que los narcisistas insanos tienen una imponente sensación de certeza y muestran un gran desdén hacia sus subordinados. Según Hogan, «son especialmente buenos a la hora de congraciarse con sus jefes, pero maltratan a sus subordinados».

El psicópata de empresa

El caso que explico a continuación me fue amablemente facilitado por Paul Babiak, un psicólogo industrial y organizativo de Nueva York:

Dave tiene 35 años. Posee un título universitario, está casado por tercera vez y tiene cuatro niños. Su jefe, directivo de una gran empresa de Colorado, pidió consejo a Babiak porque no sabía qué hacer con él, al que calificaba de «empleado problemático». Dave lo había hecho muy bien en las entrevistas, de manera que su jefe estaba muy sorprendido de que las cosas fuesen tan mal desde el principio.

El jefe de Dave descubrió que el primer informe que presentó tenía grandes cantidades de material plagiado. Cuando así se le indicó, Dave apartó el tema a un lado diciendo que «reinventar la rueda» era malgastar su talento y su tiempo. Frecuentemente se «olvidaba» de trabajar en ciertos proyectos poco interesantes y, al menos en una ocasión, envió a su jefe una nota diciéndole que no podía aceptar más encargos.

Babiak entrevistó a otros empleados del mismo departamento y empezó a tener la sensación de que Dave era la fuente de la mayor parte de los conflictos del departamento. Sus compañeros le informaron de la conducta perturbadora de Dave. Por ejemplo, poco después de su incorporación ya tuvo una discusión a gritos con la secretaria del jefe. Después entró en el despacho del mismo pidiendo que la echaran porque se negaba a acudir el sábado a la oficina (sin haberle avisado con tiempo) . La versión de la secretaria era algo diferente: Dave se había mostrado brusco y condescendiente hacia ella en todo momento y le molestaba que ella no lo dejase todo para atender a sus demandas. Dave solía no prepararse bien para las reuniones de personal y llegaba tarde a ellas. Cuando aparecía, casi siempre echaba una diatriba contra alguien. Cuando su jefe le pidió que controlase sus comentarios, Dave respondió que en su opinión la lucha y la agresión eran fuerzas necesarias y que la gente las necesitaba para avanzar en la vida. Dave daba la impresión de no aprender de las respuestas que recibía de su medio, nunca aceptaba haber hecho algo mal y, cuando se le señalaba algo evidente, siempre se hacía el sorprendido aduciendo que en la vida le habían recriminado nada.

Los compañeros de trabajo de Dave estaban de acuerdo en que era grosero, egoísta, inmaduro, autocentrado, de poco fiar e irresponsable. Casi todos dijeron que les había caído bien en un principio, pero que con el tiempo fue creciendo la desconfianza hacia él y descubrieron que contaba mentiras para ganarse su cooperación. Aun así, siguieron como si nada pasase porque no querían acusarle de mentiroso. Algunos empleados que decían conocerle bien afirmaron rotundamente que casi todo lo que decía era mentira y que nunca había que creer en sus promesas.

Durante su encuentro con Babiak, Dave se describió a sí mismo como un trabajador nato, un líder fuerte, un «coordinador de equipos», honesto, inteligente, el auténtico responsable de «la marcha» del departamento. De hecho, sugirió que si el jefe dejaba la empresa, él le relevaría. (Su jefe nos informó atónito que Dave ya le había sugerido eso en una ocasión.) También comentó que su verdadero jefe era el presidente de la corporación. La impresión de Babiak era que se trataba de un tipo muy egoísta al que no le preocupaba lo que los demás sintiesen hacia él. Su actitud y elección de palabras daban la impresión de que para él las personas eran solamente objetos.

Cuando se comprobó el currículum vitae de Dave, surgieron algunas irregularidades. Por ejemplo, la especialidad que había cursado no era la que había puesto en el historial y en la solicitud de la empresa. En un tercer documento, una carta que presentó, aparecía una tercera especialidad. Babiak le habló del asunto al jefe de Dave (que no sabía nada al respecto) y éste le envió una nota a su empleado pidiéndole una explicación. Dave le envió la nota de vuelta con la especialidad errónea tachada y ¡con una cuarta variación escrita al lado! Cuando se le habló del asunto cara a cara dijo que no había nada de irregular en ello

porque él había cursado asignaturas de todas las especialidades que había mencionado.

Un buen día, el jefe de Dave fue a quejarse del comportamiento de éste ante su superior inmediato, el director. Llevaba con él las pruebas de que la cuenta de gastos de su subordinado era demasiado elevada. Cuál fue la sorpresa de éste al enterarse de que Dave había estado quejándose de él desde el principio. Después de oír la sarta de mentiras y tergiversaciones que había llegado a oídos del director, el jefe cuestionado sugirió que pusiesen a prueba la integridad de Dave. Se pusieron de acuerdo para que el jefe de Dave le confiase a éste cierta información delicada. La reacción de Dave fue llamar inmediatamente al director para relatarle la confidencia, pero absolutamente distorsionada. Esto le convenció de que Dave era un embustero y que trataba de minar la credibilidad de su jefe. Sorprendentemente, sin embargo, las acciones que se emprendieron para despedir a Dave fueron suspendidas por la alta dirección de la corporación.

Lo más interesante del caso es que mientras los compañeros de Dave se daban cuenta de las manipulaciones de éste, de su irresponsabilidad y falta de integridad, los que ocupaban los cargos más altos de la organización estaban convencidos (a causa de las mentiras de Dave) de su talento y potencial directivo. A pesar de la evidencia de deshonestidad, seguían «encantados» con él. Le excusaban diciendo que era una persona muy creativa, casi artística, algo que los demás entendían tan sólo como «ambición». La habilidad de Dave para manejar las discrepancias entre esos dos grupos de personas hizo que Babiak quisiese investigar más a fondo su personalidad.

No es sorprendente que Dave recibiese una puntuación muy alta en el Psychopathy Checklist. Su personalidad y conducta le hacían diferente del típico «empleado problemático» que vemos en la mayoría de las organizaciones.

De hecho, Dave ha tenido bastante éxito desde el punto de vista organizativo; ha sido ascendido dos veces en dos años, recibido aumentos salariales (a pesar de la evaluación negativa de su jefe) y ha sido incluido en un plan de sucesión corporativa como empleado de alto potencial. Babiak también considera que, desde el punto de vista psicológico, es una persona de éxito si nos atenemos a su capacidad de manipular a la alta dirección durante más de dos años. Esto es especialmente notable si tenemos en cuenta que sus compañeros, subordinados y supervisores inmediatos sí que habían detectado sus artimañas y sus rasgos de personalidad. Su descripción coincide con lo que los investigadores llamamos psicopatía.

Demasiadas oportunidades

A los psicópatas que piensan a lo grande no les faltan las oportunidades. Las páginas de negocios de los periódicos más importantes contienen artículos que hablan de negocios poco legales diseñados por timadores profesionales. Esos artículos cubren sólo un pequeño número de las miles de oportunidades lucrativas que existen para los psicópatas con facilidad de palabra, con buena mano para los números o con las habilidades sociales necesarias para moverse por los círculos financieros. Para esos individuos, el potencial de beneficios es enorme, las reglas muy flexibles y la vigilancia baja. Unos ejemplos recientes, uno modesto y otro que no lo es tanto, ilustran la cantidad de agujeros que tiene el sistema:

— Un artículo de Forbes titulado «Scam Capital of the World» [La capital mundial del timo] describía la bolsa de Vancouver como un lugar «infestado de promotores deshonestos, de hijos de promotores deshonestos y de hijos de amigos de promotores deshonestos». Los periódicos locales informan continuamente de una letanía de timos, venta de acciones falsas y maniobras descaradas para aumentar los precios de las cosas. Si a uno le pillan, le imponen una sanción irrisoria, poco para acabar con esta voraz actividad. Si no pudiésemos estudiar a los psicópatas en la cárcel, mi siguiente elección sería probablemente la bolsa de Vancouver.

— A finales de la década de 1980, se destaparon toda una serie de prácticas deshonestas en los mercados bursátiles (además de otras prácticas mercantiles fraudulentas). En Estados

Unidos, el presidente Reagan inauguró la década desregularizando el negocio de los empréstitos, lo que dio lugar a una voracidad inusitada. Sin la presión de una reglamentación gubernamental, ciertos agentes de empréstitos empezaron a tomarse libertades con el dinero de sus depositantes, lo que condujo a una avalancha de deuda, a un desastre financiero sin precedentes. En el momento de escribir este libro, se calcula que el coste de ese descalabro asciende al billón de dólares —más que todo lo que se gastó en la guerra de Vietnam.

— Por increíble que parezca, incluso esos escándalos de los años ochenta han sido superados por las recientes revelaciones de la existencia de una impresionante red de avaricia y de corrupción. «Nada hay en la historia de los escándalos financieros que rivalice con el caso del Banco de Crédito y Comercio Internacional: el cierre del deshonesto imperio de 20 millones de dólares en sesenta y dos países [...] en una tormenta global. Nunca ha habido un escándalo de tal cuantía económica, de tantas naciones, con tanta gente importante implicada. [...] Los superlativos de nuestra lengua se quedan cortos para describir esto: es la empresa delictiva más grande que ha existido jamás [...] la operación de lavado de dinero más grande de la historia.»[95]

> En el momento de escribir este texto, la misteriosa muerte del rey de la comunicación Robert Maxwell ha abierto una enorme lata de gusanos. El imperio económico de Maxwell se ha derrumbado cuando caía sobre él la acusación de desvío ilegal de millones de dólares. Este caso es buen ejemplo de cómo una persona pública respetada puede ocultar un trasfondo muy oscuro.
>
> Aunque se sabía que Maxwell era un charlatán y un ladrón que solía mover el dinero de una empresa a otra, la mayoría de los que lo conocían, incluidos los periodistas, guardaban silencio sobre sus actividades. Maxwell tenía mucho poder y era capaz de intimidar a sus críticos. También se aprovechaba de que «la avaricia no deja sitio para los escrúpulos»: el sistema mira hacia otro lado ante «los ladrones en libertad que poseen mucho, mucho dinero» (las citas están extraídas de un artículo de Peter Jenkins, «Captain Bob Revealed: A Crook and a Conspiracy of Silence», Independent News Service, 7 de diciembre de 1991).

Tienen lo que hace falta

No es difícil entender por qué los psicópatas se sienten tan atraídos por el mundo de la delincuencia de cuello blanco y tienen tanto éxito en él. En primer lugar, se les presentan multitud de oportunidades. Como decía uno de nuestros sujetos, encarcelado por vender bonos de empresa falsificados: «No estaría en la cárcel ahora mismo si no hubiese tantos bombones tentándome». Sus bombones eran fondos de pensiones, venta de acciones, campañas de obtención de fondos para la beneficencia y ofertas de bienes en multipropiedad. Y éstos son sólo algunas de las suculentas oportunidades que permiten a los de su clase operar sin limitaciones.

En segundo lugar, los psicópatas tienen lo que se necesita para defraudar y timar a los demás: facilidad de palabra, encanto, seguridad en sí mismos, control sobre las situaciones sociales, frialdad bajo presión, no les asusta la posibilidad de que les pillen y no tienen piedad. Incluso cuando quedan expuestos a la luz pública, pueden seguir como si nada hubiese pasado y muchas veces dejan a sus acusadores desconcertados y dudando acerca de sus sospechas.

Finalmente, el delito de cuello blanco es muy lucrativo, las posibilidades de que les pillen son mínimas y las sanciones triviales. Piénsese en los que usan información privilegiada, los reyes de los bonos-basura y los tiburones de los empréstitos. Sus depredadoras operaciones

---

95 Jonathan Beaty y S. C. Gwynne, «The Dirtiest Bank of Allá», Time, 29 de julio de 1991, pág. 28.

financieras son espectacularmente beneficiosas para ellos, incluso cuando les pillan. En muchos casos, las reglas del juego delictivo a gran escala no son las mismas que las del delito ordinario. En el primer caso, sus protagonistas suelen formar parte de una red estructurada para proteger sus mutuos intereses. Provienen del mismo estrato social y las mismas escuelas, pertenecen a los mismos clubes e incluso juegan un papel decisivo en el establecimiento de las reglas de control gubernamental. Un ladrón de bancos puede ser condenado a veinte años de prisión, mientras que un abogado, un hombre de negocios o un político que defrauda millones de dólares puede recibir sólo una multa o una sentencia (luego suspendida), después de un juicio ampliamente demorado y nada claro. Condenamos al ladrón de bancos, pero le pedimos al desfalcador que invierta nuestro dinero o se apunte a nuestro club de tenis.

> En una ocasión, el abogado de una persona muy adinerada me visitó en Vancouver para conseguir mi ayuda en la defensa de su cliente. Su cliente (el señor X) se hallaba envuelto en un reciente escándalo de utilización de información privilegiada. Había sido delatado por otro de los implicados (el señor Y). El abogado me propuso que usase mi Psychopathy Checklist para determinar si el delator era un psicópata. Después de subrayar que, «el dinero no es problema», sugería que entrevistase a los amigos, socios, antiguos compañeros de clase y vecinos del señor Y. También me dijo que podía instalar mi base de operaciones en una casa en la playa, cerca de la que tenía el señor Y, y todo lo que tenía que hacer era conocerle bien para completar el Psychopathy Checklist por él. Cuando le pregunté por qué le iba a ser útil saber si el señor Y era un psicópata, el abogado me respondió que podía ser vital para el caso ya que, como todo el mundo sabe, los psicópatas no son de fiar, engañan y suelen pretender salvar su piel a cualquier precio. Si al señor Y se le pudiese diagnosticar psicopatía, podría desacreditar su testimonio y conseguir así un trato con el fiscal. Aunque podría haberme enriquecido («el dinero no es problema»), decliné la oferta.

Desafortunadamente, mucha gente considera que los delitos de cuello blanco no son delitos graves porque no causan daños físicos a la gente, a diferencia del robo a mano armada o la violación. Veamos al respecto unas declaraciones de John Grambling (del caso que hemos descrito en el inicio de este capítulo) en la suplicatoria que le hizo al juez antes de oír su propia sentencia:

> He pasado los dos últimos meses de mi vida en la cárcel y he experimentado lo que es vivir en una celda con un pobre extranjero ilegal. Un ser ignorante, drogadicto, ladrón y asesino. Le he de decir que en este tiempo he tocado fondo. El tener que convivir con una persona de esa ralea me ha destrozado la autoestima, pero aquí estoy y, por alguna razón, se me considera una persona como ésa. Le puedo asegurar, sin duda alguna, que yo no me parezco a esa persona. No visto igual, no hablo igual, no actúo como él actúa ni siento lo mismo.[96]

El juez del caso comentó que, aunque no estaba de acuerdo con Grambling, «en la práctica, existe diferencia entre un delito contra una persona y un delito contra la propiedad [...] entre alguien que te viola, amenaza con violarte, te amenaza de muerte o de

---

96 John Grambling, Jr., carta al honorable Herman Calm. Corte Suprema de Nueva York, Condado de Nueva York, 48ª parte, 6 de marzo de 1987. La carta era un intento de convencer a Cahn de que él, Grambling, no se merecía una condena larga por sus delitos.

lesionarte gravemente y alguien que te puede dañar con una pluma estilográfica».[97] El fiscal puso de manifiesto que «las prisiones federales para los ricos y privilegiados tienen sabrosa comida, pistas de footing, películas de estreno y bibliotecas. [...] Las cárceles federales para los ricos y privilegiados son una desgracia nacional».[98]

Y esto es algo que saben bien los psicópatas de clase alta.

97 Justice Herman Cahn, Proceedings, op. cit., pág. 55.
98 Brian Rosner, Sentencing Memorandum, op. cit., págs. 84-85.Capítulo 8

Capítulo 8
PALABRAS EXTRAÑAS PERO CONVINCENTES

> Una misma palabra significa cosas diferentes para un escritor y para otro. Uno la destila de sus entrañas. El otro simplemente la toma del diccionario.
>
> CHARLES PEGUY, «The Honest People»,
> Basic Verities, 1943

Una cuestión recorre casi todas las historias que nos cuentan las víctimas de los psicópatas: «Cómo pude haber sido tan estúpido? ¿Cómo pude creer tal sarta de mentiras?».

Y cuando no son las víctimas las que se hacen estas preguntas, son los demás: «¿Cómo has podido tragarte todos sus cuentos de esa manera?». Y la respuesta característica es: «Tenías que haber estado allí. Parecía lo más razonable, lo más coherente del mundo». De ello podemos deducir que si hubiésemos estado allí nos habrían tomado el pelo de la misma forma.

Algunas personas son demasiado ingenuas, blancos perfectos para cualquier charlatán que se les acerque. Pero ¿y el resto de nosotros? El hecho es que todos somos vulnerables. A poca gente se la puede considerar tan sofisticada y perceptiva como para no caer en las maquinaciones de un psicópata. Incluso nosotros, los que los estudiamos, no somos inmunes; ya he puesto de manifiesto en capítulos anteriores que a mis estudiantes y a mí mismo nos engañan de vez en cuando, incluso cuando somos conscientes de que tratamos con un posible psicópata.

Por supuesto, la mentira patológica y la manipulación no son aptitudes reservadas a los psicópatas. Lo que les hace diferentes es la facilidad con la que mienten, la dominación del engaño en sus vidas y la insensibilidad con la que lo llevan a cabo.

Pero hay algo más sobre el discurso de los psicópatas que es igualmente sorprendente: muchas veces pasa desapercibido su frecuente uso de afirmaciones contradictorias y carentes de toda lógica. Como veremos a continuación, algunas recientes investigaciones sobre el lenguaje de los psicópatas proporcionan las claves para la resolución de este enigma y también ofrecen una explicación a la asombrosa habilidad de los psicópatas para manejar las palabras (y, por tanto, a las personas). Pero primero veamos algunos ejemplos que ilustran este punto (los tres primeros pertenecen a delincuentes que puntuaron alto en el Psychopathy Checklist):

— Cuando se le preguntó a un recluso que cumplía condena por robo si alguna vez había cometido un acto delictivo, respondió: «No, pero una vez tuve que matar a un hombre».
— Una mujer con una impresionante carrera, repleta de fraudes, engaños, mentiras y promesas rotas concluyó en una carta dirigida al comité de concesión de la libertad condicional que: «He fastidiado a muchas personas. [...] Una vale lo que vale su reputación y

su nombre. Mi palabra vale tanto como el oro».
— Un hombre que cumplía condena por robo replicó al testimonio de un testigo: «Está mintiendo. Yo no estaba allí. Tenía que haberle volado la maldita cabeza».
— En un programa de televisión sensacionalista se entrevistó a un estafador de mujeres mayores.[99] Cuando el presentador le preguntó: «¿Dónde pone la línea entre el bien y el mal?», él contestó: «Tengo mi moral, lo crea o no, tengo mi moral». El entrevistador le volvió a preguntar: «¿Y dónde pone la línea?». El contestó: «Esa es una buena pregunta. No estoy evitando responder, pero es que es una buena pregunta». Cuando se le preguntó: «¿Lleva en estos momentos en su maletín formularios para la entrega de poderes notariales?», su respuesta fue: «No, no los llevo encima, pero sí están en mi maletín, sí».
— Cuando se le preguntó a Ted Bundy cómo había afectado a su vida el consumo de cocaína, respondió: «¿Cocaína? Nunca la he tomado. [...] Nunca la he probado siquiera. Creo que la he probado alguna vez, pero no me hizo ningún efecto. Sólo esnifé un poco. No me lío con ella. Es demasiado cara. Supongo que si estuviese en la calle y tuviese suficiente, me engancharía. Pero yo soy un hombre de marihuana. Todo lo que hago es. [...] Me encanta fumarme un canuto. Y los valiums. Y, por supuesto, el alcohol».[100]

Analicemos los párrafos anteriores: no sólo hay mentiras, sino también afirmaciones contradictorias. Sorprendente. Es como si los psicópatas tuvieran a veces dificultades para controlar su propio discurso. A consecuencia de ello, dejan ir un aluvión inconexo de palabras y pensamientos.

Los psicópatas también colocan las palabras de una manera muy extraña. Por ejemplo, fijémonos en el siguiente diálogo entre un periodista y un asesino en serie psicópata, Clifford Olson:

OLSON: Y después tuve sexo anual con ella.
PERIODISTA: ¿Una vez al año?
OLSON: No. Anual. Por detrás.
PERIODISTA: Oh, pero si estaba muerta.
OLSON: No, no. Sólo estaba inconscientemente.

Acerca de sus múltiples experiencias, Olson dijo: «Tengo suficientes antídotos [por anécdotas] para llenar cinco o seis libros, suficiente para una trilogía». Estaba decidido a no ser «un chivo explicatorio» independientemente de los «hechos humilladores».[101]

Por supuesto, las palabras no surgen de nuestra boca por sí solas. Son el resultado de una actividad mental muy complicada. Esto suscita la interesante posibilidad de que, como sucede con la mayor parte de su conducta, los procesos mentales de los psicópatas estén muy mal regulados y no se rijan por las reglas habituales. Hablaremos de esta hipótesis en los próximos apartados, que evidencian que los psicópatas se diferencian de los demás en la manera en que está organizado su cerebro y en las conexiones entre palabras y emociones. En el próximo capítulo trataré un tema relacionado con esto: por qué el que escucha no se da cuenta de las peculiaridades verbales del psicópata.

> El asesino en serie Elmer Wayne Henley ha pasado un buen tiempo entre rejas y ahora pide la libertad condicional. Él afirma haber sido la víctima del otro asesino en serie con el que «trabajaba». Según él, jamás hubiese hecho nada por su cuenta. Juntos, asesinaron al menos a veintisiete personas, hombres y muchachos. «Yo soy pasivo —decía— No quiero ser un psicópata, no

---

99 Inside Edition, 22 de noviembre de 1990.

100Stephen G. Michaud y Hugh Aynesworth, Ted Bundy: Conversations with a Killer, Nueva York, New American Lihrary, 1989, pág. 107.

101De un artículo de Peter Worthington, Saturday Night, julio-agosto de 1993.

quiero ser un asesino. Sólo quiero ser un tipo decente.»

Fijémonos en el siguiente intercambio de palabras entre el entrevistador y Henley. El entrevistador dice: «Henley, nos quieres hacer creer que eres la víctima de un asesino en serie, pero si miramos tu expediente no hay duda de que eres un asesino en serie». Henley responde: «No lo soy». «¿Que no eres un asesino en serie?», pregunta el entrevistador incrédulo, a lo que Henley replica: «No soy un asesino en serie». El entrevistador le dice entonces: «Me dices que no eres un asesino en serie, pero has matado a muchas personas». Henley, con cierta exasperación y condescendencia, replica: «Bueno, si, es cuestión de semántica» (del programa 48 Hours, 8 de mayo de 1991).

¿Quién está al mando?

En la mayor parte de la gente las dos partes del cerebro tienen funciones diferentes y específicas. El hemisferio izquierdo está especializado en procesar la información de forma analítica y secuencial y desempeña un papel crucial en la comprensión y el uso del lenguaje. El hemisferio derecho procesa la información simultáneamente, como un todo; desempeña un papel muy importante en la percepción espacial, la imaginación, la experiencia emocional y el procesamiento de la música.

Probablemente, la naturaleza organizó el cerebro de esta forma para una mayor eficiencia.[102] Por ejemplo, para las operaciones mentales complejas es claramente más efectivo usar y entender el lenguaje desde un lado del cerebro que desde los dos. En este último caso, la información tendría que ir y venir de un hemisferio a otro, lo que retardaría el ritmo de procesamiento y, a la vez, incrementaría las posibilidades de error.

Más aún, alguna parte del cerebro tiene que tener el control primario de la tarea; si las dos partes del cerebro estuviesen a cargo de ello por igual, competirían y el conflicto reduciría la efectividad del procesamiento. Algunas formas de dislexia y tartamudeo, por ejemplo, están asociadas a tal condición: los centros del lenguaje son bilaterales, es decir, están situados en ambos hemisferios. La competencia entre los dos hemisferios explica muchas de las dificultades existentes en la comprensión y producción del lenguaje.

Existe nueva evidencia experimental que sugiere que el procesamiento bilateral del lenguaje es una característica propia de los psicópatas.[103] Esto me lleva a especular que parte de la tendencia de los psicópatas a hacer afirmaciones contradictorias está relacionada con esa ineficiente «jerarquía de autoridad» —cada hemisferio trata de dirigir la función y, al final, el habla no está ni bien integrada ni bien controlada.

Por supuesto, hay otros grupos de personas con un lenguaje de tipo bilateral —algunos tartamudos, disléxicos o zurdos—, pero no mienten y se contradicen como lo hacen los psicópatas. Sin duda, debe de haber algún otro fenómeno implicado en el lenguaje de los psicópatas.

Palabras vanas

La mayoría de la gente que ha trabajado con psicópatas tiene la intuición de cuál es esa diferencia de la que hablamos. «Siempre me estaba diciendo cuánto me quería y al principio

---

102N. Geschwind y A. Galaburda, Cerebral Lateralization: Biological Mechanisms, Associatins, and Pathology, Cambridge, MA, MIT Press, 1987.

103R. D. Hare y 1.. N. McPherson, «Psychopathy and perceptual asymmetry during verbal dichotic listening», Journal of Abnormal Psychology, n° 93, 1984, págs. 141-149; R. D. Hare y J. Jutai, «Psychopathy and cerebral asymmetry in semantic processing», Personality and Individual Differences, n° 9, 1988, págs. 329-337; A. Raine, M. O'Brien, N. Smiley, A. Scerbo y C. Chan, «Reduced lateralization in verbal dichotic listening in adolescent psychopaths», Journal of Abnormal Psychology, n° 99, 1990, págs. 272-277.

le creí, incluso después de que le pillase tonteando con mi hermana —decía la esposa burlada de uno de nuestros sujetos psicópatas— Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que no le importaba en absoluto. Siempre que me pegaba decía después: "Lo siento de verdad, cariño. Sabes que te quiero". ¡Y hasta esa frase la había sacado de una película barata!»

A los clínicos no les sorprende que los psicópatas hablen así. Hace tiempo que sabemos que conocen el significado de las palabras, pero fallan a la hora de comprender o apreciar su valor o significación emocional. Veamos las siguientes citas de la bibliografía clínica sobre la psicopatía:

— «Conoce la letra, pero no la melodía de la canción».[104]
— «No entiende lo que es compartir significados en un sentido emocional; sólo conoce el significado del diccionario de las palabras.»[105]
— «[Él] muestra mucha facilidad de palabra, pero con palabras que significan poco para él. Son forma sin sustancia. [...] Su aparente buen juicio y sentido social son sólo una fachada de palabras.»[106]

Estas observaciones clínicas dan directamente en el blanco del misterio de la psicopatía: su lenguaje tiene dos dimensiones y le falta la emocional.

Una sencilla analogía nos ayudará a entenderlo. El psicópata es como una persona con daltonismo que ve las cosas en tonalidades grisáceas, pero que ha aprendido a manejarse en un mundo de colores. Ha aprendido que la señal roja de los semáforos es la que está arriba. Cuando una persona daltónica nos dice que se ha parado ante el semáforo en rojo, quiere decir que se ha parado ante la luz superior del semáforo. Estas personas tienen un problema para distinguir los colores, pero han aprendido formas de compensar su problema y, en algunos casos, incluso algunos amigos suyos desconocen que no distinguen los colores.

Como las personas daltónicas, los psicópatas carecen de un importante elemento experiencial —en este caso, la experiencia emocional—, pero pueden aprender las palabras que usan los demás para describir las experiencias que ellos no pueden entender. Como decía Cleckley, «pueden aprender a usar las palabras adecuadas [...] [y] aprenderán a reproducir apropiadamente toda la pantomima del sentimiento, [...] pero el sentimiento en sí mismo no aparece por ningún lado».[107]

Una reciente investigación de laboratorio apoya estas observaciones clínicas. Esta investigación está basada en la evidencia de que, para la gente normal, las palabras neutrales suelen dar menos información que las emocionales: una palabra como PAPEL tiene un significado de diccionario, mientras que la palabra MUERTE tiene, además del significado del diccionario, uno emocional con connotaciones desagradables. Las palabras emocionales tienen más efecto en nosotros que las demás.

Imagínese a sí mismo sentado delante de una pantalla de ordenador en la que destellan unas palabras durante una fracción de segundo. Se le han colocado electrodos en la cabeza para grabar sus respuestas cerebrales. Una máquina de EEG dibuja un gráfico de su actividad eléctrica. Algunas de las letras forman palabras que podemos encontrar en el diccionario; otras sólo forman sílabas sin sentido. Por ejemplo, ÁRBOL forma una palabra, pero LOBRA no. Su tarea es apretar un botón tan rápido como le sea posible siempre que

104J. H. Johns y H. C. Quay, «The effect of social reward on verbal conditioning in psychopaths and neurotic military offenders», Journal of Consulting Psychology, n° 26, 1962, págs. 217-220.

105V. Grant, The Menacing Stranger, Nueva York, Dabor Science Publications, 1977, pág. 50.

106W. Johnson, People in Quandaries: The Semantics of Personal Adjustment, Nueva York, Harper and Brothers, 1946.

107Hervey Cleckley, The Mask of Sanity, 5ª ed., St. Louis, MO, Mosby, 1976, pág. 230.

vea una palabra correcta en la pantalla. El ordenador cuenta el tiempo que tarda en tomar la decisión y analiza las respuestas de su cerebro durante la tarea.

Probablemente, usted responderá más rápidamente a una palabra emocional que a una neutral. Por ejemplo, usted —y la mayoría de la gente— apretará más rápido el botón ante la palabra MUERTE que ante la palabra PAPEL. El contenido emocional de una palabra parece darle una especie de velocidad extra en el proceso de toma de decisiones. Al mismo tiempo, las palabras emocionales evocan respuestas cerebrales más amplias que las neutrales, reflejo de la mayor cantidad de información que contienen las palabras emocionales.

> Un asesino psicópata fue entrevistado por una investigadora que deseaba conocer la motivación de sus crímenes. En vez de hablar de ello, inició una descripción de algunos de sus asesinatos y mutilaciones más cruentos, por los cuales fue detenido. Su relato era animado, pero desapasionado, como si describiera un partido de béisbol. Al principio, la entrevistadora intentó no emitir juicios y mostrar sólo un interés profesional por el relato. Sin embargo, cuando su expresión facial finalmente la delató, el psicópata se detuvo y dijo: «Sí, imagino que estuvo muy mal. Me siento realmente mal. Debí de volverme loco».
>
> Como la mayoría de la gente, los psicópatas a veces dicen y hacen cosas solamente para impresionar a los demás. Sin embargo, debido a su escasa vida emocional no se dan cuenta del enorme impacto que pueden causar. Usan las reacciones de los demás como «clave» para expresar lo que se supone que han de sentir en cada situación.

Cuando llevamos a cabo este experimento con los reclusos, los no psicópatas mostraron una pauta de respuesta normal —decisiones más rápidas y respuestas cerebrales más amplias ante palabras emocionales—, pero los psicópatas no: éstos responden a las palabras emocionales como si fuesen neutrales.[108] Este hallazgo refuerza la idea de que en los psicópatas las palabras no tienen el mismo componente emocional o afectivo. Algunas de nuestras investigaciones más recientes confirman esta hipótesis. Por alguna razón, a los psicópatas les faltan los aspectos «de sentimiento» del lenguaje.[109]

Esta deficiencia tiene implicaciones fascinantes, especialmente cuando consideramos el contexto de las interacciones sociales de los psicópatas: su engaño y su manipulación no se ven inhibidos por la empatía o la conciencia. Para la mayoría de nosotros, el lenguaje tiene la capacidad de suscitar poderosas emociones. Por ejemplo, la palabra cáncer evoca no sólo una descripción clínica de una enfermedad y sus síntomas, sino sensaciones de miedo, aprensión o preocupación, y quizás unas imágenes mentales molestas. Pero para el psicópata son sólo palabras.

> La tecnología de representación del cerebro con imágenes nos ofrece nuevas posibilidades para el estudio de la mente de los psicópatas. En una investigación llevada a cabo por los hospitales Mount Sinai y Bronx VA de Nueva York y dirigida por el psiquiatra Joanne Intrator, obtuvimos imágenes cerebrales de individuos normales y de psicópatas mientras llevaban a cabo una serie de tareas. Los hallazgos preliminares (del estudio piloto, presentado en el

---

108S. Williamson, T. J. Harpur y R. D. Hare, «Abnormal processing of affective words by psychopaths». Psichophysiology, n° 28, 1991, págs. 260-273. Este es el estudio de las «ondas cerebrales» citado en la introducción.

109S. Williamson, T. J. Harpur y R. D. Hare, «Sensitivity to emotional polarity in psychopaths», artículo presentado en una reunión de la American Psychological Association, Boston, MA, agosto de 1990.

encuentro anual de la Society for Biological Psychiatry y la American Psychiatric Association, en mayo de 1993) sugieren que los psicópatas pueden no estar usando las mismas áreas del cerebro que los individuos normales cuando procesan palabras emocionales. Si estos resultados se contrastasen y aplicasen a otras formas de información emocional, podríamos decir que los psicópatas difieren de los demás en las estrategias que usan para procesar el material emocional o en la manera en que están organizados los procesos de su cerebro. En todo caso, estaríamos mucho más cerca de entender el misterio de la psicopatía.

Existe un libro en el que Diane Downs explica su versión del ataque que sufrieron sus hijos (y supuestamente ella) y por el que fue condenada. En él, Downs explica sus relaciones con los hombres como de frías, sin amor y motivadas sólo por el sexo.[110] En cartas dirigidas a Robert Bertaluccini («Bert»), uno de sus amantes, Downs expresaba «promesas de amor, devoción total y juramentos de que nadie más en la tierra me tocaría excepto él. Era el juego que jugaba con todos los hombres. Y con Bert lo hacía mejor que con ninguno» (pág. 144). Después de disparar a sus hijos tuvo un romance con Jason Redding y escribió al respecto: «Bert era el pasado y Jason el presente. Cierto, le escribía cartas a Bert diciéndole lo mucho que le quería, que era el único hombre en la tierra para mí [...] Cuando empezó a rechazar mis cartas, las empecé a guardar en la libreta. Escribía cada día unas líneas, a veces una página entera. Siempre se trataba de lo mismo: "Te quiero Bert, ¿por qué no estás aquí? Te necesito, eres el único para mí". [...] Me ponía una copa y me metía en la bañera... [...] pensaba en Bert. [...] Minutos después Jason llamaba a la puerta y volaba escaleras abajo para verlo. Mis pensamientos sobre Bert volaban también» (págs 36-37) . Las «vanas palabras de amor» de Diane eran una fuente de orgullo para ella, como si su uso fuese completamente intencional, diseñadas para un propósito particular. Sin embargo, como todos los psicópatas, sus palabras de amor no podían ser sino vanas, debido a que carece de auténtica capacidad para sentirlas.

En otro apartado hablábamos del papel del «lenguaje interior» en el desarrollo y funcionamiento de la conciencia. Se trata de aquellos pensamientos, imágenes y diálogo interno que hacen posible que tengamos conciencia, el más poderoso control de nuestra conducta. La conciencia genera culpa y remordimientos ante las transgresiones. Eso es algo que los psicópatas no pueden entender. Para ellos, la conciencia es poco más que una comprensión intelectual de las normas que otros se inventan, es decir, palabras vacías. Los sentimientos que se necesitan para dar valor específico a esas reglas simplemente no están. La cuestión es: ¿por qué?

El delincuente más conocido de Canadá se llama Clifford Olson, un asesino en serie condenado en enero de 1982 a cadena perpetua por torturar y asesinar a once chicos y chicas. Esos crímenes fueron los últimos y más despreciables de una serie de actos delictivos que empezó a cometer de joven. Aunque algunos psicópatas no son violentos y pocos son tan brutales, Olson es el prototipo de psicópata.

Veamos las siguientes citas de un artículo escrito en la época de su juicio: «Era fanfarrón y pendenciero, mentiroso y ladrón. Un hombre violento con un temperamento malísimo. Pero también podía ser encantador y educado cuando le interesaba impresionar a alguien. [...] Olson era un parlanchín compulsivo. [...] Tenía facilidad de palabra. [...] Estaba siempre contando mentiras. [...] Ese hombre era un mentiroso total. [...] Siempre quería llevarte hasta el límite, ver cómo respondías ante esas situaciones extremas. [...] Era un manipulador. [...] Olson nunca paraba de hablar. [...] Aprendimos pronto que no debíamos

110Diane Downs, Best Kept Secrets, Springfield, OR, Danmark Publishing, 1989.

creernos nada de lo que decía porque sólo contaba mentiras» (Farrow, 1982). Un reportero que habló con Olson decía: «Hablaba rápido, como en staccato. [...] Saltaba de tema en tema sin parar. Sonaba insustancial pero era hábil, como un timador que intenta demostrar que es duro e importante» (Ouston, 1982).

Estas declaraciones de gente que lo conocía son importantes porque nos dan una idea de cómo conseguía quedarse a solas con jóvenes inteligentes y hacer que éstos se fiasen de él. También pueden ayudar a entender la decisión de la editorial Crown de pagarle 100.000 dólares para que dijese dónde había escondido los cuerpos de siete de los jóvenes que había asesinado. No es de extrañar que el público se opusiese a tal acuerdo. Algunos de los titulares que se publicaron al respecto fueron: «Se paga a un asesino para que localice los cuerpos de sus víctimas; acuerdo económico indignante: dinero a cambio de tumbas para el asesino de niños».

Desde su encarcelamiento, Olson ha continuado aportando dolor a las familias de sus víctimas enviándoles cartas con comentarios acerca de los asesinatos de sus hijos. Nunca ha dado muestras de remordimiento o culpa por sus actos; al contrario, sigue quejándose de cómo le trata la prensa, el sistema penitenciario y la sociedad. Durante su juicio se pavoneaba y posaba siempre que se le ponía una cámara delante. Se consideraba a sí mismo una celebridad más que un hombre que había cometido todas esas atrocidades. El 15 de enero de 1983, el Vancouver Sun escribió de él: «El asesino en serie Clifford Olson ha escrito a la redacción del Sun para decir que no aprueba la imagen que se ha dado de él [...] y pronto nos enviará nuevas y más atractivas fotos suyas» (citas de artículos de R. Ouston, Vancouver Sun, 15 de enero de 1982, y M. Farrow, Vancouver Sun, 14 de enero de 1982).

En el momento de escribir este libro, tenemos noticias de que Olson se ha puesto en contacto con varias facultades de criminología de Canadá para que le estudien científicamente.

Por debajo del nivel de la pobreza emocional

Si el lenguaje de los psicópatas es bilateral —controlado por ambos hemisferios del cerebro— es posible que tengan también bajo control bilateral otros procesos normalmente controlados por un solo hemisferio. De hecho, aunque en la mayoría de la gente la parte derecha del cerebro tiene un papel principal en la emoción, estudios recientes indican que en el psicópata ninguno de los dos hemisferios procesa eficientemente las emociones.[111] El porqué de este hecho es todavía un misterio. Pero la implicación más intrigante es que los procesos cerebrales que controlan las emociones del psicópata están divididos y no focalizados, lo que lleva a una vida emocional superficial y sin color.

Ted Bundy se indignaba cuando alguien le llamaba robot emocional, vacío de alma. «¡Qué lejos están de la verdad! —dice—. Si piensan que no tengo vida emocional, qué equivocados están. Absolutamente equivocados. La tengo y es muy real y muy plena.»[112] Sin embargo es evidente, por sus otros comentarios y por las frívolas explicaciones que da de sus asesinatos, que la descripción es correcta. Como todos los psicópatas, Bundy sólo tiene una vaga comprensión del extremo al que llega su pobreza emocional.

Mucha gente se ve atraída por los movimientos pop-psych, que enfatizan la búsqueda de la autocomprensión: «ponerte en contacto con tus sentimientos». Para los psicópatas, este ejercicio —como la búsqueda del Santo Grial— está condenado al fracaso. En ese análisis ulterior, su autoimagen está definida más por sus posesiones y otros signos de éxito y poder

---

111R. Day y S. Wong, Psychopaths process emotion in the left hemisphere, manuscrito entregado para su publicación, 1993.

112Michaud y Aynesworth, op. cit., pág. 158.

que por el amor y la compasión, que son abstracciones que tienen muy poco significado para ellos.

Mirarles las manos

Fíjese en la manera en que su interlocutor mueve las manos: ¿lo hace de una manera infrecuente? ¿Las mueve sin parar? ¿Pueden los gestos de las manos ayudarnos a entender lo que se dice? En muchos casos sí porque enfatizan lo que dicen las palabras del hablante. Por ejemplo, si decimos «Era un pez enorme» y hacemos un gesto expansivo con las manos, la frase adquiere más fuerza. Podemos describir mejor a una persona dibujando la silueta con las manos.[113]

De todas formas, la mayor parte del lenguaje de las manos no aporta información al que escucha. Se trata de gestos «vacíos», pequeños y rápidos que ocurren durante la conversación, pero que no son parte de la historia que se cuenta. Como otros gestos y movimientos corporales, son parte de «espectáculo» del hablante (hablaré más acerca de esto en el próximo capítulo) o son reflejo de un estilo cultural de comunicarse. Pero estos movimientos también ocurren por otras razones. Por ejemplo, muchas gente hace esos gestos cuando habla por teléfono. El que escucha no puede ver esos gestos, así que ¿por qué se hacen?

La respuesta puede estar relacionada con la evidencia de que los centros cerebrales que controlan el habla también controlan los gestos de las manos que se hacen durante el discurso. No se sabe cómo —quizás incrementando la actividad general en esos centros— los movimientos parecen facilitar el habla: nos ayudan a traducir pensamientos y sentimientos en palabras. Tenemos una prueba de ello en los frenéticos movimientos que hace alguien cuando no encuentra la palabra que busca. O intente no usar las manos la próxima vez que hable; ¿no se produce un aumento de las dudas, pausas y tropiezos al hablar? Las personas bilingües suelen hacer más gestos cuando usan su segunda lengua que la nativa. En algunos casos, una alta frecuencia de gestos refleja dificultad para convertir pensamientos y sentimientos en palabras.

Los movimientos de las manos también nos dicen algo sobre el tamaño de las «unidades de pensamiento» o paquetes mentales que están debajo de todo lenguaje. Una unidad de pensamiento puede variar desde algo pequeño, sencillo y aislado —una idea sencilla, una palabra, una frase— hasta algo más grande y complejo —grupos de ideas, frases o historias completas—. Las ideas, palabras y frases que comprenden grandes unidades de pensamiento tienen más probabilidades de estar bien integradas, de unirse de una manera lógica, consistente y significativa para formar un guión. Los movimientos de las manos parecen «marcar» esas unidades de pensamiento: a más movimientos, más pequeñas son las unidades.

Las últimas investigaciones sugieren que los psicópatas mueven más las manos que la gente normal, sobre todo cuando hablan acerca de cosas que generalmente se consideran emocionales. Por ejemplo, describir la manera en que se sienten los miembros de una familia o los seres queridos.[114] Podemos inferir dos cosas de esta evidencia:

113El estudio sobre los gestos y movimientos de manos relacionados con el lenguaje es obra de P. Feyereisen, «Manual activity during speaking in aphasic subjects», International Journal of Psychology, n° 18, 1983, págs. 545-556; D. McNeill, «So you think gestures are nonverbal», Psychology Review, n° 91, 1985, págs. 332-350; B. Rime y L. Schiaratura, «Gesture and speech», en R. Feldman y B. Rime (comps.), Fundamentals of Nonverbal Behavior, Nueva York, Cambridge University Press, 1988.

114B. Gillstrom y R. D. Hare, «Language-related hand gestures in psychopaths», Journal of Personality Disorders, n° 2, 1988, págs. 21-27. Véase también B. Rime, H. Bouvy, B. Leborgne y F. Rouillon, «Psychopathy and nonverbal behavior in an interpersonal situation» , Journal of Abnormal Psychology, n° 87, 1978, págs. 636-643.

— Los psicópatas tienen problemas para traducir las ideas emocionales en palabras porque las entienden poco y vagamente. En este sentido, la emoción es como una segunda lengua para el psicópata.
— Los pensamientos e ideas de los psicópatas están organizados en pequeños grupos mentales y se mueven con cierta rapidez. Esto puede ser una ventaja a la hora de mentir. Como señaló el psicólogo Paul Ekman, los buenos mentirosos son capaces de dividir ideas, conceptos y lenguaje en componentes básicos y los combinan de diferentes maneras, casi siempre como si estuviesen jugando al Scrabble.[115] Pero al hacerlo así, el psicópata pone en peligro todo su guión; puede perder su estructura unificadora o hacerse menos coherente e integrado que si usase unidades más grandes. Por esta razón, el mentiroso competente suele andar en la frontera de la verdad y de la mentira; así evita perderse y se asegura de que su historia parece coherente. «Los mentirosos más maliciosos son aquellos capaces de mantenerse en el límite de la verdad.»[116]

Discurso fragmentado

Aunque algunos psicópatas mienten mucho, no siempre son los mentirosos habilidosos que creemos que son. Como hemos dicho antes, su discurso está lleno de incoherencias y contradicciones. Los psicópatas juegan a una especie de Scrabble mental, pero a veces lo hacen tan mal que fracasan en integrar las piezas en un todo coherente y su discurso resulta fragmentado e incompleto, en el mejor de los casos.

Pensemos en el interno que hemos citado antes que decía que nunca había sido violento, pero que una vez tuvo que matar a alguien. Entendemos que esto es una afirmación contradictoria porque la tratamos como una sola unidad de pensamiento. Sin embargo, el recluso puede haber estado manejando dos unidades de pensamiento independientes: «Nunca he llevado a cabo un delito violento» y «En una ocasión, maté a una persona». La mayor parte de la gente es capaz de combinar ideas de manera que sean coherentes con un argumento subyacente, pero los psicópatas tienen muchas dificultades para hacerlo. Esto explica el porqué de las enormes incoherencias y contradicciones que frecuentemente caracterizan su diálogo. Esta hipótesis también explica el uso de neologismos (combinación de componentes básicos de las palabras —sílabas— con una lógica personal que los demás entienden como inapropiada).

Se trata de algo similar a grabar dos escenas contiguas de una película. En una llueve y en la siguiente, que supuestamente sucede unos minutos más tarde, brilla un sol radiante. Si el director no se da cuenta de la incongruencia y monta la película con esas dos escenas, la historia será poco creíble. Algunos espectadores, como algunas víctimas de los psicópatas, pueden no darse cuenta de la discrepancia, especialmente si están implicados en la acción.

Otro punto sobre la manera en que los psicópatas usan el lenguaje: su «software mental» no es sólo pequeño sino unidimensional, carente de significado emocional. Para la mayor parte de la gente, la elección de palabras está determinada por dos factores: el diccionario de significados y sus connotaciones emocionales. Pero los psicópatas no necesitan ser selectivos; sus palabras no tienen carga emocional y, en cierto sentido, pueden usarlas con más libertad. Pero el resultado es un discurso extraño.

Por ejemplo, un psicópata puede no ver nada malo en decirle a una mujer «Te quiero» justo después de darle una paliza o en expresar: «Tuve que darle fuerte para mantenerla a raya, pero ella sabe que la quiero». Para la mayoría de la gente, esos dos elementos —las

---

115Paul Ekman, Telling Lies, Nueva York, Norton, 1985 (trad. cast.: Cómo delectar mentiras, Barcelona, Paidós, 1999).

116Julius Charles Hare y Augustus William Hare, Guesses at Truth, 1827, cita n° 329.21, en R. Thomas Tripp, The International Thesaurus of Quotations, Nueva York, Harper and Row, 1970.

expresiones de amor y las de ira o ataque— son lógica y emocionalmente incongruentes.

Veamos la siguiente afirmación de un hombre con una puntuación muy alta en el Psychopathy Checklist que pasó tres años en la cárcel por fraude y robo. En una ocasión, convenció a su madre viuda para que hipotecase su casa por 25.000 dólares, robó el dinero y le dejó la deuda pendiente con el banco cuando ella cobraba sólo una pequeña paga como dependienta: «Mi madre es una gran persona, pero me preocupa. Trabaja demasiado. Realmente me preocupa y voy a intentar que las cosas le sean más fáciles a partir de ahora». Cuando se le preguntó sobre el dinero que había robado dijo: «Todavía tengo una parte de la pasta. ¡Cuando salga de aquí, menuda fiesta me voy a dar!». Sus expresiones de preocupación por su madre eran incoherentes no sólo con los informes que teníamos de su conducta, sino también con los planes futuros que tenía para el dinero. Cuando se le indicó esa incongruencia, dijo: «Bien, sí, quiero a mi madre, pero ella es bastante vieja y si yo no miro por mí, ¿quién lo hará?».

¿Dónde estaba?

Sabemos que las comunicaciones de los psicópatas son, a veces, sutilmente extrañas y con una tendencia general a «irse por las ramas».[117] Esto es, frecuentemente cambian de tema, se escapan por la tangente y fracasan a la hora de conectar las frases de una manera coherente. El argumento principal de sus conversaciones, aunque un poco inconexo, puede parecer aceptable al oyente normal. Por ejemplo, uno de nuestros psicópatas fue entrevistado por una investigadora y ésta le pidió que describiese un hecho de mucha intensidad emocional y respondió de la siguiente forma:

> Bueno, es difícil. Tengo tantas. Recuerdo una vez... eh... que me pasé un semáforo en rojo y no había tráfico. Bueno, no era gran cosa, ¿no? Pues el policía empezó a fastidiarme por tonterías y me cabreó de verdad. Si es que además no me pasé el semáforo en rojo. Probablemente estaba en ámbar. [...] Así que ¿cuál era el... eh... problema? El problema con los policías es que a la mayoría... eh... les gusta alardear de poder. Hacerse el macho. Yo paso de eso. Yo soy un amante, no un macho. ¿Qué piensas tú? Quiero decir si no estuviese en la cárcel. [...] Digamos que nos conocemos en una fiesta... eh... y te pido para salir. Me juego lo que quieras que me dirías que sí, ¿verdad?

Su discurso estaba acompañado de abundantes movimientos con las manos y expresiones faciales exageradas, una actividad teatral que distrajo a nuestra entrevistadora de lo que estaba sucediendo. Sin embargo, el vídeo de la entrevista revelaba claramente a todo el mundo —incluida nuestra avergonzada entrevistadora— que el sujeto no sólo había eludido hablar del tema principal, sino que además había empujado a su interlocutora a un intercambio de coqueteos.

Los psicópatas tienen un modo particular de responder a las preguntas: nunca dejan clara la respuesta. A veces, simplemente, no responden. Por ejemplo, a uno de nuestros psicópatas se le preguntó si tenía frecuentes cambios de humor y respondió: «Eh... ¿cambios de humor? No sé. Algunas personas dicen que son muy nerviosas, pero a veces parecen muy tranquilas. Supongo que su humor sube y baja. Yo, una vez, estuve deprimido. Vino un amigo mío a ver un partido en la tele, hicimos una apuesta y él ganó. Me sentí como la mierda».

Los psicópatas hablan a veces de tal manera que es difícil seguir parte de lo que cuentan. «Conocí a esos tipos en un bar. Uno era traficante y el otro proxeneta. Empezaron a fastidiarme y le noqueé», dijo uno de nuestros psicópatas. La duda que nos queda es: ¿a

---

117Sherrie Williamson, Cohesion and Coherence in the Speech of Psychopaths, tesis doctoral inédita, University of British Columbia, Vancouver, Canadá, 1991.

quién golpeó: al proxeneta o al traficante?

Por supuesto, en la gente normal también se dan momentos de mala comunicación, pero en muchos casos no representan más que pequeños lapsos en la concentración. Sin embargo, en los psicópatas, esos momentos son más frecuentes, más importantes y posiblemente son indicativos de un problema subyacente relacionado con una organización de la actividad mental (no su contenido) defectuosa. La manera que tienen de unir las palabras y las frases —no qué dicen en realidad— sugiere que hay una anormalidad. La comunicación de una persona esquizofrénica también es extraña, pero, como veremos a continuación, diferente a la del psicópata. Por ejemplo, uno de nuestros sujetos, al que más tarde se le diagnosticó una esquizofrenia, contestó a «Tienes muchos cambios de humor?» de la siguiente manera:

> Yo creo que la vida es tan corta y que estamos aquí por tan poco tiempo... vamos a morir de todas formas... eh, sí... pasamos a un nuevo estrato y todos los problemas de este mundo se solucionan y entonces tenemos una nueva serie de problemas y de maneras de disfrutar también... cada una de ellas... eh... no es algo que pueda decir que entiendo.

Esta contestación es extraña en cuanto a la forma y en cuanto al contenido. Es difícil de entender. La respuesta del psicópata a la misma pregunta, aunque tangencial y un poco extraña, puede interpretarse como evasiva o insustancial. Podemos inferir alguna clase de significado con más facilidad que de la contestación del esquizofrénico.

Es bien sabido que los psicópatas frecuentemente fingen enfermedades mentales cuando con ello pueden conseguir algo. Por ejemplo, un recluso del que ya hemos hablado era capaz de engañar a la unidad psiquiátrica del hospital porque sabía cómo responder a las pruebas psicológicas que le administraban.

> Hace unos cuantos años me pidieron que asesorase a un guionista de Hollywood. La película trataba sobre un asesino en serie psicópata. Los productores querían ser fieles a la realidad y habían llevado a cabo una buena investigación al respecto. Pero el guionista me llamó un día por teléfono desesperado. «,Cómo podemos hacer que el personaje sea interesante? —preguntaba—. Cuando intento ponerme en su piel, adivinar sus motivaciones, deseos y traumas para que la cosa tenga cierto interés, me quedo en blanco. Esos tipos [los dos psicópatas de su historia] son iguales y debajo de la superficie no parece haber nada interesante.»
>
> En cierto sentido, el guionista había dado en el clavo: los psicópatas, como se los representa en el cine, tienden a ser personajes de una sola dimensión, sin la profundidad emocional y los impulsos y conflictos que tiene la gente ordinaria. Carecen de lo que nos hace ser interesantes, aunque complejos y confusos. Invariablemente, a los psicópatas se les pinta como personajes espectaculares. Se presta mucha atención a lo que hacen, a lo sangriento o fascinante —Hannibal Lecter, en El silencio de los corderos, se caracteriza por abrumar a la gente con su pomposa erudición y, si puede, comérsela—, pero sabemos muy poco de cómo son.
>
> En cierta medida, estas descripciones de los medios de comunicación pueden reflejar la realidad. Prácticamente todas las investigaciones sobre el mundo interior de los psicópatas nos pintan un cuadro muy árido. La filosofía de vida de estos individuos es banal, inmadura y carente de los detalles que enriquecen las vidas de los adultos normales.

Terry Ganey escribió un libro sobre Charles Hatcher, asesino psicópata que mató a

dieciséis personas sólo por diversión.[118] En él se pone de manifiesto esa habilidad del psicópata para manipular a psiquiatras y psicólogos experimentados. Mientras cumplía condena por el asesinato de un niño de 6 años, Hatcher se las arregló para que le enviasen a un hospital psiquiátrico forense. Los psiquiatras designados por el juez determinaron que Hatcher estaba incapacitado para asistir al juicio, pero los del hospital le consideraban perfectamente competente. Después de interminables evaluaciones, Hatcher se cansó del juego psiquiátrico y volcó su talento en manipular a abogados y jueces.

Sin embargo, la evidencia que hemos presentado en este capítulo sugiere que las dificultades para evaluar al psicópata no se deben tan sólo a su habilidad para manipular. Las afirmaciones del psicópata, que frecuentemente son contradictorias, tangenciales y están mal conectadas, tienden a influir en el juicio del clínico. Por ejemplo, el caso de John Wayne Gacy (el hombre de negocios de Chicago y asesino en serie que se disfrazaba de Pogo, el payaso, para niños enfermos) estuvo plagado de testimonios contradictorios.[119] Los expertos de la acusación defendían que Gacy era psicópata, pero que al mismo tiempo estaba en sus cabales. Los de la defensa argumentaban que era psicótico y, por lo tanto, que estaba mentalmente perturbado. Un psicólogo dijo que tenía una personalidad psicopática o antisocial con una desviación sexual y que durante las entrevistas las afirmaciones de Gacy estaban llenas de contradicciones, evasivas, racionalizaciones y excusas. Un psiquiatra apuntó que lo único que sucedía es que a Gacy le gustaba hablar. Otros profesionales le preguntaron a éste, a su vez, si «el efusivo torrente expresivo de Gacy no mostraba falta de asociación, una característica de la esquizofrenia. Cuando el señor Gacy dice por un lado que mató a alguien y, por otro lado, que no lo hizo, ¿no es eso falta de asociación?». El psiquiatra replicó: «Creo que simplemente miente. No se acuerda de lo que dijo ayer porque, sencillamente, miente mucho» (pág. 338). El jurado rechazó la petición de que Gacy fuese declarado enfermo mental y recomendó su ejecución.

La «falta de asociación» de Gacy, sus afirmaciones contradictorias y sus mentiras pueden reflejar una falta de interés por mantener cierta coherencia de cara al oyente o una intención de confundirle. Sin embargo, en el contexto del material presentado en este capítulo, podemos sugerir que todo eso es consecuencia de una falta de continuidad en sus pensamientos o de una autovaloración del discurso defectuosa, quizás incluso desordenada: un Scrabble mental sin un guión general.

Y esto introduce otro tema importante: si su habla es a veces peculiar, ¿por qué la gente los cree? ¿Por qué no captamos su incongruencia? La respuesta más sencilla es que es difícil penetrar en su apariencia de normalidad: lo extraño de su discurso es, en ocasiones, demasiado sutil para el observador habitual y, además, lo adornan con una buena actuación. Tragamos el anzuelo no por lo que dicen sino por cómo lo dicen y por los botones emocionales que tocan cuando lo dicen.

> Durante una charla que di recientemente en una universidad de California, un lingüista de la audiencia sugirió que, en algunos aspectos, los psicópatas se parecen a habilidosos cuentistas. Ambos utilizan mucho el lenguaje corporal y hacen repentinos cambios en el argumento para captar el interés de sus oyentes y, así, «atraparles en la historia». Por muchas razones, la actuación es tan importante como la historia misma. El lingüista sugería que, en este sentido, los psicópatas son narradores de cuentos muy efectivos. Aun así, los guiones que siguen los cuentistas suelen ser más coherentes desde un punto de vista lógico que los que usan los psicópatas. Además, el objetivo del cuentista es educar y entretener, mientras que el objetivo del psicópata consiste en poco más que conseguir poder y autogratificación.

118Las citas son de Terry Ganey, St. Joseph's Children: A True Story of Terror and Justice, Nueva York, Carol Publishing Group, 1989.

119Las citas son de Tim Cahill, Buried Dreams, Nueva York, Bantam Books, 1987.

¿Esto significa que están locos?

¡Afirmaciones contradictorias e incoherentes! ¡Pobreza emocional! Estoy seguro de que el lector se estará haciendo ahora la siguiente pregunta: ¿Esta gente no está mentalmente perturbada? ¿Hemos de volver al viejo debate del loco frente al malo?

Después de una conferencia sobre psicopatía y lenguaje que di en Florida, un psiquiatra forense se me acercó y me dijo: «Su investigación sugiere que los psicópatas están mentalmente trastornados. Quizá no sean tan responsables de su conducta como pensábamos. Hasta ahora un diagnóstico de psicopatía era como el "beso de la muerte". ¿Será a partir de ahora el "beso de la vida"?».

Interesante cuestión. Como he mencionado en más de una ocasión, los psicópatas cumplen perfectamente los requisitos legales y psiquiátricos para ser declarados mentalmente sanos. Entienden las reglas de la sociedad y el significado del bien y del mal. Son capaces de controlar su conducta y se dan cuenta de las consecuencias potenciales de sus actos. Su problema es que, a menudo, este conocimiento no consigue detener su conducta antisocial.

De todas formas, muchos observadores sostienen que los psicópatas tienen deficiencias en ciertos mecanismos mentales y emocionales. Hablamos de los mecanismos necesarios para traducir el conocimiento de las reglas sociales en una conducta aceptable para la sociedad. Si no han podido desarrollar una conciencia, son incapaces de experimentar culpa o remordimiento y les resulta difícil controlar su conducta, entonces seguramente tienen serias desventajas comparados con los demás. Entienden las reglas intelectuales del juego, pero no las reglas emocionales. Esta moderna visión del antiguo concepto de «locura moral» puede tener sentido desde un punto de vista teórico, pero no es relevante a la hora de hacer juicios sobre su responsabilidad criminal. En mi opinión, los psicópatas saben suficientemente lo que están haciendo para ser responsables de sus actos.

Capítulo 9
MOSCAS EN LA TELARAÑA

> Las personas pueden ser inducidas a creer cualquier cosa con tal de que se lo sazonen con alabanzas.
>
> MOLIÈRE, El Avaro, 1668, 1er acto

La mujer se bajó del coche, ante lo cual el policía dio unos pasos atrás. La había hecho parar por exceso de velocidad en una estrecha calle rural.

Generalmente, cuando nos para un agente de la autoridad hemos de permanecer dentro del coche hasta que nos indique lo contrario —la postura en pie del oficial le ofrece una ventaja psicológica y contribuye a aumentar su aura de autoridad—. Ella salió del coche y, llena de confianza, le sonrió con dulzura. No era muy guapa, pero su directa mirada la hacía poderosamente atractiva. El le pidió la documentación y se resistió a su tentativa de establecer conversación, por el momento. Finalmente, accedió a un intercambio banal de palabras y sólo le hizo una advertencia. «Un chico fue asesinado en esta zona tan sólo un mes atrás», dijo el oficial. La observó mientras subía a su coche y se alejaba, luchando por mantener su reflejo en el espejo retrovisor de la mujer.

La mayoría de la gente acepta las reglas de la interacción humana. Pero existen quienes utilizan su aspecto exterior y su encanto —natural o adquirido— para conseguir que los demás hagan lo que ellos desean. Después, las necesidades y vulnerabilidades de cada «víctima» determinan el resultado del intercambio. Generalmente, los resultados son relativamente inofensivos, son parte de las interacciones cotidianas entre las personas.

Pero en los casos en los que un psicópata está implicado, el impacto sobre la víctima puede ser catastrófico. Los psicópatas tienden a ver cualquier interacción social como una oportunidad para «alimentarse», una contienda, un desafío de voluntades, en las que sólo puede haber un ganador. Sus intenciones son manipular y conquistar, despiadadamente y sin remordimientos.

La hora del espectáculo

Como he comentado anteriormente, a pesar de que los psicópatas pueden hablar muchísimo, no son necesariamente diestros maestros de la palabra. Lo que atrae nuestra atención y nos engaña es esencialmente el «espectáculo», no el uso elocuente del lenguaje. Miradas amables, un toque de carisma, un diluvio de palabras, distracciones ingeniosas, pericia para saber cuáles son los puntos que presionar; todas esas estrategias les sirven para ocultar que detrás de lo que dicen sólo hay un «guión» calcado de algún otro lugar. Un psicópata guapo y con facilidad de palabra y una víctima con «puntos débiles» evidentes es una combinación devastadora. Si su «espectáculo» no es suficiente, el psicópata usará

entonces «material de atrezo»: credenciales falsas, un automóvil deslumbrante, ropa cara, una historia personal que inspire lástima, etc.

Naturalmente, los psicópatas no son las únicas personas capaces de hacer teatro. Todos hemos conocido a individuos que «actúan» permanentemente: extravagantes personalidades que gesticulan sin cesar y usan un lenguaje manipulador y exagerado. Algunas de sus interacciones con otras personas son, sin lugar a dudas, superficiales y nada sinceras, destinadas a dar una buena impresión, a reforzar una pobre autoestima o conseguir metas profesionales o políticas. Pero la diferencia es que la intención de los psicópatas no es simplemente impresionar al prójimo.

La vida en sociedad se basa en la confianza y normalmente ponemos más atención a lo que se dice que al lenguaje no verbal que lo acompaña: los gestos de las manos, los movimientos faciales, las sonrisas, el contacto visual. Sin embargo, cuando la persona que habla es atractiva y ofrece un comportamiento no verbal deslumbrante, los efectos se pueden invertir. Entonces, prestamos más atención a la exhibición que a aquello de lo que nos hablan.[120]

> Los «anzuelos» que usan algunos impostores pueden parecer estrafalarios y estúpidos, pero no son pocos los que tienen ansias de creer. Ed Lopes, un hombre de 56 años, se hizo pasar durante seis años por pastor bautista. Había encontrado a Dios después de una experiencia a las puertas de la muerte. Lopes afirmaba haber trabajado para la mafia durante quince años, durante los cuales había ejecutado a veintiocho personas. A pesar de todo, explicó a su rebaño y a otros grupos religiosos del Estado de Washington que había estudiado la Biblia con Billy Graham[121] y que había salido de la cárcel gracias a las peticiones de los trescientos cincuenta funcionarios de la prisión. Desenmascarado recientemente, Lopes admitió haber violado la libertad condicional en Illinois, estrangulado a su segunda mujer, golpeado hasta la muerte a otra mujer y apuñalado y estrangulado a su novia. ¿Cuál fue la respuesta de su congregación? A algunos miembros les consternó la noticia, pero otros reunieron el dinero para la fianza (que era ridículamente baja: tan sólo 5.000 dólares) y se manifestaron en su apoyo. Por suerte, el tribunal cambió de opinión y anuló la posibilidad de libertad bajo fianza. Lopes fue devuelto a la cárcel en espera de los trámites legales para trasladarlo a Illinois (extraído de Associated Press, 8 y 10 de enero de 1992).

Cuando hablan, los psicópatas suelen hacer un uso muy efectivo del lenguaje corporal y a veces nos resulta difícil evitar seguir todos sus movimientos. También tienden a introducirse en nuestro espacio personal, por ejemplo a través de un contacto visual intenso, inclinándose hacia nosotros, acercándose en demasía, etc. En conjunto, su puesta en escena puede ser tan teatral o desconcertante que conseguirá distraernos, impresionarnos, controlarnos o intimidarnos, dirigiendo nuestra atención lejos de aquello que está diciendo en esos momentos. «No he captado nada de lo que estaba diciendo, pero hablaba de una forma tan maravillosa. Tenía una sonrisa magnífica», afirmó una mujer que había sido estafada por uno de los psicópatas que estudiamos.

Uno de mis antiguos colegas, el cual estaba atrapado en la telaraña de la pasión y en los hilos del engaño que había tejido su mujer psicópata, me explicaba: «Hizo de mi vida un infierno, pero me sentía inútil sin ella. Siempre estaba haciendo algo excitante y hasta escandaloso. Desaparecía durante semanas y, según decía, no me podía explicar dónde había estado. Gastábamos mucho dinero: todos mis ahorros, la hipoteca de la casa, etc. Pero

---

120B. Rime y L. Schiaratura, «Gesture and speech», en R. Feldman y B. Rime (comps.), Fundamentals of Nonverbal Behavior, Nueva York, Cambridge University Press, 1990.

121Billy Graham es un conocido reverendo protestante norteamericano. (N. del t.)

me hacía sentir realmente vivo. Cuando ella estaba cerca, mi mente estaba confusa. No podía pensar con claridad sobre nada que no fuera ella». Un buen día, su matrimonio se acabó de repente: se fue con otro hombre. «Ni siquiera me dejó una nota», me decía con lástima.

Aprovecharse de las debilidades ajenas

Si tiene algún punto débil, puede estar seguro de que el psicópata lo encontrará y, si puede, lo explotará, dejándole herido y aturdido. Los ejemplos que a continuación le mostramos ilustran las misteriosas habilidades de los psicópatas para detectar nuestras vulnerabilidades y presionar los botones adecuados:

— En una entrevista, uno de nuestros psicópatas, timador profesional, decía cándidamente: «Cuando trabajo, la primera cosa que hago es formarme una idea de ti. Busco el ángulo adecuado, el lugar por donde entrar, calculo lo que necesitas y te lo doy. Después, te llega la hora de darme algo a cambio, y con intereses. Puedes estar seguro de que te apretaré los tornillos».
— William Bradfield, el profesor psicópata que describí antes, «nunca atacó a mujeres atractivas. [...] [Él] podía oler la inseguridad y la soledad como un cerdo huele las trufas».[122]
— En una fría escena de la película El cabo del miedo, el personaje psicópata interpretado por Robert De Niro logra enredar y seducir a una chica de quince años, actuando certeramente sobre su sexualidad recién despertada.

El cruel uso de la soledad es la marca de fábrica de los psicópatas. Uno de nuestros pacientes solía buscar mujeres deprimidas e infelices en bares de solteros. En una ocasión, sedujo a una de esas mujeres, la convenció de que necesitaba un coche y le vendió el suyo por 4.000 dólares. Antes de que ella se diese cuenta, desapareció con el dinero y, por supuesto, con el coche. Ella estaba demasiado avergonzada como para denunciarlo.

Algunos psicópatas, particularmente aquellos que están en la cárcel, contactan inicialmente con sus víctimas a través de los anuncios de relaciones de los periódicos. Se intercambian cartas que a menudo conducen a visitas e, inevitablemente, a desilusiones y sufrimientos para las víctimas. Hace varios años una de mis alumnas, amante de los gatos siameses, puso uno de esos anuncios y le llegaron diversas respuestas de reclusos, incluida la de un psicópata a la que ella había entrevistado antes en una de nuestras investigaciones. La prosa de su carta era florida, llena de espesas descripciones de cálidos crepúsculos, largos paseos bajo la lluvia, momentos románticos, la belleza y el misterio de los gatos siameses, etc., todo esto en un espantoso contraste con su expediente, lleno de episodios de violencia hacia ambos sexos.

— Los psicópatas no dudan en utilizar la necesidad que tenemos todos de encontrar un propósito en la vida. Tampoco vacilan a la hora de atacar a los confundidos, frágiles o desamparados. Uno de nuestros pacientes estudiaba cuidadosamente las notas necrológicas de los periódicos buscando personas mayores que hubiesen perdido a su cónyuge. Le interesaban aquellas a las que no les quedase ningún familiar vivo. En cierto caso, haciéndose pasar por «orientador emocional», persuadió a una viuda de setenta años para que le diese poderes para dirigir sus negocios. Sus planes finalmente fracasaron gracias a las sospechas de un párroco atento, que revisó los datos del impostor descubriendo que se trataba de un estafador (y que además había violado los términos de su libertad condicional). «Estaba sola y yo sólo intentaba alegrarle un poco la vida», decía nuestro paciente.

122Joseph Wambaugh, Echoes in the Darknees, Nueva York, Bantam Books, 1987, págs. 22-23.

— Los psicópatas saben reconocer y aprovecharse de las «obsesiones» e inseguridades de las personas. En su libro The silence of the Lambs (págs. 20-22) , Thomas Harris describe una reveladora escena en la que el doctor Hannibal Lecter, un puro sociópata, detecta (y utiliza) rápidamente la principal debilidad de la agente Starling del FBI: su temor a ser una persona «del montón».

La agente Starling no tenía experiencia con psicópatas; pero incluso aquellos que están familiarizados con este trastorno tienen botones que, adecuadamente pulsados, producen determinados efectos. Prácticamente todos los psiquiatras, trabajadores sociales, enfermeras o psicólogos con experiencia en clínicas mentales o en cárceles conocen casos de colegas que han caído en las redes de un paciente o de un preso psicópata. Conocemos el caso de una psicóloga con una sólida reputación profesional y una vida social inexistente que huyó del centro donde trabajaba con su paciente psicópata. Dos semanas después, tras limpiar su cuenta bancaria y agotar el crédito de su tarjeta, la abandonó. Con su carrera arruinada y con sus sueños de una relación amorosa destrozados, le explicó al entrevistador que su vida estaba vacía y que, simplemente, había sucumbido a sus halagos y promesas.

— Los psicópatas poseen una extraordinaria habilidad para descubrir y utilizar a mujeres «amamantadoras», es decir, aquellas que tienen una gran necesidad de ayudar o de hacer de madre. Muchas de esas mujeres trabajan en el campo de la salud o de la asistencia social: enfermeras, trabajadoras sociales u orientadoras, y de forma natural tienden a ver la bondad que hay en los demás y a obviar o minimizar sus defectos: «Tiene problemas pero yo puedo ayudarle» o «Tuvo una infancia muy difícil, todo lo que necesita es alguien que le dé cariño». Estas mujeres demuestran una fe excesiva en su capacidad para ayudar; tienen los puntos para acabar emocional, psíquica y financieramente agotadas.

Una de mis anécdotas favoritas trata de un delincuente psicópata, el «misil caza-amamantadoras», al que todos envidiaban por su incesante flujo de visitas femeninas. En su expediente delictivo abundaban los episodios de violencia contra individuos de ambos sexos y no era particularmente atractivo. Ni siquiera tenía una conversación interesante. Pero poseía ciertas cualidades que algunas mujeres, empleadas del centro incluidas, encontraban atractivas. Una mujer comentaba que «siempre tenía el impulso de abrazarle amorosamente». Otra decía de él: «Necesita los cuidados de una madre».

Atracción fatal

Siempre me ha sorprendido la fuerte atracción que sienten muchas personas hacia los delincuentes. Supongo que, muchas veces, vivimos nuestras propias fantasías a través de aquellos que traspasan la frontera de la ley. Estas almas «liberadas» se convierten, a menudo, en héroes o en modelos para cierto tipo de persona inhibida, incapaz de llevar a cabo sus propias fantasías de «maldad». Desde luego, muchas personas son bastante selectivas a la hora de escoger a sus héroes. Pedófilos, ladrones de poca monta y delincuentes dementes tienen menos posibilidades de convertirse en modelos que los típicos rebeldes sin causa, como, por ejemplo, los personajes protagonistas de películas como Bonnie y Clyde o Thelma y Louise.

Tal vez, el ejemplo más sorprendente de esa atracción fatal de la que hablamos lo podemos encontrar en los juicios de asesinos famosos: acuden multitud de chicas a las vistas, innumerables amigos a la cárcel y, en general, abundan los seguidores ansiosos y las fans enamoradas. Pero lo que más atrae a estos «adictos a los delincuentes» son los psicópatas asesinos en serie, y de entre éstos, los que cometen crímenes salvajes relacionados con el sexo. Ted Bundy, Kenneth Bianchi, John Gacy y Richard Ramirez, por dar algunos ejemplos, tienen grupos de seguidoras entusiasmadas. En tales casos, el escándalo se confunde con la fama y hasta el criminal más cruel se convierte en una celebridad. Actualmente existen varios cómics cuyos protagonistas son asesinos en serie.

Hay incluso juegos de ordenador y cromos, estos últimos antes reservados para los héroes de los deportes.

En un libro acerca de Richard Ramirez, el «Cazador de la noche» y adorador de Satán, el autor describe a una joven que asistió a las vistas de su juicio y le envió cartas de amor y fotografías. «Siento tanta compasión por él. [...] Cuando le miro, veo a un chico realmente agradable que fracasó en su vida porque nunca tuvo a alguien que le guiara», decía.[123]

Daniel Gingras, un asesino psicópata de Canadá con tres cadenas perpetuas por asesinato y agresión sexual, convenció al personal de la prisión de que debía recibir un día de permiso. Se escapó de la custodia y mató a dos personas antes de volver a ser capturado. Una mujer de California leyó acerca de este caso, comenzó a escribirse con Gingras y manifestó que deseaba casarse con él. «Vi esa imagen de él y sentí una enorme compasión», afirmó.

Es difícil comprender cómo algunas personas pueden mantenerse indiferentes frente a los monstruosos crímenes que cometen los asesinos que admiran. Lo que está claro, sin embargo, es que estos admiradores devotos son a menudo víctimas de sus propias carencias psicológicas. Algunas personas reaccionan así debido a una necesidad romántica de amor no correspondido, otras por la popularidad, por la excitación o por el peligro que experimentan a través de la otra persona, y otros porque lo consideran como una causa valiosa por la que luchar, como la abolición de la pena de muerte (un alma para salvar) o la firme creencia de que los crímenes son el resultado inevitable de un abuso psicológico o emocional sufrido en la infancia.

No son sólo los hombres presos por crímenes violentos los que atraen a ávidas seguidoras, como lo demuestra la saga de Lawrencia Bembenek. Apodada «Bambi» por los medios de comunicación, además de haber sido fotografiada para la revista Playboy, Bembenek es una ex policía condenada por el asesinato de la anterior mujer de su hermano en Milwaukee. Mientras estaba en la cárcel, cientos de personas festejaron su aniversario en la sala de baile del Grand Hotel. Después de su fuga de la prisión, una manifestación atrajo a trescientas personas que proclamaban consignas como «Corre, Bambi, corre». Huyó a Canadá, donde volvió a ser capturada. La propuesta de extradición a Estados Unidos sufrió una interminable serie de vistas, atrasos y un apoyo incondicional de un ruidoso sector de la población que aceptaba y apoyaba su declaración de ser una víctima inocente del sistema machista dominante. Las autoridades canadienses rechazaron su petición de ser considerada refugiada política de la injusticia estadounidense y fue devuelta a Estados Unidos.

A pesar de conseguir cierta veneración por parte de una minoría y ser la protagonista de varios artículos periodísticos, programas de televisión y diversos libros (uno de ellos escrito por ella misma),[124] las autoridades de Milwaukee insistían en que, de hecho, se trababa de una asesina a sangre fría, una preciosa mujer fatal. Culpable o inocente, los medios de comunicación presentaron su caso como un claro ejemplo de persona que sabe «explotar sus talentos» y como atracción de una sociedad que se deja seducir por el glamour y la belleza. No hace mucho, se celebró un nuevo juicio sobre su causa. Aceptó cargos menores y fue condenada a cumplir condena por un espacio de tiempo que ya había cumplido. Así pues, salió en libertad y se convirtió en un personaje popular de los principales programas de televisión.

La carrera hacia el estrellato de Bembenek fue larga y dura si se compara con la de Amy Fischer. Apodada la «Lolita de Long Island», Fischer fue condenada por disparar en la

---

123Clifford Linedecker, Night Stalker, Nueva York, St. Martin's Press, 1991, págs. 202-203.

124Robert Mason Lee, «Bambi: The face of a killer», The Sun Vancouver, Canadá, 3 de noviembre de 1990; Kris Radish, Rua, Bambi, Rao: The Beautiful Ex-Cop Counvicted of Murder Who Escaped lo Freedom, and Won America's Heart, Nueva York, Carol Publishing Group, 1992; Lawrencia Bembenek, Woman on Trial, Toronto, Harper Collins, 1992.

cabeza a la mujer de su supuesto novio. En poco tiempo, se convirtió en un evento informativo y en el argumento de tres películas, dos de las cuales se estrenaron la misma noche. Una sujeto de nuestras investigaciones, una auténtica «profesional» del crimen, comentó: «Esa mujer no es nadie. Intenta hacer desaparecer a la mujer de su novio y ¿qué hace?: una chapuza. Y encima ahora es una gran estrella».

En la mayoría de los casos, la adulación que les concedemos a estos condenados por crímenes terribles es inofensiva; al delincuente pocas veces le ayuda y sus seguidores fanáticos no están expuestos al peligro de su influencia, por lo menos durante el tiempo en el que el sujeto de su culto permanece en prisión. Más que víctimas de las habilidades manipulatorias del psicópata, son espontáneos participantes de una danza macabra.

Deformar la realidad

Más allá de esta experiencia indirecta —generalmente segura— del lado oscuro de la naturaleza humana, la triste realidad es que el psicópata a menudo consigue satisfacer fácilmente su necesidad de autogratificación gracias a que algunas personas están muy dispuestas a representar el papel de víctima. En algunos casos, el individuo simplemente rechaza creer que el psicópata se está aprovechando de él. Por ejemplo, el marido de una de nuestras psicópatas desmentía vehementemente a sus amigos cuando éstos le informaban de que su mujer le estaba engañando. Continuaba convencido de la virtud de su mujer incluso después de que ella se fugase con otro hombre. La negación psicológica es un mecanismo importante a la hora de ocultar a la mente consciente hechos dolorosos, a pesar de que nos puede cegar también frente a verdades que son obvias para los demás.

Algunas personas son inmunes a la verdad gracias a su ingenio para deformar y transformar la realidad conforme a su idea de lo que ésta debería ser. La ex novia de uno de nuestros psicópatas percibía el comportamiento delictivo de éste como una expresión de masculinidad y virilidad. Le miró y vio en él a un hombre casi perfecto, «profundamente sensible [...] con capacidad para mover a la gente [...] un hombre sin miedo a nada», tal y como declaró. Y, naturalmente, esas proyecciones que tenía ella de él se ajustaban perfectamente a su autoimagen.

Las mujeres que se adhieren rígidamente a los papeles femeninos tradicionales en sus relaciones con los hombres son candidatas a pasar por momentos muy difíciles si se tropiezan con un amante psicópata. Por otro lado, un psicópata casado con una mujer con un sentido muy fuerte del deber de ser una «buena esposa» puede gozar de una vida muy confortable. El hogar le proporcionará una fiable fuente de socorro, una base de seguridad desde la cual podrá llevar a cabo sus planes y desarrollar una inacabable serie de amoríos de corta duración con otras mujeres. La mujer sujeta a este largo sufrimiento normalmente sabe lo que está pasando, pero siente que de alguna forma debe mantener la integridad de la casa, particularmente si hay hijos. Puede pensar que si lo intenta con más empeño o simplemente es paciente con él, su marido cambiará. Al mismo tiempo, el papel que ella misma se ha asignado refuerza sus remordimientos y el sentimiento de culpabilidad por la infelicidad de la relación. Cuando él la ignora, abusa de ella o la engaña, es posible que se diga a sí misma: «Lo voy a intentar con mucho más empeño, pondré más energía en la relación, le cuidaré mejor que ninguna otra mujer podría hacerlo. Se dará cuenta de lo que valgo. Al final, me tratará como a una reina».

> En un artículo de la revista New Woman publicado en octubre de 1991 y titulado «The Con's Man New Victim» [La nueva víctima del estafador], Kiki Olson exploró un inesperado efecto secundario de la constante incorporación de la mujer (especialmente las solteras) a mundo laboral. «La profesional soltera que dispone —o puede pedir prestado— de entre 2.000 y 20.000 dólares y está buscando amor y dinero es un objetivo natural del estafador.» Según Joseph D. Casey, director de la unidad de crímenes económicos de la policía de Filadelfia,

«el timador profesional que busca mujeres solteras con buenos ingresos acude a los lugares que éstas suelen frecuentar: bares para solteros, gimnasios y clubes sociales, todos esos sitios donde se reúnen las mujeres solteras para encontrar algo más que una copa o un baile. [...] "El estafador sabe escoger a la víctima perfecta. Es capaz de oler la vulnerabilidad. Ése es su trabajo"».

Mientras que el timador reconoce a su objetivo de entre una multitud —mujeres de las que sacará dinero, ropas caras, alojamiento y comida, coches y préstamos bancarios—, él se camufla en el ambiente de manera que no hay forma de distinguirlo del pretendiente legítimo. Aun así, dice Casey, «hay que decir también que es guapo, amable, encantador, seguro de sí mismo, manipulador y, sin duda, adorable».

En un caso que me contó el psicólogo forense J. Reid Meloy,[125] un psicópata de buena posición asaltó a su mujer y la hirió gravemente. Más tarde, Meloy pudo leer en el diario de la mujer: «Necesita unos cuidados especiales. No he sido una buena esposa. Pero lo seré. Lo seré y transformaré esa cólera en algo bueno y fuerte». El fuerte compromiso de esta mujer para con su marido psicópata, sus ansias de ser una mujer fiel y «decente» habían deformado su sentido de la realidad. Su autoestima estaba por los suelos. No es necesario decir que la realidad es que esta mujer está condenada a una vida de decepciones y abusos.

Desgraciadamente, se podrá decir más de lo mismo de cualquier mujer —u hombre— que tenga poca autoestima, fuertes sentimientos de dependencia, cierta ausencia de identidad personal y que tenga relaciones íntimas con un psicópata. Los psicópatas no dudan a la hora de utilizar a las personas que se sienten física o psicológicamente débiles o que se sienten obligadas a comprometerse en una relación sin importarles cuánto sufrimiento les puedan causar.[126]

¿Qué alternativa tenemos?

En estos momentos, seguramente muchos lectores tendrán la inquietante sensación de que si un psicópata se les cruza en la vida poco podrán hacer para protegerse. Sin embargo, a pesar de que el psicópata cuenta con muchas ventajas, hay algunas cosas que podemos hacer para minimizar el sufrimiento y las pérdidas que nos puedan ocasionar. (En el capítulo final expondré una serie de técnicas de supervivencia.)

125Comunicación personal, abril de 1991.

126Tenemos algunos ejemplos de mujeres atraídas por asesinos convictos en el libro de Sheila Isenberg, Women Who Love Men Who Kill, Nueva York, Simon and Schuster, 1991. Para un estudio sobre las fuerzas psicológicas en juego en aquellos que se asocian con individuos violentos, véase J. Reid Meloy, Violent Attachments, Northvale, NJ, Jason Aronson, 1992.

Capítulo 10
LAS RAÍCES DEL PROBLEMA

> «Ahora ya lo sé, así que no tiene ningún sentido continuar mintiendo —dijo la señora Penmark a su hija Rhoda—. Le golpeaste con el zapato: por eso le han salido esos moratones en la frente y en las manos.»
>
> Rhoda se alejó lentamente con una expresión de sufrida incomprensión en sus ojos; entonces, tirándose en el sofá, ocultó su cara en la almohada y lloró lastimeramente mirando a su madre a través de sus dedos entrelazados. Pero la representación no fue del todo convincente y Christine volvió la mirada hacia su hija con una nueva expresión, esta vez desapasionada, y pensó «Aún es una principiante, pero está mejorando: día a día. Está perfeccionando sus capacidades artísticas. Dentro de unos pocos años su interpretación no resultará tan forzada. Será entonces de lo más convincente, estoy segura».
>
> WILLIAM MARCH, The Bad Seed

La escena descrita procede de una popular novela basada en la monstruosa idea de tener unos hijos «malos de nacimiento». Esta obra explica la historia de una niña llamada Rhoda Penmark, cuya verdadera naturaleza sale a relucir el día en que asesina a un compañero de clase:

> Siempre hubo algo extraño en esa chica, pero [sus padres] obviaban sus manías esperando que, con los años, se volviera como los otros chicos de su edad. Esto nunca ocurrió. Cuando tenía 6 años, vivían en Baltimore y la matricularon en una escuela progresista recomendada en todas partes. Un año después, la directora expulsó a la niña. La señora Penmark acudió en busca de una explicación y la directora, con los ojos clavados en un hermoso caballito de mar de oro y plata que la visitante llevaba en la solapa de su abrigo de piel gris, dijo bruscamente que Rhoda era una chica fría, egoísta y difícil, que vivía bajo sus propias reglas y no por las normas de los demás. Hace tiempo que se había acabado tanto el tacto como la paciencia. Esa niña era una de las mentirosas más convincentes que había visto nunca, como pronto descubrieron los profesores y la dirección. En algunos aspectos, era mucho más madura que los niños de su edad; en otros estaba muy poco desarrollada. Pero estas cosas no eran el motivo fundamental de la expulsión: la verdadera causa fue el hecho de que se había convertido en una pequeña ladrona, vulgar pero experta [...] sin remordimientos y sin las ansiedades de la infancia; y, desde luego, no tenía tampoco ninguna capacidad de relación afectiva. Sólo estaba interesada en ella misma (págs. 40-41).

La historia que se narra en The Bad Seed es, en realidad, la historia de la madre de Rhoda, Christine Penmark, una historia de culpabilidad. La señora Penmark, después de mucho tiempo y esfuerzo, consiguió ver con claridad que su hija era una psicópata y se preguntaba cómo era posible que la vida familiar relativamente tranquila, pacífica, cariñosa y prometedora que ella y su marido le habían proporcionado hubiera dado como resultado a una hija asesina.

Extraña como parece, esta novela se ajusta extraordinariamente a la realidad. Los padres de los psicópatas pueden hacer poco más que permanecer impotentes y observar cómo sus hijos se labran un tortuoso camino en pos de la autogratificación. Son niños egoístas, autoritarios y que se creen omnipotentes. Esos padres suelen buscar frenéticamente la ayuda de orientadores y terapeutas, pero nada parece resultar. El desconcierto y el dolor reemplazan a los placeres esperados de la paternidad y una y otra vez se preguntan a sí mismos: «En qué nos equivocamos?».

Los jóvenes psicópatas

Para muchas personas, la sola idea de la psicopatía infantil es inconcebible. Sin embargo, hemos aprendido que estos desórdenes de la personalidad se ponen de manifiesto a una edad muy temprana. Una madre que leyó acerca de mi trabajo en un artículo de prensa me escribió, claramente desesperada, la siguiente nota: «Mi hijo siempre fue muy travieso. Era difícil acercarse a él. A la edad de 5 años ya entendía la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto: si se salía con la suya estaba bien; si no, estaba mal. A partir de ese momento, ésa fue su filosofía. Los castigos, las riñas de la familia, las amenazas, las disculpas, el asesoramiento psicológico, incluso un seguimiento de lo que nosotros llamamos "el campo psicológico" no hicieron el más mínimo efecto. Ahora tiene 15 años y ha sido arrestado en varias ocasiones».

Otra madre escribió que su familia era rehén de un joven hijo que habían adoptado hacía ya varios años. A medida que fue haciéndose consciente de sus poderes de manipulación e intimidación, este chico se convirtió en el motor de un caótico y angustioso drama familiar. En el momento de escribir la carta, la madre acababa de dar a luz por primera vez y ella y su marido temían por el bienestar del bebé en presencia de ese incomprensible hijo adoptado.[127]

Muchas personas se sienten incómodas al aplicar el término psicópata a niños. Mencionan la existencia de problemas éticos y prácticos, subrayando lo que significa para un niño llevar una etiqueta peyorativa como ésa. Pero la experiencia clínica y la investigación empírica indican claramente que las materias primas de las que está hecho este trastorno pueden existir y, de hecho, existen en los niños. La psicopatía no brota repentinamente, sin anunciarse, en la edad adulta. Los precursores del perfil descrito en los capítulos precedentes se revelan ya en la primera infancia.[128]

La evidencia clínica y factual indica que la mayor parte de los padres de hijos diagnosticados como psicópatas son dolorosamente conscientes de que algo marchaba mal incluso antes de que el niño comenzara la escuela. Aunque todos los niños empiezan a desarrollarse fuera de los límites de la socialización, algunos se las arreglan para no toparse nunca con ella. Son inexplicablemente «diferentes» a los niños normales, más difíciles,

---

127No son poco comunes las historias de niños que hacen estragos en sus nuevas familias adoptivas. Sin embargo, la mayoría de relatos sobre tempranas manifestaciones de psicopatía nos las suelen proporcionar los padres biológicos.

128Entre los estudios longitudinales sobre la progresión de la psicopatía y la conducta antisocial de la niñez a la edad adulta tenemos: Lee N. Robins, Deviant Children Grown Up, Baltimore, MA, Williams and Wilkins, 1966; David Farrington, «Antisocial personality from childhood to adult-hood», The Psychologist, n° 4, 1991, págs. 389-394.

traviesos, agresivos y mentirosos; difíciles a la hora de «relacionarse» o de acercarse a los demás; menos susceptibles a la influencia y a las instrucciones; y siempre, siempre, desafían los límites de la tolerancia social. En los primeros años de escuela, ciertas señales acentúan que no se está produciendo un desarrollo normal:

— mentiras repetitivas, despreocupadas y aparentemente inconscientes,
— indiferencia aparente (o incapacidad para entender) frente a los sentimientos, esperanzas y dolor de los demás,
— desafían a los padres, a los profesores y, en general, a las normas,
— están continuamente metidos en problemas y no se responsabilizan frente a las reprimendas y amenazas de castigos,
— roban a otros niños y a los padres,
— llevan a cabo agresiones continuadas, intimidaciones y peleas,
— tienen un expediente inacabable de ausencias en la escuela, permanecen en la calle hasta tarde y se ausentan de casa,
— tienen la costumbre de dañar o matar a animales,
— suelen tener experiencias sexuales muy pronto,
— presentan actitudes vandálicas e incendiarias.

Los padres de estos niños están siempre preguntándose: «,Qué será lo próximo?». Una madre licenciada en sociología me explicó que con 5 años su hija —a la que voy a llamar Susan— «intentó tirar a su gatito por el retrete. La cogí justo cuando volvía a intentarlo; ella parecía bastante indiferente, tal vez un poco enfadada por ser descubierta. Más tarde hablé con mi marido acerca del episodio y cuando le preguntó [a Susan] sobre ello, negó tranquilamente todo lo que había ocurrido. [...] En realidad, no podíamos acercarnos a ella, incluso cuando era una criatura. Siempre estaba intentando hacer todo a su manera. Si no lo conseguía siendo dulce, lo intentaba con una pataleta. Mentía aun cuando sabía que estábamos al tanto de la verdad. [...] Cuando [Susan] tenía 7 años, tuvimos otro hijo, un niño, y ella siempre lo atormentaba de forma cruel. Por ejemplo, en vez de dar-e el biberón le mojaba los labios con la tetilla para después retirársela, mientras él, frenéticamente, intentaba chupar. [...] Ella ahora tiene 13 años, y aunque algunas veces parece amable y arrepentida, generalmente estamos atormentados con su comportamiento. A veces desaparece unos días, sabemos que es sexualmente activa y siempre está intentando robarme dinero del monedero».

Trastornos de conducta en el adolescente y psicopatía

La «biblia» de la diagnosis psiquiátrica es el DSM-IV, de la American Psychiatric Association, y no establece ninguna categoría que recoja todos los detalles de la personalidad psicopática en niños y adolescentes. Más bien describe una clase de Trastornos de la Alteración de la Conducta caracterizados por un comportamiento socialmente destructivo, a menudo más doloroso para los otros que para las personas que lo poseen. Bajo ese diagnóstico existen tres subcategorías superpuestas:

— Trastorno por déficit de atención con hiperactividad: caracterizado por grados de desatención progresivamente inapropiados, impulsividad e hiperactividad.
— Trastorno de conducta: un patrón de conducta persistente en el cual son violados los derechos básicos de los otros y las principales reglas o normas sociales apropiadas para su edad.
— Trastorno de oposición desafiante: es un patrón de conducta negativa, hostil y desafiante sin graves violaciones de los derechos de los demás, pero inscrito en un trastorno de conducta.

Ninguna de estas categorías diagnósticas alcanza con exactitud la categoría de los jóvenes psicópatas. El trastorno de la conducta es el más parecido, pero no posee los trazos emocionales, cognitivos e interpersonales de la personalidad —egocentrismo, ausencia de empatía, culpabilidad, remordimiento, etc.— tan importantes en la diagnosis de la psicopatía. La mayor parte de los psicópatas adultos presentan de jóvenes las características esenciales del trastorno de la conducta, pero no a la inversa, es decir, la mayoría de los niños con un trastorno de la conducta no llegarán a ser psicópatas adultos. Pero hay una subcategoría del trastorno de la conducta, que corresponde a personas con una «pobre conexión social, algo de ansiedad, niveles elevados de agresividad y otras características "psicopáticas"», que es prácticamente igual que el trastorno que definimos y diagnosticamos en el Psychopathy Checklist en adultos.[129]

Poseemos más evidencia de la existencia de psicopatía en niños gracias a un reciente estudio que llevaron a cabo dos clínicas de orientación infantil, una en Alabama y la otra en California.[130] Los niños, la mayoría varones entre los 6 y los 13 años, habían sido ingresados por diferentes problemas emocionales, de aprendizaje y de comportamiento. Basando su trabajo en el Psychopathy Checklist, los investigadores, dirigidos por Paul Frick de la Universidad de Alabama, evaluaron a cada niño a partir de la existencia de los trazos de la personalidad y de los comportamientos descritos en los capítulos 3 y 4 de este libro. Los investigadores identificaron a un subgrupo de niños con rasgos emocionales/interpersonales y comportamientos socialmente desviados muy parecidos a los de los psicópatas adultos. Para estos investigadores y para un número incontable de padres desconcertados y desesperados, la psicopatía en la infancia se convirtió en una terrible realidad.

Un reto difícil: cómo responder

La mayor parte de los niños que acaban siendo psicópatas de adultos Llaman la atención de profesores y orientadores ya en sus primeros años de edad, y es esencial que estos profesionales entiendan la naturaleza del problema al que se enfrentan. Si la intervención puede tener alguna oportunidad de éxito será si se lleva a cabo en la infancia. En la adolescencia, las posibilidades de cambiar los patrones de comportamiento del psicópata en estado embrionario son reducidas.

Desgraciadamente, muchos de los profesionales que tratan con estos niños no se enfrentan directamente con el problema, por varias razones. Algunos utilizan un enfoque puramente de comportamiento, prefiriendo tratar con los comportamientos específicos: agresión, robo, etc., más que el trastorno de personalidad con su combinación compleja de rasgos y síntomas. Otros se sienten incómodos con las consecuencias potenciales de un diagnóstico que generalmente se cree intratable. También los hay que encuentran difícil imaginar que los comportamientos y síntomas que ven en sus jóvenes clientes no son simplemente formas exageradas de un comportamiento normal, el resultado de unos padres incompetentes o las consecuencias de un ambiente social pobre y consecuentemente tratable (una simple cuestión de inmadurez, argumentan). Todos los chicos son egocéntricos, mentirosos y manipuladores hasta un cierto grado, pero recordemos que el control de estos niños es excesivo para sus padres y que sus actitudes no remiten con el tiempo, sino que más bien empeoran.

Estoy de acuerdo en que aplicar etiquetas psicológicas a niños o a adultos no es una cosa

---

129Una revisión de la bibliografía de investigación nos la proporcionan B. Lahey, K. McBurnett, R. Loeber y E. Hart, «Psychobiology of conduct disorder», en G. P. Sublevar (comp.), Conduct Disorders in Children and Adolescents: Assessments and Interventions, Washington, DC, American Psychiatric Press, 1995.

130Esta investigación la describen en detalle P. J. Frick, B. S. O'Brien, J. A. Wooton y K. McBurnett, «Psychopathy and conduct problems in children», Journal of Abnormal Psychology, n° 103, 1994, págs. 700-707.

banal. Tal vez lo peor de ello sea el asunto de la «profecía que se autocumple», a través de la cual el niño al que se ha etiquetado como problemático se acaba convirtiendo en aquello que se le sugiere que es. La gente que hay a su alrededor, profesores, padres y amigos, refuerzan el proceso transfiriendo sutilmente sus expectativas negativas.

Aun en el caso de que el procedimiento diagnóstico se encuentre dentro de unos estándares científicos, nunca se puede decir que no hay riesgo de equivocarse (por un simple error o por incompetencia o descuido de los clínicos). Por ejemplo, leí sobre un caso en que a una chica joven le diagnosticó esquizofrenia un psiquiatra. Más tarde se supo que sus padres le privaban de los alimentos mínimos para estar sana; una vez que se atendió su malnutrición, mejoró espectacularmente. Hay otros cientos de casos conocidos (y probablemente incontables de desconocidos) en los que se ha llevado a cabo un diagnóstico incorrecto y éste ha tenido un impacto profundo en la vida de los pacientes. Y no es difícil imaginar que ese diagnóstico incorrecto provocará que otros problemas tratables sean pasados por alto.

Por otro lado, no reconocer en un niño muchos o la mayoría de los trazos de personalidad que definen la psicopatía puede condenar a los padres a un interminable rosario de consultas con directores de la escuela, psiquiatras, psicólogos y consejeros en un vano intento por descubrir qué anda mal con sus hijos y con ellos mismos. Es posible también que conduzca a una serie de tratamientos e intervenciones inapropiadas, todo ello con un elevado coste financiero y emocional.

Si se sienten incómodos aplicando una etiqueta diagnóstica formal a estos jóvenes, pueden evitar hacerlo. Sin embargo, no pierdan de vista el problema: este síndrome posee unos rasgos de personalidad y unas conductas que anuncian problemas a largo plazo, independientemente de cómo lo llamemos.

Jason

Recientemente pasamos una versión del Psychopathy Checklist a una muestra de jóvenes delincuentes que oscilaban entre los 13 y los 18 años. La puntuación media de esta muestra fue más alta que la media de las poblaciones masculinas de delincuentes adultos, y más del 25 % cumplían los requisitos para ser considerados psicópatas. Fue muy inquietante el descubrimiento de que uno de los delincuentes con mayor puntuación tenía tan sólo 13 años. Jason había estado involucrado en graves delitos incluyendo allanamiento, robo, agresión a niños pequeños, y todo ello desde los 6 años. Salvo por una excepción interesante, era indistinguible de los psicópatas adultos violentos que hemos estudiado desde un punto de vista clínico y de comportamiento. La diferencia era que él era más abierto y sincero, menos reservado y falso que los psicópatas típicos. Oír hablar a ese chico daba miedo.

A la pregunta de por qué cometía esos crímenes, este hijo de una familia bien situada y estable respondía: «Me gusta. Mis jodidos padres se ponen como locos cuando me meto en problemas, pero si me lo paso bien a mí me importa una mierda. Sí, siempre he sido salvaje». Acerca de las otras personas, incluidas sus víctimas, nos confesó: «Quieres saber la verdad? Me retorcerían el pescuezo si pudiesen; sólo que yo golpeo primero». Lo que más le gustaba era robar a personas sin techo: vagabundos, «maricones», «las señoras que arrastran montones de bolsas» y a los niños de la calle porque «están acostumbrados a eso. No se quejan a la policía. [...] Un tío con el que me peleé llevaba una navaja, se la cogí y se la metí en el ojo. Corría y corría gritando como un niño. ¡Qué capullo!».

En sus primeros años escolares, solía robar a sus padres, en tiendas y amenazaba a otros niños para que le diesen sus golosinas y juguetes. A veces, hablaba de su forma de salirse de los problemas. «Sólo les miraba directamente a los ojos y se cagaban. Era genial. Aún lo hago. A mi madre se lo hice durante mucho tiempo.»

No puede haber ninguna duda de que la sociedad y Jason no se van a llevar bien. No es fácil entender las motivaciones y el comportamiento de este jovencito. No está

emocionalmente perturbado ni tiene ningún daño neurológico. Tampoco es el producto de un ambiente social o físico pobre. Desgraciadamente, todos los que trabajan en clínicas de orientación para niños, servicios juveniles, agencias sociales, centros de detención de menores o el sistema judicial conocen a alguien como él. La cuestión ha permanecido inalterada durante cientos de años:

— ¿cómo podemos comprender a este tipo de niños?,
— cómo puede la sociedad responder y protegerse y al mismo tiempo proteger dignamente los derechos civiles de estos niños?

Los signos de ruptura social abundan cada día más y no podemos darnos el lujo de perder más tiempo ignorando la presencia de niños psicópatas. Hace medio siglo, Hervey Cleckley y Robert Lindner nos advertían de que nuestro fracaso a la hora de reconocer a los psicópatas de nuestro entorno había desencadenado ya una crisis social. Hoy, nuestras instituciones (escuelas, juzgados, clínicas de salud mental) se enfrentan cada día a esta crisis de mil maneras, pero la ceguera frente a la realidad de la psicopatía sigue siendo la misma. Nuestra única esperanza es hacer que las personas conozcan lo que sabemos acerca del trastorno tan pronto como sea posible. Por lo demás, continuaremos aplicando tiritas sobre unas dolencias que amenazan la vida de muchas personas. Mientras, la crisis social se agrava (hablaré más de ello en el último capítulo).

Crimen y violencia

La última década ha sido testigo de la aparición de una inexorable y terrorífica realidad: la dramática oleada de delincuencia juvenil amenaza con arrollar nuestras instituciones sociales. Es particularmente inquietante el asombroso aumento del consumo de droga y los delitos de violencia —homicidio, violación, robo, asalto con agravantes— y la temprana edad en la que se cometen estos delitos. Estamos casi constantemente indignados y apenados —pero ya no sorprendidos— ante noticias de niños menores de diez años capaces de una violencia reservada anteriormente a los más duros de los criminales adultos.

El psicólogo Rolf Loeber[131] dirige nuestra atención al hecho bien sabido de que los profesionales clínicos nunca han tenido mucho éxito a la hora de rehabilitar a jóvenes acostumbrados ya a comportarse de manera antisocial. El beneficio de los tratamientos es, en todo caso, de corta duración.

Loeber nos habla después de un asunto al que es difícil prestar atención debido a que ya estamos abrumados por los números de delitos cometidos en nuestra sociedad: «El nivel de deterioro que ha aparecido en los jóvenes durante las décadas de 1960 y 1970 nos debe preocupar, y mucho, porque éstos tienen que criar a la siguiente generación. El nivel futuro de conducta antisocial depende, en gran medida, de la manera en que se eduquen los niños ahora» (pág. 3). En otras palabras, apriétense los cinturones porque todavía no hemos visto nada.

Loeber señala que existen bastantes vías (y bien establecidas) hacia la delincuencia y que sería ilógico y absurdo no hacer todo lo que estuviera a nuestro alcance para eliminarlas tan pronto como sea posible. El mismo razonamiento lo aplica, con mayor convicción si cabe, a la psicopatía.

Ken Magid y Galore McKelvey utilizan el concepto de «psicopatía» para justificar, como mínimo en parte, las crecientes estadísticas de delincuencia entre los jóvenes.[132] Para

---

131Rolf Loeber, «Development and risk factors of juvenile antisocial behavior and delinquency», Clinical Psychology Review, n° 10, 1990, págs. 1-41; David Farrington, «Antisocial personality from childhood to adulthood», The Psychologist, n° 4, 1991, págs. 389-394.

132Ken Magid y Carole A. McKelvey, High Risk: Children Without Conscience, Nueva

ilustrar este punto, presentan una preocupante lista de titulares de periódicos de todo el país:

— Un joven adolescente de Colorado espera pacientemente mientras dos jóvenes amigos suyos acuchillan y apalizan a su madre hasta la muerte.
— La policía de Florida intenta averiguar si un niño de 5 años era consciente de lo que hacía cuando tiró desde un quinto piso a otro niño de 3 años.
— La policía de Kansas City desconcertada ante un chico de 12 años que asesina a su joven hermana por celos. El motivo: su madre le preparaba a la pequeña una fiesta de cumpleaños.
— Una niña de 11 años procedente de un barrio adinerado de Saint Louis ordena salir de su jardín a un niño de 10 años; como éste hace caso omiso de la orden, la niña le dispara con la pistola de sus padres. El compañero de juegos muere después de una complicada intervención quirúrgica.
— Una niña de 4 años mata a sus hermanos gemelos (de tres semanas de edad) tirándolos al suelo después de que uno de ellos le arañara accidentalmente mientras jugaban.

Podría añadir docenas de casos a la lista. Por ejemplo, en el momento de escribir este texto, una pequeña aldea de un Estado del Oeste de Estados Unidos está buscando la manera de tratar a un niño de 9 años que supuestamente violó y agredió a otros niños a punta de cuchillo. Es demasiado joven para ser condenado y no puede ser asignado en custodia porque «tal medida sólo es posible cuando el niño está en peligro, no sus víctimas», de acuerdo con la ley de protección a la infancia.[133]

Estos hechos horribles no son accidentes o simples exageraciones de comportamientos infantiles normales que se van corrigiendo con el tiempo. Sucesos de este tipo comienzan a tener sentido cuando aceptamos el hecho de que los rasgos de la personalidad psicopática están tempranamente presentes en la vida. Aunque inquietantes, estos casos nos permiten estudiar este trastorno a lo largo de toda una vida, una tarea crucial si queremos desarrollar unos procedimientos de intervención efectiva y descubrir qué hace que un joven así se convierta en un timador profesional o en un estafador y no en un criminal violento, un fraudulento hombre de negocios o un político o profesional sin escrúpulos. Y no olvidemos que otros, con una combinación menos potente de todas las características descritas en los capítulos 3 y 4, se convierten en miembros razonablemente productivos de la sociedad.

Los orígenes

Quienes alguna vez hemos estudiado la psicopatía en los niños nos enfrentamos rápidamente con una cuestión simple pero fundamental: ¿por qué? Como mencionamos anteriormente, muchos adolescentes se alejan del camino correcto debido a un pobre ambiente social —padres abusivos, pobreza, falta de oportunidades laborales, malas compañías— pero el psicópata parece alejado del camino desde el inicio. Nuevamente, ¿por qué?

Desgraciadamente, las fuerzas que producen un psicópata son todavía oscuras para los investigadores. Sin embargo, algunas rudimentarias teorías acerca de sus causas son considerablemente valiosas. En un extremo del espectro están las teorías que consideran la psicopatía como el producto de factores genéticos y biológicos (naturaleza) , mientras que las teorías del otro extremo del espectro argumentan que la psicopatía es el fruto, desde un primer momento, de un ambiente social defectuoso (educación). Como con la mayoría de controversias, la «verdad» se halla en algún lugar intermedio. Es decir, las actitudes

---

York, Bantam 1989.
133«Officals stymied by alleged rapist, 9», Seattle Times, 21 de julio de 1992.

psicopáticas y comportamientos afines son el resultado de la combinación de factores biológicos y fuerzas ambientales.

La naturaleza

La evidencia de bases genéticas y biológicas del temperamento, la capacidad de algunas formas de lesión cerebral para producir síntomas psicopáticos y la temprana aparición de comportamientos de este tipo proporcionan la estructura de bastantes teorías biológicas sobre el origen de la psicopatía:

— La sociobiología, disciplina relativamente nueva, argumenta que la psicopatía no es tanto un trastorno psiquiátrico como una expresión de una particular estrategia reproductiva genéticamente orientada.[134] En pocas palabras, los sociobiólogos afirman que una de las principales funciones que tenemos en nuestra vida es reproducirnos y de este modo pasar nuestros genes a la siguiente generación. Lo podemos hacer de muchas maneras. Una «estrategia» es tener solamente pocos hijos y educarlos con cariño y así nos aseguramos de que tendrán buenas posibilidades de supervivencia. Una estrategia diferente es tener muchos hijos, de manera que algunos seguro que sobrevivirán, aun si no les damos los cuidados necesarios. Los psicópatas supuestamente se adhieren a una versión extrema de esta última estrategia: se reproducen tantas veces como les es posible y gastan pocas energías preocupándose del bienestar de su descendencia. De esta forma, propagan sus genes con una poca o nula inversión personal.
Para los psicópatas varones, la manera más efectiva de tener muchos hijos es copular con un elevado número de mujeres (y abandonarlas al poco tiempo). A menos que el psicópata sea muy atractivo o encantador como para que las mujeres le persigan activamente, la única alternativa que tiene es usar engaños, manipulaciones, fraudes y tergiversaciones. Uno de nuestros pacientes psicópatas, un timador profesional de 30 años, había tenido docenas de matrimonios por lo civil. El primero, cuando tenía 16 años. Tenía algunas relaciones con el entorno de las estrellas del rock y a menudo se hacía pasar por agente artístico y confidente de éstas. No tenía dificultades para convencer a artistas aspirantes de que él podía darles un gran empujón en su carrera. Yo conozco ocho casos en los que mantuvo relaciones con mujeres a las que abandonó tan pronto como se quedaron embarazadas. Cuando se le preguntó por sus hijos respondió: «¿Qué se puede decir de ese tema? Son niños, eso es todo».

> Terry tiene 21 años y es el segundo de tres hijos de una familia rica y altamente respetada. Su hermano mayor es médico y su hermano pequeño, estudiante de segundo año en la universidad. Terry es un delincuente sin antecedentes penales que cumple una condena de dos años por una serie de robos cometidos hace un año. También es un psicópata.
>
> Por todo lo que sabemos, su familia era estable, sus padres eran bondadosos y cariñosos y sus oportunidades de éxito eran enormes. Mientras sus hermanos se mostraban honestos y trabajadores, él simplemente «se dejaba llevar por la vida, tomando cualquier cosa que ésta le ofrecía». Para él era más importante pasarlo bien que las esperanzas y las expectativas de sus padres. Aun así, sus padres le apoyaron emocional y financieramente durante una adolescencia marcada por el salvajismo y por el desafío a las normas y a la ley —conducía a velocidades temerarias, se emborrachaba frecuentemente—, pero aún no tenía condenas formales. A la edad de 20 años tuvo dos hijos. Tenía deudas

---

134Véanse J. MacMillan y L. K. Kofoed, «Sociobiology and antisocial behavior», Journal of Mental and Nervous Diseases, n° 172, 1984, págs. 701-706; H. C. Harpending y J. Sobus, «Sociopathy as an adaptation», Ethology and Sociobiology, n° 8, 1987, págs. 63S-72S.

> importantes y consumía drogas. Cuando ya no pudo obtener más dinero de su familia se puso a robar bancos. Poco después, fue detenido y enviado a la cárcel. «No estaría aquí si mis padres hubieran cumplido su palabra cuando les necesitaba —dijo—. ¿Qué clase de padres dejaría a su hijo pudrirse en un lugar como éste?» Cuando le preguntaron por sus hijos respondió: «Nunca los he visto, creo que fueron dados en adopción. ¡Cómo diablos podría conocerlos!».

Los sociobiólogos no argumentan que el comportamiento sexual de las personas esté conscientemente dirigido a transmitir sus reservas genéticas, sino que la naturaleza nos ha proporcionado varias estrategias para hacerlo, una de las cuales es la estrategia «embaucadora» que usan los psicópatas. Preguntamos a uno de nuestros pacientes si era promiscuo porque deseaba tener muchos hijos y así conseguir una especie de «inmortalidad genética». Se rió y dijo: «Sólo quería follar».

El comportamiento de las psicópatas da muestras también de una estrategia embaucadora: tienen relaciones sexuales con un elevado número de hombres y el bienestar de su descendencia les trae sin cuidado. En una ocasión, le pregunté a una de nuestras psicópatas qué pensaba de la muerte de su hija de 2 años a manos de uno de sus amantes. Su respuesta fue: «Siempre puedo tener otro». Dos hijos mayores suyos habían sido previamente tomados en custodia de protección. Cuando le preguntamos por qué quería tener otro hijo, dada la obvia falta de interés por la suerte de sus tres primeros, respondió: «Me encantan los niños». Como muchas de las psicópatas que estudiamos, la afectividad que expresaba por sus hijos era completamente contradictoria con su comportamiento. Las psicópatas a menudo descuidan psíquica y emocionalmente a sus hijos o simplemente los abandonan cuando se mueven de una relación sexual a otra. Una ilustración escalofriante de lo anterior nos la proporciona Diane Downs, quien maltrató, descuidó y finalmente disparó contra sus hijos, todo mientras tenía una innumerable serie de aventuras con diferentes hombres. Incluso llegó a convertirse en una madre de alquiler «profesional», entusiasmada por quedarse embarazada a cambio de unos honorarios.[135]

Naturalmente, las personas que mienten y engañan sin cesar acaban por ser descubiertas. En ese caso, ven muy limitadas sus oportunidades, así que rápidamente buscan otros compañeros, grupos, vecindarios o ciudades. Su estilo de vida móvil y nómada y la facilidad con la que se adaptan a nuevos ambientes sociales pueden ser vistos como parte de una constante necesidad de encontrar tierras frescas donde reproducirse.

Una cosa más. Las técnicas de embaucamiento pueden tener valor para algunos segmentos de una sociedad competitiva como la nuestra. Pueden ser hasta adaptativas. Dicho en otras palabras, los psicópatas pueden beneficiarse de su particular personalidad para desarrollar con éxito algunas carreras.

Para algunas personas, la teoría sociobiológica tiene mucho sentido, pero es difícil probarla científicamente; gran parte de la evidencia en la que se apoya es circunstancial y anecdótica.

— Una teoría biológica que se ha barajado durante mucho tiempo afirma que, por razones todavía desconocidas, la estructura cerebral de algunos psicópatas madura hasta alcanzar un nivel anormalmente bajo.[136] Las bases de esta teoría son dobles: las similitudes entre los EEC (electroencefalogramas) de psicópatas adultos y de adolescentes normales, y las similitudes entre algunas de las características de algunos psicópatas (que incluyen el egocentrismo, la impulsividad, el egoísmo y la resistencia al aplazamiento de la

---

135Ann Rule, Small Sacrifices, Nueva York, New American Library, 1987 (trad. cast.: Pequeños sacrifcios, Barcelona, Ediciones B, 1993). También es revelador el libro de Diane Downs, Best Kept Secrets, Springfield, OR, Dan-mark Publishing, 1989.

136Véase R. D. Hare, Psychopathy: Theory and Research, Nueva York, Wiley, 1970 (trad. cast: La psicopatía, Barcelona, Herder, 1984).

gratificación) y las de los niños. Para algunos investigadores, esto sugiere que la psicopatía refleja más que nada un atraso en el desarrollo. El psicólogo de Harvard, Robert Kegan, por ejemplo, afirmó que detrás de «la saludable máscara» de Cleckey yace no un demente, sino un niño de unos 9 o 10 años.[137]

Se trata de especulaciones interesantes, pero las ondas cerebrales en cuestión están asociadas también a la somnolencia o al aburrimiento en adultos normales. Por lo tanto, es posible que esos resultados se deban al típico desinterés soñoliento del psicópata frente a los experimentos a los que se prestan. Además, dudo que el egocentrismo o la impulsividad de los niños y de los psicópatas sean realmente los mismos. Estoy seguro de que pocas personas tienen dificultades en distinguir entre la personalidad, las motivaciones y el comportamiento de un niño normal de 10 años y aquéllos de un adulto psicópata, aun reconociendo la diferencia de edad. Más importante, pocos padres de psicópatas de 10 años confundirían a su hijo con un niño normal de 10 años.

— Un interesante modelo biológico afirma que la psicopatía resulta de un daño o de una disfunción temprana del cerebro, especialmente en la parte frontal, zona que juega el papel más importante en las actividades mentales de más alto nivel. Este modelo está basado en algunas similitudes aparentes entre el comportamiento de los psicópatas y el de pacientes con lesiones en los lóbulos frontales de sus cerebros. Estas similitudes incluyen una mala planificación a largo plazo, la poca tolerancia a la frustración, una afectividad superficial, irritabilidad y agresividad, un comportamiento social inadecuado e impulsividad.

Sin embargo, investigaciones recientes han fracasado a la hora de encontrar alguna evidencia de lesiones en el lóbulo frontal de los psicópatas.[138] Por otra parte, es posible que las similitudes entre psicópatas y pacientes con lesiones en el lóbulo frontal sean solamente superficiales o, por lo menos, no más importantes que las diferencias. A pesar de todo, muchos investigadores han afirmado persistentemente que algunos tipos de disfunciones del lóbulo frontal, que no incluyen necesariamente las lesiones, pueden subyacer a la impulsividad del psicópata y al fallo frecuente en la inhibición de comportamientos inadecuados.[139] Está muy aceptado que el lóbulo frontal desempeña un papel crucial en la

---

137Robert Kegan, «The child behind the mask: Sociopathy as developmental delay», en W. H. Reid, D. Dorr, J. I. Walker y J. W. Bonner III, Unmasking the Psychopath, Nueva York, W. W. Norton, 1986.

138R. D. Hare, «Performance of psychopaths on cognitive tasks related to frontal lobe function», journal of Abnormal Psychology, n° 93, 1984, págs. 133-140; S. D. Hart, A. E. Forth y R. D. Hare, «Performance of male psychopaths on selected neuropsychological tests», journal of Abnormal Psychology, n° 99, 1990, págs. 374-379; J. J. Hoffman, R. W. Hall y T. W. Bartsch, «On the relative importance of "Psychopathic" personality and alcoholism on neuropsychological measures of frontal lobe dysfunction», journal of Abnormal Psychology, n° 96, 1987, págs. 158-160.

139Véanse E. E. Gorenstein y J. P. Newman, «Disinhibitory psychopathology: A new perspective and model for research», Psychological Review, n° 87, 1980, págs. 301-315; J. P. Newman, «Reaction to punishment in extroverts and psychopaths: Implications for the impulsive behavior of disinhibited individuals., journal of Research in Personality, n° 21, 1987, págs. 464-480; A. R. Damasio, D. Tranel y H. Damasio, «Individuals with sociopathic behavior caused by frontal damage fail to respond autonomically to social stimuli», Behavioral Brain Research, n° 41, 1990, págs. 81-94.

La lesión de partes frontales del cerebro puede producir graves anomalías características de la psicopatía, como poco juicio y habilidad para planear acciones, impulsividad, incapacidad para ser influido por el castigo y deficiente conducta social. Sin embargo, esta «psicopatía adquirida», tal y como algunos investigadores la denominan, es muy diferente del grupo de rasgos y conductas de personalidad que definen la psicopatía. De todas formas, el estudio de pacientes con lesiones cerebrales puede proporcionarnos claves para definir la naturaleza del trastorno.

regulación del comportamiento y parece razonable hipotetizar que, por alguna razón —«unas conexiones defectuosas» o lesiones tempranas—, es relativamente inefectivo en la regulación del comportamiento del psicópata.

La educación

Mi tira cómica favorita es Calvin y Hobbes. En una secuencia, un irritado Calvin grita: «Por qué tengo que irme a la cama ahora? ¡Nunca consigo hacer lo que quiero! ¡Si cuando crezca me convierto en alguna clase de psicópata tú tendrás la culpa!». «Nunca nadie se convierte en un psicópata porque haya tenido que irse a la cama a una hora razonable», contesta su padre. «Sí —replica Calvin—, ¡pero tampoco me dejas mascar tabaco! ¡No se sabe lo que puede empujarme hacia el abismo!»

Calvin refleja lo que tal vez sea la generalización más popular sobre la psicopatía, es decir, que es el resultado de un trauma psicológico o de experiencias adversas en la infancia: pobreza, privaciones o abusos emocionales y psíquicos, técnicas disciplinarias incoherentes, etc. Desgraciadamente, la imagen que aparece tras la experiencia clínica y las investigaciones está lejos de ser clara. Pensándolo bien, sin embargo, no puedo encontrar ninguna evidencia de que la psicopatía sea el resultado directo de factores sociales o ambientales en la infancia. (Soy consciente de que mi opinión será inaceptable para las personas que creen que prácticamente todos los comportamientos adultos antisociales, desde el pequeño ladrón hasta el asesino de masas, proceden del maltrato o de la privación en la infancia.)

El descuido y el abuso pueden causar a los niños terribles daños psicológicos[140] Las criaturas sometidas a esos tratos a menudo tienen un coeficiente intelectual muy bajo y un elevado riesgo de depresión, suicidio y problemas con las drogas. Son más propensos que los otros niños a la violencia y a ser arrestados durante su juventud. Entre los niños de preescolar, observamos que los que sufrieron abusos o descuidos tienden a enfadarse más, a rechazar las instrucciones y a mostrar poco entusiasmo. Cuando entran en la escuela tienden a ser hiperactivos, de fácil distracción, carentes de autocontrol y aprecio por sus compañeros. Pero estos factores no los convierten en psicópatas.

Prácticamente nadie duda de que la corrección de estos problemas infantiles podría llevar en último término a una reducción espectacular del crimen y a otras formas de disfunción social. Pero es poco probable que se dé una reducción comparable en el número de psicópatas y en la gravedad de sus comportamientos antisociales.

La adorable y aterradora Tess

En un documental de televisión, aparece el psicólogo Ken Magid trabajando con una niña de 6 años y medio. Tess parece un ángel, con unos ojos muy abiertos de un color azul suave y con un hueco en el lugar de sus incisivos de leche, que ya le han caído. La mayor parte del documental consiste en vídeos de las sesiones de terapia con Tess. Escucharla es escalofriante: cuenta cómo pegaba a su hermano pequeño, Benjamin, durante la noche

---

140Disponemos de varios estudios que analizan cuáles son los factores de riesgo en la infancia que pueden llevar a la delincuencia y a la violencia adulta. Véase, por ejemplo, C. S. Widom, «The cycle of violence», Science, nº 244, 1989, págs. 160-166: D. Olweus, J. Block y M. Radke-Yarrow (comps.), Development of Antisocial and Proasocial Behavior, Nueva York, Academic Press, 1986: R. Loeber, «Development and risk factors of juvenile antisocial behavior and delinquency», Clinical Psychology Review. n° 10, 1990, págs. 1-41: J. McCord, «Parental behavior in the cycle of aggression», Psychiatry, nº 51, 1988, págs. 14-23: Adrian Raine, «Antisocial behavior and social psychophysiology», en H. 1.. Wagner (comp.), Social Psychophysiology and Emotion: Theory and Clinical Applications, Nueva York, Wiley, 1988.

(hasta el punto en que sus padres decidieron encerrarla en su habitación para que el pequeño en peligro pudiera dormir ileso) , lo cual choca gravemente con nuestra manera de entender el comportamiento de los niños (los nombres de los pequeños han sido alterados).

«El abuso de Benjamin por parte de Tess nos arruinó la vida —dice el padre adoptivo al entrevistador—. Al principio pensábamos que Benjamin podía tener algún problema abdominal, pero resultó que Tess le golpeaba en el estómago mientras dormíamos. Tuvimos que encerrarla en otro cuarto por la noche.»

Tess robaba cuchillos, «los grandes y afilados», admite ella. «¿Qué querías hacer con ellos, Tess?», pregunta Magid a su pequeña paciente. «Matar a mami y a Benjamin...»

En un momento dado, el narrador del documental se refiere a cómo, en uno de los muchos episodios de violencia de Tess, ésta golpeó la cabeza de Benjamin contra el suelo de cemento. Su madre tuvo que arrancarle de las manos la cabeza del bebé.

«No quería parar —comenta Tess—. Quería seguir hiriéndole.»

«Y pensabas en...?», insta el terapeuta.

«Pensaba en matarlo.»

En otro momento del vídeo, Magid le pide a Tess que le cuente cómo trata a los animales pequeños.

«Les clavo alfileres. Muchos —dice la niña—. Los mato.»

Tess y su hermano Benjamin habían sido adoptados por un encantador matrimonio que estaba horrorizado y aterrorizado con el comportamiento de Tess. Para intentar comprender lo que sucedía, investigaron el pasado de Tess y averiguaron que siendo muy pequeños, en su familia biológica, ambos, pero especialmente Tess, habían sufrido inimaginables abusos sexuales y psicológicos, además de descuidos físicos. Magid presentó a Tess como un vivo e inolvidable ejemplo de lo que les puede suceder a los niños que fracasan en su «integración» o en su «vínculo» con sus padres (o con quienes cuidan de ellos durante sus primeros años de vida) . En su libro High Risk, publicado por primera vez en 1987, Magid defiende la tesis de que el fracaso del vínculo de la relación psicológica padres-hijo en determinada etapa del desarrollo, desde el nacimiento hasta los 2 años, es el factor más importante en el desarrollo de problemas psicológicos y de comportamiento, incluida la psicopatía.[141]

Las teorías del apego continúan siendo populares en gran medida porque parecen «explicar» todo, desde la ansiedad y la depresión, hasta los trastornos de personalidad múltiple, la esquizofrenia, los trastornos de la alimentación, el alcoholismo y la criminalidad. Pero la mayor parte del soporte empírico de estas teorías proviene de declaraciones retrospectivas de experiencias antiguas que, seguramente, no son la fuente más fiable de los datos científicos.[142] Por otra parte, hay una pequeña evidencia de que las dificultades de integración en la infancia tienen algo que ver con el desarrollo de la psicopatía.

La mayoría de los factores externos relacionados con el «fracaso en la integración», el rechazo, la privación, el descuido, el abuso, etc., de hecho, pueden producir efectos terribles y algunos de ellos pueden parecerse un poco a los rasgos y a los comportamientos que

---

141Magid ve ahora la psicopatía como el resultado de factores biológicos y sociales, Personal Comunication, 22 de julio de 1993.

142En su influyente libro de 1964, The Psychopath: An Essay on the Criminal Mind (Princeton, NJ, Van Nostrand), William y Joan McCord sostenían que los factores sociales eran la principal causa de psicopatía. Recientemente, Joan McCord ha dicho al respecto: «Tanto el rechazo parental como el castigo inconsistente están implicados en la etiología de la psicopatía. [...] [Pero] analizando los datos retrospectivamente vemos que la conducta del psicópata puede haber causado el rechazo paterno, más que haber sido producto del mismo». «Family sources of crime», artículo presentado en una reunión de la International Society for Research on Aggression, Turku, Finlandia, julio de 1984; véase también J. McCord, «Parental behavior in the cycle of aggression», Psychiatry, n° 51, 1988, págs. 14-23.

definen el trastorno de la psicopatía.

Ciertamente en el vídeo la pequeña Tess parece un ejemplo agudo. Pero no hay evidencias como para sugerir que el fracaso en la «integración» puede estar en algún lugar próximo a la completa gama de síntomas comprendidos como psicopatía, incluyendo el atractivo manipulador característico y el distintivo vacío de síntomas serios debilitantes encontrados en aquellos que han estado emocionalmente dañados por sus ambientes sociales y físicos.

Mientras algunos afirman que la psicopatía es el resollado de las dificultades de integración en la infancia, yo doy la vuelta al argumento: en algunos niños, el mismo fracaso en la integración es un síntoma de psicopatía. Es probable que estos niños carezcan de la capacidad de vincularse fácilmente y que su carencia de integración sea en gran parte el resultado, no la causa, de la psicopatía.

Esta posibilidad ha sido convenientemente olvidada por aquellas personas que afirman que un ambiente pobre o unos malos padres lo son todo. Los padres de un joven psicópata que ha trastornado sus vidas de arriba abajo, a pesar de sus frenéticos intentos por entenderlo y educarlo, encontrarán su problema doblemente difícil de resistir cuando, injustamente, la sociedad los culpe a ellos del problema de su hijo. Su viaje a través de la culpa psicológica para buscar cuándo ellos lo hicieron mal no es probable que sea muy fructífero.

El modelo interactivo: naturaleza y educación

La tesis que yo defiendo es que la psicopatía surge de una compleja y poco entendida interacción entre diferentes factores biológicos v fuerzas sociales. Esta interacción está basada en la evidencia de que los factores genéticos contribuyen al desarrollo biológico del cerebro y tambiéna su funcionamiento. A su vez, mi teoría también tiene en consideración la estructura básica de la personalidad, que a su vez influye en la manera en la que el individuo responde e interactúa con las experiencias de la vida y su ambiente.[143] En efecto, los elementos necesarios para el desarrollo de la psicopatía —incluyendo una profunda incapacidad para experimentar empatía y emociones, incluido el miedo— son proporcionados en parte por la naturaleza y posiblemente por algunas influencias biológicas desconocidas en el desarrollo del feto y del recién nacido. Como resultado, la capacidad para desarrollar controles internos y conscientes y para hacer «conexiones» emocionales con los otros es muy reducida.

Esto no quiere decir que los psicópatas estén destinados a desarrollarse a través de un camino fijo ni que hayan nacido para jugar el papel de desviados sociales. Pero sí implica

143Entre los últimos estudios sobre la evidencia de que las diferencias individuales en inteligencia, aptitudes y personalidad están asociadas con la variación genética destacan: T. J. Bouchard, D. T. Lykken, M. McGue, N. L. Segal y A. Tellegen, «Sources of human psychological differences: The Minnesota study of twins reared apart», Science, n° 250, 1990, págs. 223-228; T. J. Bouchard y M. McGue, «Genetic and rearing environmental influences on adult personality: An analysis of adopted twins reared apart, Special Issue: Biological foundations of personality: Evolution, behavioral genetics, and psychophysiology», Journal of Personality, n° 58, 1990, págs. 263-292; J. E. Bates y M. K. Rothbart (comps.), Temperament in Childhood, Nueva York, Wiley, 1989; J. Kagan, J. S. Resnick y N. Snidman, .Biological bases of childhood shyness», Science, n° 240, 1988, págs. 167-171; J. Kagan y N. Snidman, «Infant predictors of inhibited and uninhibited profiles», Psychological Science, n° 2, 1991, págs. 40-44. Sobre la ansiedad en el adolescente psicópata disponemos del estudio de B. Lahey, K. McBurnett, R. Loeber y E. Hart, «Psychobiology of conduct disorder», en G. P. Sholevar (comp.), Conduct Disorders in Children and Adolescents: Assessments and Interventions, Washington, DC, American Psychiatric Press, 1995.

que sus cualidades biológicas, su materia prima ambiental, social y experiencial forman un individuo único y proporcionan unas bases limitadas para la socialización y para la formación de la conciencia. Usando una analogía sencilla, el alfarero es habilidoso a la hora de moldear la cerámica a partir de la arcilla (educación), pero las características de la cerámica también dependen del tipo de arcilla disponible (naturaleza).[144]

Aunque los psicópatas no suelen ser el resultado de una mala educación por parte de los padres o de experiencias traumáticas en la infancia, creo que éstas juegan un papel importante en el desarrollo de una serie de disposiciones naturales claves. Los factores sociales y la actuación de los padres influyen en la forma en que el trastorno se desarrolla y se expresa en forma de comportamiento.

Así, el individuo con rasgos psicópatas que crece en una familia estable y tiene acceso a fuentes sociales y educacionales positivas puede convertirse en un estafador o en un criminal de cuello blanco o quizás en un empresario, político o profesional tenebroso. Y otro, con muchos de los mismos rasgos de personalidad, pero en un entorno privativo y perturbado, puede convertirse en un bala perdida, un mercenario o un violento criminal.

En todos los casos, los factores sociales y el tipo de interacción familiar contribuyen a la hora de conformar la expresión de comportamiento del trastorno, aunque todo ello tiene menos efecto sobre la incapacidad individual para sentir empatía o para desarrollar una conciencia. Los condicionamientos sociales no generarán por sí mismos ninguna capacidad para cuidar a los demás ni ningún poderoso sentido de lo correcto y lo incorrecto. Usando la analogía anterior, «la arcilla» del psicópata es mucho menos maleable que la arcilla que los alfareros de la sociedad normalmente tienen que trabajar.

Este punto de vista tiene una clara implicación en el sistema judicial y es que la calidad de vida familiar tiene mucha menos influencia en los comportamientos antisociales de los psicópatas que en el comportamiento de la mayoría de las personas. Recientemente, hemos llevado a cabo varios estudios que evalúan los efectos del ambiente familiar en la criminalidad, tanto en psicópatas como en otros criminales:[145]

— No encontramos ninguna evidencia de que el ambiente familiar de los psicópatas difiera del de los demás delincuentes. No es sorprendente que la mayoría de los delincuentes procedan de familias marcadas por algún tipo de problema.

144Existe evidencia —gracias a estudios de familias, gemelos y adopciones— de que la delincuencia y la violencia en general (y la psicopatía en particular) están, al menos, influidas por factores genéticos y biológicos y moduladas por fuerzas sociales y ambientales. Por ejemplo, véanse S. A. Mednick, T. E. Moffitt y S. A. Stack (comps.), The Causes of Crime: New Biological Approaches, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; R. Plomin, J. C. DeFries y D. W. Fulker, Nature and Nurture During Infancy and Early Childhood, Cambridge, Cambridge University Press, 1988; F. Schulsinger, «Psychopaty, heredity, and environment», en S. A. Mednick, F. Schulsinger, J. Higgins y B. Bell (comps.), Genetics, Environment, and Psychopathology, Amsterdam, North Holland/Elsevier, 1974, págs. 177-195. De particular importancia es un reciente estudio sobre gemelos que encontró evidencia de una fuerte contribución genética en el conjunto de rasgos de personalidad (descrito en el capítulo 3) que definen la psicopatía: W. J. Livesley, K. L. Jang, D. N. Jackson y P. A. Vernon, «Genetic and environmental contributions to dimensions of personality disorder», artículo presentado en una reunión de la American Psychiatric Association, Washington, DC, 2-7 de mayo de 1992; Adrian Raine, «Antisocial behavior and social psychophysiology», en H. L. Wagner (comp.), Social Psychophysiology and Emotion: Theory and Clinical Applications, Nueva York, Wiley, 1988.

145E. DeVita, A. E. Forth y R. D. Hare, «Psychopathy, family background, and early criminality», articulo presentado en una reunión de la Canadian Psychological Association, Ottawa, Canadá, junio de 1990.

— En los delincuentes no psicópatas, el tipo de ambiente familiar estaba fuertemente relacionado con la edad de inicio y con la gravedad de las primeras actividades delictivas. Aquellos que tenían antecedentes familiares poco favorecedores (problemáticos o desaventajados) comparecían ante los tribunales adultos a la edad de 15 años (de promedio), mientras que los que tenían unos antecedentes relativamente estables comparecían ante esos tribunales mucho más tarde, sobre los 24 años.
— En cambio, en los psicópatas, la calidad de vida familiar no guarda ninguna relación con la edad de aparición de actividades delictivas. Tanto si su vida familiar es estable como inestable, los psicópatas comparecen por primera vez ante los tribunales con una media de 14 años.
— Los resultados que se han obtenido sobre los delincuentes psicópatas concuerdan con la bibliografía general sobre delincuencia: es decir, las influencias adversas de la familia promueven el desarrollo precoz de la actividad delictiva. Sin embargo, ni siquiera las mejores familias (en el sentido de que promueven comportamientos saludables en su descendencia) tienen el poder de refrenar las ansias de autogratificación de los psicópatas.
— Existe una excepción importante a estas conclusiones generales: nuestra investigación demostró que los psicópatas de familias inestables cometían muchos más delitos violentos que los que provenían de familias estables, mientras que el ambiente familiar no tenía tanta relación en el grado de violencia empleada por los otros delincuentes. Esto coincide con mi anterior sugerencia de que las experiencias sociales influyen en la expresión de comportamiento de la psicopatía, para quienes la violencia no es emocionalmente diferente de las otras formas de comportamiento. Desde luego, también hay otros grupos de personas que aprenden comportamientos violentos, pero gracias a su mayor habilidad para empatizar con los demás e inhibir sus impulsos no lo expresan tan fácilmente como lo hacen los psicópatas.

Otra mirada al camuflaje de la sociedad

El tema de los orígenes de la psicopatía está adquiriendo cada día más importancia debido a que el conflicto social no para de aumentar. Recientemente, en la ciudad donde vivo se dio un caso que ejemplifica la gravedad del aumentode los índices de criminalidad juvenil y el significado que hay detrás de las estadísticas. Un asesino de 13 años fue condenado a la máxima sentencia de la Ley para los Delincuentes Juveniles de Canadá: es decir, tres años de reclusión por el asesinato a golpes de un niño de 12 años. ¿El motivo del asesinato? La víctima no había podido proporcionarle al agresor la marihuana que le había prometido a cambio de 250 dólares. Sin duda, un crimen digno de adultos.[146]

El asesino fue descrito como un niño manipulador, pícaro y «un perdido desde su más tierna infancia». Los detalles que rodean al asesinato son de una tremenda significación. Por ejemplo, los amigos del vecindario del asesino lo describían como «"un tipo normal" que se saltaba las clases, fumaba marihuana y jugaba con videoconsolas. [...] Cuando les preguntaron si el joven tenía algún interés especial, sus amigos dijeron: robar en las tiendas. [...] [El] abogado defensor [...] explicó al tribunal que el asesino había empezado a robar en casas a los 8 años. Después, a los 9 años, le dio por incendiar y, durante los últimos tres años, se había escapado diez veces. Tiene condenas por allanamiento, robo y posesión de narcóticos. Fue expulsado de la escuela, varias veces, por conducta perturbadora y ausentismo escolar. En séptimo curso fue expulsado por robar. Fumaba marihuana a diario desde los 11 años y más tarde se convirtió en consumidor habitual de hachís y ocasionalmente de cocaína. [...] En su sentencia, [el juez] citó a médicos que decían que el joven mostraba un clásico comportamiento "antisocial". No experimentan la culpa de la misma forma que los demás y tienen muy poca capacidad para empatizar. [...] Y lo normal

146Este caso fue expuesto por Mary Lynn Young en The Su,,, Vancouver, British Columbia, 12 de diciembre de 1990. Las citas han sido extraídas de este artículo.

es que no cambien con el tiempo».

¿Les suena familiar? Seguramente sí. De todas formas no se puede hacer un diagnóstico basándose en unos pocos detalles comentados de forma imprecisa. Lo importante de este retrato no es la diagnosis del joven agresor sino las circunstancias que rodearon su actuación homicida: «Ciertas historias que circulan [por la zona donde él vivía] sugieren que más de veinte jóvenes sabían que el acusado era el responsable del asesinato, pero no dijeron nada».

> Las bandas juveniles siempre han proporcionado grandes oportunidades de diversión a los jóvenes psicópatas. Sus tendencias impulsivas, egoístas, crueles, egocéntricas y agresivas se combinan fácilmente con muchas de las actividades de las bandas (y hasta pueden ser el único motor de las mismas). De hecho, no puede haber otra manera más gratificante de pasar el tiempo para los psicópatas violentos que moverse en bandas juveniles. Además, gozan de una gran impunidad. Las bandas juveniles locales suelen vender droga, robar, intimidar y extorsionar. Reclutan a muchos de sus nuevos miembros en las escuelas y su presencia dentro y alrededor de las aulas es un aviso constante para profesores y alumnos de la influencia y el poder que tienen.
>
> Aunque la sociedad está realmente alarmada ante la creciente presencia de bandas en nuestras comunidades, las sanciones que se les imponen son a menudo triviales. En un caso reciente, dos jóvenes de 15 y uno de 16 años que actuaban dentro de una banda fueron acusados de cometer agresiones, robos de automóviles, de estar en posesión de armas peligrosas y de usarlas en varios atracos, además de causar lesiones a ciudadanos pacíficos. La mayoría de los cargos fueron retirados porque los padres de los testigos adolescentes, temiendo represalias, no permitieron que sus hijos testificasen en el tribunal. Un portavoz de la policía dijo que era «muy preocupante que un delincuente pudiese verse libre de cargos gracias a amenazas e intimidaciones» y añadió que en los casos de bandas siempre aparecen testigos sobornados. Estas bandas tienen un sentimiento colectivo de poder e invencibilidad muy parecido al de sus miembros psicópatas.

Si, como creo, nuestra sociedad se está moviendo en la dirección de permitir, reforzar e incluso valorar algunos de los rasgos patológicos enumerados en el Psychopathy Checklist —rasgos como la impulsividad, la irresponsabilidad, la falta de remordimientos, etc.—, nuestras escuelas pueden estar creando un microcosmos muy peligroso. Una «sociedad camuflada», donde los verdaderos psicópatas se pueden ocultar muy bien para continuar sus caminos de destrucción y autogratificacion. Lo peor es que ponen en peligro a la población estudiantil en general. Un ejemplo de esto es el caso del asesinato que hemos comentado antes, donde veinte jóvenes sabían quién era el culpable pero, por diferentes motivos, no se lo dijeron a nadie. Ello nos sugiere que nuestra sociedad está no sólo fascinada por la personalidad psicopática, sino que es además cada vez más tolerante con ella. Pero aún más terrible es la posibilidad de que esos psicópatas se conviertan en retorcidos modelos de comportamiento para niños de familias disfuncionales o procedentes de comunidades desintegradoras en las que poco se valora la honestidad, el juego limpio y la conciencia del bienestar de los demás.

«¿Qué es lo que he hecho?»

Es dificil imaginar a un padre de un psicópata que no se haya preguntado alguna vez, seguramente con desesperación: «¿Qué es lo que he hecho mal como padre para criar a un hijo así?».

La respuesta es: posiblemente nada. Para resumir diremos que no sabemos por qué las

personas se convierten en psicópatas, pero la evidencia cotidiana nos lleva a pensar que el comportamiento de los padres no tiene nada que ver con ello. Esto no quiere decir que los padres o el ambiente estén completamente fuera de lugar. El comportamiento de los padres puede no ser responsable de los ingredientes esenciales del trastorno, pero es posible que tenga mucho que ver con el desarrollo y la expresión del síndrome. Qué duda cabe de que un ambiente social y físico desfavorable o una mala educación por parte de los padres pueden exacerbar problemas potenciales. Todos esos factores juegan un papel importante en la formación de los patrones de comportamiento en los niños. La compleja interacción de estas fuerzas ayuda a determinar por qué solamente algunos pocos psicópatas se convierten en asesinos en serie mientras la inmensa mayoría pasan por la vida como delincuentes «ordinarios», tenebrosos hombres de negocios o depredadores legales.

A pesar de que los orígenes de la psicopatía permanecen oscuros, contamos con nuevos procedimientos diagnósticos y una creciente línea de investigación. Todo ello nos está permitiendo formular mejores programas de tratamiento y control de los psicópatas de nuestras comunidades. Éste es el tema de los últimos capítulos de este libro.

> En 1981, en Milpitas, California, trece adolescentes guardaron silencio durante tres días después de que un chico asesinara a una chica de 14 años. Durante este período hacían excursiones a la colina para ver el cuerpo. Instinto sádico, una película de 1987 basada en los hechos de este caso, representa a estos niños como una «generación en blanco». Para alguien familiarizado con los estilos actuales de comunicación de algunos adolescentes, el retrato puede parecer alarmantemente conocido. Esta película, hábilmente realizada, ofrece una inusual penetración en las formas en las que la subcultura sin ley de los jóvenes puede ser camuflada.
>
> Se trata de niños blancos de clase media trabajadora, un mundo que no suele ser representado, de manera realista, en las películas. Allí, los niños empapados de la violencia de la televisión forman un inframundo secreto mientras sus padres se esfuerzan por llegar a fin de mes. Aturdidos y angustiados por la rutina de la vida cotidiana, los padres de la película se las arreglan para gritarles a sus hijos: «¿Eres tú?», cuando éstos entran y salen de la casa a su libre albedrío.
>
> Una de las escenas más impresionantes de la película muestra a un profesor, aún capaz de preocuparse por sus alumnos, que intenta usar el estilo irónico, «en la onda», que esos chicos usan como máscara. En un momento dado, les pide (luego prácticamente suplica) que digan algo acerca de cómo les ha afectado la muerte de su compañera. Tan sólo el «tonto» de la clase está dispuesto a confesarse preocupado después de todo; el resto parece descorazonadamente confundido por la cuestión. Buscando desesperadamente conectar con sus alumnos, llegar hasta ellos, el profesor se dirige a una chica llamada Clarissa, una de las que finalmente habló con las autoridades acerca del asesinato: «Dinos lo que Jamie significaba para ti [...]». La respuesta de Clarissa es insípida, centrada en una mirada vacía. El director de la película no aclara si la chica no tenía sentimientos o rechazaba expresarlos ante la autoridad.
>
> La ausencia de empatía, de compasión e incluso de comprensión ante la pérdida conducen al profesor a un ataque de furia: «A nadie en esta clase le importa lo más mínimo que ella esté muerta. [...] Porque si nos importase no estaríamos aquí, estaríamos fuera en la calle medio locos y sin poder dormir, averiguando el paradero del tipo que la mató».
>
> ¿La escalofriante respuesta del alumnado a la explosión del profesor? Silencio.
>
> Tan sólo es una película, cierto, pero Instinto sádico representa a una

sociedad en la que la pobreza emocional, la impulsividad, la irresponsabilidad, el autobombo y la autogratificación es la norma que rodea la temible realidad. Como señaló Robert Linder en 1944, mientras los límites sociales le daban al psicópata una «diamantina y brillante libertad personal», hoy en nuestras calles, en nuestras escuelas e incluso en nuestras casas los psicópatas gozan de la oportunidad de integrarse sin ser detectados, sin ser diagnosticados y, además, ser activamente animados. Espero que este libro dirija la atención a esta terrible posibilidad poniendo la psicopatía de los niños en el lugar que le corresponde.

Capítulo 11
LA ÉTICA DE LAS ETIQUETAS

> Fui expulsado de la escuela en octavo grado por pegarle al profesor. El trabajador social dijo: «Va retrasado. Envíenlo a un campamento de verano». Cuando cumplí 17 años me acusaron de violación. El psiquiatra dijo: «Es un psicópata. Envíenlo a la cárcel». Me arruinaron la vida. Pensaban que era malo así que yo se lo demostré.
>
> Un violador múltiple que cometió
> su primera agresión sexual a los 11 años

A lo largo de este libro he argumentado sobre la necesidad de estudiar la psicopatía si queremos entender mejor este trastorno devastador para la sociedad. Pero todavía hay una mayor necesidad que consiste en ser preciso a la hora de diagnosticar: antes de poder desarrollar programas de tratamiento y control efectivos para los psicópatas debemos identificarlos correctamente.

Con unos índices de delincuencia y unas poblaciones carcelarias en continuo ascenso, con las instituciones psiquiátricas llenas, con una violencia social sin precedentes, abuso de sustancias, embarazos no deseados y suicidios entre nuestros jóvenes, creo firmemente que los profesionales de la salud mental y del trabajo social necesitan usar muy bien el concepto de «psicopatía» al tomar decisiones. Si se usa bien, el diagnóstico de la psicopatía tiene el potencial de acabar con parte de la confusión de cómo y por qué nuestro orden social se halla tan amenazado. Sin embargo, el uso inapropiado de esa etiqueta tiene consecuencias muy negativas sobre el individuo mal diagnosticado. Por esa razón el Psychopathy Checklist es tan valioso. No sólo nos proporciona a los clínicos un procedimiento diagnóstico válido, sino que facilita a otros profesionales —incluidos miembros del sistema judicial— una detallada descripción de lo que se evalúa en el diagnóstico de la psicopatía. Más que tener a un clínico que diga: «En mi opinión profesional este hombre es un psicópata», se muestran claramente las razones de tal diagnóstico.

> En un reciente encuentro profesional, un psicólogo de prisiones me decía que las instituciones de su Estado usan el Psychopathy Checklist como criterio para conceder o no la libertad provisional. «El Psychopathy Checklist nos ayuda a la hora de hacer nuestras recomendaciones al comité de concesión de la libertad condicional —decía—. Le decimos al comité si un delincuente es un psicópata y le explicamos las implicaciones de este diagnóstico. Después le corresponde al tribunal decidir si usa o no esta información. Si se trata de un psicópata, lo dejan ir y mata a alguien, nosotros no tenemos ninguna responsabilidad. Son ellos los que tienen que explicarse ante el público y la familia de la víctima. Si no es un psicópata, pero es un delincuente peligroso y mata a alguien, a

nosotros no nos afecta. Es responsabilidad del comité de la libertad condicional. Nosotros hacemos lo que podemos, y ya se sabe que no hay libertad condicional sin riesgos.»

Al final de la conversación, el psicólogo me decía que es sólo cuestión de tiempo que la familia de alguien asesinado por un psicópata lleve a juicio al estado por haber soltado «a un asesino psicópata mal diagnosticado». El Psychopathy Checklist, decía, es como un seguro ante tales reclamaciones.

Sólo sorprendió al comité de la libertad condicional

Cuando un criminal con una larga carrera delictiva sale de la cárcel antes de tiempo, siempre se produce cierta desazón social. Las razones varían, pero en la mayoría de los casos los miembros del comité de la libertad condicional imaginan que el delincuente ya no es una amenaza para la sociedad. En la mayoría de los casos sus decisiones tienen sentido, pero ocasionalmente cometen inexplicables y trágicos errores. Por ejemplo, piénsese en el caso de Carl Wayne Buntion, descrito en el programa de televisión A Current Affair, el 7 de mayo de 1991. Fue liberado de una prisión de Texas en 1990, quince meses después de recibir una sentencia de quince años por violación. Seis semanas más tarde disparó y mató a un policía durante un control rutinario.

¿Cómo es posible que este hombre consiguiese la libertad provisional tan pronto? Tenía una condena muy larga por un crimen violento y, además, era reincidente. Su expediente se remontaba al menos a 1961 y ya había violado todas sus libertades condicionales anteriores que, por cierto, parecía conseguir con facilidad. De hecho, en 1984 le cayeron dos condenas de diez años y en 1986 ya estaba en la calle (y era su séptima libertad condicional). Cuando se le preguntó al presidente del comité de concesión de la libertad condicional: «¿Cómo se puede decir que una persona con este expediente no es una amenaza para la sociedad? Es evidente que es un delincuente reincidente», él contestó: «Eso es una cuestión de criterios». También dijo que el comité de la libertad condicional no tenía responsabilidad por la muerte del policía —«Nadie más que su madre puede ser culpado de tener un hijo como Buntion».

La novia de Buntion lo describía de la siguiente manera: «Es inteligente, tiene un maravilloso sentido del humor, es muy tranquilo y de trato fácil. Vamos, es un caballero». Probablemente, ni la víctima de su agresión sexual ni la familia del policía asesinado estarán de acuerdo con esta extraña descripción de un ser tan antisocial. Como decía el reportero de televisión David Lee Miller: «El amor puede ser ciego, pero ¿cuál es la excusa para el comité de concesión de la libertad condicional?».

¿Es Buntion un psicópata? Probablemente. Si las autoridades institucionales hubiesen insistido en la necesidad de hacerle una evaluación apropiada y el comité hubiera sido lo suficientemente astuto como para tenerlo en cuenta, es improbable que Buntion hubiese salido jamás de prisión. Después de todo, no hacía falta ser un genio para predecir que Carl Buntion no se iba a convertir, de repente, en un ciudadano modelo.

Sin embargo, el hecho desgraciado es que los comités de concesión de la libertad condicional suelen estar compuestos de miembros de fuerzas políticas (sin las cualificaciones necesarias) más que de gente que entiende de conducta criminal. Normalmente, no aprecian el importante papel de la psicopatía en la predicción de la reincidencia y la violencia. Más aun, los miembros de esos comités suelen tener poco tiempo para hacer ese trabajo con detenimiento. En muchos casos, les cuesta usar (porque no los entienden) los informes clínicos de psiquiatras y psicólogos. La verdad es que viendo esos informes no me extraña que muchas de esas personas no los encuentren muy útiles. Muchos informes clínicos son vagos o están escritos en su jerga y algunos proporcionan diagnósticos que no tienen la evidencia empírica necesaria para predecir reincidencia y violencia.

El poder de etiquetar

Un diagnóstico preciso con validez predictiva puede ser muy útil para el sistema judicial. El éxito del Psychopathy Checklist a la hora de predecir la reincidencia y la violencia así lo atestigua. Sin embargo, es importante también entender los peligros de diagnósticos imprecisos o equivocados. En el sistema judicial, por ejemplo, un solo comentario en un expediente (por parte de un psicólogo o incluso de un funcionario) puede marcar al interno para toda la vida. Supongamos, por ejemplo, que un joven condenado por algunos delitos de robo solicita la libertad condicional. El psicólogo de la cárcel, mal pagado y saturado de trabajo, le hace una breve entrevista, estudia su expediente por encima y ve que, unos años antes, un psiquiatra le había diagnosticado «personalidad antisocial». Al escribir su informe, el psicólogo afirma que, en su opinión clínica, ese recluso es un psicópata y, por lo tanto, no debe salir de prisión. Finalmente, el tribunal le niega la libertad condicional por lo que cree significa el término y por el aumento de los delitos en las calles. El interno se deprime a causa de ello y se suicida. En la investigación, el desafortunado psicólogo reconoce que hizo su diagnóstico tras una entrevista de sólo quince minutos y basándose en la información del expediente.

Por otro lado, sin embargo, unas evaluaciones precisas pueden ser muy útiles a la hora de clasificar a los delincuentes, para determinar qué trabajos se les asigna, tomar decisiones acerca de tratamientos e intervenciones, planes de libertad cautelar y preparar al personal para tratar a los reclusos en el día a día. Un diagnóstico de psicopatía también puede prevenir que un delincuente sea transferido de una cárcel a un hospital psiquiátrico para delincuentes con trastornos mentales, donde tendrá una mala influencia en los demás pacientes. O, una vez en tal hospital, el diagnóstico puede servirnos para determinar el nivel de seguridad que hay que aplicar a ese paciente. En un reciente ejemplo, un paciente asesinó a un miembro del personal de uno de los hospitales psiquiátricos para delincuentes más grandes de Norteamérica.[147] La administración y el personal acordaron tomar la siguiente medida: los pacientes con puntuaciones altas en el Psychopathy Checklist y un pasado violento deberán ser sometidos a un examen especial antes de admitirlos en el nivel más bajo de seguridad del hospital. Este examen ayuda al personal a tomar las medidas de seguridad necesarias, aunque en algunos casos esto vaya en detrimento de los derechos y necesidades del paciente en cuanto al tratamiento que recibir.

> La mayoría de las jurisdicciones de todo el mundo consideran a los psicópatas personas legal y psiquiátricamente sanas. Sin embargo, en un reciente caso en Australia, las autoridades decidieron que la única manera de evitar que Garry David, «un psicópata agresivo», saliese de la cárcel era declarándole mentalmente enfermo. El juez de la Corte Suprema que lo juzgaba, después de oír la larga historia de violencia y delitos de David, dijo: «Alguien así tiene que sufrir una enfermedad mental, y si los psiquiatras no están de acuerdo, entonces ellos también deben de estar locos». A pesar de la oposición de la comunidad psiquiátrica, David fue declarado mentalmente enfermo y recluido en un hospital psiquiátrico de alta seguridad (de Neville Parker, «The Garry David case», Australian and New Zealand Journal of Psychiatry, n° 25, 1991, págs. 371-374).

Diagnóstico no presencial

En una de las coincidencias más felices de mi vida, recibí una llamada de la CBS que me pedía que comentara qué similitudes había entre el presidente iraquí Saddam Hussein y un psicópata. La guerra del Golfo estaba en su punto álgido y la población estaba pegada al televisor día y noche viendo imágenes de la guerra y debates y comentarios sobre todos los

147Atascadero State Hospital, Atascadero, California, detalles proporcionados por David Plate, jefe del Servicio de Psicología, comunicación personal, agosto de 1991.

aspectos de las hostilidades. Predecir el siguiente movimiento de Hussein se había convertido en una obsesión global y la CBS aparentemente había decidido llevar a cabo tal labor con la «opinión de un experto».

Rechacé la invitación. Como sucedió con el caso del «doctor Muerte» (descrito en las próximas páginas), el diagnóstico de personalidades públicas a las que no hemos entrevistado, aunque la efectúen evaluadores experimentados, puede fácilmente convertirse en una parodia de un procedimiento profesional. El resultado puede ser una especie de cotilleo con pretensiones, cuya credibilidad no descansa en los hechos, sino sólo en el prestigio del experto.

En el caso de Saddam Hussein, el peligro era especialmente evidente, ya que, como oímos repetidamente durante los primeros días de la guerra, «la primera víctima de la guerra es la verdad». No sólo los datos biográficos de Hussein eran limitados, sino que se debían tener en cuenta variables muy importantes como la cultura, la religión y otros componentes de un sistema de creencias profundamente diferente del nuestro.

En la misma época, Daniel Goleman escribió sobre el tema de la diagnosis no presencial. En su artículo («Experts Differ on Dissecting Leaders' Psyches from Afar», The New York Times, 19 de enero de 1991, pág. C1 y sigs.), Goleman citaba al doctor Jerrold Post, profesor de psiquiatría y política de la George Washington University. En testimonio al Senado de Estados Unidos, el doctor Post dibujó al presidente iraquí como un hombre que «sufre de "narcisismo maligno", un grave trastorno de la personalidad que lo convierte en una persona pomposa, paranoide y despiadada». A partir de ese momento, para todo el mundo —incluso para los absolutamente profanos— Hussein era esa persona descrita por Post. El 13 de febrero de 1991, el diputado Robert Dornan hizo una aparición en la CNN para decir que Hussein era un «sociopsicópata».

En su artículo del The New York Times, Goleman mostraba que los perfiles psicológicos de los personajes públicos se basan en las teorías freudianas y, aunque han sido considerados de gran valor por el gobierno de Estados Unidos, los expertos difieren en cuanto a su validez. Concretamente, en el caso de Hussein, «los críticos concluyen que también son plausibles otras interpretaciones y que el diagnóstico [de Post] está basado en escasa evidencia».

De todas formas, Post usó su diagnóstico para describir la psique de Hussein y para predecir sus acciones futuras. De hecho, anunció: «Hussein se echará atrás antes de que expire el ultimátum, justo en el último minuto» (ultimátum que le había impuesto el entonces presidente Bush —el 15 de enero— para que se retirase de Kuwait).

Los hechos demostraron lo contrario: Hussein siguió adelante. Post aceptó que existen limitaciones en las predicciones extraídas a partir de un diagnóstico clínico: «Hablamos de patrones y tendencias. Podemos decir cómo ha reaccionado alguien a una crisis pasada, pero, basándonos sólo en la personalidad, no podemos hacer predicciones absolutas».

Como interesante contraste, podemos citar la noticia de la Canadian Broadcasting Corporation del 17 de febrero de 1991, en la que un iraquí dijo: «Bush quiere matar a todos los árabes. Es un psicópata».

> Una mujer, madre de un presunto psicópata, leyó en un periódico algo acerca de mi trabajo, así que me telefoneó y me dijo: «Leí su artículo y, por lo que dice en él, creo que mi hijo es un psicópata». Después me preguntó si podía pasarle el Psychopathy Checklist al hijo en cuestión, el cual cumplía una condena de tres años por robo. Le contesté que no me era posible y que, en cualquier caso, un diagnóstico de psicopatía le pondría las cosas más difíciles para conseguir una reducción de la pena. «Pero ésa es la cuestión —exclamó ella—. ¡Yo no quiero que salga! Siempre ha sido un problema para nosotros. Cuando tenía 7 años abusó de su hermana pequeña. Hacia los 9 años, la policía pasaba tanto tiempo en casa que llegué a conocer a todo el cuerpo por su nombre. Ahora está en la cárcel por robar en la empresa de su padre.»

Con todos ustedes, «el doctor Muerte»

El potencial destructivo de las etiquetas diagnósticas en los juicios queda muy bien ilustrado con el caso del doctor James Grigson, un psiquiatra texano conocido en la literatura psicológica y popular como «doctor Muerte». La categoría más grave de asesinato en Texas tiene sólo dos posibles sentencias: cadena perpetua o muerte. Cuando se declara culpable a alguien por ese delito, el jurado lleva a cabo un procedimiento especial para determinar la sentencia. Para decidirse por la pena capital, los miembros del jurado tienen que estar de acuerdo en tres «puntos especiales»:

> 1. que el asesino haya buscado «deliberadamente» la muerte de su víctima,
> 2. que exista la posibilidad de que el acusado cometa actos criminales violentos en el futuro,
> 3. que no haya habido una «provocación» que disparase la conducta criminal del acusado.

El punto especial n° 2 —la cuestión de la peligrosidad—es el que acarrea más problemas de los tres. En un artículo acerca de Grigson,[148] Ron Rosenbaum escribe:

> Ahí es donde entra en juego el médico. Se pone de pie, escucha la lista de hechos acerca del crimen y después —normalmente sin examinar al defendido, sin ni siquiera haberle visto la cara hasta el día del juicio— le dice al jurado que, basándose en la ciencia, puede asegurar que el inculpado seguirá siendo un peligro para la sociedad tal y como lo define el punto especial n° 2. Eso es todo lo que se necesita (pág. 143).

Para documentarse debidamente, Rosenbaum pasó dos días con Grigson, durante los cuales testificó en tres juicios con sentencia de pena capital (su testimonio dio lugar a que el jurado decidiese la ejecución en los tres casos). Su descripción del doctor en el estrado es muy preocupante para cualquier investigador o clínico. En la jerga legal, cuando no se lleva a cabo un examen detallado del acusado se habla de «valoración hipotética». El fiscal describe verbalmente al delincuente a partir de su expediente policial y otros informes. Después pregunta al médico, basándose en esa descripción:

«En su opinión profesional, ¿qué probabilidades tiene el acusado de cometer actos delictivos violentos en el futuro, constituyendo así una amenaza para la sociedad?».

En el caso de Aaron Lee Fuller, encarcelado por entrar a robar en el hogar de una anciana, pegarle hasta la muerte y abusar del cadáver, el fiscal le preguntó a Grigson si un hipotético asesino como Fuller, el acusado, mataría de nuevo:

> «Por favor, ¿cuál es su opinión?».
>
> «No hay ninguna duda, ninguna, de que un individuo como el que ha descrito usted, que protagoniza una escalada de violencia tal, cometerá más actos de violencia en el futuro y representa una amenaza seria contra la sociedad en la que se encuentra.»
>
> «Quiere decir que será una amenaza para cualquier sociedad, incluso la de la cárcel?»
>
> «Sin ninguna duda. Si, señor. Hará allí lo mismo que ha hecho fuera» (pág. 166).

148Ron Rosenbaum, «Travels with Dr. Death», Vanity Fair mayo de 1990.

Eso es todo, puntualiza Rosenbaum. Ya se disponía de todo el testimonio «médico» y «científico» que el jurado necesitaba —en cualquier caso, todo el que tendrían— para justificar que Aaron Lee Fuller era demasiado peligroso para vivir, más allá de toda esperanza de redención. Por lo tanto, debía ser ejecutado.

Grigson, con sus «valoraciones hipotéticas», describía a los inculpados como «graves sociópatas», pero es evidente que empleaba el término como sinónimo de psicópata.

En un artículo sobre la ética de predecir la peligrosidad,[149] Charles Ewing nos informa de que Grigson testificó en más de setenta vistas de pena capital, sesenta y nueve de las cuales resultaron en ejecuciones. Y, según este autor, Grigson «no es el único». Los jurados suelen basar sus decisiones en la opinión de expertos de este tipo.

La Corte Suprema de Estados Unidos acepta como admisible el testimonio experto de los psiquiatras, a condición de que especifiquen que sólo se trata de su opinión. El sistema judicial permite que tal opinión sea contrastada con la de otros expertos, pero algunos son más convincentes que otros. Rosenbaum, por ejemplo, pone de manifiesto que Grigson es uno de los expertos más vistosos que hay. Tiene el carisma necesario para superar cualquier obstáculo que se le pone delante y así convence al jurado de que su punto de vista es el acertado.

De todas formas, el enfoque de Grigson es, como mínimo, inusual. El procedimiento diagnóstico apropiado, como definen las asociaciones psicológicas y psiquiátricas, requiere un examen cuidadoso, una búsqueda de pruebas y el seguimiento de criterios ampliamente aceptados y, en definitiva, fiables.

> Un psiquiatra forense de un Estado del Sur me contó recientemente que fue capaz de argumentar con éxito que su cliente, a quien había diagnosticado psicopatía, no era responsable de un asesinato porque «su investigación muestra que los psicópatas sufren de una lesión cerebral orgánica». Pronto adiviné que se refería a un estudio neuropsicológico que había publicado recientemente y en que concluíamos que los psicópatas no sufrían de una lesión cerebral orgánica, tal y como definen las pruebas estándares. Su testimonio ante el jurado estaba basado en una errónea lectura de nuestro estudio.
>
> El error del psiquiatra fue un salvavidas para su cliente: se libró de la pena de muerte.

Bajo mi punto de vista, los procedimientos diagnósticos de Grigson y sus fáciles conclusiones son muy criticables desde un punto de vista científico y clínico y, además, reflejan una extraña creencia en su propia infalibilidad. Es evidente que podemos equivocarnos incluso bajo las condiciones más ideales, con acceso a información de primera y usando criterios diagnósticos estrictos. Cuando un diagnóstico va a tener profundas implicaciones en la vida de una persona, debemos asegurarnos de que lo hemos hecho con propiedad, dentro de unos límites aceptables. También debemos tener en cuenta que si fuese posible hacer diagnósticos perfectos (que no lo es), su habilidad para predecir reincidencias o violencia es limitada, sencillamente porque las variables que constituyen un diagnóstico representan sólo una fracción de los factores individuales, sociales y ambientales que determinan la conducta antisocial. A pesar de todo, hay evidencias de que un buen diagnóstico de la psicopatía, basado en el Psychopathy Checklist, reduce en gran medida el riesgo de las decisiones del sistema judicial. Bien usado, puede ayudar a diferenciar a los delincuentes que presentan poco riesgo para la sociedad de aquellos con grandes probabilidades de volver a delinquir o usar la violencia.

149Charles P. Ewing, «"Dr. Death" and the case for an ethical ban on psychiatric and psychological predictions of dangerousness in capital sentencing proceedings», American Journal of Law and Medicine, n° 8, 1983, págs. 407-428.

La eficacia de una herramienta depende de la habilidad del usuario

El Psychopathy Checklist es una herramienta predictiva y descriptiva y ha sido empleada para muchos propósitos diferentes. Sin embargo, tener una herramienta y usarla apropiadamente son dos cosas distintas. El siguiente ejemplo ilustra los peligros de usar mal esta herramienta diagnóstica.

El doctor J., psiquiatra forense, bien conocido como testigo experto de la fiscalía, testificó durante determinada vista oral. En su opinión, el delincuente, con varias condenas a sus espaldas por crímenes violentos, era un peligro para la sociedad. Esta opinión se basaba en el expediente criminal del sujeto y en la determinación del doctor J. de que ese hombre era un psicópata, tal y como se halla definido en el Psychopathy Checklist. El informe del doctor J. (y su testimonio) era uno de los principales argumentos del fiscal para describir al inculpado como delincuente peligroso y sentenciarlo a cadena perpetua.

El delincuente estaba representado por un joven abogado de un prestigioso despacho. Su tarea era decididamente complicada debido a la formidable reputación del doctor J. El joven abogado conocía a uno de mis alumnos, el cual me habló del caso y me enseñó una copia del informe que el doctor J. había entregado en el juzgado. Yo tenía algunas reservas acerca del informe y el abogado me pidió que llevásemos a cabo una evaluación independiente por nuestra cuenta. Dos de mis colaboradores, con mucha experiencia en la administración del Psychopathy Checklist, le pasaron la prueba al acusado. Los dos concluyeron que no era psicópata.

Yo mismo les expliqué al abogado y después al tribunal los procedimientos para administrar y puntuar el Psychopathy Checklist. El abogado examinó después cómo el doctor J. había usado el Psychopathy Checklist y estableció que el psiquiatra, en realidad, no había seguido las instrucciones especificadas en el manual. En vez de eso, había usado el Psychopathy Checklist como una especie de marco para defender su opinión profesional y para aprovechar la extensa literatura científica de que se disponía ya entonces. (Esto no es una práctica inusual entre los clínicos, es decir frecuentemente usan criterios diagnósticos formales como guía para defender sus opiniones basadas en su experiencia clínica.) El juez rechazó el diagnóstico del doctor J. y denegó la petición del fiscal de sentenciar al acusado a cadena perpetua.

Los problemas éticos que hemos tratado en este capítulo parten de dos fuentes: la falta de procedimientos científicos y las prácticas clínicas cuestionables. Los diagnósticos producen etiquetas que tienden a quedarse para siempre; malas predicciones basadas en diagnósticos inexactos pueden resultar en confusión y desastre. El antídoto al problema, la manera de prevenir el fracaso, se halla en el adecuado uso de procedimientos derivados de sólidas investigaciones científicas. Cualquier otra cosa es inaceptable.

Capítulo 12
¿SE PUEDE HACER ALGO?

Querida Ann Landers: le escribo esta carta en nombre de mi hermana, madrastra de un chico de 22 años que acaba de abandonar la escuela secundaria. A este chico le llamaré Denny. El padre se divorció de su primera esposa cuando Denny era tan sólo un niño. Ahora lleva siete años casado con mi hermana.

No quiero saber cuánto dinero se ha gastado mi hermana en ese chico. Para empezar, 10.000 dólares en un internado militar del que fue expulsado por mentir y robar. Después, tutores para que le ayudasen en los estudios, etc. También acudió a tres psicólogos que le dijeron que Denny estaba lleno de hostilidad. Y no sólo eso. También le han examinado médicos que han descartado problemas físicos.

Denny ha vivido con varias personas: mi hermana y su marido, su abuela y su madre auténtica. Ahora vive con una tía. No trabaja ni paga alquiler. Mientras lo mantengan, es completamente feliz.

Mi hermana y mi cuñado le han buscado empleo muchas veces, pero no aguanta ni dos días en un trabajo. En realidad han hecho de todo, le han apoyado en su interés por los deportes y otras actividades, pero nada. Ahora ya no saben qué hacer con él.

Y algunas buenas cualidades sí tiene. Por ejemplo, no bebe ni toma drogas. Sin embargo, ha sido cruel con los perros y caballos de mi hermana. Me han dicho que le han visto golpeándolos.

¿Cómo podemos motivar a este chico? Tememos que, si no hacemos algo, siga el camino del delito.

Contra las cuerdas en Virginia

Querida Virginia: ¿por qué habría de trabajar una persona de 22 años cuando puede vivir gratis a costa de sus parientes? Obviamente, Denny ha sido malcriado.

Se trata de un joven enfadado, desequilibrado, cuya vida va a ser una letanía de problemas a no ser que acceda de buena gana a seguir una terapia y a hacer las paces consigo mismo. Costará mucho, pero te aseguro que vale la pena. El próximo paso es que se saque su diploma de secundaria.

Enséñale esta columna y pregúntale si quiere escribirme. Me gustará oír cómo le va.

ANN LANDERS, Press Democrat, 8 de enero de 1991

No sé si «Contra las cuerdas en Virginia» tiene un «chico» psicópata en sus manos. Pero si lo tiene, nos hallamos ante una respuesta equivocada, característica de los profanos en estos temas: deje de malcriado y llévelo a terapia. Y no digamos ya intentar convencerle de que escriba a Ann Landers.

Se trata de un intento de solución bien intencionado que la mayoría de la gente con recursos económicos estará inclinado a llevar a cabo. Pero si la persona en cuestión cumple

los criterios que definen al psicópata, tal intento esta destinado a fracasar (a no ser que el terapeuta, las circunstancias y el paciente sean muy especiales).

> Hace más de veinte años, en un libro dirigido a psiquiatras y psicólogos, escribí lo siguiente:
>
> [Con] pocas excepciones, las formas tradicionales de psicoterapia se han demostrado ineficaces en el tratamiento de la psicopatía, incluidos el psicoanálisis, la terapia de grupo, la terapia centrada en el cliente y el psicodrama. Tampoco las terapias biológicas, incluidas la psicocirugía, el electrochoque y los fármacos, han tenido más éxito.[150]

En el momento de escribir este libro, a principios de 1993, la situación con respecto al tratamiento de la psicopatía sigue siendo la misma. Casi todos los autores están de acuerdo en que el capítulo más corto de un libro sobre psicopatía es el que corresponde al tratamiento. La mayoría de libros y artículos científicos llegan a la conclusión de que «no se ha encontrado todavía ningún tratamiento efectivo».

Sin embargo, con nuestras instituciones sociales amenazadas por el aumento de la delincuencia y nuestro sistema legal, sanitario y carcelario sobresaturado hasta la parálisis, es esencial que continuemos cuestionándonos los métodos para reducir el enorme impacto que tienen los psicópatas en nuestra sociedad.

> Los clínicos frecuentemente describen a los psicópatas como individuos dotados de poderosos mecanismos de defensa que sofocan perfectamente la ansiedad y el miedo. La investigación de laboratorio apoya esta versión y sugiere que debe de haber una base biológica detrás de esa habilidad para controlar el estrés. Suena como si tuviésemos que envidiarles. Sin embargo, lo malo del asunto es que la línea que separa la valentía y la temeridad es muy delgada: los psicópatas están siempre metiéndose en líos, en gran medida porque su conducta no se ve motivada por la ansiedad o por las claves que les avisan del peligro. Es como si llevasen gafas de sol por la noche, parecen estar «a la moda», pero se pierden lo que pasa a su alrededor.
>
> Recientemente han salido a la luz algunos sorprendentes ejemplos de psicópatas que consiguen estar tranquilos en situaciones extremadamente aterradoras. Jeffrey Dahmer, el incalificable asesino de Milwaukee, entre cuyos crímenes se cuenta el asesinato en serie, la mutilación y el canibalismo, es uno de los más espectaculares. En una ocasión, la policía acudió a su apartamento alertada por el vecindario. Al parecer, le habían visto forcejear con un adolescente desnudo y ensangrentado. Dahmer, con una calma total, convenció a la policía de que se trataba de su amante adulto y que, aunque habían discutido un poco, todo estaba bajo control. En cuanto la policía se marchó, asesinó al muchacho. Durante el juicio, en el que se declaró culpable, pero mentalmente trastornado (el jurado estimó que estaba sano), surgieron otros casos en los que había exhibido semejante sangre fría. En otra ocasión, según cuenta un reportaje de Associated Press (11 de febrero de 1992), Dahmer llevaba en su coche el cuerpo de una víctima. Destino: el basurero municipal. Por casualidad, se encontró con un control rutinario de la policía. Cuando el oficial apuntó con la linterna a la bolsa de plástico que contenía el cadáver, Dahmer calmadamente dijo que estaba nervioso por el divorcio de sus padres y que estaba dándose un paseo en coche. El bulto era basura que llevaba, de paso, al vertedero. No hizo falta más: se le permitió seguir su camino.

150Robert Harr, Psychopathy: Theory and Research, Nueva York, Wiley 1970, pág. 110 (trad. cast.: La psicopatía, Barcelona, Herder, 1984).

¿Por qué parece que nada funciona?

Una asunción básica de toda psicoterapia es que el paciente necesita y desea que le ayuden. Sus problemas emocionales y psicológicos son dolorosos o le hacen la vida difícil: ansiedad, depresión, baja autoestima, timidez, pensamientos obsesivos, conductas compulsivas, por nombrar unos cuantos. Una terapia exitosa también requiere que el paciente colabore activamente con el terapeuta a la hora de buscar alivio para sus síntomas. Resumiendo, el paciente debe reconocer que hay un problema y debe querer hacer algo al respecto.

Y ahí está la piedra angular del problema: los psicópatas no sienten que tienen problemas emocionales o psicológicos y no ven razón para cambiar su conducta para adaptarse a unos estándares sociales con los que no están de acuerdo.

Los psicópatas están generalmente satisfechos con ellos mismos y con su paisaje interior, por mucho que éste pueda ser sombrío para los observadores externos. Ellos no ven qué mal hacen con su vida, casi no experimentan malestar y encuentran que su conducta es racional, gratificante y satisfactoria; nunca miran hacia atrás con arrepentimiento o hacia adelante con preocupación. Se perciben a sí mismos como seres superiores en un mundo hostil en el que todos compiten por los recursos y el poder existente. Los psicópatas se sienten legitimados para manipular y engañar a los demás y así gozar de sus «derechos». Sus interacciones sociales están planeadas para ser ellos quienes aprovechen la malevolencia general que ven en la sociedad. Dadas esas actitudes, no es sorprendente que el propósito de la mayoría de los enfoques psicoterapéuticos no tenga efecto con los psicópatas.

También hay otras razones por las que los psicópatas son tan malos candidatos para la terapia. Consideremos lo siguiente:

— Los psicópatas no son individuos «frágiles». Lo que piensan y hacen es consecuencia lógica de la estructura de una personalidad sólida como una roca, extremadamente resistente a la influencia exterior. Cuando inician la terapia, sus patrones de actitud y de conducta suelen estar bien atrincherados y son difíciles de cambiar, incluso bajo las mejores circunstancias.

— Muchos psicópatas se ven protegidos por su familia o sus amigos. Así, su conducta puede permanecer oculta y sin castigo. Otros, más hábiles, se las arreglan para pasar por la vida sin muchos inconvenientes. Incluso aquellos que son castigados por sus transgresiones suelen culpar al sistema, al prójimo o al destino de sus apuros. A todos, menos a ellos mismos. Muchos, simplemente, disfrutan de su estilo de vida.

— A diferencia de otros individuos, los psicópatas no buscan ayuda por su cuenta. Normalmente, son sus desesperados familiares quienes les empujan a que inicien una terapia. Otras veces, son obligados por una orden judicial o se les impone como condición para obtener la libertad condicional.

— Una vez en terapia no suelen hacer más que cumplir con las formalidades. Son incapaces de mostrar la más mínima intimidad emocional o búsqueda interior. Las relaciones interpersonales, cruciales para el éxito terapéutico, no tienen valor intrínseco para el psicópata.

El siguiente párrafo es una descripción de los psicópatas como pacientes por parte de un abatido psiquiatra (él utiliza el término «sociópata»):

> [...] los sociópatas no tienen ningunas ganas de cambiar y consideran que los intentos de comprensión de su vida interior son excusas. No tienen una concepción del futuro, muestran gran resentimiento frente a la autoridad (incluidos los terapeutas), detestan estar en una situación de inferioridad, consideran la terapia como un chiste y a los terapeutas como objetos a los que

engañar, amenazar, seducir o usar.[151]

Como vemos, no es exactamente la introspectiva búsqueda de comprensión personal y alivio que el terapeuta espera encontrar en el paciente. Los psicópatas tienden a querer marcar el ritmo de la terapia y muchos terapeutas les dejan hacerlo.

— La mayoría de programas terapéuticos hacen poco más que darles a los psicópatas excusas y racionalizaciones para su conducta y nuevas ideas para atacar la vulnerabilidad humana. Pueden aprender nuevas y mejores maneras de manipular a la gente, pero no cambian su propia visión y sus actitudes. No les interesa entender que los demás piensan, sienten y tienen derechos. En particular, los intentos de enseñar a los psicópatas a que «sientan realmente» remordimiento y empatía están condenados al fracaso.

Estas funestas conclusiones se aplican tanto a las terapias individuales, en las que el terapeuta y el paciente interactúan frente a frente, como a la terapia de grupo, en que la gente con diferentes problemas trata de aprender nuevas maneras de pensar y sentir acerca de sí mismos y de los demás.

— Como decía antes, los psicópatas frecuentemente dominan las terapias individuales y de grupo, imponiendo su visión e interpretación a los otros miembros. Por ejemplo, el coordinador de un programa terapéutico de la cárcel decía de uno de los reclusos (que puntuó alto en el Psychopathy Checklist) : «Se niega a hablar de temas que no ha sacado él. No le gusta que le confronten o pregunten acerca de su conducta. [...] No quiere ver que está bloqueando la comunicación y que domina la terapia de grupo con sus larguísimos monólogos, que sólo evitan hablar de su propia conducta». El psiquiatra escribió en el informe de ese recluso psicópata: «Estoy seguro de que ha mejorado. Acepta la responsabilidad de sus actos». Y un psicólogo escribió: «Ha hecho avances importantes. [...] Parece más preocupado por los demás y ha abandonado gran parte de sus ideas delictivas». Dos años después de estos optimistas comentarios, el interno fue entrevistado por una estudiante de posgrado que trabajaba en uno de nuestros proyectos de investigación. Según ella, se trataba del más terrorífico delincuente que se había conocido jamás y que se jactaba de haber engañado a todo el personal haciéndoles creer que se estaba rehabilitando. «No puedo creer a estos tipos —decía el delincuente—. ¿Quién les ha dado el título? ¡No les dejaría ni psicoanalizar a mi perro! Les daría gato por liebre, como he hecho.»

> Un hombre de 44 años con cincuenta y cinco condenas por fraude, falsificación y robo en tres países diferentes intentaba evitar la deportación de Canadá con el argumento de que se había rehabilitado. Afirmaba que su reciente amistad con una mujer ciega de 76 años le había hecho cambiar. Un informe psiquiátrico de 1985 le describía como un hombre «agradable, cortés, inteligente y entusiasta», pero también como un mentiroso patológico «con un trastorno de la personalidad enraizado en él». El abogado del departamento de Inmigración se refería a él como «un mentiroso patológico que puede encandilar hasta a un árbol centenario», «un mentiroso crónico [...] que no puede separar ficción de realidad», en resumen, un impostor típico. El abogado apuntó que el hombre en cuestión había estado en libertad condicional en Estados Unidos a finales de la década de 1980, había violado la libertad condicional y había huido a Canadá para instalarse en Vancouver, «dejando a su paso una retahíla de cheques sin fondos por todo el país». Lo curioso es que ahora asegura haber cambiado su vida gracias a las sesiones de meditación del centro cristiano que dirige la mujer ciega antes mencionada. Sus afirmaciones de que se ha rehabilitado contrastan con las informaciones de testigos que dicen que sigue entregando cheques sin fondos. Según éstos, no paga ni una sola de sus cuentas (de un artículo de Moira Farrow, The Vancouver Sun, 2 de marzo de 1991).

151J. S. Maxmen, Essential Psychopathology, Nueva York, W. W. Norton, 1986.

La terapia los puede empeorar

En la mayoría de las cárceles, se aplica determinada forma de terapia de grupo como parte de las condenas dictadas por los jueces. La terapia de grupo, a veces, está inscrita en un programa más amplio de «intervención comunitaria», en la que a los internos o pacientes se les da considerable responsabilidad sobre la dirección de sus vidas. El personal de la prisión forma parte integral de la comunidad y se les forma para que puedan atender las necesidades de los pacientes, para que aprendan a tratarlos de manera humanitaria y respetuosa. Tales programas son intensivos y muy caros, tanto por los materiales como por los profesionales que se requieren, y dan buenos resultados con la mayoría de delincuentes. Pero no funcionan con los psicópatas.

Llegamos a esta conclusión tras analizar varios estudios sobre pacientes presidiarios participantes en programas terapéuticos comunitarios. En todos los casos, los pacientes fueron evaluados con el Psychopathy Checklist.

— En uno de los estudios, se halló que los psicópatas no estaban suficientemente motivados. Dejaron el tratamiento antes de tiempo y aportaron poco beneficio al programa. Cuando salieron de la cárcel, su vuelta a la misma fue más rápida que la de los otros pacientes.[152]
— En otro estudio, se halló que los psicópatas cometieron casi cuatro veces más delitos violentos al salir de la cárcel que los otros pacientes del mismo programa terapéutico[153]; Pero no sólo sucedió que el programa no fue terapéutico para esos pacientes psicópatas, ¡probablemente los empeoró! Los psicópatas que no formaron parte del programa fueron menos violentos al salir de la cárcel que la unidad que sí participó.

A primera vista, este hallazgo puede parecer extraño. ¿Cómo puede ser que la psicoterapia pueda empeorar a una persona? Pero este resultado no sorprende a los que dirigen los programas. Estos suelen informar de que los psicópatas normalmente dominan los procedimientos terapéuticos y rivalizan con los coordinadores del programa y otros pacientes para «ser los líderes». «Tú violas a las mujeres porque inconscientemente quieres vengarte de lo que tu madre te hizo», dice pedantemente el psicópata a otro paciente. Por su parte, ofrece pocos datos sobre su propia conducta.

Desafortunadamente, estos programas terapéuticos sólo proporcionan al psicópata mejores estrategias para manipular, engañar y utilizar a la gente. Como decía uno de ellos: «Esos cursos son como ir a la escuela de nuevo. Te enseñan cómo estrujar a la gente».

También son una fuente de excusas fáciles para la conducta del psicópata: «Abusaron de mí cuando era niño» o «Nunca aprendí a estar en contacto con mis sentimientos». Estas autocomprensiones después de los hechos explican muy poco, pero suenan muy bien para aquellos que están dispuestos a creerles. Constantemente me sorprendo de cuán fácilmente se puede engañar a algunos profesionales con tales explicaciones.

Las terapias de grupo y los programas terapéuticos comunitarios no son la única fuente de nuevas tácticas que usan los psicópatas para convencer a los demás de que han cambiado. También suelen valerse de los programas de la cárcel destinados a mejorar su educación; los cursos sobre psicología, sociología y criminología son muy populares entre

152J. R. Ogloff, S. Wong y A. Greenwood describen el programa de tratamiento en «Treating criminal psychopaths in a therapeutic community program», Behavíoral Sciences and the Law, 8, 1990, págs. 81-90. Una vez acabado el programa, J. Hemphill determinó la tasa de reincidencia en Recidivism of Crimínal Psychopaths After Therapentic Community Treatment, tesina inédita, Facultad de Psicología, University of Saskatchewan, Saskatoon, Canadá, 1991.

153G. T. Harris, M. E. Rice y C. A. Cormier, «Psychopathy and violent recidivism», Law and Human Beltavior, n° 15, 1991, págs. 625-637.

ellos. Esos cursos, como las terapias, pueden proporcionar a los psicópatas el conocimiento suficiente para manejar términos y conceptos —palabras vacías, para ellos— relacionados con procesos personales y emocionales, lo cual les permite fingir que se han rehabilitado o «convertido».

Jóvenes psicópatas

Desde un punto de vista lógico, la mejor oportunidad para reducir el impacto de la psicopatía adulta en la sociedad es atacar el problema lo antes posible. Sin embargo, los esfuerzos en esa dirección no han tenido mucho éxito. El sociólogo William McCord, después de estudiar muchos programas de tratamiento, llegó a la conclusión de que «los intentos por apartar a la persona de su patrón de conducta psicopática cuando es joven» generalmente no han tenido éxito.[154] Aun así, hipotetizó que habría alguna esperanza en los casos en que el ambiente social y físico del individuo cambiaba por completo y se dedicaban todos los recursos de la institución a conseguir cambios fundamentales en sus actitudes y conductas. Los resultados de tal programa, descrito en detalle por McCord, no son muy optimistas. Aunque las actitudes y conductas de los adolescentes psicópatas mejoraron durante y después del programa, el efecto se disipaba a medida que se hacían mayores.

En un futuro no muy lejano, cuando sepamos más acerca del origen de la psicopatía, es posible que la situación cambie. De hecho, algunos psicólogos han desarrollado programas de intervención con bastante éxito a la hora de cambiar las actitudes y el comportamiento de niños y adolescentes con diferentes problemas de conducta. Muchos de esos programas no sólo tratan al niño, sino también a la familia y el contexto social en el que se da el problema.[155]

Si aplicamos esos programas en edades tempranas, es muy posible que logremos modificar las pautas de conducta antisocial de los «psicópatas en ciernes». Quizá sea posible reducir su

---

154William McCord, T he Psychopath and Millieu Therapy, Nueva York, Academic Press, 1982, pág. 202.

155Existen muchos libros que describen procedimientos y programas para tratar problemas de conducta en niños. Algunos de ellos son:

— E. A. Blechman, Solving Child Behavior Problems at Home and al School, Champaign, 11, Research Press, 1985 (trad. cast.: Cómo resolver problemas de comportamiento, Barcelona, CEAC, 1990). Un libro de ejercicios orientado a tratar los problemas de conducta más comunes.

— S. W. Garber, M. D. Garber y R. F. Spitzman, Good Behavior: Over 1200 Sensible Solutions to Your Child's Problems from Birth to Age Twelve, Nueva York, Villard Books, 1987 (trad. cast.: Portarse bien, Barcelona, Medici, 1989). Un excelente libro de referencia sobre muchos problemas de conducta infantil. Expone los principios y estrategias preventivas básicas relacionadas con los problemas de conducta. También incluye un apartados sobre los problemas de conducta más serios y da consejo sobre como buscar ayuda profesional.

— H. Kohl, Growing with Your Children, Nueva York, Bantam, 1981. Una guía práctica para padres. Trata de temas como la disciplina, la violencia, la autoimagen y la justicia.

— J. Wyckoff y B. C. Unell, Discipline Without Shouting or Spanking: Practical Solutions to the Most Common Preschool Behavior Problems, Nueva York, Meadowbrook Books, 1984 (trad. cast.: Educar con mucha pa-ciencia, Madrid, Alfaguara, 2000). Un libro práctico que describe las ideas erróneas más comunes sobre los alumnos de preescolar (por ejemplo, berrinches, rivalidad entre hermanos, desorden y resistencia a irse a dormir a una hora fija).

— E. A. Kirby y I.. K. Grimley, Understanding and Treating Attention Deficit Disorder, Nueva York, Pergamon Press, 1986. Un buen libro de referencia para padres que intentan educar a un hijo hiperactivo.

agresividad y su impulsividad enseñándoles estrategias para satisfacer sus necesidades de una manera más prosocial.

El éxito del tratamiento

Prácticamente todos los estudios sobre la efectividad de los tratamientos para psicópatas se basan en programas penitenciarios, de hospitales psiquiátricos o dirigidos a personas con problemas con la ley. Muchos de esos programas son intensivos, bien establecidos y llevados a cabo bajo condiciones razonablemente buenas. Y aun así, muchas veces, son inefectivos.

Ahora bien, imaginemos que estos programas fuesen muy efectivos. El problema sería entonces cómo aplicarlos a esos millones de psicópatas que no tienen problemas con la ley. Las probabilidades de que un psicópata de la calle llegue a contemplar la idea de apuntarse a uno de esos programas son prácticamente inexistentes. Y la sociedad no tiene medios para obligarles a hacerlo.

De vez en cuando, llega a nuestros oídos que tal o cual procedimiento parece haber tenido éxito con un psicópata. Por ejemplo, en los últimos años, varias personas me han contado que han conseguido mejorar considerablemente la conducta del psicópata con el que viven. No pueden entender por qué la noticia no me llena de alegría.

Quizás hayan logrado un cambio terapéutico, pero, en esos casos, no hay manera de determinarlo. ¿Se trata realmente de un sujeto psicópata? ¿Mejoró al llegar a la mediana edad, una edad en la que algunos psicópatas progresan espontáneamente? ¿Y cómo sabemos que fue el psicópata quien cambió? Mucha gente cree que el psicópata mejora y lo que sucede es que han sido ellos quienes han variado su conducta. Ahora tratan al psicópata de otra manera.

Por ejemplo, una mujer con un marido psicópata puede decir que ahora no es tan malo como antes. Pero lo que ha sucedido en realidad es que ella ha aprendido a manejar el problema evitándolo o trabajando a todas horas para satisfacer sus necesidades y demandas. Es posible que haya sacrificado sus aspiraciones para reducir el conflicto y la tensión de la relación.

En resumen, no podemos tomarnos seriamente las pretensiones de que un tratamiento ha sido efectivo a no ser que se base en estudios empíricamente controlados.

Entonces, ¿sencillamente debemos abandonar?

Por muy negra que esté la situación, hay varios puntos que debemos considerar antes de calificar a los psicópatas de intratables o imposibles de controlar:

— Primero, a pesar de los cientos de intentos de tratar a esos individuos y de la gran variedad de técnicas empleadas, ha habido muy pocos programas que cumplieran con la metodología científica necesaria. Este es un punto importante porque significa que la evidencia en la que basamos nuestras conclusiones no es muy creíble. Esto vale tanto para los informes que dicen que un programa ha funcionado como para los que afirman lo contrario. La mayor parte de lo que conocemos se basa en estudios de casos únicos, procedimientos diagnósticos y metodológicos pobres e inadecuados programas de evaluación. De hecho, el estado de la bibliografía sobre el tratamiento de la psicopatía es espantoso.

Quizá lo más frustrante al leer los estudios sobre estos tratamientos es que los procedimientos de diagnóstico son inadecuados o tan vagos que es imposible determinar si un problema determinado tiene que ver con la psicopatía.

Otro problema recurrente al intentar evaluar un tratamiento es el hecho de que no se usan adecuados grupos de control (o de comparación). Sabemos que la conducta de muchos psicópatas mejora con la edad y es importante saber hasta qué punto un programa terapéutico produce los efectos deseados o los beneficios son producto del paso del tiempo.

— Segundo, pocos programas de tratamiento están diseñados específicamente para psicópatas y los pocos que hay tienen que ver con temas administrativos, gubernamentales y políticos que acaban siendo una cosa muy distinta de lo que se planteaba en un principio. El hecho es que no basta que un programa tenga una buena metodología, sino que también tiene que llevarse a la práctica y ser evaluado adecuadamente.

— El tercer punto es que algunos de nuestros esfuerzos para tratar a los psicópatas pueden estar fuera de lugar. El término «tratamiento» implica que hay algo que tratar: enfermedad, malestar subjetivo, conductas desadaptativas, etc. Pero, por lo que podemos determinar, los psicópatas están perfectamente felices con ellos mismos y no ven la necesidad de seguir un tratamiento, al menos en el sentido tradicional del término. Resulta mucho más fácil cambiar las actitudes y la conducta de la gente cuando no están contentas consigo mismas que cuando se consideran normales y lógicas.

Pero ¿no es su conducta desadaptativa? La respuesta es que puede ser desadaptativa para la sociedad, pero adaptativa para ellos. Cuando le pedimos a un psicópata que modifique su conducta de manera que se adapte a nuestras expectativas y normas, podemos estar pidiéndole que haga algo que va contra su «naturaleza». Puede ser que acceda, pero sólo si cree que le va a servir para sus intereses personales. Los programas diseñados para cambiar la conducta de los psicópatas tienen que tener esto en cuenta si no quieren fracasar estrepitosamente.

> «Todo el mundo jura que no se puede tratar a los psicópatas. Vaya tontería —decía Joseph Fredicks, un homosexual pedófilo cuya historia de violencia incluía el asesinato de un niño de 11 años—. Los psicópatas son tan humanos como cualquier otra persona. Son psicópatas porque son más sensibles que los demás. [...] No pueden soportar el dolor de ninguna clase. Ésa es la razón que les mueve (Canadian Press, 22 de septiembre de 1992).

Elementos de un nuevo programa

Ante la necesidad urgente de encontrar nuevas formas de tratar con los delincuentes psicópatas y el pesimismo reinante acerca de los tratamientos tradicionales, el gobierno canadiense me propuso recientemente el reto de diseñar un tratamiento experimental para ese tipo de delincuente. Acepté el reto por dos razones. Primero, como decía antes, porque los programas tradicionales han fracasado en muchos aspectos y ninguno aplica los últimos avances teóricos, clínicos, prácticos (en las cárceles) y de investigación. Segundo, porque existe una necesidad urgente de programas que puedan reducir la probabilidad de que un psicópata y otros delincuentes cometan actos violentos tanto en la cárcel como en la calle.

Lo que hice fue reunir a un grupo de expertos en psicopatía, psiquiatría, criminología, tratamientos correccionales y diseño y evaluación de programas.[156] Después de varias reuniones, decidimos que el objetivo de nuestros esfuerzos serían los psicópatas y aquellos otros delincuentes con tendencia a usar la violencia y esbozamos lo que podría ser un modelo de programa que pudiese tener un mínimo de éxito. El gobierno ha decidido, hace poco, seguir adelante con el programa y se están tomando las medidas necesarias para poner en marcha una unidad experimental en una institución federal.

Aunque en este libro no es posible proporcionar una descripción detallada del programa, sí podemos subrayar algunos principios generales. En un sentido amplio, estos principios se basan en la premisa de que la mayoría de los programas penitenciarios no funcionan en el caso de los psicópatas. La razón es que estos programas intentan devolver a la persona al camino correcto. Desde la perspectiva de la sociedad, los psicópatas nunca se han apartado del camino porque nunca han estado en él; bailan al ritmo de su propia música.

156Robert Hare, A Model Treatment Program for Offenders at High Risk for Violence, Ottawa, Canada, Correctional Service of Canada, Research Branch, 1992.

Esto significa que nuestro programa no dedicará muchos esfuerzos a intentar desarrollar empatía o conciencia en los psicópatas, sino que tratará de convencerles de que sus actitudes y su conducta actual no van a favor de sus intereses y que deben hacerse responsables de su comportamiento. Al mismo tiempo, intentamos mostrarles cómo usar sus fuerzas y habilidades para satisfacer sus necesidades de manera que la sociedad pueda tolerarlos.

Asimismo, es fundamental que el programa incluya un control muy estricto y una férrea supervisión, así como claras e irrevocables consecuencias ante las transgresiones del mismo, de las reglas institucionales o de la sociedad. Aprovechará e intentará acelerar, a su vez, esa mejora «espontánea» que experimentan los psicópatas con la edad.

Después de las distintas fases del programa se aplicará un control estricto y una intensa supervisión del sujeto una vez se reintegre en la sociedad.

El diseño del programa permitirá la evaluación empírica de una serie de componentes del tratamiento o módulos (qué funciona y qué no funciona para cada individuo en particular). Algunos componentes pueden ser efectivos con los psicópatas pero no con los otros delincuentes y viceversa. Los participantes en el programa serán debidamente comparados con un grupo de control (formado por individuos que no siguen ningún tratamiento) de delincuentes.

Un programa de este tipo será caro y siempre tendrá el peligro de erosión a causa de las cambiantes necesidades institucionales, la presión política y el interés de la comunidad. Y es probable que los resultados sean, al principio, modestos. Sin embargo, las alternativas —como mantener el gasto de tener a los delincuentes de alto riesgo en cárceles seguras o correr el riesgo de dejarles salir— no son muy atractivas.

Y si nada funciona, ¿qué?

Si tiene el lector alguna relación con un auténtico psicópata, es importante que tenga en cuenta que la prognosis actual en cuanto a una mejora significativa de su actitud es mala. Incluso si el programa experimental descrito arriba da frutos, no será de mucha utilidad para los psicópatas que no se encuentren en la cárcel o sujetos a un férreo control.

Si el lector está casado o vive con un psicópata, es posible que sospeche que las cosas no van a ir mejor. También puede sentirse atrapado por las circunstancias, incapaz de escapar sin poner en riesgo su propia persona o a los demás (especialmente a sus hijos). El problema es especialmente difícil —y peligroso— para las mujeres que viven con psicópatas con una fuerte necesidad de controlar y poseer a la gente. Muchas mujeres pueden pensar: «Si yo cambio quizá todo se arregle. Puedo intentarlo de verdad, no meterme en su vida, ser más tolerante, darle más». Sin embargo, como la bibliografía sobre los malos tratos a mujeres atestigua, tales cambios no suelen hacer más que reforzar y perpetuar el problema.

Por supuesto, la mejor estrategia, en primer lugar, es evitar enredarse con un psicópata. No hay duda de que se trata de algo más fácil de decir que de hacer, pero hay algunas cosas que podemos llevar a cabo para protegernos. Si no funcionan, lo único que nos queda es intentar minimizar el daño que nos puede infligir. El siguiente capítulo ofrece algunos consejos prácticos sobre cómo protegerse y cómo controlar los daños.

Capítulo 13
GUÍA DE SUPERVIVENCIA

La policía nos informa de que algunos ladrones pueden entrar hasta en la casa más segura. Sin embargo, también nos dice que el saber cómo trabajan los cacos, el sentido común y un buen sistema de alarma o un perro agresivo pueden reducir el riesgo de que nos roben. De la misma forma, aunque no podamos ser completamente inmunes a las maquinaciones de los psicópatas, existen algunas medidas que pueden reducir nuestra vulnerabilidad.

Protéjase a sí mismo

— Sepa con quién está tratando. Parece fácil, pero en realidad no lo es. Aunque este libro puede ayudar, toda la lectura del mundo no le protegerá de los efectos devastadores de los psicópatas. Todos, incluidos los expertos, podemos ser manipulados, timados y utilizados. Un buen psicópata puede hacer bailar a cualquiera al ritmo que le plazca.

Los psicópatas se encuentran en cualquier estrato de la sociedad y hay muchas posibilidades de que tengamos, a lo largo de nuestra vida, un humillante y doloroso encuentro con uno de ellos. Nuestra mejor defensa es entender la naturaleza de estos depredadores humanos.

— Intente no dejarse influir por las apariencias. No es fácil evitar los efectos de la sonrisa encantadora de los psicópatas, su cautivador lenguaje corporal y su conversación fluida. Todo ello nos puede cegar hasta el punto de no percibir sus verdaderas intenciones. Pero hay algunas cosas que vale la pena intentar. Por ejemplo, no preste demasiada atención a las características inusuales —y cautivadoras— de la gente nueva que conozca —miradas interesantes, presencia poderosa, gestos hipnotizadores, voz encandiladora, respuestas rápidas e ingeniosas, etc.—. Cualquiera de estas características puede tener un increíble efecto de prestidigitación y les sirve a ellos de distracción para que no veamos el mensaje real.

Muchas personas encuentran que es muy difícil aguantar la mirada intensa, inexpresiva (de emociones) o depredadora del psicópata. La gente normal mantiene el contacto visual con los demás por muchas razones, pero la mirada fija del psicópata es más un preludio de la autogratificación y del ejercicio del poder que un mero interés o una atención empática.[157]

Algunas personas responden a la mirada fría del psicópata con mucho malestar, casi se sienten presas en presencia del depredador. Otros pueden sentirse completamente superados e intimidados, quizás incluso controlados, sin saber a ciencia cierta qué les está sucediendo. Sea cual sea el significado psicológico de su mirada, está claro que el contacto visual intenso es un factor importante en la habilidad de algunos psicópatas para manipular y dominar a los demás.

La próxima vez que se encuentre tratando con un sujeto cuyo lenguaje no verbal —contacto visual fascinante, movimiento de manos teatral, «escenografía exagerada», etc.—

157Para un estudio sobre «la mirada depredadora» del psicópata, véase J. Reid Meloy, The Psychopatic Mind, Northvale, NJ, Aronson, 1988.

tienda a abrumarle, cierre los ojos y mire hacia otro lado y escuche lo que la persona está diciendo.

¿Son los ojos «las ventanas del alma»? Mucha gente cree que sí. Aunque los ojos son en realidad indicadores muy falibles del mundo interior de una persona, sí que transmiten cierta información, especialmente cuando el mensaje que nos dan es incoherente con la expresión facial y la conducta verbal de la persona en cuestión. «Cuando los ojos dicen una cosa y la lengua otra, un hombre con experiencia se fía de los primeros» es uno de los cientos de máximas que se pueden citar al respecto.

Una conocida mía me contó sus experiencias con un «Don Juan». Un hombre que le robó el corazón con la intención de controlarla y apalearla emocionalmente. «Me costaba mirarle a los ojos porque me confundían. No sabía qué había detrás de ellos. No me decían qué pensaba o qué intenciones tenía», decía.

Abundan las anécdotas clínicas sobre los ojos «vacíos» de los psicópatas, pero son los libros sobre crímenes auténticos los que ofrecen las descripciones más vívidas de cómo puede ser una mirada de ese tipo. Por ejemplo, James Clarke, en su libro Last Rampage, describe a Gary Tison, un asesino convicto que consiguió manipular al sistema carcelario y escapar de la prisión con la ayuda de sus hijos para entregarse después a una orgía asesina:

> Pero la característica física más impresionante de Gary —lo que la mayor parte de la gente notaba y nunca olvidaba— eran sus inexpresivos y profundos [...] ojos. Era como si sus ojos no estuviesen conectados con las emociones que expresaba. En cualquier estado de ánimo que estuviese —enfadado, alegre o cualquier cosa intermedia— sus ojos permanecían con la misma expresión. Vacíos. Era imposible decir lo que Gary estaba pensando o sintiendo mirándole a los ojos. [...] Su mirada era fascinante, inquietante, de una malevolencia intensa. La mayoría de la gente no olvidaba esos ojos fríos y duros (pág. 4).

El libro de Joseph Wambaugh Echoes in the Darkness trata de William Bradfield y Jay Smith, dos profesores de secundaria condenados (el primero en 1983 y el segundo en 1986) por matar a una colega profesora y a los dos hijos de ésta. El libro contiene numerosas referencias a los ojos de estos dos hombres. Por ejemplo, Wambaugh nos cuenta de Bradfield:

Tenía unos perturbadores ojos azules. [...] Su mirada era tan intensa que podía traspasarte. Según su estado de ánimo, algunos la calificaban de «poética», «helada» o «hipnótica». Un colega suyo decía que «te intimidaba con esos taladrantes ojos azules. Era tan intenso que podía llegar a ser espeluznante». Durante el juicio, [él] estuvo mirando a los ojos a Rick Guida (el fiscal), lo que prácticamente le demolió. Lo dejó literalmente por los suelos. Un agente del FBI confesó que una mirada de Bradfield le hizo dar dos pasos atrás. [...] En otra ocasión, Bradfield probó su mirada con un oficial de policía llamado Jack Holt. Éste le devolvió la mirada y le dijo: «Esa mierda sólo funciona con gente inteligente».

Igualmente interesante es la descripción que hace Warnbaugh de Jay Smith, recientemente liberado por el tribunal supremo del Estado de Pennsylvania por deficiencias en el procedimiento judicial. Según este autor, la secretaria de

Smith había dicho de éste:

> En mi vida había visto unos ojos así. No había sentimiento en ellos. He conocido a algunas personas de ojos fríos, como de tiburón, pero no como los suyos.

Wambaugh comenta: «No eran ojos de tiburón. Los editores de prensa los llamaban ojos de reptil. Perfectos para sacarles fotografías porque tenían un efecto espeluznante. Aunque ojos de reptil tampoco es un calificativo correcto». En otro párrafo, nos informa de que todos los profesores «tuvieron problemas para describir los ojos de su jefe. "Anfibios", recuerdo que dijo alguien, pero tampoco era la expresión correcta».

La secretaria de Smith añadió después la descripción más certera de todas, escribió Wambaugh. «No son ojos de pez, ni de reptil [...] [sino] ¡ojos de macho cabrío!» Un profesor que había trabajado con él dijo: «Eso es, amigo mío, el príncipe de las tinieblas» (pág. 18).

¿Pueden unos ojos revelar el alma del diablo encarnada en un hombre, como implican estas últimas declaraciones? En aquellos casos en los que un asesino real o ficticio —un Ted Bundy o un Hannibal Lecter— comete crímenes inconfesables no es difícil pensar que sí. Sin embargo, lo más probable es que la conducta de los psicópatas —incluidos esos pocos que asesinan y mutilan— parta de una indiferencia total hacia los sentimientos de los demás y no de un ente diabólico. Sus ojos son los de los depredadores despiadados, no los de Satán.

Pero aunque las anécdotas sobre los ojos de los psicópatas son interesantes, no debemos dejarnos engañar por la idea de que podemos llegar a identificar a un psicópata por los ojos. Se trataría de una «técnica» no muy fiable que, en muchos casos, nos llevaría a sacar conclusiones erróneas acerca del carácter, intenciones y autenticidad de alguien. Un error así podría costarnos muy caro.

— No se ponga vendas en los ojos. Inicie sus relaciones con los ojos bien abiertos. Como la mayoría de la gente, los timadores y «Don Juanes» psicópatas esconden su parte oscura o negativa sencillamente «mostrando al principio lo mejor de uno». Pero ellos van más allá. Explotan el axioma de que las relaciones sociales se basan en la confianza y que es imposible para nosotros prestar una atención absoluta (desconfiada y cínica) a todo lo que nos dicen. De esa manera, intentan abrumar a sus víctimas con halagos, interés fingido, amabilidad e historias inventadas acerca de negocios y estatus social. Al poco, aparecen las contradicciones y empieza a caérseles la máscara que llevan. Pero una vez atrapados en su red de engaño y control, será difícil salir indemne financiera y emocionalmente.

La policía y las asociaciones de consumidores nos advierten de que tengamos especial precaución cuando nos ofrezcan productos demasiado buenos para ser verdad. Se trata de un buen consejo y, si lo seguimos, nos ayudará a protegernos de la trampa mortal del psicópata. Al menos deberíamos intentar comprobar las intenciones de aquellos desconocidos que se interesen por nosotros desde un punto de vista financiero o romántico. No estoy sugiriendo que contratemos a un detective privado cada vez que conozcamos a alguien en una fiesta o en un bar, pero sí que indaguemos lo razonable. Pregúntele acerca de sus familiares y amigos, su empleo, dónde vive, qué planes tiene, etc. Cuando les preguntan sobre su vida personal, los psicópatas normalmente dan respuestas evasivas, vagas e incoherentes. Sospeche de tales respuestas e intente verificarlas.

A veces es sorprendentemente fácil hacerlo. Por ejemplo, hace varios años, una mujer que conozco se enamoró de un hombre que acudía a su iglesia. Parecía estar bien relacionado y tenía unas referencias impecables. Decía ser licenciado en administración de empresas por una universidad de prestigio. Ella se planteó invertir bastante dinero en un

negocio que él estaba poniendo en marcha. Cuando le conocí, le comenté que ambos habíamos estudiado en la misma universidad y noté que evitaba hablar del tema. Eso me hizo sospechar. Hice algunas comprobaciones y me enteré de que nunca estudió allí. Luego me informaron de que era un timador buscado en varios países. Al poco, abandonó la ciudad dejando a mi amiga desilusionada y enfadada conmigo por haber destruido su mundo de fantasía.

— Manténgase en guardia en situaciones de alto riesgo. Algunas situaciones parecen hechas a medida para los psicópatas: bares de solteros, clubes sociales, complejos turísticos, cruceros, aeropuertos extranjeros, por nombrar unos cuantos. En todos los casos, la víctima potencial se halla sola, intenta pasarlo bien, vivir experiencias emocionantes o encontrar compañía. Y como por arte de magia, surge un alma dispuesta a satisfacer esas necesidades, aunque ya sabemos que esconde una motivación perversa.

Las personas que viajan solas suelen ser objetivos preferentes de los psicópatas. Estos las detectan rápidamente por su aspecto triste y por su apariencia desorientada. El lugar ideal es un aeropuerto extranjero o un enclave turístico. Por ejemplo, conozco a una mujer que, después de varias semanas viajando por Europa, se encontraba sola, estaba preocupada y echaba de menos su hogar. En el aeropuerto de Lisboa conoció a un hombre muy amable. Este se hacía pasar por agente de la ley e incluso le contó que perseguía a una banda de contrabandistas. Se ganó su confianza y la convenció para que le ayudase en la operación. Las siguientes semanas las pasaron viajando por toda Europa. Los gastos (enormes) los pagaba ella con su tarjeta de crédito. Cuando al final empezó a sospechar, él la abandonó repentinamente. Mucho tiempo después reconoció que todo aquel cuento era de lo más extraño, pero en ese momento tenía sentido: «Estaba cansada, deprimida y él era tan comprensivo y reconfortante...».

Conózcase a sí mismo. Los psicópatas son muy habilidosos a la hora de detectar y explotar los puntos débiles de la gente, en apretar los botones adecuados. Su mejor defensa será conocerse a sí mismo: saber cuáles son sus puntos débiles y estar alerta cuando alguien apunte a ellos. Juzgue a esas personas más críticamente de lo que lo hace con aquellos que no ven sus vulnerabilidades.

Si usted es una de esas personas a las que les encanta que les echen piropos, dé por seguro que lo lleva escrito en la frente. Se trata de una invitación demasiado suculenta para el depredador. Regodearse en las adulaciones puede ser agradable al principio, pero doloroso al final.

Si usted tiene alguna dolencia sentimental, será particularmente vulnerable a los psicópatas. La gente que está sola y tiene dinero son sus objetivos favoritos.

Conocerse a uno mismo no es siempre fácil. El autoanálisis, las conversaciones francas con la familia y amigos y las consultas profesionales pueden ser de gran ayuda.

Controlar los daños

Desafortunadamente, ni siquiera las precauciones más importantes nos garantizan estar a salvo de determinados psicópatas. En algunos casos, el asunto puede quedar fuera de nuestro control. Por ejemplo, las fechorías de psicópatas que defraudan «a larga distancia». Se perpetran muchos fraudes y timos contra bancos, agencias de valores, instituciones de empréstitos, fondos de pensiones, etc. Los inversores individuales no controlan el día a día de las operaciones y pueden perder su dinero sin haber cometido ningún error. Por ejemplo, un orientador de una escuela de secundaria me contó recientemente que un agente de bolsa había «perdido» varios millones del fondo de pensiones de los profesores de la escuela donde trabaja. El había perdido varios cientos de miles de dólares, pero no por su culpa, sino porque los empleados encargados de encontrar un agente de confianza para gestionar el fondo acabaron contratando a un timador psicópata.

El psicólogo forense J. Reid Meloy nos cuenta que, en una ocasión, fue engañado por una persona que le entregó un curriculum vitae totalmente falso. «La entrevista fue muy bien —

dijo Meloy en una conversación telefónica—. Estaba realmente impresionado por ese tipo. No podía creerme lo brillante que era. Mientras hablábamos, dejaba caer una frase aquí y otra allí, que realmente me hacían pensar: "Vaya, este tipo es realmente bueno. ¿Cómo puedo convencerle para que acepte el trabajo?". Tardé mucho (más de lo que me gustaría admitir) en imaginarme que me estaba citando a mí mismo. Mencionaba ideas sacadas de unos artículos que yo había publicado recientemente. Me estaba impresionando, pero ¿con qué? Con mi propia brillantez, mis propias ideas, en las que había pensado durante mucho tiempo. Una persona normal podría decir algo así como: "Leí su artículo y pensé esto y aquello", pero aquel tipo, que se reveló como un auténtico impostor, tenía una gran intuición para captar aquellas cosas que harían que yo hiciese lo que él quería. Para él la entrevista era una estupenda oportunidad de mantener el engaño» (comunicación personal, abril de 1991).

Quizá las situaciones más dolorosas son aquellas en las que padres desesperados intentan manejar a un hijo o a una hija psicópata. Y no se quedan cortas aquellas en las que alguien intenta convivir con un consorte psicópata. En tales casos (es decir, cuando un psicópata consigue entrar en la vida sentimental de alguien), todo lo que se puede hacer es intentar ejercer cierto control sobre el daño que nos pueda causar. Para la mayoría de la gente, no es tarea fácil, pero pueden ayudar algunas de las siguientes sugerencias:

— Obtenga consejo profesional. Recibo muchas llamadas de personas preocupadas porque piensan que su marido, su esposa, su hijo o un amigo es un psicópata y quieren que les dé consejo sobre qué hacer. Yo no puedo dar consejos en tales condiciones. Un buen diagnóstico, llevado a cabo por un clínico reconocido, cuesta tiempo y requiere mucha información fiable, incluida una extensa entrevista con el sujeto en cuestión y acceso a información colateral y corroborativa por parte de diferentes fuentes: empleadores, miembros de la familia, amigos, socios, la policía, etc.

Asegúrese de que el clínico que consulta conoce la bibliografía sobre la psicopatía y que ha tenido experiencia con psicópatas, preferiblemente en el contexto de una terapia familiar. Si dispone de los recursos necesarios, obtenga varias opiniones. Puede llegar a ser muy frustrante. No recuerdo cuántas personas me han llamado, normalmente esposas o padres, expresándome lo mal que se sienten porque los clínicos a los que han acudido no les entienden.

Es típica una llamada que recibí de una mujer de Maine. Había leído en un periódico sobre mi trabajo y estaba convencida de que su esposo daba el perfil de psicópata que describía en mi artículo. De lo que me dijo deduje que podía estar en lo cierto. Durante más de diez años había estado intentando encontrar ayuda profesional, empezando por su médico de cabecera y siguiendo por una larga serie de psicólogos y psiquiatras, todo sin resultado alguno. El problema era que cuando su marido se encontraba delante de otras personas actuaba de manera completamente diferente. Ninguno de los clínicos podía ver otra cosa que no fuese una persona encantadora y convincente. La pobre mujer empezó a creer que el problema estaba en ella.

Además, en el caso de que consiga un buen diagnóstico, sus problemas no habrán desaparecido por completo. Los siguientes pasos dependen de su situación particular y deberán ser planeados con la ayuda de un profesional competente, con experiencia en el trato con psicópatas. Las asociaciones psiquiátricas y psicológicas estatales suelen tener listas de clínicos recomendables. También puede intentar acudir a un centro de orientación universitario o a un servicio de salud mental.

— No se culpe a sí mismo. Cualesquiera que sean las razones por las que se ha relacionado con un psicópata, es importante que no se culpe por lo que él o ella hace. Los psicópatas juegan al mismo juego con todo el inundo. Por supuesto, su propia personalidad y conducta tendrán algo que ver con el tipo de interacciones que establezcan. Por ejemplo, una mujer que pelee por sus derechos puede ser objeto de abusos físicos, mientras que una más sumisa puede pasarse la vida preguntándose dónde está su mujeriego esposo. Otra puede abandonarlo a la primera señal de problemas y no volver a verlo jamás. En los tres casos, el

problema fundamental es tener un marido psicópata.

Los padres de un hijo psicópata suelen pasarlo fatal durante todo el proceso de desarrollo del trastorno. Es muy difícil convencerles de que no han hecho nada malo. Es cierto que ellos pueden aliviar o exacerbar la situación, pero no hay evidencia de que la conducta de los padres sea causa de psicopatía.

— No pierda de vista quién es la víctima. Los psicópatas dan frecuentemente la impresión de que son ellos los que sufren y que precisamente sus víctimas son los únicos culpables de todo. Pero lo cierto es que ellos sufren mucho menos que usted y por diferentes razones. No gaste su compasión con ellos; sus problemas no juegan en la misma liga que los de usted. Si sufren, fundamentalmente es porque no obtienen lo que desean, mientras que usted lo hace a consecuencia de los batacazos físicos, emocionales y financieros que le han infligido.

— Dese cuenta de que no está solo. La mayoría de los psicópatas tienen muchas víctimas. Es bastante probable que un psicópata que le esté causando dolor se lo esté causando también a otras personas. Hablar con ellas e intercambiar experiencias puede ayudarle a manejar el problema, aunque sólo sea para demostrarle que la culpa no es suya. Todos somos vulnerables a los psicópatas y no hemos de sentir vergüenza si caemos en sus garras. A veces, puede ser difícil aceptar que hemos sido timados. Incluso podemos no atrevernos a denunciarlo a la policía o a testificar delante de un juez. Si indaga un poco, seguro que se encontrará con la sorpresa de que mucha gente de su comunidad ya ha caído antes en sus garras.

— Tenga cuidado con las guerras de poder. Tenga en cuenta que los psicópatas tienen una fuerte necesidad de control psicológico y físico. Siempre quieren tener el control y usarán su encanto, la intimidación o la violencia para asegurar su autoridad. En una lucha de poder, al psicópata sólo le interesa ganar. Eso no significa que no deba luchar por sus derechos, sólo que será difícil hacerlo sin el riesgo de sufrir serios traumas emocionales y físicos.

En algunos casos, podemos usar la filosofía del psicópata de «ganar a todo costa» a nuestro favor. Por ejemplo, en un caso de mi comunidad, una mujer y su ex marido psicópata se enzarzaron en una larga disputa por la custodia de sus dos hijos. El abogado de la mujer, dándose cuenta de que el hombre era peligroso, que sólo le interesaba «ganar la batalla» y que no le importaba en absoluto el bienestar de sus hijos, aconsejó a su cliente que aceptase un acuerdo de custodia conjunta. Eso es lo único que el ex marido quería y, una vez «ganada la batalla», perdió todo interés en los niños. Aunque, en este caso, la táctica del abogado funcionó bien, corrió un gran riesgo porque la custodia conjunta podía haber tenido consecuencias desastrosas para los hijos.

— Establezca unas normas mínimas inamovibles. Aunque las guerras por el poder con un psicópata son difíciles, puede ser que pueda imponer algunas normas básicas de convivencia (tanto para usted como para el psicópata). Ahí empezará a hacer la transición de víctima a persona que se cuida a sí misma. Por ejemplo, puede establecer que nunca más le pagará la fianza, bajo ninguna circunstancia.

Conozco a una mujer a la que un «asesor» con mucha labia consiguió meter en su red de engaño y extorsión financiera. Siempre que se le enfrentaba, él la convencía de que estaba trabajando en el problema y que pronto iba a recuperar el dinero que supuestamente había invertido para ella. Finalmente, totalmente desesperada, decidió no discutir más con él a no ser que hubiese una tercera persona presente o se pusiese todo por escrito. Pronto averiguó que no iba a ningún sitio con él y empezó a tomar medidas legales para recuperar su dinero.

Esas normas lógicas pero firmes —«lo que tienes que hacer si quieres seguir viviendo aquí»— pueden convertirse en la única forma de mantenerse cuerdo cuando se lidia con un hijo psicópata. Las reglas tienen que ser claras y consistentes si se pretende que tengan algún impacto. Queda fuera de las intenciones de este libro hablar de las estrategias específicas que pueden usar los padres con hijos psicópatas, pero los libros mencionados en el capítulo 12 proporcionan información útil al respecto.

— No espere cambios espectaculares. En gran medida, las personalidades de los psicópatas están «grabadas en piedra». Existe poca probabilidad de que cualquier cosa que hagamos

produzca cambios fundamentales y perdurables. Es muy posible que prometan cambiar e incluso que muestren cambios a corto plazo, pero, si piensa que esos cambios van a ser permanentes, en la mayoría de casos se enfrentará a años de desilusiones. Aunque algunos psicópatas «maduran» un poco con los años y, a consecuencia de ello, es más fácil vivir con ellos, en la mayoría de casos siguen siendo los de siempre.

El problema es especialmente trágico cuando el psicópata es un hijo. En una desesperada búsqueda de ayuda, los padres de estos niños suelen ir de un profesional a otro con escasos resultados. Se gastan enormes cantidades de dinero y energía en intentar entender y controlar a su hijo. En la mayoría de los casos, se enfrentan a años de frustración y numerosas demandas de fianza para sacar a sus hijos de apuros.

— Decida cortar con la situación en un momento dado. El psicópata puede conseguir hacer añicos la autoestima de cualquiera y convencer a la misma víctima (e incluso a los amigos de ésta) de que es una persona lerda con la que no vale la pena malgastar el tiempo. Cuanto más entre en su juego, más querrá el psicópata saciar su sed de poder y control.

Más que intentar adaptarse a una situación que no tiene salida (normalmente, la gente suele claudicar, aceptar «la cruz» que le ha tocado o perder la identidad personal), lo adecuado es reconocer que la supervivencia emocional y física de uno requiere que nos hagamos cargo de nuestra vida. Es posible que se trate de un paso difícil —y hasta peligroso — que requiera apoyo legal y clínico.

Por supuesto, si es usted el padre o la madre de un psicópata joven, no puede limitarse a cruzarse de brazos. Tendrá que trabajar estrechamente con profesores, asesores y médicos especializados en el tratamiento de niños con psicopatías, por más modestos que se presuman los resultados.

— Acuda a grupos de ayuda. En el momento en que sus sospechas le hayan llevado a buscar un diagnóstico, ya sabrá que está metido en una situación larga y difícil de resolver.

Existen organizaciones y grupos que ayudan a las víctimas de delitos a entender y superar su dolor. Como mínimo, las víctimas aprenden que no están solas y que pueden compartir sus experiencias con otras víctimas. La mayoría de zonas urbanas dispone de centros de apoyo donde se lidia con la violencia doméstica, con niños emocional y conductualmente desequilibrados y donde se defienden los derechos de las víctimas. Según la naturaleza del problema, uno de esos grupos puede ser de gran ayuda para usted. Pero lo que realmente se necesita son grupos de apoyo específicos para víctimas de psicópatas. Quizás este libro ayude a que surjan y se consoliden pronto.

EPÍLOGO

Normalmente, después de haber revisado la bibliografía sobre un tema, los científicos concluyen con la afirmación de que se necesita más investigación. Yo también lo haré, por dos razones.

Primero, a pesar de que llevamos más de un siglo de estudio clínico y varias décadas de investigación científica, el misterio de la psicopatía sigue sin resolverse. Algunos hallazgos recientes han arrojado cierta luz sobre la naturaleza de este trastorno y ahora podemos definir sus límites con más claridad. Pero el hecho es que, comparado con otros trastornos clínicos, sobre psicopatía se ha investigado muy poco, aun cuando es responsable de más malestar social que todos los demás trastornos juntos.

Segundo, más que recoger e intentar pegar los trozos del jarrón roto, debemos intentar evitar que se caiga. Sin duda, lo importante en estos momentos es aumentar los esfuerzos para entender este extraño trastorno e intentar encontrar nuevas formas de intervención precoz. Si no lo hacemos, sólo nos queda seguir dedicando ingentes recursos al procesamiento, encarcelación y supervisión de los psicópatas después de que hayan cometido los delitos (y continuar ignorando la situación de sus víctimas). El sistema judicial gasta millones de dólares al año en un vano intento de «rehabilitar» o «resocializar» a los psicópatas y a otros delincuentes persistentes. Pero esos términos —populares entre los políticos y los administradores de prisiones— son poco más que palabras de moda. Tenemos que aprender a socializarlos, no a resocializarlos. Y todo esto requiere de serios esfuerzos de investigación y, sobre todo, de una intervención temprana.

Si fracasamos en resolver el misterio de la psicopatía, el coste financiero y social puede ser impresionante. Es imperativo que continuemos en la búsqueda de las claves que, quizás algún día, lo resuelvan.